

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

LA NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES  
(FICCIÓN, PERSONAJES E IDEOLOGÍA:  
PRIMEROS DOS CICLOS NOVELÍSTICOS)

Por

América Reyes Ramos



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
ESTUDIOS SUPERIORES

Tesis sometida como uno de los requisitos  
para la obtención del grado de  
DOCTORADO EN LETRAS

XLH85  
REY

APROBADA CON LA CALIFICACIÓN DE

Miembro del Tribunal Examinador

Fecha



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres,  
a mi esposo  
y a mis hijos.

## INTRODUCCIÓN

Este estudio es el producto de largos años de investigación, de diversas lecturas y de una paciente labor de redacción y corrección continuos. Todo ello porque, abordar el análisis de una parte sustancial de la obra novelística de Miguel Delibes, es misión amplia y múltiple que exige dedicación y esfuerzo diarios. Cuando se suma a esta tarea la responsabilidad del trabajo académico necesario para ganar el sustento y la atención a una familia, constituida con varios hijos, podrá adivinarse la fatiga que dejan las horas laborables. Los períodos de sueño y de descanso llegan a convertirse en porciones mínimas de la existencia.

Miguel Delibes, sin embargo, ha logrado acumular una obra narrativa (novela, sobre todo, aunque también ha cultivado el cuento), a la par con una fundamental obra periodística, que tiene, entre otros méritos, la importancia de trazar una de las vocaciones literarias más articuladas de la posguerra española. Se observa en él un crecimiento artístico consecuente que hace posible delinear ciclos de progreso y maduración admirables.

Sin duda, otros novelistas anteriores y posteriores —así como de su generación— son, de hecho, talentos de enorme capacidad creadora; pueden señalarse varios con mayor importancia en la historia del desarrollo del género; algunos poseen aptitudes superiores en el manejo del relato y el dominio del idioma.

Pocos, sin embargo, pueden ufanarse de poseer un mundo de ficción tan coherente como la cosmovisión que ha venido moldean-

do el autor valisoletano. No debe ser, pues, motivo de asombro que sus primeras siete novelas definan esencialmente su quehacer como inventor de historias en dos ciclos de superación estética. El primero de ellos integrado por La sombra del ciprés es alargada (1948), Aún es de día (1949) y Mi idolatrado hijo Sisí (1953). El segundo está formado por El camino (1950), Diario de un cazador (1955), Diario de un emigrante (1958) y La hoja roja (1959).

En estos textos, sostenemos, se encuentran todos los elementos centrales que motivan nuestra exploración en las áreas de los argumentos, los personajes y la ideología delibeanaos. Como es sabido, para hacer una novela él juzga imprescindibles al hombre, al paisaje y a una pasión. Es decir, un carácter, en un escenario, con un conflicto capital. De ahí que observemos su énfasis en los protagonistas, sobre los cuales gira, en gran medida, la trama. Las vidas expuestas en las ciudades provincianas o en los pueblos campestres guardan una estrecha relación con la naturaleza que, en oportunidades, se contrapone a la ciudad, representante de la vida degradada del hombre. Por eso, ante lo que la civilización juzga como parte del adelanto y de la ciencia, Delibes pregonaba un estilo de vida en armonía con la Creación. Obviamente, sus puntos de vista no son siempre convincentes. Por el contrario, su sentido del progreso, su visión de la vida moderna y la concepción providencial de la historia son, en verdad, controvertibles. El idealismo en que envuelve el paisaje y los seres estrechamente vinculados con la tierra suscitan polémicas entre la crítica que ha considerado su obra.

Es evidente que los protagonistas y los temas principales de la primera etapa narrativa de Delibes se encuadran en la herencia de la tradición realista-naturalista (con rasgos románticos y existenciales). Destacan los caracteres enfermizos o patológicos y la intencionalidad de elaborar una "tesis" en torno de seres como Pedro, Sebastián y Cecilio. Preocupaciones como la soledad, la muerte, la orfandad, el desamor y el egoísmo se tornan en objetos de consideración dentro de una tónica intelectual. Son planteamientos, más bien, de índole filosófica.

Las otras cuatro novelas, que hacen el segundo conjunto, se han desembarazado de los lastres decimonónicos que gravitaban en su estilo inicial. Ahora, precisamente, gobierna una espontaneidad mayor que imprime autonomía a sus actores y modernidad al arte de inventar del relator castellano. Inquietudes como la autenticidad vital, la niñez, la cacería, la naturaleza, el progreso, la soledad, la muerte y la vejez ocupan, una vez más, lugares de preeminencia en el orbe de la ficción de este artista. Es palpable que un puñado de ideas configuran su totalidad creadora. Lo que ha hecho con ellas es turnarlas en categoría o importancia. De este modo, la que en una obra tiene magnitud primaria, se desplaza en otra a un lugar secundario.

El tercer ciclo de este fabulador, que no es motivo de este trabajo, lo forman: Las ratas (1962), Cinco horas con Mario (1966), Parábola de un naufrago (1969), El príncipe destronado (1973), Las guerras de nuestros antepasados (1975), El disputado voto del señor Cayo (1978) y Los santos inocentes (1981). Como es obvio, resultan suficientes como para dedicarles otro estudio de

este tipo. Se verá que, en ciertos aspectos, operan como una prolongación de los logros ya establecidos en sus primeras siete novelas. En ocasiones se reiteran ingredientes vistos en áreas argumentales, caracterizadoras o ideológicas. Incluso, suceden variantes a niveles técnicos o estilísticos que están fuera de nuestros objetivos, pero que ya han sido considerados por varios estudiosos. De todos modos, como era de esperarse, la conciencia social se profundiza, la mecánica para contar crece y el lenguaje gana otras dimensiones. Lo fundamental, sin embargo, es que Miguel Delibes ha dejado constituida la estructura básica de su oficio que, por su consistencia y calidad, tiene dimensión profesional.

Desentrañar la obra de Delibes requería, no obstante, un esquema de trabajo que no se limitara a sus propios libros. Se hacía obligatorio examinar el ángulo puramente biográfico; esbozar el desenvolvimiento de la vida española en la presente centuria y auscultar el proceso de crecimiento del género en la Península, a fin de ubicar mejor el sentido de su obra.

De ahí que organizáramos este esfuerzo del modo siguiente: "Introducción"; "Abreviaturas"; "Capítulo I: Apuntes biográficos de Miguel Delibes"; "Capítulo II: Recuento político español del siglo XX"; "Capítulo III: Recuento de la novela española"; "Capítulo IV: El mundo novelístico de Miguel Delibes. Primer ciclo: Creaciones iniciales"; "Capítulo V: El mundo novelístico de Miguel Delibes. Segundo ciclo: Obras intermedias"; "Conclusiones"; "Bibliografía" e "Índice".

La crítica en torno de la obra de Delibes, como podrá observar-

se, es variada, aunque incompleta y, a veces, superficial. Nuestro objetivo, en estas circunstancias, fue definir y redondear el alcance estético de unos ingredientes de primer orden en la concepción del relato que postula el escritor. Ya los hemos explicado y creemos haber cumplido nuestra meta a satisfacción.

Resta solamente dejar constancia de nuestra gratitud al Mtro. Arturo Souto Alabarce, por el valioso asesoramiento que nos ofreció en todo momento; al Mtro. José Luis González, por sus consejos y auxilio a través de los años; y, a mi esposo, Jorge María Ruscalleda Bercedóniz, sin cuyo apoyo y ayuda me habría sido difícil terminar esta empresa. A las señoras Milka Lebrón Santaliz y Carmen Crespo Solano nuestro reconocimiento por la gestión mecanográfica realizada.

## ABREVIATURAS

|                            |                                 |
|----------------------------|---------------------------------|
| 1. ANT.                    | Antólogo o antología            |
| 2. COMP.                   | Compilador (es) o compilación   |
| 3. DOC.                    | Documentación                   |
| 4. ED.                     | Editor (es) o edición           |
| 5. <u>ET.</u> <u>AL.</u>   | Y otros                         |
| 6. EST. PREL.              | Estudio preliminar              |
| 7. <u>IBID.</u>            | En el mismo lugar               |
| 8. <u>LOC.</u> <u>CIT.</u> | Lugar citado                    |
| 9. N.                      | Nota (s)                        |
| 10. <u>OP.</u> <u>CIT.</u> | Obra citada                     |
| 11. P.                     | Página (s)                      |
| 12. PREAM.                 | Preámbulo                       |
| 13. P.S.N.                 | Página (s) sin numerar          |
| 14. PRÓL.                  | Prólogo                         |
| 15. REC.                   | Recopilador (es) o recopilación |
| 16. REV.                   | Revisor (es) o revisión         |
| 17. S.E.                   | Sin Editor (es)                 |
| 18. S.L.                   | Sin lugar                       |
| 19. TRAD.                  | Traductor (es) o traducción     |
| 20. //                     | Párrafo                         |

## CAPÍTULO I

### APUNTES BIOGRÁFICOS DE MIGUEL DELIBES

A. Origen: Los primeros años. Miguel Delibes Setién nació el 17 de octubre de 1920, en lo que entonces se conocía como la Acera de Recoletos y que actualmente se denomina Avenida del Generalísimo Franco, en Valladolid. Sus padres fueron don Adolfo Delibes Cortés (abogado y catedrático de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de Valladolid) y doña María Setién Echanove, ama de casa de profundas convicciones católicas. Don Adolfo era natural de Molledo-Portolín, provincia de Santander, e hijo del ingeniero francés Frederick-Pierre Delibes, quien llegó al País para intervenir en la construcción de la vía férrea norteña de Reinos a Santander. Posteriormente, casó con Saturnina Cortés. Su hijo, don Adolfo, tuvo ocho hijos en su matrimonio con doña María, de los cuales Miguel fue el tercero.

Desde sus inicios, la educación del niño estuvo estrechamente ligada con la Iglesia, tanto así que, todavía en 1930, recibía instrucción de las Madres Carmelitas. Inmediatamente después continúan su enseñanza los Hermanos de las Escuelas Cristianas del Colegio de Lourdes y el Instituto Zorrilla, ambos en Valladolid, estudios que se extienden hasta 1936, cuando termina su bachillerato o escuela superior, hecho que coincide con la irrupción de la Guerra Civil. Tenía apenas dieciséis años.

Durante estos veranos de esos años se reúne con sus abuelos paternos en Molledo-Portolín, lugar donde se pone en contacto con la naturaleza, experiencia fundamental en su vida y de gran trascendencia en toda su obra. Además, los jueves por la tarde visita

una finca que tienen los mencionados Hermanos en Valladolid. También acompaña a su padre a cazar, cuando dispone de tiempo, y a los 11 años, éste le obsequia su primera escopeta.

Janet Díaz indica sobre los lazos afectivos existentes entre Delibes y su padre:

La relación con su padre fue particularmente importante en los años formativos del futuro novelista, como bien puede deducirse del hecho de que escogiera su misma profesión y pasatiempo. Sus estrechos vínculos, sin embargo, parece que tuvieron, al menos a largo plazo, un efecto negativo. El padre de Delibes era bastante mayor, o el niño así lo creía; él lo recuerda siempre con el pelo blanco, y durante muchos años se vio acuciado por el miedo y la aprensión de la muerte de su padre. El obsesivo tema de la muerte en sus obras, advertido por muchos críticos, es explicado por Delibes como un resultado de aquella preocupación de la niñez. El también atribuye a esta vieja ansiedad una tendencia al pesimismo y a la depresión síquica. Otro probable resultado directo es la frecuencia e importancia de la relación padre-hijo que también se muestra en la obra de Delibes, un factor capital independientemente que se presente favorable o desfavorablemente.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Janet Díaz, Miguel Delibes, p. 17. El texto original dice así:

"The relationship with his father was particularly important in the future novelist's formative years, as might will be deduced from external data such as his having elected the same profession and hobby. Their closeness, however, seems to have had at least one long-term negative effect. Delibes father was rather elderly, or imagined to be so by the boy; he recalls him as always white-haired, and for many years was haunted by the fear and dread of his father's death. The obsessive theme of death in his works, is conjectured by Delibes to be and outgrowth of this preoccupation of his childhood. He also attributes to this long anxiety a tendency to occasional pessimism and psychic depression. Another probable direct result is the frequency and importance of the parent-child relationship in Delibe's writings, a capital factor whether portrayed favorably or unfavorably."

Esta preocupación por la muerte se advierte desde su primera novela La sombra del ciprés es alargada y constituye una clave de su ideología vital a lo largo de todas sus obras, independientemente de que adopte una forma predominante en unas creaciones más que en otras. Las relaciones entre padres e hijos (o el tema de la niñez) son otra constante en la obra delibiana y puede observarse que, desde La sombra del ciprés es alargada, pasando por El camino, Mi idolatrado hijo Sisí hasta El príncipe destronado, son objeto de la atención de este escritor. La caza y la pesca, en estrecha correspondencia con la naturaleza, son motivos recurrentes y tienen, como los dos ya antes advertidos, una misma raíz en la niñez que, pese a la presencia de otros siete hermanos, presenta visos de soledad que huye al campo o se refugia en la figura paterna -aparentemente el único sostén-, asediado por la muerte. La caza, la pesca y la naturaleza son objeto de la atención de Delibes en El camino, Diario de un cazador, Diario de un emigrante y Las ratas, por ejemplo.

B. La guerra. Trabajos y estudios. Una vez iniciada la Guerra Civil, Delibes se vio imposibilitado de continuar estudios superiores, ya que la universidad se encontraba cerrada. Tampoco podía, por su edad, servir en el ejército. Opta, entonces, por estudiar en la Escuela de Comercio, al mismo tiempo que, por las tardes, se dedicaba al modelado y la escultura. Practicaba por esa época el arte de la caricatura.

En 1937 -un año después de comenzar los estudios ya señalados- cumple la edad reglamentaria para servir en las Fuerzas Armadas y se enlista como voluntario en la Marina Nacionalista, en la que

se asigna al crucero Canarias. Una vez terminada la guerra en 1939, intenta permanecer en las filas navales, pero su padecimiento de miopía le impide realizar este deseo.

A partir de ese momento en que regresa a la vida civil, estudia, al mismo tiempo, las carreras de Derecho y Comercio. En 1941 obtuvo el grado de Intendente Mercantil en Bilbao. Este mismo año conoce su futura esposa Ángeles de Castro y comenzó a trabajar como caricaturista (firmaba como Max sus colaboraciones) en el periódico valisoletano El Norte de Castilla, el segundo más antiguo de España. En 1942, ingresó por oposición en el Banco Castellano de Valladolid, puesto que ocupó solamente durante seis meses.<sup>2</sup> Reanudó también sus estudios para Intendente Mercantil. En 1943 se trasladó a Madrid, donde toma un entrenamiento intensivo de periodismo. Conjuntamente, cursó asignaturas conducentes al doctorado en Derecho, el cual no concluye porque no escribe la tesis correspondiente.

Labora bastante, aunque no en literatura imaginativa propiamente. De ese mismo año de 1943 es la tesina: Causas de disolución de las compañías anónimas. Algún tiempo después, no obstante, envía un cuento titulado "La bujía" para un concurso de la revista Medina. El premio lo ganó Amparo Martínez Ruiz, hermana de Azorín.

Leo Hickey afirma lo siguiente sobre estas tareas:

En toda esta actividad febril, que abarca ramas tan variadas de la cultura y del estudio, se nota una búsqueda real y consciente

---

<sup>2</sup>Ana María Navales, "Miguel Delibes", Cuatro novelistas españoles, p. 16-17.

de un "camino", de un Weltanschauung". Periodismo, derecho, caricaturas, cuentos, Valladolid, Madrid, el banco, el "Norte de Castilla": todo nos habla de una energía y de una voluntad fuerte de abrirse camino y de encontrar un sitio en donde encajar.<sup>3</sup>

Junto a sus múltiples ocupaciones, continúa la preparación de las oposiciones para ocupar la cátedra que una vez perteneció a su padre. En 1944 ingresa a El Norte de Castilla como redactor. En 1945 gana las oposiciones y se le adjudica la cátedra de Derecho Mercantil en Valladolid. Más tarde se decide por la cátedra de Historia de la Cultura.

También escribe crítica de cine, que firma con el seudónimo de Seco o Miguel Seco. Y, simultáneamente, dirige una revista de poesía llamada Halcón.

C. Matrimonio y primeras creaciones. En 1946 casa con Angeles de Castro, en la que procrea siete hijos. La influencia de la esposa resultó fundamental para que Delibes se interesara por la lectura y escribiera sus obras.

Cuando comenzó a narrar sus lecturas eran escasas.

El mismo Delibes confiesa:

-Tan exiguas que me da vergüenza consignar las lagunas... Había leído toda aquella literatura de tercer orden que se traducía entonces en España y de la que estaban llenos los escaparates de las librerías... Todos aquellos Lajos Zilahy y Vander Meersch y los Brönte y Zane Grey... Había leído también algo de nuestros clásicos, pero... poca idea y poca cultura literaria... Era así el país y así era yo... ¿para qué vamos a disimularlo?<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Leo Hickey, Cinco horas con Miguel Delibes: El hombre y el novelista, p. 22.

<sup>4</sup> César Alonso de los Ríos, Conversaciones con Miguel Delibes, p. 118-119.

Respecto a sus preferencias literarias dice:

Me han interesado más los italianos Moravia, Pratolini, Pasolini... De Hemingway sólo me impresionó El viejo y el mar, y de toda la "generación perdida" el que más me gustó fue Steinbeck, sobre todo en sus novelas cortas. También Dostoievski y, de muy joven, Dickens. Leí con gran atención a Camus, aun cuando reconozco que este hombre está en una línea mucho más intelectual que yo. Y Kafka. Posteriormente a Böll, Bellow, Malamud, Amis, Styron, Robbe Grillet, Butor, etc.<sup>5</sup>

Apunta también que la elección del medio literario para verter ese deseo de comunicación se la debe al libro de Joaquín Garrigues sobre Derecho Mercantil: "Me sorprendió en él la precisión del lenguaje, la propiedad. El estudio del Mercantil de Garrigues me descubrió la literatura y me sugirió la idea de poderme comunicar a través de la palabra escrita.<sup>6</sup>

En febrero de 1947 nace Miguel, su hijo mayor, y en mayo comienza a escribir su primera novela: La sombra del ciprés es alargada que, ese mismo año, recibe el Premio Nadal. Resultaba ser la cuarta vez que se concedía dicho galardón, el cual implicaba un automático reconocimiento como escritor a nivel nacional. Un año después la publica y viaja a varias ciudades al sur de Francia. Observamos que esta novela, vista retrospectivamente, marcará su primer estilo, caracterizado por una narración tradicional de tipo existencialista -como ocurre en Cela y Carmen Laforet-, en donde el protagonista aparece como un ser insolidario. Aunque escrita a los veintiséis años, y tal vez por ello, se nos

---

<sup>5</sup>Ibid., p. 121.

<sup>6</sup>Ibid., p. 118.

presenta un mundo de amargura y pesimismo en el que la obsesión por la muerte corre pareja con la maestría narrativa.

Aún es de día apareció en octubre de 1949. Esta segunda novela, dentro de la misma visión de mundo iniciada en su primera obra, expone el caso de un hombre físicamente incapacitado que busca sobreponerse a su soledad.

D. Nuevo giro creador. Después del éxito relativo de La sombra del ciprés..., y de la frialdad con que la crítica recibió Aún es de día, aparece una creación clave de la narrativa delibeana: El camino (1950), que representa ya un segundo modo o estilo de novelas en que de lo subjetivo se pasa a lo objetivo, del análisis a la síntesis, de los problemas particulares a los sociales; es decir, a una solidaridad humana que día a día irá cobrando mayor fuerza y concreción. El mismo autor ha confesado que es su obra maestra. En ella se relata con sencillez el descubrimiento del mundo y la pérdida de la inocencia de tres niños.

Podría decirse que, en El camino -escrita en veinte días en el verano de ese año-, queda diseñado el tema fundamental de su arte; o sea, la búsqueda de la "autenticidad." Por esta razón se ha dicho que Miguel Delibes es un individualista, diferente a otros narradores posteriores cuya máxima atención radica en la sociedad:

Delibes, por el contrario, se ocupa del hombre como individuo en sus novelas. Busca aquellos rasgos que hacen de cada persona un ser único, irrepetible. Es decir, exactamente lo contrario de lo que se proponen los "behavioritas" Ferlosio y Hortelano (que describen no a individuos,

ni siquiera a tipos, sino a una "especie", como antes he indicado).<sup>7</sup>

Ese mismo año de 1950 viaja al Norte de África, donde -como antes en Francia- dicta conferencias sobre la novelística española de esos momentos.

Un año después (1951) enferma de los ganglios, por lo cual se mantiene ocioso algunos meses. Durante ese tiempo comienza Mi idolatrado hijo Sisí, proyecto novelístico de gran ambición que ve publicado tiempo después (1953).<sup>8</sup>

Esta cuarta novela trata sobre el hijo único estropeado por el egoísmo paterno, el cual ha renunciado a otro heredero. Aunque ésta constituye un salto a sus temas iniciales y al viejo modo de novelar, es innegable que, dentro de aquel ciclo, es su más logrado fruto, comparable con El camino.

De aquí en adelante, el arte de Miguel Delibes se va depurando cada día más de los procedimientos descriptivos del Realismo-Naturalismo del siglo pasado, que se requecaban en su obra como lastre anacrónico.

En 1952, Delibes fue nombrado Subdirector de El Norte de Castilla y, en 1954, da a luz pública su primer libro de cuentos: La partida y el relato breve Los raíles.

De marzo del año siguiente es Diario de un cazador (1955), obra merecedora del Premio Nacional de Literatura y, para algunos, "la mejor novela de Miguel Delibes."<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup>Ramón Buckley, Problemas formales en la novela española contemporánea, p. 85.

<sup>8</sup>Janet Díaz, Op. cit., p. 27.

<sup>9</sup>Leo Hickey, Op. cit., p. 26-27.

En 1955 viajó a Chile invitado por el Círculo de Periodistas de Santiago. Luego se traslada a Uruguay, Argentina y Brasil. En agosto muere su padre a la edad de ochenta y un años. Algún tiempo después publica Un novelista descubre América (1956) y se traslada a Milán, Turín y Roma, donde ofrece conferencias sobre la novela española.

En Siestas con viento sur (1957), libro que recibe el Premio Fastenrath, reunió sus relatos: "La mortaja", "El loco", "Los nogales" y "Los raíles". Viajó, además, a Portugal, donde disertó sobre la narrativa de su país. Diario de un emigrante (1958) aparece para completar el binomio comenzado con Diario de un cazador tres años atrás. Las andanzas de Lorenzo, bedel y cazador en su tierra, apuntadas ya en el primer Diario, continúan ahora en América junto al relato de sus ocios, diversiones y aventuras. En los Diarios retoma la trayectoria iniciada con El camino.

Este último año asume la dirección de El Norte de Castilla  
Leo Hickey dice al respecto:

Venía desde 1952 ocupando el cargo de subdirector del "Norte de Castilla" y aunque su nombre fue propuesto repetidas veces para la dirección de este periódico, el Ministerio de Información y Turismo se negó a nombrarle para el cargo. Por fin, en 1958, llegó a ocupar el puesto. Desde el principio, su actuación como director se caracterizó por la fuerza y la claridad con que abogaba por medidas gubernativas en favor del campo y del campesino de Castilla. Sus campañas en favor de reformas agrarias en esta región dejaron ver a las claras el estado de miseria y atraso en que vivían los pobladores. Estas campañas fueron toleradas durante algún tiempo por el Ministerio, pero por fin fue objeto de medidas que le obligaron, en mayo del 63, a delegar públicamente en el subdirector.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Ibid., p. 27-28.

En este año de 1958 viaja por un mes a París, invitado por el Congreso por la Libertad de la Cultura para dictar conferencias y colaborar en su revista Cuadernos...

Al año siguiente publica La hoja roja (1959), ganadora del Premio Juan March, donde nos relata los infortunios de un funcionario jubilado y su criada en un ambiente provincial, por medio de cuyo "Realismo poético" acentúa sus críticas a las injusticias del estado, a la prensa oficial y a los círculos burocráticos.

En 1960 viaja a Alemania, las Islas Canarias y Portugal en su acostumbrada misión de conferenciante.

Su próximo libro: Por esos mundos (1961), incluye Un novelista descubre América y Tenerife.

E. Complejidad social y nuevos recursos técnico-estilísticos. Las ratas (1962), su nueva novela publicada en enero, obtiene el siguiente año el Premio de la Crítica. Delibes vuelve a transportarnos en ella a un mundo con elementos típicamente suyos: los niños (recuérdese El camino), la naturaleza y un anciano, como tantos otros de sus obras. En esta ocasión, se trata de la vida de un tío y de su sobrino que viven de la caza de ratas en una cueva cerca de un villorrio. El tío se niega a abandonar este tipo de existencia, pese a que se le ofrecen trabajos y otras facilidades de vivienda.

Como podrá advertirse, Delibes destaca, una vez más, la presencia de seres simples, en un mundo primitivo y natural como ya es propio de su cosmovisión, lo que lleva a algunos críticos a ver en su ideología vital una clara "oposición al progreso", un

"provincialismo mental", y otras actitudes semejantes.<sup>11</sup>

Sin embargo, de este momento en adelante, en su obra estará patente la denuncia social. A la misma vez, Delibes se pone al día en la utilización de ciertos recursos técnicos empleados por la novela actual.

En 1963 aparece La caza de la perdiz roja y Europa, parada y fonda. Le siguen El libro de la caza menor (1964) y Viejas historias de Castilla la Vieja (1964). En el otoño de ese año, Delibes se traslada a la Universidad de Maryland (Estados Unidos), como Profesor Invitado (Visiting Professor). Su estadía se extiende hasta 1965, ocasión que aprovecha para visitar otros lugares de interés en Norteamérica y cuyas experiencias recoge luego en el libro USA y yo (1966).

La siguiente novela, Cinco horas con Mario (1966), muestra a un hombre que ha muerto, durante el tiempo que permanece en el sarcófago, ante la conciencia de su mujer.

Dos años después da a la luz una serie de artículos sobre temas diversos con el título de Vivir al día (1968). Asimismo, visita Checoslovaquia y redacta La primavera de Praga (1968), en los umbrales de la invasión rusa.

La novela Parábola de un naufrago (1969), un año más tarde, plantea el problema de la libertad laboral en un hombre que ha sido expulsado de su trabajo por cuestionar el sentido de la tarea que desempeña.

---

<sup>11</sup> Manuel García Viñó, Novela española actual, p. 34, 45.

Su próxima colección de relatos: La mortaja (1970), incluye: "La mortaja", "El amor propio de Juanito Osuna", "El patio de vecindad", "El sol", "La fe", "El conejo", "La perra", "Navidad sin ambiente" y "Las visiones".

De este mismo año es Con la escopeta al hombro (1970), que abarca una serie de artículos sobre caza. Otro libro, también sobre ese pasatiempo, La caza de patos y otras aves acuáticas (1971), se publica inmediatamente. La caza en España (1972) continúa sus preocupaciones cinegéticas de los dos libros anteriores.

Un año de mi vida (1972), recoge las experiencias diarias de Miguel Delibes en el período comprendido entre el 22 de junio de 1970 y el 20 de junio de 1971.

La novela El príncipe destronado (1973) vuelve a traernos, como protagonista, a un niño de tres años llamado Quico. El día 3 de diciembre de 1963, ante el nacimiento de su hermanita, siente que todos en la casa -especialmente su madre- ya no lo quieren como antes, y trata, por todos los medios, de llamar la atención sobre su persona.

Durante los siguientes dos años ocurre un par de acontecimientos que tuvieron gran resonancia en la vida de Delibes. Ambos nos fueron comunicados en una carta recibida hace algunos años: "Mi ingreso en la [Real] Academia de la Lengua [Española] en 1975 y la muerte de mi mujer en 1974."<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup>Miguel Delibes, "Carta a América Reyes Ramos", 24 de junio de 1976, p. [2].

En la novela Las guerras de nuestros antepasados (1975), Delibes nos ofrece, utilizando el recurso del "flashback", un encadenamiento de sucesos bélicos: las guerras carlistas, la guerra de África, la Guerra Civil Española, y la guerra entre los bandos de Humán y los del Otero en un pueblecito de Castilla.

Es la realización de un destino ineludible: hacerse partícipe de una guerra para la cual había sido educado por sus mayores. Pacífico Pérez, el protagonista, no puede escapar a su sino, tiene que tomar posesión de su herencia; es decir, del legado bélico de sus antecesores.

En 1976 publica S. O. S. (El sentido del progreso desde mi obra), que incluye el discurso leído en el acto de su recepción en la Real Academia Española, el día 25 de mayo de 1975, además del prólogo a un libro sobre la caza de patos que no llegó a escribir y otro trabajo de preocupación por la naturaleza y el ambiente titulado "La catástrofe de Doñana".

En enero y diciembre de 1977 publicó Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo y Mis amigas las truchas.

Con la novela El disputado voto del señor Cayo (1978), Delibes retorna al tema del campo español, en esta ocasión para dejar constancia del estado de abandono en que se encuentra.

Su última novela hasta el presente: Los santos inocentes (1981), dramatiza el sometimiento que padecen unos seres humildes por parte de los más poderosos. El autor aborda el tratamiento de la desigualdad existente en la distribución de las riquezas.

Como hemos podido corroborar, Miguel Delibes es un escritor

muy prolífero, con una preocupación constante por el hombre, en su interrelación con la naturaleza, y en continua actitud defensiva frente a la civilización desenfrenada que amenaza la Creación.

Edgar Pauk afirma sobre el valor de este novelista:

La originalidad del escritor vallisoletano estriba en su habilidad para mediar entre los valores viejos y los nuevos; los aspectos tradicionales de la novela "psicológica" con las nuevas técnicas de la novela contemporánea. En nuestros tiempos, un escritor que cree en Dios es una excepción, y sin duda Delibes es cristiano. Su fe en Dios se manifiesta en el respeto por todas las formas de vida y los diferentes valores, y es evidente en el estilo literario que emplea, que permite que el personaje tenga su independencia intelectual y lingüística.<sup>13</sup>

---

13

Edgar Pauk, Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974), p. 20.

## CAPÍTULO II

### RECUESTO POLÍTICO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

A. La Regencia de María Cristina de Habsburgo, Archiduchesa de Austria (1885-1902). Al morir el Rey Alfonso XII, el 25 de noviembre de 1885, la Reina, María Cristina de Habsburgo (por entonces en estado de embarazo) asume el poder como jefe del Estado Español.

El nacimiento de Alfonso XIII, el 17 de mayo de 1886, resuelve el problema de la sucesión. Desde este momento hasta que alcanza su mayoría de edad, el 5 de julio de 1902, el país vive bajo la Regencia de María Cristina. Durante este tiempo, la situación política interna de la nación funciona por medio de la rotación de los partidos políticos en el poder:

Los años de la Regencia de doña María Cristina estuvieron presididos, en lo político, por los acuerdos adoptados, expresa o tácitamente, en el llamado "pacto del Pardo". Se instaura y mantiene un régimen de diálogo y alternativa permanente en el poder entre el partido conservador de Cánovas y el liberal de Sagasta.<sup>1</sup>

Este período gubernamental se inicia bajo la dirección de Mateo Práxedes Sagasta haciendo concesiones a la libertad de prensa y una amnistía a los presos políticos. La Reina, desde el 26 de diciembre de 1885, había jurado ante las Cortes preservar la Constitución. Apenas cuatro meses más tarde, en abril de 1886, Sagasta disuelve estas Cortes de raigambre conservadora y reorganiza su gobierno con elementos liberales.

---

<sup>1</sup>Luis S. Granjel, La generación literaria del 98, p. 71.

El 5 de julio de 1890 Antonio Cánovas del Castillo sucede a Sagasta en el gobierno, ante la amenaza de descubrirse ciertos problemas serios en la construcción de un ferrocarril en Cuba.

Por estos años surgen nuevos partidos políticos: el Socialista y el Regionalista Catalán. El movimiento catalanista aprueba las Bases de Manresa para la consecución de la plena autonomía de esa provincia mediterránea el 25 de mayo de 1892.

Cánovas del Castillo, previendo su caída -la que ocurre el 11 de diciembre de 1892-, se reúne nuevamente con Sagasta, a fin de acordar un Segundo Pacto del Pardo.

El gobierno de Sagasta cae poco tiempo después de iniciarse el Grito de Baire, el 24 de febrero de 1895, guerra planeada y dirigida por José Martí para liberar a Cuba. Cánovas del Castillo asume el poder el 23 de mayo de ese año. Dos años más tarde, el 8 de septiembre de 1897, fue ultimado por el anarquista italiano Angiolillo.

Luis S. Granjel afirma:

La muerte en el balneario vascongado de Santa Agueda del artífice de la Restauración, a manos del anarquista Angiolillo, ocurrida el 8 de septiembre de 1897, pondrá al gobierno de la nación en manos de Sagasta y le forzará a regir el país en la difícil coyuntura que provocó la guerra colonial, iniciada en 1895 y que terminaría para España con la pérdida de sus provincias ultramarinas.<sup>2</sup>

Sagasta dirige al país, a partir de octubre, tras el brevísimo gobierno del General Marcelo de Azcárraga durante el mes de septiembre.

---

<sup>2</sup>Ibid., p. 71-72.

Sin duda, el hecho más significativo para España bajo la Regencia fue la pérdida de sus últimas colonias en el Nuevo Mundo y en el Pacífico: Cuba, Puerto Rico y Filipinas y Guam, por medio del Tratado de París del 10 de diciembre de 1898. Estados Unidos, por su parte, pagó al gobierno español \$20,000,000.00, con lo que puso fin al imperio colonial español iniciado en 1492.

El 28 de enero de 1899 se organizó la Unión Conservadora, la que adviene al poder con Francisco Silvela como jefe, el 4 de marzo de 1899. Silvela renuncia a su puesto cuando se nombra al General Valeriano Weyler Capitán General de Madrid en lugar de su candidato, el General Camilo García de Polavieja.

El General Marcelo de Azcárraga regresa al poder el 22 de octubre de 1900, pero tiene que abandonarlo el 25 de febrero de 1901, cuando la Infanta Mercedes, Princesa de Asturias, se casa con don Carlos de Borbón.

Sagasta retorna al gobierno el 5 de marzo de ese año, donde permanece hasta que Alfonso XIII asciende al trono.

B. El Reinado de Alfonso XIII (1902-1931). Alfonso XIII comienza su reinado después de haber sido declarado mayor de edad por las Cortes el 17 de mayo de 1902. Dos años más tarde se casa con la princesa inglesa Victoria de Battemberg, con la que procrea seis hijos.

Emilio González López indica sobre el reinado de Alfonso XIII:

El reinado de Alfonso XIII se inauguraba con las mejores perspectivas de regeneración nacional. Habían desaparecido de la escena política española Cánovas y Sagasta, los dos políticos más responsables del desastre de la guerra con los Estados Unidos y de la pérdida de sus colonias; y en su lugar habían aparecido en el partido conservador otros jefes, como Silvela, a los que

apenas les tocaban las salpicaduras del desastre; y otros, como Maura, caudillo de la facción gamacista desde la muerte de Germán Gamazo (1901).<sup>3</sup>

Durante el Reinado de Alfonso XIII se suceden, como ocurrió durante la Regencia, una serie de gobiernos.<sup>4</sup>

Los dos viejos caudillos, que habían monopolizado la política nacional durante la Regencia, fueron superados en este período tras la muerte de Sagasta en 1903. Eugenio Montero Ríos ocupa la presidencia del Partido Liberal, Francisco Silvela, sucesor de Cánovas del Castillo, renuncia a la jefatura del Partido Conservador el 24 de octubre de 1903. Antonio Maura ocupa su lugar el 11 de noviembre.

Tres años más tarde (1906), en Gerona, se organiza la Solidaridad Catalana, proclamada por los distintos delegados de los

---

<sup>3</sup> Emilio González López, Historia de la civilización española, p. 597.

<sup>4</sup> Estos son: Práxedes Sagasta (1902); Francisco Silvela (18 de junio de 1903); Antonio Maura (4 de diciembre de 1903) -quien fue proclamado jefe del Partido Conservador el 11 de diciembre de 1903 al renunciar Francisco Silvela el 24 de octubre de 1903; Marcelo de Azcárraga (1904); Raimundo Fernández Villaverde (29 de mayo de 1905); Eugenio Montero Ríos (25 de junio de 1905); Segismundo Moret (22 de octubre de 1909); José Canalejas (9 de febrero de 1910); Álvaro de Figueroa -Conde de Romanones- (1912); Eduardo Dato (27 de octubre de 1913); Álvaro de Figueroa (1915); Manuel García Prieto (20 de abril de 1917); Eduardo Dato (11 de junio de 1917); Manuel García Prieto (3 de noviembre de 1917); Antonio Maura (1918); Manuel García Prieto (9 de noviembre de 1918); Álvaro de Figueroa (3 de diciembre de 1918); Antonio Maura (15 de abril de 1919); Sánchez Toca (19 de julio de 1919); Manuel Allende (12 de diciembre de 1919); Eduardo Dato (3 de mayo de 1920) -asesinado el 8 de mayo de 1921-; Conde de Bugallar (1921); Manuel Allendesalazar (12 de mayo de 1921); Antonio Maura (1921); José Sánchez Guerra (3 de febrero de 1922); Manuel García Prieto (2 de abril de 1922).

partidos de Cataluña: carlistas, republicanos federales y regionalistas. Alejandro Lerroux forma el Partido Republicano Radical.

Entre los gobiernos de esta época merecen destacarse el de Antonio Maura y el de José Canalejas; Maura representaba el conservadorismo, mientras Canalejas defendía el liberalismo. Éste, que murió asesinado por un anarquista el 12 de noviembre de 1912, era partidario de la libertad de cultos y de su control por el estado.

En 1914, mientras Eduardo Dato dirige el gobierno español, estalla en Europa la Primera Guerra Mundial. Dato proclama la neutralidad de España el 30 de junio de ese año.

La política española transcurrió sin mayores consecuencias hasta 1921, cuando el General Fernández Silvestre, jefe militar de la Comandancia de Melilla, reinició la guerra en Marruecos. Abd-el-Krim, jefe de los rifeños, derrota a los españoles en Annual, el 23 de julio de ese año.

Gloria Giner de los Ríos resume esta vieja cuestión del siguiente modo:

En el año de 1909, con motivo de un ataque de los rifeños a unas minas de Riff, se enviaron tropas a Marruecos. En algunas ciudades de la península, se produjeron movimientos de protesta, negándose las mujeres a que saliesen sus hijos otra vez para una guerra que no interesaba más que a unos pocos españoles. Se hicieron embarques por sorpresa y las tropas llegaron a la costa africana en tan malas condiciones y con tal cansancio que, cogidas de improviso en el Barranco del Lobo, fueron víctima de un fin desastroso. Continuó la guerra algún tiempo, pero se hizo una paz que duró hasta 1921. En este año se hundió la Comandancia de Melilla y el general Picasso abrió un expediente para averiguar las causas y los causantes, lo que produjo gran agitación en el país. En 1923 el Congreso formó una Comisión para revisar

el Expediente Picasso y exigir las responsabilidades. Para evitarlo el grupo de militares que los tenía dió un golpe de Estado.<sup>5</sup>

Toda esta situación trae como resultado que el General Miguel Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña dé un golpe de estado el 13 de septiembre de 1923.

C. La Dictadura del General Miguel Primo de Rivera (1923-1930). Miguel Primo de Rivera -Marqués de Estella-, se apodera del poder en Barcelona el 23 de septiembre de 1923, con el consentimiento del Rey y el respaldo de los militares. Entonces, Alfonso XIII le encomienda la organización de un gobierno integrado exclusivamente por militares, al cual se le denominó Directorio Militar. Éste abolió las Cortes y suprimió la Constitución ese mismo año. Como se recordará, la Constitución había sido promulgada en 1876 bajo el reinado de Alfonso XII. Las Cortes habían sido convocadas por Cánovas del Castillo, entonces Presidente del Consejo de Ministros.

Primo de Rivera, admirador de Benito Mussolini y el fascismo italiano, orientó su gestión dictatorial hacia una colaboración muy cercana con Italia, apartándose del parlamentarismo a las maneras inglesa y francesa. Por tal razón, viajó a aquel país en compañía del Rey en noviembre del mismo año que asaltó el poder. Suscribió, en esos días, un tratado de arbitraje, conciliación y paz con el Duce. Dos años más tarde ambas naciones estrechan aún

---

<sup>5</sup>Gloria Giner de los Ríos, Manual de historia de la civilización española, p. 151.

más sus relaciones con la firma de un tratado de neutralidad que asegura la amistad entre sus gobiernos a partir del 9 de agosto de 1925.

El Dictador, emulando a su colega italiano, se da a la tarea de crear un partido único, la Unión Patriótica, a fin de sustituir los antiguos partidos de la monarquía que se encargaban de la administración y la gobernación del Estado. Esta política, naturalmente, trajo como consecuencia que los partidos tradicionales engrosaran las filas del republicanismo. Sólo el Partido Socialista -no sin que sufriera disensiones internas- y la Unión General de Trabajadores se prestaron a colaborar con el régimen. La Confederación Nacional del Trabajo, por otra parte, se puso de frente a la Dictadura desde el comienzo.

Toda esta situación de falta de libertades ciudadanas y de opresión motivó protestas y alzamientos populares. Una de las primeras víctimas fue don Miguel de Unamuno, quien, como resultado de la publicación de un artículo en Argentina, fue desterrado en febrero de 1924 a la isla canaria de Fuerteventura, de donde huyó a París. El 7 de noviembre de este año ocurre el primer conato de rebelión armada contra el Directorio, organizado por los sindicalistas en la frontera francesa. Los estudiantes y los intelectuales dejan también sentir su protesta por el cierre del Ateneo de Madrid.

Primo de Rivera puso fin al Directorio Militar el 3 de diciembre de 1925 ante la creciente protesta popular. Instauró, en su lugar, lo que se conoce como la Dictadura Civil, en la que sólo figuraban dos militares en las carteras de Marina y Guerra y Gobernación.

En fin, una serie de conspiraciones y levantamientos fueron debilitando la Dictadura. En 1926 fue descubierta una conspiración en la que estaban envueltos Álvaro de Figueroa, Conde de Romanones, y los generales Weyler y Aguilera. Los artilleros, el cuerpo más conservador y aristocrático del ejército, se pusieron también de frente a Primo de Rivera como resultado de una disputa por los ascensos. El cuerpo de artillería fue disuelto y reorganizado más tarde. Francisco Maciá, quien fue una vez diputado y oficial del ejército, efectuó un ataque a la frontera con un grupo de nacionalistas catalanes el 10 de enero de 1927. José Sánchez Guerra, antiguo ministro de Gobernación de Antonio Maura, desembarcó en Valencia, procedente de Francia, con la intención de realizar un alzamiento en enero de 1929. Finalmente, la dimisión de José Calvo Sotelo al Ministerio de Hacienda, en enero de 1930, abocó al Régimen a su disolución. Ese mismo mes, Primo de Rivera, sin el respaldo del Rey ni de los militares, se ve precisado a renunciar (el 28 de enero) y marchar a París, donde murió el 16 de marzo, apenas dos meses después.

Hugh Thomas apunta, a modo de resumen:

La dictadura del general Primo de Rivera, pues, se impuso. Había de durar hasta enero de 1930. Constituyó un periodo interesante. Se contaba que en la entrevista que tuvo Alfonso XIII con el rey Víctor Manuel de Italia, presentó a Primo de Rivera diciendo: "Mi Mussolini". El general no tenía, sin embargo, nada de fascista. No poseía ni masas que le siguieran ni una política exterior expansionista. El partido que creó, Unión Patriótica, nunca tuvo prestigio, ni fuerza. Aunque encarcelara a los que protestaban contra su gobierno y hubiera prohibido todos los partidos, hubo pocas ejecuciones por motivos políticos durante los siete años que estuvo en el poder.

.....  
Fue una época de planes maravillosos, en España como en

otros países: se comenzaron grandes obras para la transformación de secanos en regadíos, aunque solamente en la cuenca del Ebro. Se celebró la gran exposición en Barcelona. Se desarrolló la producción industrial a un ritmo tres veces más rápido que anteriormente. Con la ayuda de Francia, el dictador liquidó la interminable plaga de la guerra de Marruecos, cuyo carácter escandaloso, tanto desde el punto de vista de las operaciones como de los gastos militares, había sido el motivo principal que le había llevado al poder.<sup>6</sup>

Señala también que fueron dos las causas que contribuyeron principalmente a su caída: 1º, "su desprecio por la clase media española profesional y liberal"; y, 2º, "la crisis mundial de 1929 que derrumbó los grandiosos planes financieros que había elaborado el general."<sup>7</sup>

Pese a algunos logros de la Dictadura, como el fin de la guerra en Marruecos -victoria de Alhucemas (1925)-, la construcción de puentes y carreteras y el auge del turismo, la crisis política española era ya irreversible.

D. El Gobierno Provisional del General Dámaso Berenguer y Fusté (1930-1931). Alfonso XIII ordenó al General Berenguer y Fusté organizar un gobierno de transición entre la Dictadura y el antiguo régimen constitucional. El Partido Conservador resurge con Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura y se crea el Partido Republicano Gallego de Santiago Casares Quiroga.

Los representantes de los partidos antimonárquicos se reúnen el 17 de agosto de 1930 y firman el Pacto de San Sebastián. Este pacto creaba un Comité Central Revolucionario que aspiraba a im-

---

<sup>6</sup>Hugh Thomas, La guerra civil española, p. 15.

<sup>7</sup>Ibid., p. 16.

plantar la República. Don Niceto Alcalá Zamora encabezó el Comité Central que, inmediatamente, preparó un levantamiento armado unido a una huelga general. No obstante, unos oficiales impacientes se adelantaron al plan y proclamaron la República en la ciudad de Jaca, Aragón, el 15 de diciembre de 1930. Sin embargo, los sublevados fueron derrotados por el gobierno en un encuentro que sostuvieron en Huesca. El Comité Central fue encarcelado en Madrid.

E. El Gobierno del Almirante Juan Aznar (1931). Juan Aznar inicia su gobierno el 14 de febrero de 1931. Inmediatamente se impuso la tarea de organizar elecciones a nivel municipal que abrieran el camino a unas elecciones generales, exigidas por el pueblo con el propósito de organizar las Cortes. Mas, la agitación pública no cesaba. Se creaban partidos, como el denominado Al Servicio de la República, que encabezaban José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. Las universidades se cerraban.

Los integrantes del Comité Revolucionario fueron puestos en libertad en marzo y el 12 de abril se celebraron las elecciones municipales, en las que participaron los partidos antidinásticos. Una coalición de republicanos y socialistas obtiene la victoria. La Corona Española se derrumba para dar paso a la Segunda República Española, pero el problema de la tierra, que no logró resolverse durante la monarquía, tampoco en la República logrará su solución.

Por eso, dos estudiosos de este momento han asegurado:

En definitiva, un puñado de grandes propietarios dominaba la tierra de España. Los "oligarcas", como dicen sus adversarios, habían sabido preservar a lo largo de los siglos, lo esencial de sus privilegios y de su fortuna en detrimento de la masa campesina. La monarquía fue su régimen. El único verdaderamente

conforme a sus intereses y a sus aspiraciones. Para salvarla aceptaron, en 1923, el pronunciamiento que habría de inaugurar la dictadura del general Primo de Rivera. En 1930, fue el consentimiento general del rey y de los oligarcas el que expulsó a Primo de Rivera y llamó al general Berenguer. En 1931, la proclamación de la República se llevará a cabo sin violencia: será la "gloriosa excepción" de una "revolución pacífica", como lo proclamó por radio el gran propietario Alcalá Zamora, tornado presidente. La monarquía cedió su lugar a la República, sin que, en lo esencial, se hubiese tocado el régimen económico y social. Alfonso XIII abandonó España, pero no abdicó. Los oligarcas, casi en su totalidad, permanecieron fieles a él. Conservaron, en el nuevo régimen político, los sólidos pilares que, eternamente, han apoyado su dominación: la Iglesia y el Ejército.<sup>8</sup>

F. La Segunda República Española (1931-1936). El Comité Central Revolucionario se hace cargo del poder y proclama la República el 14 de abril de 1931. Alfonso XIII, abandonado por el clero, los militares, los profesionales y los obreros, se marchan del país.

Don Niceto Alcalá Zamora, jefe del Partido Republicano Conservador, preside el gobierno provisional. En él estaban representados todos los partidos antidinásticos como el Partido Radical, el Partido Socialista, el Partido Acción Republicana, el Partido Federación Republicana Gallega y los partidos catalanes.

Uno de los problemas inmediatos que se le presentaba al nuevo gobierno era la convocatoria de las Cortes Constituyentes para determinar la forma de gobierno de la nación y su estructura política. Mientras se organizaban las Cortes, el país se regía

---

<sup>8</sup>Pierre Broue y Emile Temime, La revolución y la guerra de España, p. 30-31.

por un estatuto jurídico. Alcalá Zamora recibe nuevamente la Presidencia del Gobierno que se transforma de revolucionario en legal.

Sobre las Cortes Constituyentes se ha dicho:

A los dos meses se convocaron elecciones a diputados a Cortes. Éstas quedaban reducidas a una sola Cámara: el Congreso. El triunfo fue rotundo, resultando la mayoría socialista la más numerosa de todas. Estas Cortes dieron el 9 de diciembre una Constitución liberal y democrática. Pero la implantación del laicismo en la enseñanza, la libertad de cultos, el sometimiento de todas las congregaciones religiosas a una ley especial y la nacionalización de sus bienes, causó disgusto en varios sectores y provocó disenciones dentro del mismo gobierno que ocasionaron la crisis ministerial que dió la presidencia del Consejo de Ministros a don Manuel Azaña.<sup>9</sup>

Las discusiones sobre cuestiones religiosas dan lugar a que Alcalá Zamora y Miguel Maura dimitan.

1. El Bienio Izquierdista (1931-1933). El socialista Julián Besteiro, entonces Presidente de las Cortes, dispuso que Manuel Azaña, jefe del Partido Acción Republicana, formara gobierno. La Constitución [7] "en la que se separaba la Iglesia del Estado, se declaraba la absoluta libertad de cultos y se sometían las órdenes religiosas a una ley especial, ordenándose la disolución en España de la Compañía de Jesús" [7],<sup>10</sup> se aprueba el 9 de diciembre de 1931.

Niceto Alcalá Zamora fue electo Presidente de la República

---

<sup>9</sup>Gloria Giner de los Ríos, Op. cit., p. 154.

<sup>10</sup>Emilio González López, Op. cit., p. 665.

el 10 de diciembre:

Jurados la Constitución y el cargo, don Niceto designó a Manuel Azaña como indiscutible jefe del Gobierno, para lo que sería el primero de los bienios en que suele dividirse la historia de la República.<sup>11</sup>

Una parte del ejército se subleva para derrocar al gobierno de la República, como consecuencia de las medidas tomadas por éste en lo que respecta a la reducción del aparato militar; la acentuación del laicismo estatal, con el correspondiente sometimiento a la ley de las órdenes religiosas, el cierre de centros de enseñanza católica y el impulso dado a la reforma agraria, entre otros asuntos.

Semejante situación puso de manifiesto que, si el ejército había "aceptado" la República, éste estaba dispuesto a retirarle su apoyo tan pronto como pusiera en peligro sus intereses y el de los oligarcas.

Las izquierdas resultaron derrotadas en las elecciones municipales del 23 de abril de 1933. Entonces, Manuel Azaña dimite el 13 de septiembre de ese mismo año.

Para sintetizar la labor de Manuel Azaña durante estos años, podemos hacer referencia a las palabras de Pierre Broué y Émile Témine:

Su primer gobierno decepcionó profundamente a quienes no esperaban nada de la monarquía, pero estaban dispuestos a esperarlo todo de la República. La ley agraria atacó solamente el problema de los latifundios, haciendo caso omiso del drama de la vida precaria de los pequeños agricultores. En dos años, solamente 12,000 campesinos, de los millones

---

<sup>11</sup>Ricardo de la Cierra, Historia ilustrada de la guerra civil española, I, p. 130.

que tenían hambre de tierra, recibieron un lote que, por lo demás, tenían que pagar, pues los grandes propietarios fueron indemnizados.

La reforma del ejército no tuvo más resultado que la separación de los oficiales republicanos, contentísimos de retirarse de los cuadros del ejército con sueldo entero; los jefes monárquicos se quedaron. El esfuerzo del gobierno (sic) Azaña en el campo de la reforma social fue completamente aniquilado por las consecuencias de la crisis mundial en la economía española. Su legislación anti-católica levantó contra él a buena parte de las clases medias, sin amenazar seriamente a las ciudadelas del clericalismo. Y sobre todo, frente a la agitación obrera y campesina, el orden se mantuvo con más firmeza que contra los monárquicos. La "Ley de defensa de la República" hizo posible una represión que no tenía nada que envidiar, en cuanto a severidad, a la de la monarquía. La "guardia civil", heredada de la monarquía, permaneció intacta. Se creó, a manera de doble, otro cuerpo de policía reclutado entre los republicanos: "la guardia de asalto" no menos enérgica en su acción contra los obreros y los campesinos.<sup>12</sup>

Tras la dimisión de Azaña, Alejandro Lerroux forma un gobierno de concentración republicana, el cual dura muy poco tiempo debido a que los socialistas y los izquierdistas tenían mayoría en las Cortes y se dedicaron a la tarea de obstruir sus iniciativas.

Diego Martínez Barrio, de la línea radical, organiza nuevo gobierno el 3 de octubre de 1933.

2. El Bienio Radical (1933-1936). A Martínez Barrio le corresponde presidir las elecciones generales del 19 de noviembre de 1933. Estas elecciones fueron ganadas por las derechas y el Partido Radical.

Como su labor era presidir las elecciones, Martínez Barrio deja el poder para que Alejandro Lerroux forme gobierno el 17 de

---

<sup>12</sup>Pierre Broue y Emile Temime, Op. cit., p. 47-48.

diciembre. Lerroux quiere atraer a su gobierno a la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), cuyo jefe era José Gil Robles, catedrático de la Universidad de Salamanca.<sup>13</sup>

Se toman una serie de medidas, como la concesión de la libertad a la gente de derecha que había participado en las sublevaciones contra el gobierno izquierdista. Ello provoca que Alcalá Zamora expresara en el Parlamento objeciones que, entre otras cosas, llevaron a Lerroux a abandonar el gobierno en abril de 1934. Lo sustituye el radical Ricardo Samper.

Los dos grandes problemas que tuvo que afrontar Samper fueron las distintas oposiciones del País Vasco y los desacuerdos de Cataluña. Las Cortes le retiraron su apoyo el 1.º de octubre de 1934, al no lograr una solución satisfactoria de estos problemas.

Alejandro Lerroux se reintegra en el Gobierno, lo que permite la entrada de la CEDA en la Cámara como el partido más numeroso. Esta circunstancia propicia una rápida reacción de los

---

<sup>13</sup> Pierre Broue y Emile Temime, *Ibid.*, p. 40-41, explican: "La C.E.D.A. fue, desde 1934 hasta 1936, el alma de la coalición con los republicanos de derecha, que destruyó sistemáticamente todas las realizaciones del primer gobierno republicano. Estos dos años, bautizados con el epíteto de Bienio negro por los republicanos y por los socialistas, presenciaron el aplazamiento de la reforma agraria, la baja sistemática de los salarios, la reintegración en los puestos de mando de los oficiales monárquicos separados por un instante. Feroz en la represión de la insurrección de los mineros asturianos, la C.E.D.A. abandonó la coalición gubernamental cuando el presidente de la República se negó a ordenar la ejecución del jefe de la insurrección, el dirigente socialista González Peña. Se opuso a las reformas, por demás modestas, en favor de los yunteros, propuestas por uno de sus miembros, el ministro de Agricultura, Jiménez Fernández. En 1935, la C.E.D.A. era candidato al poder, que deseaba ejercer, en lo sucesivo, ella sola." (Subrayados del autor.)

socialistas, quienes rompen toda relación con el gobierno y dirigen una huelga general. Los partidos republicanos de izquierda se les unen. Pero el gobierno sofoca prontamente el movimiento.

Esta situación se conoce como la Revolución de Octubre y constituye el inicio de los acontecimientos que más tarde llevarían a la Guerra Civil. Vale la pena destacar el hecho de que este levantamiento fue dirigido por un partido gubernamental: el Partido Socialista, el más importante de las izquierdas.

La caída de Lerroux se produce el 25 de septiembre de 1935, tras un debate suscitado en el Parlamento sobre la incumbencia del gobierno en la concesión de un permiso para que operara un aparato de juego (estraperlo). Le sucede Joaquín Chapapietra, quien dura sólo dos meses en el gobierno, hasta el 10 de diciembre de 1935, cuando se plantea en el Parlamento el caso Nombela, sobre concesiones a una empresa poseedora de negocios en las colonias españolas en África.

Manuel Portela Valladares, de orientación centrista, formó gobierno, pero disuelve las Cortes, al no encontrar apoyo. Convoca a elecciones generales el 17 de enero de 1936.

G. El Frente Popular (1936). Todos los partidos de izquierda, con representación parlamentaria, se unieron el 15 de enero de 1936, en lo que se conoce como el Frente Popular, para encarar estas elecciones.

El Frente Popular triunfa en las elecciones generales con 256 diputados. Las derechas sólo obtienen 142 diputados a las Cortes. Estas elecciones fueron presididas por Manuel Portela Valladares. El centro, con Portela Valladares, sólo pudo elegir

55 diputados. Manuel Azaña ocupa el gobierno el 18 de marzo de 1936. Trata de implantar nuevamente la política izquierdista del primer bienio.

El Frente Popular impulsa los siguientes propósitos: la restitución de las instituciones liberales puestas en práctica en los años de 1931-1933; la libertad de los presos políticos detenidos durante la Revolución de Octubre; la vuelta de los obreros despedidos, por motivos políticos, a sus empleos; la reforma de las leyes; la concesión de la autonomía a las regiones vasca y gallega; la aceleración de la Reforma Agraria y el mejoramiento de la instrucción pública.

La República se debatía entre las izquierdas, quienes pasaron a ocupar las tierras en muchos lugares del país, y las derechas, encabezadas por la Falange Española, fundada el 29 de octubre de 1923 por José Antonio Primo de Rivera.

Las filas de la Falange estaban integradas por oficiales del ejército, estudiantes y personas que habían participado en la guerra de África.

Las juventudes comunistas y socialistas se unen en marzo de 1936 bajo la dirección de Francisco Largo Caballero, exigiendo el poder para las masas proletarias y campesinas.

Las izquierdas dentro del Parlamento deponen al Presidente Niceto Alcalá Zamora, en mayo de 1936, y proclaman a Manuel Azaña como el nuevo Presidente de la República. Alegaron para ello que había sido injustificada la disolución de las Cortes Constituyentes.

Santiago Casares Quiroga forma gobierno, pero se ahonda la crisis entre los bandos.

El año de 1936 representa una superación revolucionaria del movimiento iniciado en 1931. Lo que significa que ahora, antes de mirar a los cambios en la estructura de Gobierno, se apunta hacia la transformación radical de la sociedad. Es una revolución político-social-económica la que el pueblo defiende y por la que se lucha.

Se comienza a redistribuir la riqueza nacional. Se atiende al problema agrario, tan fundamental, tanto en 1931, como en 1936. Durante los primeros meses se reparten parcelas al campesinado, pero más tarde éste procede a ocupar las propiedades privadas.

Como estas medidas no convenían a las derechas, éstas se integran para impedir el triunfo de la Revolución Social anunciada por Largo Caballero. Intentan crear el caos en el país. El pueblo pide que se disuelva la Falange Española y el 14 de marzo de 1936 se detiene a Primo de Rivera junto a otros dirigentes. Las operaciones clandestinas proliferan y se organiza la sublevación para derribar al Frente Popular. Este levantamiento fue precipitado por el asesinato del líder monarquista, dirigente del Bloque Nacional, José Calvo Sotelo, el 13 de julio de 1936.

Hugh Thomas expone las razones del fracaso de la República de la siguiente forma:

La segunda república española fracasó porque, desde sus principios, no fue aceptada por poderosas fuerzas políticas tanto de la derecha como de la izquierda. A los anarquistas el primer gobierno de Azaña y los socialistas les había parecido "lento y legalista". Además, al intentar resolver los problemas más urgentes con los que entonces se enfren-

taba España (y cuya existencia había llevado al derrumbamiento de los regímenes anteriores) apartó de su lado a muchos que, en principio, hubieran estado dispuestos a colaborar con ella. Los cinco años y medio de la República constituyeron, pues, una época durante la cual, debido a las pasiones excitadas por las crisis que la precedieron y acompañaron, se fueron formando dos bandos contrarios, lo suficientemente poderosos ambos como para impedir la victoria inmediata de uno de ellos en el caso de que llegara la guerra. A partir del hundimiento real de la Monarquía en 1808, había habido en España tres controversias principales: la oposición entre la Iglesia y los liberales; la lucha entre los propietarios de tierras y posteriormente la burguesía por un lado, y las clases obreras por otro; y la división entre los que demandaban derechos regionales de uno u otro tipo (principalmente en Cataluña y las provincias vascas) y los que abogaban por el estricto dominio central castellano. Cada una de estas disputas se habían avivado con sus interferencias recíprocas, de manera que cualquier intento de moderación por parte de alguno de los grupos enfrentados quedaba extinguido por un incremento de la violencia por parte del otro.<sup>14</sup>

El 18 de julio de 1936 se declaró la rebelión: la Guerra Civil era inevitable.

H. La Guerra Civil Española (1936-1939). Los españoles habían querido adelantar el desarrollo del país formando una República de Trabajadores. Pero las derechas no vieron con buenos ojos el plan puesto en marcha por el Frente Popular y no estaban dispuestos a tolerar, especialmente, que se les quitaran los privilegios a las clases acomodadas. Tampoco aceptaban que el Estado tratara de funcionar aislado del Ejército y de la Iglesia.

Por tales motivos, la derecha (falangistas, carlistas, nacionalistas) recibió el apoyo del alto clero, del ejército y de los latifundistas, respaldo que posibilitó el levantamiento del 18 de julio de 1936, el cual fue extinguido en algunas ciudades (Madrid, Barcelona, Valencia), quedando la lucha reducida a Marruecos.

---

<sup>14</sup>Hugh Thomas, Op. cit., p. 129-130.

Ante la crisis desatada, Casares Quiroga dimite, sucediéndole Martínez Barrio. Casares Quiroga pensaba que Martínez Barrio habría de solucionar pacíficamente el problema. Éste, al no poder conseguirlo, deja el gobierno en manos de José Giral, de Izquierda Republicana.

Emilio González López define la posición de la República, con relación al resto de Europa, durante esta guerra:

La República Española, que había mantenido una política de estricta neutralidad en los problemas de Europa, no contaba con un aliado, ni siquiera con un serio amigo, entre las naciones europeas.

.....  
En contraste con los republicanos, las fuerzas de derecha contaban con amigos y favorecedores entre los pueblos de Europa: los monárquicos a Mussolini; los falangistas a éste y a Hitler; los militares sublevados a uno y a otro; y en la frontera española, Portugal, que vivía temeroso de la República, estaba dispuesto a ayudar al establecimiento en España de un régimen análogo al suyo.<sup>15</sup>

Los jefes principales del levantamiento eran, en el sur, el General Francisco Franco, y en el norte, el General Emilio Mola. El General José Sanjurjo había muerto en un accidente de avión en Lisboa cuando trataba de ir a España a incorporarse a la revolución.

El 10 de agosto de 1936 Franco toma Mérida y el 13 de agosto a Badajoz. Unidos estos dos puntos continúa hacia Madrid. Mola tomó a Irún y a San Sebastián el 13 de septiembre. Franco continuaba avanzando hacia Madrid. Ante su cercanía, el gobierno de Giral dimite, formando gobierno Largo Caballero el 4 de septiembre de 1936. Esta es la "primera vez en la historia de España que el

---

<sup>15</sup>Emilio González López, Op. cit., p. 675-676.

gobierno era presidido por un socialista. Por primera vez también, que los partidos obreros (socialistas y comunistas) tenían mayoría en el seno del gobierno."<sup>16</sup>

El ejército rebelde conquista Extremadura y, el 3 de septiembre, a Talavera de la Reina, ayudados por los alemanes, los italianos y los portugueses. Se pensaba que, una vez tomada Talavera de la Reina, Franco se dirigiría directamente a Madrid:

Desde el punto de vista militar se argumenta que Franco no se atrevió a avanzar hacia Madrid, porque la presencia de fuerzas republicanas en Toledo hubiese representado una amenaza muy seria para el flanco y la retaguardia de su ejército.

Pero el factor más importante fue, sin duda, el político: no olvidemos que en esos días Franco no había logrado aún ser designado como jefe del Estado fascista. Y necesitaba fortalecer su posición tanto política como militarmente, para imponer ese nombramiento a los otros generales rebeldes. Ese era uno de sus objetivos en la marcha hacia Toledo.<sup>17</sup>

Franco, pues, descontando Madrid, se dirige hacia Toledo. Con la toma de éste, el 1.º de octubre, fue electo Generalísimo de los nacionalistas y Jefe del Estado de la zona rebelde.

El 24 de agosto se firma un pacto de no intervención entre Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia, Italia y Portugal para no enviar armas ni a los rebeldes ni a los republicanos.

Franco continúa avanzando hacia Madrid, hasta que el 7 de noviembre ataca. El ataque dura varios días, durante los cuales es rechazado por los republicanos. Entonces, Alemania e Italia

---

<sup>16</sup> Dolores Ibárruri, et. al., Guerra y revolución en España 1936-1939, p. 49.

<sup>17</sup> Ibid., p. 59.

reconocen el gobierno de Franco el 18 de noviembre de 1936 como el único de España y envían refuerzos para que éste pueda tomar la ciudad. Por su lado, los republicanos recibían ayuda de la U.R.S.S.

Franco ensaya un ataque por el norte de Madrid, con ayuda de los alemanes, en diciembre de 1936. Fue rechazado el 8 de febrero de 1937. Una vez más fracasa, pero los franquistas, ayudados por los italianos, atacan nuevamente, esta vez a Guadalajara, donde resultan vencidas las huestes de Mussolini el 8 de marzo de 1937.

I. El Gobierno de Juan Negrín. La caída de Largo Caballero (atribuida a una serie de intrigas por parte de los comunistas) lleva al gobierno al socialista Juan Negrín el 17 de mayo de 1937.

El General Mola, mientras tanto, bombardea la ciudad de Guernica el 27 de abril. El 19 de junio, los franquistas tomaron Bilbao y el 25 de agosto a Santander. Faltaba Asturias, en el norte, la que fue tomada el 21 de octubre.

El 4 de agosto de 1937 Franco disponía, desde Salamanca, que el Partido de la Falange Española era el único aceptable al cual debían pertenecer todos los oficiales del ejército. Comienza a conocerse como el Caudillo y forma un gobierno compuesto por tres generales y ocho civiles el 30 de enero de 1938.

El 15 de diciembre de 1937 los republicanos habían tomado la ciudad de Teruel, pero fue reconquistada por los franquistas el 7 de enero de 1938. El 9 de marzo de 1938 toman Lérida (Cataluña).

Indalecio Prieto, quien era Ministro de Guerra, renuncia y

Negrín ocupa su puesto, además del que ya desempeñaba.

Franco continuaba avanzando con su ejército. El 26 de enero de 1939 toma a Barcelona. (Madrid y Valencia seguían en manos de los republicanos.) Manuel Azaña renuncia a la Presidencia el 28 de febrero. Ante la imposibilidad de seguir oponiendo resistencia a las fuerzas franquistas, Negrín se marcha a Francia. El 26 de marzo de 1939 se anuncia oficialmente la rendición de Madrid. El 1.º de abril de 1939 termina la Guerra Civil.

Luego de tres largos años de lucha concluye la guerra fratricida.

Ésta

[...] había significado un millón de muertos y varios millones de heridos, inclusive mutilados. La derrota republicana obligó a la expatriación de unas 350 mil personas, en su mayoría a Francia. Las prisiones franquistas, de acuerdo a una encuesta internacional, llegaron a contener 300 mil hombres y mujeres. Muchos de ellos fueron fusilados, y otros cumplieron trabajos forzados durante varios años.<sup>18</sup>

El triunfo de Franco era de esperarse, dado el apoyo masivo recibido de Alemania, Italia y Portugal, y, por consiguiente, el arribo numeroso de armamentos de superior calidad que el que facilitaban la Unión Soviética, México y Francia a los republicanos. Además, Franco logró unificar con mayor eficacia sus fuerzas, constituidas en torno a los cuerpos castrenses, disciplinados en las tareas de la guerra, frente a la desorganización y la falta de

---

<sup>18</sup> Carlos Rama, Ideología, religiones y clases sociales en la España contemporánea, p. 35.

experiencia de los hombres de la República. También contribuyó enormemente a este triunfo la superioridad de recursos económicos con que contaban los rebeldes. Y, finalmente, no menos importante, el apoyo que recibieron los nacionalistas de la Iglesia Católica Española, ante el temor al comunismo que amenazaba -según ellos- la historia, los valores morales y espirituales de la nación.

J. El Régimen Franquista (1939-1975). El fin de la Guerra Civil significa para España el comienzo de la era de Franco. El decreto del 31 de julio de 1939 instaura en el país un estado de tipo falangista. Franco aseguraba que la sublevación se llevó a efecto para [ ] "defender los valores morales, espirituales, religiosos y artísticos tenidos a lo largo de la historia y para impedir que España cayera en el comunismo y el marxismo."<sup>19</sup>

Desde este momento se impone a España un régimen denominado como "Estado Nacional, Sindicalista, totalitario, autoritario, unitario, imperialista y ético misional."<sup>20</sup> Oficialmente, el partido se designa como Nacional-Sindicalista, pues incorpora a los sindicatos, dándole una tonalidad socializante. Más tarde, en 1947, se define como "Estado católico, social y representativo que, de acuerdo a la tradición, se erige en reino."<sup>21</sup>

Este cambio de nombre no implicaba de ningún modo una reorganización en su estructura política.

---

<sup>19</sup>Francisco Franco, Francisco ha dicho, p. 372.

<sup>20</sup>Carlos Rama, Crisis española del siglo XX, p. 344.

<sup>21</sup>Ibid., p. 333.

Se da, pues, a la tarea de "reconstruir" el País; es decir, a crear la Nueva España, pero con el propósito de extirpar dos ideologías que él consideraba nocivas para el pueblo español: el comunismo y la masonería.

Claude Martín señala:

De la España que intentaba reconstruir, quiso arrancar dos ideologías que él consideraba mortales para el país: el comunismo y la masonería. Esta había sido el alma de la II República española. Sus hombres políticos más importantes, y los generales del ejército rojo en lucha contra los nacionales, fueron todos masones. La masonería había inspirado la política anticlerical y laica que había provocado el levantamiento nacional, y había orientado la República hacia el socialismo, si no hacia el comunismo. Razones, pues, más que suficientes para prohibirla en España. En cuanto al comunismo -tanto el libertario de los anarquistas como el ortodoxo de Moscú- había confirmado con sus crueldades durante la guerra todas las prevenciones que el General Franco alimentaba contra él cuando no era más que jefe del Estado Mayor. El comunismo era para el Caudillo lo que la ideología de la revolución francesa para Metternich: "un mal con el que no transijo". La masonería y el comunismo fueron, pues, declarados fuera de la ley.<sup>22</sup>

Franco visualizaba el fascismo como el único régimen adaptable a la idiosincracia española. Recuérdese su admiración por Hitler y Mussolini.

La Falange era el único partido permitido en su Gobierno y uno de sus puntales.

Claude Martín apunta:

En principio, la Falange debía constituir un escalón intermedio entre el pueblo y el Estado, informar al Gobierno de lo que pensaba el pueblo y observar a éste; proveer de cuadros a los sindicatos y a las organizaciones y encuadrar o formar

---

<sup>22</sup> Claude Martín, Franco, soldado y estadista, p. 346.

al personal administrativo. Sin embargo, teniendo en cuenta que el general Franco era su jefe supremo y que en cada provincia el gobernador civil era al mismo tiempo jefe provincial de la Falange, ésta se encontraba bajo el control del Gobierno. La Falange era, pues, uno de los tres pilares del Estado. Pero no era el Estado.<sup>23</sup>

Las otras dos columnas del Gobierno eran el Ejército y la Iglesia. En cuanto al Ejército, éste aumentó el número de oficiales una vez concluida la guerra; agravando así el problema ya viejo en España de un gran número de oficiales en este cuerpo.

Ramón Tamames comenta:

La influencia del ejército se manifiesta en la política no sólo porque el Jefe del Estado procede de él y es su jefe supremo desde 1936, sino también por su masiva participación en los gobiernos formados desde 1938. De los 90 Ministros que ha tenido Franco, 30 han sido militares. Por otro lado, el ejército controla por completo la fuerza de seguridad (policía armada y guardia civil) a las que suministra por entero su oficialidad. Finalmente, el ejército alimenta también una parte de los cuadros de la Administración Pública a nivel de gobernadores civiles y directores generales, y desempeña asimismo funciones importantes en las empresas públicas, especialmente dentro del INI.<sup>24</sup>

Tenemos, pues, que sólo existía un partido: la Falange Española, el cual era apoyado principalmente por el Ejército. Su Caudillo era el Generalísimo Francisco Franco, nombrado Jefe del Gobierno del Estado Español en el decreto del 29 de septiembre

---

<sup>23</sup>Ibid., p. 348.

<sup>24</sup>Ramón Tamames, La República. La Era de Franco, p. 372. INI es el Instituto Nacional de Industria, creado el 30 de septiembre de 1941.

de 1936. Él tenía todos los poderes para dirigir la vida del país.

La Iglesia, que durante los años de 1931 a 1936 trató de separarse del Estado, fue dotada nuevamente de privilegios. El Credo Católico fue declarado la religión oficial de España. La enseñanza retornó a manos del Clero.

Esta mantiene una relación muy estrecha con el Estado, unión que se formaliza en el concordato de 1953. Su participación en la vida pública se evidencia en las Cortes, Consejo del Reino, Consejo de Estado, etc. También tiene sus capellanes en un sin número de organizaciones, como las fuerzas armadas, sindicatos y su intervención en la censura es palpable.

1. España y la Segunda Guerra Mundial: Política Exterior (1939-1945). Apenas terminada la Guerra Civil Española, Europa se envuelve en un conflicto bélico de dimensiones mundiales. Como resultado de las relaciones de España con uno de los bandos en beligerancia, el Eje (Alemania, Japón e Italia), por haber recibido auxilio de los nazis para combatir a los republicanos, Franco desarrolla una política inicial de acercamiento a sus benefactores entre 1939 y 1941. Estaba moralmente obligado a brindarles cierto apoyo en estos momentos. Además, la supremacía alemana al principio de la guerra, hacía que muchos españoles se sintieran inclinados a luchar a su lado.

El 23 de octubre de 1939, Franco se entrevistó con Hitler en Hendaya. Hitler desea la participación de España en la guerra, pero el Caudillo sabía que no estaban en condiciones de hacerlo, dada la situación española después de la Guerra Civil, sin embargo

no puede negarse abiertamente a apoyar a Hitler.

No llegan a ningún acuerdo, pero redactan un tratado donde se establece que España intervendrá en una fecha próxima y que, a cambio de ello, Alemania le proveerá de armas y provisiones. En cuanto a los territorios coloniales interesados por España en África, no se precisó nada. Esta entrevista se celebró el 23 de octubre de 1940.

Ese mismo año, con el ingreso de Italia en la guerra en 1940, Franco proclama la no beligerancia de España, al mismo tiempo que reorganiza su gobierno. No obstante, cuando Hitler invadió Rusia (1941), Franco envía la División Azul a combatir el comunismo en su propio país. Los legionarios eran voluntarios bajo el mando del General Agustín Muñoz Grandes.

Pero, es a partir del desembarco aliado en Casablanca (Marruecos), el 8 de noviembre de 1942, que España manifiesta su neutralidad en el conflicto.

Claude Martín indica que //" La política decidida por Franco y sus ministros para salvar la neutralidad española consistía en multiplicar los gestos y las palabras de amistad hacia Alemania sin ceder nada de importancia."<sup>25</sup>

Franco estrechó su relación con Portugal con el Protocolo de Lisboa del 20 de diciembre de 1942 para solidificar su neutralidad. Previo a este protocolo, el Jefe de Estado se entrevistó con Antonio de Oliveira Salazar en Sevilla, el 17 de febrero de 1942.

---

<sup>25</sup>Claude Martín, Op. cit., p. 389.

Con la conquista de gran parte de África del Norte y la derrota del Mariscal Erwin Rommel, Franco adivina que el Eje no tendrá un final glorioso. Decide, por lo tanto, mediar entre unos y otros enemigos, hacerles ver que prolongar esa guerra era interés exclusivo de Rusia, nación muy peligrosa para la paz exterior, según sus concepciones. Con esos propósitos, intentaba acercarse a Inglaterra, para que ella pudiera advertir al mundo sobre ese "peligro".

2. Rechazo del Régimen Franquista. Una vez terminada la guerra, el régimen franquista fue condenado por los países vencedores en la Conferencia de Berlín o Postdam, efectuada del 2 al 4 de agosto de 1945. Luego, al reunirse las Naciones Unidas, el 8 de febrero de 1946, dejan fuera a España. Algún tiempo después, el 1º de junio de 1946, declararon que la España franquista era una amenaza para la paz de Europa. Los países aliados, por una solicitud de Polonia, retiran sus embajadores de Madrid y Francia cierra su frontera con España.

Ante estas presiones, Franco toma una serie de medidas para "democratizar" su gobierno; entre otras: deja a un lado manifestaciones externas como el saludo con el brazo en alto, a la manera nazi; proclama los derechos de los ciudadanos españoles y aprueba la Ley de Sucesión, el 1º de abril de 1947, en la que se consigna que España es un régimen monárquico, sin establecer una fecha exacta para su reinstalación, por lo cual él continuaría en el poder hasta que ese momento llegara.

3. Acercamiento al mundo exterior. El único país que respaldaba desde un principio la dictadura de Franco era Portugal.

Más tarde, algunas naciones se fueron acercando a España. Entre ellas, Francia, cuya frontera con España se abrió en febrero de 1948.

El Congreso de los Estados Unidos aprobó un préstamo por \$60,000,000, en 1950, el cual fue vetado por el Presidente Truman. Pero, poco tiempo después, los Estados Unidos iniciaron relaciones diplomáticas con el gobierno de Franco y establecieron negociaciones para instalar bases militares en España que pudieran defender a Europa en caso de un ataque soviético. España ingresa en la UNESCO el 7 de noviembre de 1952. El 20 de septiembre de 1953, Estados Unidos y España acuerdan un tratado de alianza militar y de ayuda económica, por medio del cual la primera recibía \$226,000,000, por permitir al segundo construir bases aéreas en su territorio. España concede, finalmente, permiso a los Estados Unidos en 1956 para edificar dichas bases en Cádiz. El 14 de diciembre de ese mismo año ingresa en las Naciones Unidas. El "mundo occidental" le abre sus puertas.

En cuanto a las relaciones entre España y el Vaticano, hubo una serie de convenios, entre los años de 1941 a 1950, que fueron ratificados y ampliados en el Concordato firmado el 25 de agosto de 1953.

Entre los acuerdos tomados figuran los siguientes: el Caudillo podía intervenir en el nombramiento de obispos; se declaró la religión católica la oficial de España; se estableció la subvención económica a parroquias, seminarios y universidades de estudios eclesiásticos; se abolió la Ley de Divorcio de 1932;

se extendió asistencia religiosa al ejército, etc. Una vez firmado el Concordato se añadieron otros privilegios a la Iglesia Católica.

María Carmen García-Nieto resume la actitud franquista, en la política exterior, de la siguiente manera:

España, durante las dos primeras [situaciones internacionales en Europa: 1º triunfo del Eje; y, 2º, las derrotas de Alemania e Italia], pasó de la neutralidad a la no beligerancia para volver a la neutralidad. Franco, político sumamente hábil, apoyando fundamentalmente al Eje en los primeros años del conflicto bélico, no sólo con hombres en el frente -la División Azul- sino también con españoles que ofrecían su fuerza de trabajo en la retaguardia, evitó la entrada directa de España en la guerra, sabiendo mantenerse firme frente a Hitler, y acercándose oportunamente a los aliados. Existe una constante a lo largo de las diversas fases de la guerra mundial, durante el período de la "guerra fría" y que perdura todavía hoy: el "anticomunismo", que se revela de este modo como uno de los objetivos propios del Régimen.<sup>26</sup>

4. Desarrollo del gobierno franquista. Durante la dictadura franquista se suceden diez "gobiernos", durante los cuales se pone de manifiesto el poder absoluto del Caudillo sobre la vida española. Pese a la apariencia de participación y división de facultades y prerrogativas, no cabe duda de que el hombre al mando y la fuente de la que emanaban las decisiones reales era el Jefe del Estado.

El primero de esos gobiernos se inició en Burgos, el 1º de febrero de 1938 y se prolongó hasta el 9 de agosto de 1939. Estaba formado por Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Francisco

---

<sup>26</sup> María Carmen García-Nieto y Javier M. Donézar, La España de Franco 1939-1973, p. 13.

Gómez Jordana y Sousa, Vicepresidente y Asuntos Exteriores; Ramón Serrano Súñer, Interior; Tomás Domínguez Arévalo, Justicia; Fidel Dávila Arrondo, Defensa Nacional; Severiano Martínez Anido, Orden Público; Andrés Amado y Reygonbaud de Villebardet, Hacienda; Alfonso Peña Boeuf, Obras Públicas, Pedro Sainz Rodríguez, Educación Nacional; Raimundo Fernández-Cuesta, Agricultura; Pedro González Bueno, Organización y Acción Sindical; Juan Antonio Suanzes Fernández, Industria y Comercio.

El 9 de agosto de 1939, tras la publicación de la Ley del día 8 de agosto de 1939, con la que se aumentaban los poderes de Franco en tiempo de paz, se organiza el segundo gobierno que se extiende hasta el 20 de mayo de 1941. Figuran en éste: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Ramón Serrano Súñer, Gobernación; Juan Beigbeder Atienza, Asuntos Exteriores (Serrano Súñer lo sustituye desde el 17 de octubre hasta la terminación de este gobierno); José Enrique Varela Iglesias, Ejército; Salvador Moreno Fernández, Marina; Juan Yagüe Blanco, Aire (Juan Vigón Suero-Díaz ocupó su posición al cesar en sus funciones el 27 de junio); José Ibáñez Martín, Educación; Alfonso Peña Boeuf, Obras Públicas; Luis Alarcón de la Lastra; Industria y Comercio (sustituido por Demetrio Carceller el 16 de octubre de 1940); Joaquín Benjumea Burin, Agricultura (encargado de Trabajo); José Larraz López, Hacienda; Esteban Bilbao Eguía, Justicia; Agustín Muñoz Grandes, Secretaría General del Movimiento (cesó el 15 de noviembre de 1940 y Pedro Gamero del Castillo asumió sus funciones administrativas bajo la supervisión de Serrano Súñer. José Luis de Arrese fue designado oficialmente para ocupar el puesto el 20 de mayo de 1941); Rafael Sánchez

Mazas (terminó el 15 de agosto de 1940) y Pedro Gamero Castillo; Ministros sin cartera (a partir de 1941 desaparecieron temporalmente dichos ministerios).

El tercer gobierno se extiende desde el 30 de mayo de 1941 hasta el 18 de julio de 1945 y quedó organizado del modo que se indica: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Valentín Galarza Morente, Gobernación (Blas Pérez González ocupa su posición el 3 de septiembre de 1942); Ramón Serrano Súñer, Asuntos Exteriores (Francisco Jordana y Sousa lo sustituye en sus funciones el 3 de septiembre de 1942 y éste, a su vez, fue suplantado por José Félix Lequerica el 11 de agosto de 1944); José Enrique Varela Iglesias, Ejército (Carlos Asensio Cabanillas se hizo cargo de sus responsabilidades el 3 de septiembre de 1942); Salvador Moreno Fernández, Marina; Juan Vigón Suero-Díaz, Aire; José Ibáñez Martín, Educación; Alfonso Peña Boeuf, Obras Públicas; Demetrio Carceller, Industria y Comercio; Miguel Primo de Rivera, Agricultura; Joaquín Benjumea Burin, Hacienda; José Antonio Girón de Velasco, Trabajo; Esteban Bilbao Eguía, Justicia (Eduardo Aunós ocupó su lugar, el 3 de marzo de 1943, cuando su antecesor fue nombrado Presidente de las Cortes); José Luis de Arrese, Secretario General del Movimiento.

El cuarto gobierno coincide con los pactos efectuados con los Estados Unidos y el Vaticano y su vigencia se extiende desde el 18 de julio de 1945 hasta el 18 de julio de 1951. Su cuerpo de ministros quedó organizado de la siguiente manera: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Blas Pérez González, Gobernación; Alberto Martín Artajo, Asuntos Exteriores; Fidel Dávila Arrondo,

Ejército; Francisco Regalado, Marina; Eduardo González Gallarza, Aire; José Ibáñez Martín, Educación Nacional; José María Fernández Ladreda, Obras Públicas; Juan Antonio Suanzes Fernández, Industria y Comercio; Carlos Rein Segura, Agricultura; Joaquín Benjumea Burin, Hacienda; José Antonio Girón de Velasco, Trabajo; Raimundo Fernández-Cuesta, Justicia.

El quinto gobierno se inaugura el 18 de julio de 1951 y se extiende hasta el 25 de febrero de 1957. Éste se propuso la estabilización económica del país. Lo integran: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Luis Carrero Blanco, Subsecretario de la Presidencia; Blas Pérez González, Gobernación; Alberto Martín Artajo, Asuntos Exteriores; Agustín Muñoz Grandes, Ejército; Francisco Moreno, Marina; Eduardo González Gallarza, Aire; Joaquín Ruiz-Jiménez, Educación Nacional (Jesús Rubio García-Mina se hizo cargo de su cartera el 16 de febrero de 1956); Conde de Vallellano, Obras Públicas; Joaquín Planell Riera, Industria; Manuel Arburúa, Comercio; Rafael Cavestany Anduaga, Agricultura; Francisco Gómez del Llano, Hacienda; José Antonio Girón de Velasco, Trabajo; Antonio Iturmendi, Justicia; Gabriel Arias Salgado, Información y Turismo; Raimundo Fernández Cuesta, Secretario General del Movimiento (otra vez José Luis de Arrese lo reemplaza el 16 de febrero de 1956).

El sexto gobierno se inaugura el 25 de febrero de 1957 y se extiende hasta el 10 de julio de 1962, con los funcionarios que se enumeran de inmediato: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Luis Carrero Blanco, Subsecretario de la Presidencia; Camilo Alonso Vega, Gobernación; Fernando María Castiella, Asuntos Exteriores;

Antonio Barroso Sánchez-Guerra, Ejército; Felipe Abarzuza, Marina; José Rodríguez y Díaz de Lecea, Aire; Jesús Rubio García-Mina, Educación Nacional; Jorge Vigón, Obras Públicas; Joaquín Planell Riera, Industria; Alberto Ullastres, Comercio; Cirilo Cánovas, Agricultura; José Luis de Arrese, Vivienda; Antonio Iturmendi, Justicia; Mariano Navarro Rubio, Hacienda; Fermín Sanz Orrio, Trabajo; Gabriel Arias Salgado, Información y Turismo; José Solís Ruiz, Secretario General del Movimiento; Pedro Gual Villabí, sin cartera.

Para instrumentar el plan de desarrollo económico diseñado se pone en marcha un séptimo gobierno el 10 de julio de 1962, el cual funciona hasta el 7 de julio de 1965. Sus principales oficiales fueron: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Agustín Muñoz Grandes, Vicepresidente; Luis Carrero Blanco, Subsecretario de la Presidencia; Camilo Alonso Vega, Gobernación; Fernando María Castiella, Asuntos Exteriores; Pablo Martín Alonso, Ejército (José Luis Villar Palasí lo relevó el 14 de abril de 1968). Pedro Nieto Antúñez, Marina; José Lacalle Larraga, Aire; Manuel Lora Tamayo, Educación; Jorge Vigón, Obras Públicas; Gregorio López Bravo, Industria; Alberto Ullastres, Comercio; Cirilo Cánovas, Agricultura; José Martínez y Sánchez Arjona, Vivienda; Mariano Navarro Rubio, Hacienda; Jesús Romeo Gorría, Trabajo; Antonio Iturmendi, Justicia; Manuel Fraga Iribarne, Información y Turismo; José Solís Ruiz, Secretario General del Movimiento; Pedro Gual Villabí, sin cartera.

El octavo gobierno se estableció el 7 de junio de 1965 y terminó el 29 de octubre de 1969. Estaba integrado por Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Agustín Muñoz Grandes, Vicepresidente (Luis Carrero Blanco lo suplanta el 21 de septiembre de

1967); Luis Carrero Blanco, Subsecretario de la Presidencia; Camilo Alonso Vega, Gobernación; Fernando María Castiella, Asuntos Exteriores; Camilo Menéndez Tolosa, Ejército; Pedro Nieto Antúñez, Marina; José Lacalle Larraga, Aire; Manuel Lora Tamayo, Educación (José Luis Villar Palasí lo sucedió el 14 de abril de 1968); Federico Silva Muñoz, Obras Públicas; Gregorio López Bravo, Industria; Faustino García Moncó, Comercio; Adolfo Díaz Ambrona, Agricultura; José María Martínez y Sánchez-Arjona, Vivienda; Juan José Espinosa Sanmartín, Hacienda; Jesús Romeo Gorría, Trabajo; Antonio de Oriol Urquijo, Justicia; Manuel Fraga Iribarne, Información y Turismo; José Solís Ruiz, Secretario General del Movimiento, Laureano López Rodó, Ministro Comisario del Plan de Desarrollo.

El 22 de julio de 1969, Franco designó como su heredero político al príncipe Juan Carlos de Borbón y Borbón, acción que despojó al heredero de la monarquía, don Juan de Borbón y Battenberg, Conde de Barcelona, hijo del rey Alfonso XIII y padre del elegido del Dictador.

El noveno gobierno se organiza el 29 de octubre de 1969 y se prolonga hasta el 10 de junio de 1973. Su configuración final resultó del modo que sigue: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Luis Carrero Blanco, Vicepresidente; Tomás Garicano Goñi, Gobernación; Gregorio López Bravo, Asuntos Exteriores; Juan Castañón de Mena, Ejército; Adolfo Baturone Colombo, Marina; Julio Salvador Díaz-Benjumea, Aire; José Luis Villar Palasí, Educación; Federico Silva Muñoz, Obras Públicas (Gonzalo Fernández de la Mora lo reemplaza el 14 de abril de 1970); José María López de Letona, Industria; Enrique Fontana Codina, Comercio; Tomás Allende García

Báxter, Agricultura; Alfonso Mortes Alfonso, Vivienda; Alberto Monreal Luque, Hacienda; Licinio de la Fuente, Trabajo; Alfredo Sánchez Bella, Información y Turismo; Torcuato Fernández-Miranda Hevia, Secretaría del Movimiento, Laureano López Rodó, Plan de Desarrollo, Enrique García Ramal Cerralbo, Organización Sindical.

Franco escoge a don Juan Carlos para reemplazarlo en caso de enfermedad o ausencia de España, el 16 de julio de 1971, y desde el 8 de junio de 1973, el Caudillo cede la presidencia del gobierno al Almirante Luis Carrero Blanco.

El décimo gobierno se instala el 11 de junio de 1973, con los funcionarios que se indican: Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado; Luis Carrero Blanco, Presidente (Carlos Arias Navarro se hace cargo de estas funciones luego de su asesinato el 20 de diciembre de 1973); Torcuato Fernández-Miranda Hevia, Vicepresidente; Carlos Arias Navarro, Gobernación; Laureano López Rodó, Asuntos Exteriores; Francisco Coloma Gallegos, Ejército; Gabriel Pita de Veiga Sanz, Marina; Julio Salvador y Díaz Benjumea, Aire; Julio Rodríguez Martínez, Educación; Gonzalo Fernández de la Mora, Obras Públicas; José María López de Letona, Industria; Agustín Cotorruelo Sendagorta, Comercio; Tomás Allende y García-Báxter, Agricultura; José Utrera Molina, Vivienda; Antonio Barrera de Irimo, Hacienda; Licinio de la Fuente, Trabajo; Fernando Liñán y Zofío, Información y Turismo; Cruz Martínez Esteruelas, Planificación y Desarrollo; Enrique García-Ramal Cerralbo, Relaciones Sindicales; Torcuato Fernández-Miranda Hevia, Secretaría General del Movimiento; Francisco Ruiz-Jarabo Baquero, Justicia, José María Gamazo y

Manglano, Ministro Subsecretario de la Presidencia.<sup>27</sup>

El 19 de julio de 1974, Franco transfiere provisionalmente los poderes de Jefe de Estado al Príncipe Juan Carlos hasta el 2 de septiembre, cuando vuelve a sus funciones. Pero, a partir del 30 de octubre de 1975, el heredero del trono asume los poderes como Jefe del Estado Español, prerrogativas que conserva tras la muerte del hombre que lo colocó a la cabeza de la monarquía y la nación española, el 20 de noviembre de ese año.

5. Principales leyes de la Dictadura. Franco crea una serie de leyes que son de capital importancia para el desarrollo de sus "distintos" gobiernos. Las más notables de ellas son: "El Fuero del Trabajo", "Las Cortes Españolas", "El Fuero de los Españoles", "La Ley de Referéndum Nacional", "La Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado", "La Ley de Principios del Movimiento Nacional", "La Ley Orgánica del Estado".

"El Fuero del Trabajo" se establece el 9 de marzo de 1938 y contiene dieciséis declaraciones que van a dar margen a toda la legislación social posterior. Es la ley que reglamenta los aspectos relacionados con los trabajadores y sus necesidades laborales. Así, por ejemplo, regula las organizaciones sindicales, los convenios, los aumentos de salarios, etc.

"Las Cortes Españolas" se promulga el 17 de julio de 1942. Es la ley que institucionaliza el franquismo por medio de la participación de los ciudadanos españoles en la gestión pública.

---

<sup>27</sup>Ibid., p. 805-810.

María Carmen García-Nieto dice:

Las Cortes nacían como órgano totalmente dependiente del Poder ejecutivo, aunque a través de ellas se intentaba dar un cauce de participación a los españoles en la tarea política a través de la familia, del municipio y del sindicato.<sup>28</sup>

La labor de las Cortes, entonces, consistía en deliberar sobre aquellos asuntos planteados en ellas. La gran mayoría de los proyectos, pues, eran elaborados en el gobierno, para ser discutidos por las comisiones y, por último, ser ratificados por el Generalísimo, de suerte que se convirtieran en leyes. En 1942, la "Ley Orgánica del Estado" introduce algunos cambios en esta legislación.

"El Fuero de los Españoles" entra en vigor el 17 de julio de 1945. Su principal función era asegurarle una fachada al régimen de modo que, garantizando unos derechos, creaba la ilusión de que se "democratizaba" un poco el régimen, a tono con las "libertades" pregonadas por las naciones capitalistas. No hay que olvidar que estos cambios se realizaban al mismo tiempo que España era condenada en Postdam. Por lo tanto, lo que se intentaba era mejorar la imagen del país en el exterior.

En el "Fuero" se garantizaba una serie de libertades y se establecían unos derechos, siempre entendiéndose que éstos no estuvieran contra el gobierno y que no amenazaran la seguridad del Estado. En este caso, el Caudillo podía anularlos; sobre todo, los

---

<sup>28</sup>Ibid., p. 18.

que se referían a la libertad individual.

"La Ley de Referéndum Nacional" fue creada el 22 de octubre de 1945. Su artículo primero disponía que "Cuando la trascendencia de determinadas Leyes lo aconseje, o el interés público lo demande, podrá el Jefe del Estado, para mejor servicio de la Nación, someter a referéndum los proyectos de Leyes elaborados por las Cortes."<sup>29</sup>

Como la ley anterior, ésta también era una fachada democrática, porque es claro que el Jefe de Estado decidía arbitrariamente cuándo usar el referéndum. Éste se puso en efecto en 1947, para aceptar la "Ley de Sucesión", y en 1966, para sancionar la "Ley Orgánica del Estado".

"La Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado" fue sometida a un referéndum el 6 de julio de 1947 y aprobada el 26 de ese mes, para ser revisada 9 años más tarde.

En su artículo primero, dispone que "España, como unidad política, es un estado católico, social y representativo, que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino".<sup>30</sup> Pero Franco continuaría en el poder por tiempo ilimitado; en verdad, vitaliciamente.

También él tenía a su cargo la designación del sucesor y podía revocar esa selección, aunque ya las Cortes la hubiesen aprobado.

---

<sup>29</sup>Francisco Franco, "Ley de Referéndum, 22 de octubre de 1945", en María Carmen García-Nieto y Javier M. Donézar, Ibid., p. 211.

<sup>30</sup>Francisco Franco, "Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado. 26 de julio de 1947", en Ibid., p. 237.

Se creaban dos consejos nuevos: el de Regencia y el del Reino.

El Consejo de Regencia asumiría los poderes del Jefe de Estado en caso de interregno y reuniría a las Cortes y al Consejo del Reino para juramentar al sucesor llegada la hora.

De no haberse nombrado el sucesor, el Consejo de Regencia convocaría a reunión al Consejo del Reino y a los miembros del gobierno para que se propusiera el candidato a las Cortes. Era necesario tener 2/3 partes de los votos presentes y la mayoría absoluta para la proclamación del Rey y 2/5 partes y la mayoría absoluta para decidir el Regente.

El Consejo del Reino, por su parte, estaba formado por 17 consejeros. Junto al Consejo de Regencia, proponía a las Cortes al sucesor de la Corona, si no había sido nombrado previamente por el Jefe de Estado.

El presidente del gobierno sería nombrado por el Jefe de Estado de una terna sometida por el Consejo del Reino.

El artículo 11 de esta Ley dispone que la sucesión dinástica será por la vía del varón exclusivamente.

"La Ley de Principios del Movimiento Nacional" fue creada el 17 de mayo de 1958. Ésta no fue presentada para deliberación en las Cortes. La promulgó el Caudillo y fue bien acogida, sobre todo, por la Falange.

Se creó con el propósito de borrar las animosidades existentes entre los líderes de la Falange por la entrada al Gobierno de miembros del Opus Dei, un grupo de jóvenes tecnócratas.

Esta ley no podía ser cambiada, ni siquiera recurriendo al referéndum.

Entre otras cosas, consagra el reconocimiento de los principios falangistas, que es el único camino por el que puede darse la acción política en España.

"La Ley Orgánica del Estado" se promulgó el 10 de enero de 1967. Previamente, el 14 de diciembre de ese mismo año, había sido llevada a un referéndum.

En ella se separan los cargos de Jefe de Estado y de Presidente del Gobierno. Se establece que las fuerzas armadas son institucionalmente guardianes del orden nacional.

Se admite también la posibilidad de crear asociaciones con diferentes criterios políticos, pero esta disposición no fue redactada con suficiente claridad.

6. La economía bajo Franco. El período comprendido entre 1939 y 1951 se caracterizó generalmente por el estancamiento económico. España trataba de ganar la autonomía económica. De ahí que se le conozca como el período de la autarquía o autosuficiencia.

Claude Martin sintetiza así esta situación:

La economía española, mucho antes de la guerra, presentaba lagunas y defectos muy sensibles. La agricultura seguía siendo todavía su elemento esencial. Pero padecía una distribución defectuosa de la propiedad y una rutina inveterada en estas técnicas. La industria apenas si existía fuera de los grandes núcleos industriales del País Vasco y de Cataluña. En cuanto al comercio exterior, presentaba un déficit crónico en la balanza comercial.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> Claude Martin, Op. Cit., p. 502.

A este panorama hay que sumar la pérdida de las reservas de oro, las cuales fueron enviadas a Rusia y México durante la guerra civil española.

Para revitalizar esta economía, Franco se propuso crear una industria nacional que proveyese de trabajo al pueblo. Encomendó dicha tarea al ingeniero naval Juan Antonio Suanzes y Fernández.

La industrialización se canalizaría a través del Instituto Nacional de Industria (INI), al que el Estado le proveería los fondos necesarios para funcionar, puesto que a los capitalistas españoles les interesaban más los bienes raíces, ante el temor de perder sus fortunas en las nuevas industrias que se proponían crear los jefes gubernamentales.

Por medio del Instituto Nacional de Industria (INI) se produjeron automóviles, camiones, tractores, motocicletas, cemento, etc.

Los años de 1939 a 1951 -correspondientes a la autarquía y al estancamiento-, por otro lado, dan curso a los estatutos industriales de 1939 y a la creación del INI en 1941. Éstos son la "Ley de Protección y Fomento de la Industria Nacional" del 24 de octubre de 1939 y la "Ley de Ordenación y Defensa de la Industria Nacional" del 24 de noviembre de 1939.

Entre 1948 y 1952, los demás países de Europa occidental estuvieron acogidos al Plan Marshall, para la recuperación económica, luego de la Segunda Guerra Mundial. España, por su régimen político, no pudo participar de sus ventajas. Tuvo, por lo tanto, que enfrentarse sola a su precaria situación económica, la que se caracterizó por la escasez de equipo, materias primas y por las

restricciones en el uso de la energía eléctrica.

Estos años estuvieron singularizados por una fuerte inflación.

Ya de 1951 a 1956, se observaba una clara recuperación económica y el languidecimiento del autarquismo.

Esta mejoría fue el resultado, en parte, del cambio de actitud de los Estados Unidos hacia España.

El Export-Import Bank le ofreció crédito a largo plazo, el cual fue utilizado para la compra de productos agrícolas, materias primas y diversos equipos para la producción económica. El segundo de estos créditos fue invertido en la compra de algodón.

Ya para los años de 1957 a 1960 se buscaba estabilizar la economía. Se implantó un conjunto de medidas, como la abolición del sistema de cambios múltiples en el comercio exterior. Éstas cumplieron dos propósitos: primero, disminuir las exportaciones e incrementar las importaciones; y, segundo, cumplir con los requisitos para entrar a la Organización Económica de Cooperación Europea (OECE) y en el Fondo Monetario Internacional (FMI).

En 1957 se dispone un solo cambio: establecer en 42 pesetas el equivalente a un dólar.

Internamente se efectuaron diversos acuerdos, como la congelación de los salarios de los empleados públicos; mas otras medidas crediticias, en julio de 1957, y la reforma tributaria en diciembre de ese mismo año.

A finales de 1958, ya se había esbozado el plan que llevaría al país a un balance económico. Por medio del ingreso de España a tres importantes organismos se buscaba el apoyo internacional a esta política "pre estabilizadora".

El 10 de enero de 1958, España entró como asociado a la OECE, con el objeto de ser miembro en pleno cuando el plan llegara a su culminación. El 4 de julio de ese mismo año, ingresó en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco de Reconstrucción y Fomento.

Todos los pasos fiscales y económicos se habían tomado para reintegrar España a la comunidad europea y mundial.

Ramón Tamames explica:

En el verano de 1958 la operación de la estabilización estaba planteada. Faltaba entonces ultimarla en todos sus detalles para ponerla en ejecución, ya que la situación de la balanza de pagos y de la economía toda era realmente crítica. Los preparativos entraron en su fase final en los últimos días de 1958, en que se produjeron tres sucesos económicos internacionales de importancia: la declaración de la convertibilidad exterior en todos los países de la OECE y la consiguiente disolución de la Unión Europea de Pagos que marcó la entrada en vigor del Acuerdo Monetario Europeo; la ampliación por parte de varios países europeos de los porcentajes de liberalización de su comercio exterior; y por último, el comercio de la vigencia efectiva del Tratado de Roma de 1957 que estableció el Mercado Común. Con todo ello, la diferencia entre la situación de España y la del resto de Europa Occidental se hizo más patente. Mientras los países de la OECE liberalizaban su comercio exterior, en España se había llegado al paroxismo del régimen bilateral; lo cual promovió el impulso final que habría de llevar al comienzo decidido de la política de estabilización. En el primer semestre de 1959 se desarrollaron los estudios y preparativos necesarios para ello.<sup>32</sup>

Este plan quedó formalizado en un memorándum que el gobierno español dirigió al Fondo Monetario Internacional y a la OECE, el

---

<sup>32</sup>Ramón Tamames, Op. Cit., p. 466.

30 de junio de 1959. El mismo fue publicado durante los días 20 y 21 de julio, por medio de una declaración del gobierno y a través del Decreto -Ley 10/1959 de la Nueva Ordenación Económica.

Con este plan se perseguían dos objetivos: equilibrar la economía y establecer mayores relaciones económicas con el mundo exterior. Al mismo tiempo, se tomaron medidas fiscales para lograr la estabilización interna.

Una comisión enviada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento visitó España, invitada por el gobierno, para hacer un informe sobre las posibilidades de desarrollo económico de la nación. Este informe fue publicado en septiembre de 1962, como un esquema preliminar del Plan de Desarrollo. En los años subsiguientes, de 1964 a 1967, se realiza el Plan de Desarrollo. A éste sigue un segundo Plan de 1968 a 1971, y un tercero de 1972 a 1975.

Tenemos, pues, que, a partir de 1960, España abre sus puertas al resto de Europa.

Rafael Calvo Serer comenta:

Ahora bien, desde 1960 la política de liberalización económica emprendida por el sector tecnocrático del franquismo comenzó a incorporar a España al rápido progreso europeo, abriendo las puertas a la emigración y al turismo. El resultado ha sido el llamado "milagro económico español". Pero más importante que las estadísticas, los índices, las cifras o las tasas, es señalar que las masas irredentas de otro tiempo en la pobreza, la ignorancia o la miseria, han visto renacer la esperanza. Las tierras pobres y las condiciones infra-sociales de trabajo no son ya un obstáculo insalvable cuando existe la posibilidad de ocupar nuevos puestos laborales en las ciudades en rápido proceso de industrialización o, pese a los inconvenientes de todo tipo que ello comporta, en el centro de Europa. Esta movilidad social ha transformado al país hasta

el punto de que, en unos años, España ha dejado de ser predominantemente agrícola.<sup>33</sup>

7. La cuestión monárquica. Durante la Guerra Civil muchos habían pensado que Franco restauraría la casa real. Pero no sucedió de ese modo, a pesar de que

Su pasado le llevaba a elegir la monarquía. Ya en los duros años de la guerra civil, los diplomáticos alemanes habían señalado que la idea monárquica ganaba terreno en el Cuartel General, y que el mismo Franco no era hostil a esta solución para el porvenir. Serrano Súñer, durante su último viaje ministerial a Italia, había también indicado que Franco se encaminaba hacia la restauración como solución lejana, bajo la égida, no de don Juan, sino de su hijo, don Juan Carlos.<sup>34</sup>

Inmediatamente de finalizada la Guerra Civil, Franco se da a la tarea de organizar su gobierno, donde él ocuparía la posición de Jefe de Estado.

Ramón Tamames nos dice:

Basado en el poder omnímodo con que surgió de la guerra civil, el General Franco supo ir configurando el régimen político que entendió más conveniente; aunque siempre entre las coordenadas que sirvieron en la España tradicional para fijar los límites del poderío de un jefe de Estado: ejército, iglesia y poder económico. Claro que a la construcción económico-social así levantada hubo de dársele en muchos aspectos un carácter social, para lo que sirvió la Falange -paulatinamente transformada en Movimiento Nacional- con todos los dispositivos complementarios: seguridad social, sindicatos y difusión de la enseñanza. El último complemento del sistema, para hacerlo permanente, no fue otro que las fuerzas de seguridad en permanente disposición frente a cualquier movimiento de carácter subversivo del orden establecido.<sup>35</sup>

---

<sup>33</sup> Rafael Calvo Serer, "España desde 1939: Balance y perspectivas", I, Excelsior, jueves, 28 de agosto de 1975, p. 16-A.

<sup>34</sup> Claude Martín, Op. cit., p. 450.

<sup>35</sup> Ramón Tamames, Op. cit., p. 360-361.

Entonces, el 5 de febrero de 1941, Alfonso XIII renuncia a todos sus derechos como Rey a favor de Don Juan de Borbón, Conde de Barcelona, único de sus hijos capacitados para reinar.

Franco, pues, aún vislumbraba la restauración de la monarquía, aunque a largo plazo, como la culminación de su gestión política. Pero, como el pretendiente al trono se oponía decididamente a su régimen, piensa en su hijo como la alternativa viable para eventualmente ocupar el cargo de Rey de España.

En 1943, los tenientes generales le piden a Franco que se retire del poder y deje paso a la monarquía.

Recuérdese que este problema de la monarquía se había ventilado inmediatamente después de la guerra civil.

Claude Martín dice:

Por otra parte, la cuestión de la monarquía estaba planteada por algunos jefes militares, como el comandante del Ejército del Aire, general Kindelán, y el jefe del Estado Mayor, general Vigón, que había sido ayudante del rey Alfonso XIII. Pero otros, en cambio, como el general Queipo de Llano y el general Yagüe -"el general de la Falange"- pasaban por adversarios de tal restauración. En cuanto a los falangistas, divididos en "camisas viejas" y carlistas se oponían también al cambio político: éstos, por juzgar ilegítima esa rama de la dinastía, desacreditada además por la precipitada retirada de Alfonso XIII en 1931; aquéllos, por tratarse de una fórmula que juzgaban caduca.<sup>36</sup>

En 1945, tras la condena del régimen en Postdam, el teniente general Kindelán, con el apoyo de otros tenientes generales, pide nuevamente la restauración de la monarquía.

Por su parte, el Arzobispo Primado de Toledo, Enrique Plá y Deniel, pide también que se restablezca un gobierno acorde con

---

<sup>36</sup>Claude Martín, Op. cit., p. 344.

la tradición cristiana del país.

De igual modo, otros sectores: profesionales, banqueros, estudiantes, habían manifestado su oposición a que continuara vigente el régimen franquista.

Con la muerte del Almirante Luis Carrero Blanco, el 20 de diciembre de 1973, cambian un tanto los planes del Caudillo, quien había pensado que el príncipe Juan Carlos continuaría la dictadura bajo la tutela de este ministro.<sup>37</sup>

A Carrero Blanco lo sucede Carlos Arias Navarro.

El 20 de noviembre de 1975, muere el Generalísimo, perdonando a sus enemigos, reafirmando su religiosidad y pidiendo la unidad y la paz para con el futuro Rey Juan Carlos.

Con la muerte del Caudillo, el poder pasó al Consejo de Regencia, cuyo presidente era Alejandro Rodríguez de Valcárcel.

8. Juan Carlos II: Rey de España. Tras la muerte de Franco, el Consejo de Regencia decide la instalación del príncipe Juan Carlos, el sábado, 22 de noviembre de ese año. Lo nombraron, además, Capitán General de las fuerzas de tierra, mar y aire.

La monarquía española llevaba vacante 44 años, desde la proclamación de la República en 1931, cuando Alfonso XIII se exilió en Roma.

El 22 de julio de 1969, Franco había designado a Juan Carlos como su heredero y había establecido en la Constitución que el príncipe sólo debía ser instalado, pero no coronado, puesto que la

---

<sup>37</sup>Rafael Calvo Serer, "La 'Democracia' de Juan Carlos", I, Excelsior, miércoles, 12 de noviembre de 1975, p. 4-A y 31-A.

monarquía no iba a ser reinstaurada en España, sino reinstalada.

De todas formas, el Rey tendrá poderes absolutos en lo político y administrativo, será jefe nacional del Movimiento, promulgará y sancionará las leyes y tendrá el mando de las fuerzas armadas. Velará, además, por el orden público interior y la seguridad del estado en lo exterior.

Sin embargo, entre sus problemas se encuentran las presiones que ejercen sobre él tanto la derecha como la izquierda. La primera, para que siga con la línea del franquismo; la segunda, para que establezca un gobierno de justicia social. En medio de esta situación, tiene que equilibrar las relaciones con la Iglesia y el sector económico, asimismo como deberá atender las peticiones de autonomía para las distintas regiones del país.

En cuanto al aspecto exterior, se impone un mayor acercamiento de España a los otros países europeos. Otra dificultad consiste en resolver las diferencias con Marruecos, asociadas a los reclamos de autonomía del Sahara Occidental. Con este problema, el Monarca ya estaba relacionado, al asumir el cargo de Jefe de Estado Provisional y viajar a esa región para alentar las tropas españolas.

Una vez asumido su cargo en propiedad, Juan Carlos II se da a la tarea de realizar las elecciones generales del 15 de junio de 1977, que aseguran la permanencia como Primer Ministro a Adolfo Suárez del Partido Unión de Centro Democrático (UCD), escogido en 1976.

Las últimas elecciones celebradas en España habían tenido lugar el 16 de febrero de 1936, en la República Española, bajo la

presidencia de Niceto Alcalá Zamora, y con la jefatura de gobierno de Manuel Portela Valladares.

Manuel Martínez Ferrol indica:

Por lo que se refiere a la España actual, ante las próximas elecciones, son el Congreso (350 diputados) y el Senado (207 senadores) con un total de 557 escaños, con amplia mayoría de los diputados, que se elegirían por sufragio universal, libre, directo y secreto. Por su parte, el Rey de España designará a cuarenta y un senadores de forma directa, sobre los cuales existen ya cierto tipo de especulaciones en cuanto a quienes se verán beneficiados por la Corona. Lo que sí es cierto es que serán hombres muy representativos de todos los campos de la cultura, el arte, la jurisprudencia... etc., de relevantes méritos intelectuales.<sup>38</sup>

Previamente a las elecciones, todos los partidos políticos fueron legalizados, incluyendo el Comunista. Además, la censura se flexibilizó un poco. La Falange desapareció como partido único. Es decir, Juan Carlos democratizó el régimen por medio de su Primer Ministro Adolfo Suárez.

Jaime Miravittles comenta:

Años después de la derrota de los países totalitarios y del aislamiento político y económico de España, Franco realizó una operación para salvar su régimen: llamó al hijo de Don Juan, el príncipe Juan Carlos, y lo "preparó" minuciosamente para reinar sobre una España franquista. Las cosas, sin embargo, no ocurrieron como las había planeado el viejo zorro. Juan Carlos es hoy el motor propulsor de la democracia en España y el protagonista más firme de la libertad. Ante estas evidencias, su padre ha renunciado

---

<sup>38</sup> Manuel Martínez Ferrol, "España ante la decisión de las urnas", El Nuevo Día, sábado, 11 de junio de 1977, p. 30.

a todas sus prerrogativas y ha confirmado la legitimidad de su hijo.<sup>39</sup>

Antonio Hernández Gil fue nombrado por el Rey para presidir las Cortes. Éstas se encargarían de redactar una Constitución democrática para España.

Hernández Gil, quien proviene de una familia del ala derecha, estaba considerado como un moderado.

Entre los partidos que irían a las elecciones se hallaban: Unión de Centro Democrático (UCD), dirigido por Adolfo Suárez -Jefe del Gobierno-; el Partido Comunista (PCE), cuyo Secretario General es Santiago Carrillo; el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), que encabezaba Felipe González; la Alianza Popular, coalición neo-franquista que lideraba Manuel Fraga Iribarne y la Democracia Cristiana de José María Gil Robles.

Las elecciones generales se celebraron el 15 de junio de 1977 y fueron ganadas por la Unión de Centro Democrático de Adolfo Suárez. El 6 de diciembre de 1979, el pueblo español aprobó la nueva Constitución que le fue sometida para su sanción o rechazo.

Hugh Thomas destaca:

Aun siendo escrita, la nueva constitución española se asemeja a la británica. Ambos estados tienen a la cabeza un monarca constitucional, cuentan con dos cámaras parlamentarias y con un Primer Ministro que será escogido por el Rey de acuerdo con el voto de la mayoría de la cámara baja. Por cuanto el primer borrador de la constitución fue redactado por ministros escogidos

---

<sup>39</sup>Jaume Miravittles, "La monarquía en España", El Nuevo Día, lunes, 13 de junio de 1977, p. 18.

por el Rey -que al decir de Cambio 16 el año pasado, ha sido el "motor" del cambio democrático- cabe suponer que el Rey Juan Carlos ha sido la principal inspiración de la nueva carta fundamental. Los detalles relativos a la elección de los gobiernos o a la manera en que las provincias pueden optar por la autonomía han sido acordados por otros, siguiendo el toma y daca de la política, pero el bosquejo general es el mismo que fuera trazado originalmente por Juan Carlos. A su vez, el Rey ha dado muestras de la influencia que sobre él han ejercido el apego de su familia a Inglaterra y su admiración personal de la reina Isabel II. Durante todos esos años en que el entonces Príncipe de España aguardó pacientemente su hora a la sombra de Franco, sopor-tando el escarnio de la prensa mundial, el inteligente y resuelto Borbón seguramente daba vueltas en su mente a algunas de las ideas vertidas en la constitución.<sup>40</sup>

Después de haber sido escogido Adolfo Suárez González, como Primer Ministro por el rey Juan Carlos, de la terna que le fue sometida por el Consejo del Reino -en la que se incluían a José María Areilza y a Gregorio López Bravo-, comenzó su tarea de desmantelar el franquismo, a partir del 3 de julio de 1976. Luego de las primeras elecciones generales del 15 de junio de 1977, poco más de un año después -en noviembre de 1978- ocurre un intento de golpe de estado en el que estuvo envuelto un oficial de la Guardia Civil: Antonio Tejero Molina. El complot fue llamado Operación Galaxia. Pese a la gravedad del caso, el hecho pasó un tanto inadvertido y no tuvo la resonancia que merecía. Los castigos a los sediciosos tampoco fueron ejemplarizantes.

Al año siguiente, el 6 de diciembre de 1978, el pueblo español aprueba la constitución en un referéndum. Suárez forma gobierno en

---

<sup>40</sup>Hugh Thomas, "La nueva constitución de España", El Nuevo Día, domingo, 7 de enero de 1979, p. 23.

mayo de 1979 y, dos años después, el 29 de enero de 1981, dimite a la presidencia del gobierno y del partido. Un mes más tarde, en Palma de Mallorca, del 6 al 8 de febrero, se celebra el Segundo Congreso de la Unión de Centro Democrático, que elige Presidente a Agustín Rodríguez Sahagún y como Secretario General a Rafael Calvo Ortega.

Y, el lunes 23 de febrero de 1981, en ocasión de que el Parlamento Español votaba con el propósito de investir a Leopoldo Calvo Sotelo con la primera magistratura del gobierno, el teniente Coronel Antonio Tejero Molina, con doscientos hombres, asalta las Cortes, acción que dura hasta la madrugada del próximo día y que pone de manifiesto una conjura cívico-militar para poner fin al régimen constitucionalista.<sup>41</sup>

Entre las figuras envueltas en el golpe de estado, frustrado por la firmeza del rey Juan Carlos y la lealtad de los jefes militares, se descubrieron: el teniente general Jaime Milans del Bosch y Ussía, encargado de la III Región Militar de Valencia, en la que declaró un estado de excepción e impuso el toque de queda por varias horas, y el general Alfonso Armada Comín, segundo jefe del Estado Mayor, preceptor militar del rey Juan Carlos y jefe de la Secretaría de la Casa Real.<sup>42</sup>

El miércoles, 25 de febrero de 1981 fue investido como Primer

---

<sup>41</sup>Xavier Domingo, "La noche de los tricornios", Cambio 16, 483, p. 18-27.

<sup>42</sup>Antonio Ojeda, "El golpe, paso a paso", Cambio 16, 484, p. 24-32.

Ministro por el Parlamento el sucesor de Suárez: Leopoldo Calvo  
Sotelo.

España está en vísperas de una vida nueva.

### CAPÍTULO III

#### RECUESTO DE LA NOVELA ESPAÑOLA

A. Intento de definición. Tratar de explicar qué es la novela representa uno de los esfuerzos más difíciles y, acaso, estériles. Porque la verdad es que si algún género muestra un carácter disímil y polémico, en su propia definición, es este complejo arte narrativo. El mismo término que acabó por imponerse como cobertura de ese orbe artístico fue, desde un principio, accidental y limitado.

Mariano Baquero Goyanes expresa sobre este hecho:

En nuestra lengua el término novela es un evidente italianismo que, etimológicamente considerado, hace alusión al primitivo carácter de novedad - novella como diminutivo de nova: nueva-que el género tuvo en sus orígenes, cuando lo realmente importante era no tanto la forma narrativa como el relato mismo, la trama.<sup>1</sup>

Rafael Lapesa Melgar, por su parte, afirma: "Con el nombre de novela (del italiano novella, noticia, historia o cuento breve) se designan obras que pertenecen a la literatura de ficción, pero con muy vario carácter y fines divergentes."<sup>2</sup>

De modo que esta "novedad" venía a ser algo así como la "noticia" de una "historia" dicha por medio de un "cuento breve". Hubo, por lo tanto, en la hora del nacimiento de este género, que corresponde al Renacimiento europeo, conciencia total o parcial

---

<sup>1</sup>Mariano Baquero Goyanes, Qué es la novela, p. 23.

<sup>2</sup>Rafael Lapesa Melgar, Introducción a los estudios literarios, p. 171.

de tres aspectos claves -por lo menos-, íntimamente ligados a la naturaleza misma de la configuración del fenómeno literario naciente. El nombre de la criatura revela la seguridad de que se enfrentaban a un quehacer novedoso, distinto a lo que dictaba la preceptiva clásica del arte poético o literario. Había, además, la certeza de que se trataba de un ejercicio afín con la historia y que, de algún modo, todavía permanecía en el ámbito de su dominio. Y, por último, que se trataba de un "corpus" o estructura particular.

El carácter novedoso del género, naturalmente, deviene como resultado de la irrupción de la burguesía como clase protagónica en la vida social europea. Paralelamente con el desarrollo del modo de producción capitalista -a tenor con el pensamiento del Humanismo-, la narrativa moldea su propio esquema del relato, capaz de recoger y configurar los valores que sustenta la clase en cuestión.

La afinidad de la novela con la historia le llega, en gran medida, por su relación de descendencia con la epopeya. No en balde, Georg Lukács dedica el capítulo III: "Epopeya y novela", de una obra clásica suya, a auscultar los nexos existentes entre una y otra forma narrativa.<sup>3</sup>

Las particularidades de su cuerpo, esqueleto o estructura, las describe Federico Carlos Sainz de Robles de una manera convencional, pero útil:

Novela es la narración ordenada y completa de sucesos humanos ficticios, pero verosímiles, dirigida a deleitar por medio de la belleza.

---

<sup>3</sup>Georg Lukács, Teoría de la novela, p. 59-72.

Llámase narración por ser ésta su forma propia, en lo que conviene con la historia, y se distingue del drama, que es representación. Ordenada y completa, porque entre sus hechos ha de existir enlace regular, constituyendo entre todos una sola acción íntegra y cabal. De sucesos humanos, porque sólo nos interesan verdaderamente las narraciones de las costumbres humanas, los efectos de la virtud y del vicio, las felicidades, las desgracias, las pasiones, los hechos heroicos y las ridiculeces de la Humanidad. Ficticios, porque los sucesos son, en general, inventados por el mismo autor, aunque en ocasiones tengan base histórica. Pero verosímiles, porque deben tener verdad relativa o poética; y la tendrán, aun cuando no sean copia de lo que comúnmente acontece en la sociedad, si expresan con belleza cuanto se concibe en el mundo de la fantasía. Finalmente, dirigida a deleitar por medio de la belleza, porque su aspiración constante es el recreo del espíritu y la manifestación de lo bello.

El fin principal de la novela es deleitar el ánimo de los lectores con la narración de sucesos humanos; pero si la novela juntamente instruye y moraliza, será más perfecta.

La novela se distingue de la historia en que ésta refiere hechos reales o verdaderamente acaecidos, pero la novela cuenta hechos ficticios o imaginarios. La novela es una verdadera obra poética, aunque se escribe generalmente en prosa, porque se propone la expresión de la belleza mediante la narración de hechos que sólo tienen una verdad poética y son una creación de la fantasía.<sup>4</sup>

Claro está, la novela, aunque esencialmente ha conservado ciertas características más o menos aceptables a lo largo de los siglos (relato en prosa relativamente extenso; presencia de un héroe en un orbe conflictivo; argumento flexible en el que, aparte del conflicto central, conviven y se enlazan problemas de segundo y tercer orden; diversidad de modos o técnicas narrativas y variedad de niveles o formas en el uso lingüístico: los llamados "estilos"...), no cabe duda de que en cada época ha habido parti-

---

<sup>4</sup>Federico Carlos Sainz de Robles, Diccionario de la literatura. Términos, conceptos, "Ismos" literarios, I, p. 891-892.

culares visiones de lo que es este género.

B. Formas narrativas grecorromanas. En la Antigüedad clásica abundan las parábolas, los apólogos, las fábulas, y otras formas del relato que son afines con el cuento, con una larga tradición en Oriente.

La novela, por supuesto, aún no existe en esta época.

Menéndez Pelayo explica el asunto de esta manera:

La novela, última degeneración de la epopeya, no existió, no podía existir en la edad clásica de las letras griegas. Pero elementos de ella hubo sin duda, y pueden encontrarse dispersos en otros géneros. Aparte de los apólogos esópicos y de las fábulas libycas, que son género de muy remoto abolengo y más oriental que griego, fué peculiar de aquella cultura en su mayor grado de refinamiento sabio el mito filosófico, que unas veces es metamorfosis o interpretación de un mito religioso y otras veces parábola o alegoría libremente imaginada para exponer alguna doctrina metafísica o moral.<sup>5</sup>

Algunas de las obras más notables de este período narrativo de Occidente son: Las maravillas de Tule de A. Diógenes; Amores de Quereas y Calirroeo de Caritón; El satiricón de Petronio; Crónicas troyanas de Dares y Dictis; Efesíacas de Jenofonte de Éfeso; Babilónicas de Jámblico; Verdadera historia de Luciano; Las metamorfosis de Apuleyo; Leucipa y Clitofonte de Aquiles Tacio; Dafnis y Cloe de Longo y Etiópicas de Heliodoro.

Menéndez Pelayo apunta lo siguiente sobre El satiricón, uno de los más valiosos testimonios narrativos de la antigua Roma:

---

<sup>5</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, Orígenes de la novela, (Influencia oriental. Libros de caballerías), I, p.10.

Es una joya literaria, ejemplar de un género que apenas tiene modelos en la antigüedad; es el cuadro de costumbres más completo que de una época nos queda; y encierra, considerado en absoluto, bellezas eternamente dignas de admiración y estudio.

.....  
 Debemos acercarnos a él con el mismo respeto que a un cadáver, porque en esa novela está encerrada la sociedad antigua con todas sus abominaciones y sus miserias.<sup>6</sup>

Menéndez y Pelayo aprovecha la oportunidad para moralizar sobre El asno de oro y las demás obras de los romanos:

Tales son los escasos y no muy ganados frutos que este género produjo entre los romanos. Y ofrece, no obstante, singular interés su estudio que, unido al de los satíricos, puede darnos el cuadro fiel de la sociedad antigua en el momento de verificarse la transformación moral, que había de dar por resultado una grande y poderosa civilización, fundada en las ruinas de la antigua, pero animada por un nuevo soplo de vida. En estas novelas, obras, si se quiere, medianas, libros de decadencia, está vivamente retratada aquella sociedad, corrompida hasta los huesos y sin fuerzas para levantarse del cieno en que sus crímenes la habían sumido. Estos novelistas no son profetas de nuevas ideas; no lloran tampoco sobre las ruinas de lo pasado; se limitan a reproducir lo que ven, con escrupulosa fidelidad, y ni siquiera se cuidan de templar los colores para que el cuadro no aparezca en toda su horrible desnudez.<sup>7</sup>

C. La Edad Media Española. Durante la Edad Media surgen narraciones en el campo de la expresión poética (épica y lírica) que abonan el terreno para la formación de la novela moderna. Entre otras, merece recordarse el Poema de Mio Cid (1140), del "Mester de Juglaría", el primer monumento literario que se con-

---

<sup>6</sup> Ibid., (Primeras imitaciones de "La Celestina"), IV, p. 242-243. (Subrayados nuestros.)

<sup>7</sup> Ibid., IV, p. 261. (Subrayados nuestros.)

serva de la anónima épica medieval castellana.

La Vida de Santa María Egipciaca, de la primitiva lírica castellana, fue escrito a principios del siglo XIII. En él se describe la vida pecadora de una mujer que logra, finalmente, la salvación.

En el mismo siglo XIII, Gonzalo de Berceo escribe Los milagros de Nuestra Señora, la obra poética más importante del "Mester de Clerecía". Consta de veinticinco relatos en los que se informan los milagros efectuados por María en favor de sus devotos, ya sea para salvar sus almas o para ayudarlos en algún momento de peligro.

Otras obras del Mester de Clerecía son el Libro de Apolonio, donde se refleja el mundo caballeresco de la época, mientras que en Berceo se pone de manifiesto el mundo religioso de acento mariano.

El Libro de Alexandre, el poema más extenso del Mester de Clerecía, por otro lado, se remonta al tema erudito de la vida de Alejandro Magno, desde su infancia hasta la muerte.

El Poema de Fernán González se ocupa de la narración de hechos históricos que arrancan desde los reyes godos, continúan con los árabes y las luchas de la Reconquista, hasta la época de Fernán González y la independencia del Reino de Castilla.

La prosa novelesca como tal, sin embargo, se inicia en forma de colecciones de cuentos o apólogos durante el reinado de Alfonso X, en el Siglo XIII. Éstos tienen como fuentes principales los relatos orientales (indios, persas, árabes), y se caracterizan, principalmente, por la intención didáctica.

Por iniciativa de Alfonso X se traducen al castellano dos famosos conjuntos de narraciones: Calila y Dimna y el Sendeban o Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres.

Calila y Dimna (de origen indio o sanscrito) es una serie de apólogos comprendidos en una ficción general, presidida por dos lobos como personajes. Muchas de sus "historias" están consideradas como verdaderos cuentos.

El Sendeban, la otra colección de "cuentos", es también de origen oriental. Narran sus apólogos unos sabios, en defensa de un príncipe, contra las acusaciones de su madrastra. Es, pues, un importante jalón en el desarrollo de la prosa narrativa española, a pesar de su origen extranjero.

El Libro de buen amor de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, aunque en verso, posee el núcleo novelesco de don Melón y doña Endrina. Esta obra del Mester de Clerecía del siglo XIV, en el umbral del surgimiento del mundo burgués, posee, además, el tono humorístico propio de una clase que comienza a ver la realidad con la desconfianza y la ironía propias del descreimiento y el recelo de un mundo cuyos valores fundamentales se apoyan sobre el individualismo, la avaricia y la posesión desmedida de objetos enriquecedores.

El Libro de Patronio o el Conde Lucanor del Infante Don Juan Manuel tiene la importancia de que crea la técnica del relato en el desarrollo de la protonovela del siglo XIV. El escrúpulo de estilo de su autor adelanta la exigencia artística de la narración novelística que con tanto pundonor se observa en Miguel de Cervantes.

La Gran conquista de ultramar y el Caballero Cifar son dos primitivos antecedentes de las novelas de caballerías. El primero, de raíz francesa, ligado a sus cantares de gesta y a las Cruzadas; el segundo, el primer producto español de esta modalidad narrativa, aunque sus fuentes sean también galas.

Hasta este momento, la narración novelesca había estado ligada al influjo oriental y a la técnica del cuento. En el siglo XV, la mirada se dirige a Italia, ampliando su desarrollo con los relatos de naturaleza sentimental. En vez de la guerra o las aventuras caballerescas, lo principal en este tipo de narración es el elemento amoroso-sentimental.

Meléndez Pelayo señala:

Simultáneamente con los libros de caballerías floreció, desde mediados del siglo XV, otro género de novelas, que en parte se deriva de él y conserva muchos de sus rasgos característicos, pero en parte acaso mayor fué inspirado por otros modelos y responde a un concepto de la vida muy diverso. Tal es la novela erótico-sentimental, en que se da mucha más importancia al amor que al esfuerzo, sin que por eso falten en ella lances de armas, bizarrías y gentilezas caballerescas, subordinadas a aquella pasión que es alma y vida de la obra, complaciéndose los autores en seguir su desarrollo ideal y hacer descripción y anatomía de los afectos de sus personajes. Es, pues, una tentativa de novela íntima y no meramente exterior como casi todas las que hasta entonces se habían compuesto, y aunque no produjo, ni podía producir, obras maestras, porque no habían llegado todavía los tiempos del análisis psicológico, dejó algunas curiosas muestras de retórica apasionada y trajo a nuestra prosa un nuevo e importante elemento.<sup>8</sup>

Con Siervo libre de amor de Juan Rodríguez del Padrón es que

---

<sup>8</sup>Ibid., (Novela sentimental, bizantina, histórica, pastoril), II, p. 3-4.

se inicia esta clase de novela en tiempo de Juan II. Pero la obra más importante de este subgénero es Cárcel de amor (1492) de Diego de San Pedro, que emplea abundantemente la técnica epistolar. Otras novelas sentimentales son: Historia de Grisel y Mirabella de Juan Flores; Cuestión de amor y la Sátira de felice vida del Condestable Don Pedro de Portugal.

Son, sin embargo, los libros de caballerías los que más éxito, popularidad y larga vida alcanzan entre las narraciones que trascienden la Edad Media y se esparcen durante el Renacimiento y el Barroco. Estos libros encarnan el ideal caballereco y la conducta de los protagonistas obedece a tres móviles: la defensa del débil, el amor a la dama y el gusto por la aventura. Con un espíritu de sacrificio y el pensamiento siempre en su dama, el héroe inicia una serie de aventuras posibles o fantásticas de las que casi siempre sale airoso.

La obra de caballería de mayor importancia es El Amadís de Gaula (1492), ejemplo de las que se escribieron y se conocen.

La Celestina (1499), entre el mundo medieval y el Renacimiento, es el libro más significativo de las letras españolas hasta la aparición de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Sin precedentes en el enteco mundo teatral de la Península, que apenas posee unos fragmentos dramáticos en el Auto de los Reyes Magos (de fines del siglo XII y principios del siglo XIII), y algunos nombres como Gómez Manrique, Juan del Encina y Lucas Fernández, esta pieza maestra del teatro irrepresentable tiene sus más lejanos antecesores en la gran tradición dramática grecorromana. Haciendo

caso omiso del elemento formal de tipo dramático, el desarrollo de su trama y la pericia caracterizadora de los personajes, con sus dos mundos enfrentados (medieval-renacentista, idealista-realista, aristocrático-popular), fueron los aspectos de mayor relieve que tuvieron impacto en la evolución de la novela moderna.

La pareja de Calixto y Melibea tipifica a los enamorados perseguidos por el signo adverso de la fortuna, que tan frecuentemente encontramos en el Renacimiento, de la misma manera que es habitual la presencia del mundo abigarrado de Celestina y los criados en el ciclo picaresco.

De ahí, entre otros hechos, la importancia de esta obra maestra de las letras universales en la plasmación de la novela.

D. El Renacimiento. Este período histórico español del siglo XVI, como se sabe, es resultado del desarrollo de la vida medieval que se perfila acentuadamente en los siglos XIV y XV en Europa y en la Península misma. El surgimiento y la consolidación de la burguesía como clase y la imposición de su filosofía humanística dentro de los círculos intelectuales (como las nacientes universidades, cenáculos, corrientes y movimientos artísticos), asimismo como su ascenso en las esferas económicas y en los centros de influencia política, hicieron posible su irrupción definitiva en el siglo que nos ocupa.

Juan Luis Alborg explica la sustitución del mundo teocentrista por el antropocentrista grecorromano, vía la cultura italiana, de la siguiente manera:

Lo que el hombre del Renacimiento busca en el antiguo es un nuevo concepto de la vida, una distinta estimación del hombre que le hace contemplarse a sí mismo de



FILOSOFIA  
Y LETRAS

acuerdo con una nueva escala de valores.

Mientras el hombre de la Edad Media había situado a Dios en el centro de su universo y considerado la existencia terrena como una estación de paso para conquistar la vida eterna, el hombre del Renacimiento trastrueca los valores y se coloca en el centro de un mundo que considera digno de ser vivido por sí mismo.

No cabe duda que los grandes maestros de las letras italianas, como Dante, Petrarca y Boccaccio; Erasmo de Rotterdam; Platón, Teócrito, Virgilio, Horacio y Séneca, entre otros autores antiguos, influyeron decisivamente en las letras españolas de esta primera mitad del Siglo de Oro. Sin embargo, no es menos cierto que en ellas también se observa la fusión de elementos tradicionales o medievales con ingredientes propios de esta hora. Así, por ejemplo, conviven el catolicismo y el paganismo; los elementos nacionales o populares al lado de asuntos cultos o grecorromanos; en muchas ocasiones, persiste una finalidad ética o católica junto a un propósito estético de intención humanística, etc.

Una de las formas novelísticas más importantes de este siglo fueron los libros de caballería.

Marcelino Menéndez Pelayo estableció:

No hay para qué entrar en inútiles disquisiciones sobre el origen de la literatura caballeresca. No procede de Oriente ni del mundo clásico, por más que puedan señalarse elementos comunes y hasta creaciones similares. Nació de las entrañas de la Edad Media, y no fué más que una prolongación o degeneración de la poesía épica, que tuvo su foco principal en la Francia del Norte, y de ella irradió no sólo al Centro y al Mediodía de Europa, sino a sus confines septentrionales:

a Alemania, a Inglaterra y a Escandinavia, lo mismo que a España y a Italia. Pero esta poesía, aunque francesa por la lengua (muy lejana por otra parte del francés clásico y moderno), era germánica unas veces y otras céltica por sus orígenes, y más que la poesía particular de una nación cuya unidad no estaba hecha, fué la poesía general del Occidente cristiano durante los siglos XII y XIII. Independientes de ella, pero recibiendo su influjo, florecieron otras epopeyas como la de Alemania y de Castilla; se vigorizaron en todas partes las tradiciones heroicas; se despertó el genio poético de algunas razas que parecían próximas a desaparecer de la historia; germinaron en confuso tropel los símbolos de olvidadas mitologías, convertidos en personajes y acciones humanas; la fecunda dispersión del mundo feudal se tradujo en el enmarañado cruzamiento de ciclos y subciclos, y en medio de tal anarquía, un ideal común de vida guerrera brilló en medio de las tinieblas de la Edad Media.<sup>10</sup>

De suerte que, estas formas narrativas, son descendientes de la épica (expresión vital de la aristocracia guerrera), pero ahora responden a una idealización burguesa del mundo caballeresco. Su apoyo y justificación históricos descansan en las luchas internas de unificación nacional y en las conquistas europeas y americanas; sobre todo, de los Reyes Católicos y Carlos V. Solamente así, a pesar de su fondo imaginario, puede entenderse su finalidad individualista y la dedicación a la dama en que está siempre inmerso el protagonista. El idealismo amoroso y la exaltación del espíritu aventurero se explican a la luz del humanismo burgués.

Después de los lejanos antecedentes caballerescos de la Gran conquista de ultramar, aparecido durante el reinado de Sancho IV (1258-1295) e impreso tardíamente en 1503, y de la Historia del

---

10

Marcelino Menéndez Pelayo, Ibid., I, p. 201.

Cavallero de Dios que avía por nombre Cifar, el qual por sus virtuosas obras et azañosas fue rey de Menton, compuesto a principios del siglo XIV, la obra más célebre de esta familia es Amadís de Gaula, terminado hacia 1492 y publicado en 1508 bajo la firma de Garci Rodríguez de Montalvo.

Durante la primera mitad del siglo XVI, correspondiente al reinado del Emperador Carlos V, la descendencia del Amadís... prolongó el idealismo caballeresco y amoroso de orientación europea e ideales universales, a tono con la política expansionista del monarca cuyos dominios no tenían fronteras. Así, vemos que proliferan las secuelas del libro maestro de la caballería, los cuales se conocen como los amadises y los palmerines: Quinto libro del Amadís o Sergas de Esplandián (1510), también de Garci Rodríguez de Montalvo; Sexto libro de Amadís de Gaula (1510) de Páez de Rivera; Séptimo libro o Lisuarte (1514) de autor desconocido; Octavo libro o Segundo Lisuarte (1526) de Juan Díaz; Noveno libro o Amadís de Grecia (1530-1535), atribuido a Feliciano de Silva; Décimo libro o Don Florisel de Niquea (1532) y Undécimo libro o Don Rogel de Grecia (1535), ambos también de Feliciano de Silva, y el Duodécimo libro o Don Silves de la Selva (1546) de Pedro de Luján, con el que acaba este ciclo. El segundo grupo comienza con Palmerín de la Oliva (1511), y continúa con Primaleón (1512) y Palmerín de Inglaterra (1547-1548) de Francisco de Moraes.

Sin embargo, hacia el final de este reinado aparece una breve novela anónima que desafía la narrativa imperante del momento con un realismo descarnado, cuyo antecedente más próximo hay que rastrearlo en La Celestina. Se trata de El lazarillo de Tormes, con

la que nace la novela picaresca. Su protagonista es la antítesis del caballero. Marca, en realidad, el nacimiento definitivo del antihéroe, representado inicialmente en esta obra por un mozalbete de baja extracción social y que, en otras obras, alcanza la adultez, variando más o menos los rasgos de su personalidad. Algunos de éstos son: la motivación materialista que lo impulsa a realizar tareas diversas al servicio de múltiples amos. Ante la conducta generalmente mendaz o huera de sus señores, él no es menos hipócrita. Para sobrevivir ante las estrecheces materiales en que lo colocan los defectos de sus amos (tacañería, codicia, vacuidad, soberbia, agiotismo, etc.), emplea todo su ingenio, a fin de burlar los escollos que lo mantienen al borde de la miseria e inanición.

Este protagonista-narrador emplea un tono que oscila entre el humor y el sarcasmo, con preferencia por la ironía. Su visión de la realidad se caracteriza por el predominio de los aspectos sombríos y decadentes de una España abarrotada de oportunistas, mendigos, vividores y toda clase de clérigos aprovechados y de escasa religiosidad, quienes contradicen toda mística o ascética.

Este ambiente de disolución moral, de "bajos fondos", propicia un tipo de narrativa detallista, realista, en la que los tipos populares y los "cuadros de costumbre" denuncian la presencia de un mundo asolado por la pérdida de gran cantidad de seres humanos en las inacabables guerras europeas; la emigración de los campos a las ciudades, con las consecuencias de sobrepoblación, falta de trabajo, vagancia y busconería que ello acarrea, asimismo como la presencia de un gran contingente de marginados sociales (pícaros, prostitutas, viciosos, etc.). Otro factor agravante de esta

compleja situación social es la existencia de un significativo grupo de nobles y eclesiásticos que vivían parasitariamente de una economía dependiente de los recursos propios que le quedaban -luego de sus conflictos internos y externos- y de las riquezas que le producía el mundo colonial americano. Máxime, si recordamos que la naciente burguesía nacional había sido castrada sustancialmente, desde los tiempos de los Reyes Católicos, con las expulsiones y persecuciones religiosas que privaron al País de cientos de miles de talentos en todas las áreas del saber humano; pero, sobre todo, en las actividades comerciales y financieras, que manejaban con destreza árabes y judíos españoles.

La segunda mitad del siglo XVI, correspondiente al período de Felipe II, se caracteriza por un mayor deseo de afirmación nacional, tal como señalan dos serios estudiosos de nuestras letras:

Al momento guerrero del emperador siguió el reinado de Felipe II (1556-1598), que iba a ser de reconcentración y de hombres de letras y espíritus religiosos. La retirada del emperador vino a ser el triunfo de la ascética frente al mundo heroico. En este reinado se darán las grandes figuras de la mística y la ascética, el predominio de la novela pastoril, paralización del teatro y de la novela picaresca. La lengua cortesana de la época del emperador se transforma en llana y sobria.<sup>11</sup>

La novela pastoril, cuyos antecedentes más remotos se encuentran en la literatura bucólica de la Antigüedad clásica, alcanza su máximo esplendor en este momento. Como se recordará, Teócrito y Virgilio

---

<sup>11</sup> Ángel Valbuena Prat y Agustín del Saz, Historia de la literatura española e hispanoamericana, p. 66-67.

fueron sus máximos exponentes del mundo grecorromano. Durante la Edad Media continúa su cultivo, con las sustanciales modificaciones de Petrarca, quien con su Carmen Bucolicum la moderniza.

En España, sin embargo, el elemento pastoril, a nivel culto, tiene fina expresión en las serranillas del Arcipreste de Hita, en las del Marqués de Santillana, de igual modo que en las obras de Lucas Fernández, Juan del Encina y Gil Viente.

Pero es, en el siglo XVI, con La Arcadia (1502) de Jacobo Sannazaro, que se define el género, y cuya primera traducción al castellano data de 1549. Esta célebre novela es el antecedente de Los siete libros de la Diana de Jorge Montemayor, la cual debió publicarse entre 1558 y 1559. A partir de ella, se consolida una modalidad novelística en la que unos falsos pastores son los protagonistas. Se trata de personas cultas que buscan en la naturaleza un refugio donde desahogar sus penas amorosas. Tanto la naturaleza como los sentimientos aparecen idealizados a tal extremo que la visión del mundo resulta falsificada y artificial. En tanto que en los libros de caballerías se exalta la vida guerrera y en la novela sentimental se enaltece la pasión amorosa, en ésta se idealiza la naturaleza. Con ella, además, da inicio el análisis del mundo íntimo de los personajes.

La segunda gran novela pastoril española es La Diana enamorada (1547) de Gaspar Gil Polo, una secuela de aquélla. Siguiéron otras obras dignas de recordación: La Galatea (1585) de Miguel de Cervantes Saavedra y La Arcadia (1598) de Lope de Vega.

La novela morisca trae a un primer plano el mundo árabe que ya los romances fronterizos y moriscos habían idealizado desde el

siglo XV. El moro, su protagonista, es un ser de altas cualidades morales.

La más célebre y hermosa de estas novelas en prosa es La historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa, cuya presencia se registra desde 1551 y aparece luego en la edición de La Diana de 1561. Más tarde fue incluida en el Inventario (1565) de Antonio de Villegas. Cuando se publica la obra Las guerras civiles de Granada (1595-1619) de Ginés Pérez de Hita, las letras españolas cuentan con la más representativa narración de esta clase. Otras novelas propias de esta categoría son: La historia de Ozmín y Daraja (1604), incluida en el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán y La historia del cautivo (1605), intercalada en la primera parte del Quijote de Cervantes.

Las novelas bizantinas (o de amor y aventuras) pueden remontarse, en sus orígenes, a la época helenística de la literatura griega. En éstas, a un conflicto sentimental, se sumaba la narración de los viajes y argucias de los protagonistas. Estos viajes y peripecias siempre tenían un final feliz.

Del Mundo Antiguo, Teágenes y Cariclea de Heliodoro y el Leucipe y Clitofonte de Aquiles fueron traducidos en el Renacimiento, dando lugar a las subsiguientes imitaciones. Algunos ejemplos de éstos son: Historia de los amores de Clareo y Florisea (1552) de Alonso Núñez de Reinoso, Selva de aventuras (1565) de Jerónimo de Contreras y la novela Los trabajos de Persiles y Segismunda (1617) de Cervantes, que también está escrita dentro de esta concepción narrativa.

La novela corta italiana es de suma importancia dentro del desarrollo de la novela moderna. Si atendemos a sus características principales: los temas trágicos o burlescos, el fondo audaz, la enmarañada intriga y la finalidad moralizante, nos percatamos inmediatamente de la presencia del mundo burgués, sobre el cual ha de girar la novela, a partir de este momento, y del cual ella será su más denodado instrumento crítico. Ejemplo de ello es El Patrañuelo (1567) de Juan de Timoneda, de la que surge la novela cortesana en el siglo XVII y que Cervantes adapta, con extraordinaria maestría, para producir sus famosas Novelas ejemplares (1613).

La novela corta italiana solía aparecer en series o colecciones. Casi siempre presentaba aventuras de damas y galanes y estaba destinada a la lectura en tertulias.

E. El Barroco. El siglo XVII, aunque es una consecuencia del siglo anterior, tiene sus peculiaridades, productos del acelerado fracaso histórico de España como potencia hegemónica en la política europea y americana. Por eso, se observa la desvalorización de la vida presente y de la naturaleza, que llegan en este período a su punto culminante. El Barroco, sin embargo, atiende, en España, preferentemente a los asuntos del País, por lo que recibe el nombre de "Período Nacional". Por eso, precisamente, es palpable la actitud pesimista de quienes comprenden el drama de España, como Francisco de Quevedo, y, del otro, los que se sumergen en fiestas y pompas para olvidarse del mundo que los rodea y regresar a un "pasado mejor", como Lope de Vega.

Guillermo de Torre enumera las características de esta

época:

- a) Reacción frente al sentimiento renacentista de la armonía de la vida y la belleza orgánica.
- b) Predominio de la inquietud metafísica y religiosa frente a lo natural y pagano. Anhelos de Dios y del infinito.
- c) Desengaño, contraste entre naturalismo e iluminismo. Ascetismo y dislocación de lo mundanal. Tensión entre vida y espíritu, con dos vías de escape: la negación ascética y la ironía.
- d) Transformación de lo real y lo irracional, encarnación de lo espiritual y espiritualización de lo carnal. Sensualidad de lo trascendente.<sup>12</sup>

Las ideas de la Contrarreforma han contribuido también a crear el clima antes descrito. La naturaleza, por su parte, ya no ocupa un lugar necesariamente preponderante, y la caducidad de la vida terrenal vuelve a ser motivo de preocupación notable.

En cuanto al aspecto moral se refiere, éste se transforma, porque hay una entrega a los goces físicos, por lo cual predomina la visión materialista sobre el aspecto espiritual de la realidad. Para las clases gobernantes, la fama ha sido relegada a un segundo plano y el amor resta atención a la sensualidad. El amor patriótico per se, simplemente ya no mueve las grandes causas de la aventura humana.

En España, el Barroco se divide en dos escuelas literarias: la culterana y la conceptista. El Culteranismo se fundamenta en el culto a lo bello, de ahí que los valores sensoriales sean

---

12

Guillermo de Torre, Del 98 al Barroco, p. 391.

tan importantes. La metáfora es el recurso principal en las obras que produce. El Conceptismo, por su parte, atiende al sentido de las palabras, por lo que el concepto alcanza una primerísima atención tanto en la prosa como en el verso.

Con respecto al desenvolvimiento de la novela barroca, cabe señalar que las dos grandes direcciones, constituidas por el idealismo y el realismo, mantienen su vigencia con sus naturales modificaciones y sus altas y bajas. Sobre los libros de caballería, aunque continúan escribiéndose, es ya seguro que sus mejores días han pasado. En lo que se refiere a la vertiente pastoril, La constante Amarilis (1609) de Cristóbal Suárez de Figueroa, y La Cintia de Aranjuez (1629) de Gabriel del Corral, cierran la etapa de su productividad histórica. Muy poco ofrecen ya la novela morisca y la novela bizantina.

La hora pertenece, definitivamente, al realismo de la picaresca, que era la modalidad capaz de servir con hondura y fidelidad en uno de los momentos más difíciles de la historia española. Después del ejemplo lejano de El Lazarillo de Tormes, que había quedado como un hiato en el caudal narrativo del siglo XVI, le toca el turno al pícaro. Por eso

... contempla la realidad y observa que el caballero tiene biógrafos y panegiristas; observa también que nadie repara en él, dada su pequeñez. Tiene que ser el mismo pícaro quien dé cuenta de sus actos. Pero, consciente de su función social, su vida será el reverso de la del caballero; y si éste se vanagloria de los más altos progenitores, el pícaro alardeará de su baja extracción social: sus padres serán indefectiblemente ladrones, busconas o alcahuetas.

El pícaro resulta de este modo biógrafo de sí mismo.<sup>13</sup>

El modelo de este tipo de narrativa se plasma en el Guzmán de Alfarache (1599) de Mateo Alemán. En ella el personaje y las características de esta narrativa logran la plenitud esbozada por El Lazarillo... El límite de esta tendencia en el relato lo alcanza La historia del buscón llamado don Pablos (1626) de Francisco de Quevedo, donde el protagonista, como resultado de los excesos conceptistas, ha perdido la lozanía de la obra que inicia el género y la madurez que logra en la narrativa de Alemán.

Otros relatos picarescos dignos de recordarse son: La pícara Justina (1605), adjudicada a Francisco López de Úbeda; La hija de Celestina (1612) de Alonso Jerónimo Salas Barbadillo; La vida del escudero Marcos de Obregón (1616) de Vicente Espinel; La segunda parte de Lazarillo de Tormes (1620) de H. o I. [Juan] de Luna, y La Garduña de Sevilla (1642) de Alonso Castillo y Solórzano.

La gran figura del relato en el Barroco, y de todo el Siglo de Oro, no obstante, es Miguel de Cervantes Saavedra. Modesto como poeta y como dramaturgo, puede asegurarse que es el creador de la novela moderna y el más genial manejador suyo de todos los tiempos.

Su primera obra narrativa, La Galatea (1585), de estirpe pastoril, es un ensayo para el abordaje de su obra magna: El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha (1605-1615). Aun cuando se ha vuelto un lugar común afirmar que esta obra fue escrita para com-

---

<sup>13</sup>Emiliano Diez-Echarri y José María Roca Franquesa, Historia de la literatura española e hispanoamericana, p. 249. (Subrayado del autor.)

batir las novelas de caballerías, y que logró acabar con ellas, hoy día sabemos que, si originalmente Cervantes tuvo esa intención, su alcance significativo rebasó ese limitado enfoque, por un lado, y que los libros de caballería se extinguieron por razones históricas en las que muy poco, si algo, influyó la Biblia de la Humanidad, por otra parte.

Agustín del Saz dice:

El libro tiene una significación mundial inevitable: Don Quijote es igual a quimera, a fantasía, a idealismo. Sancho Panza es igual a realidad, a verdad, a materialismo. Ambos sujetos, tan opuestos, se buscan, se necesitan y se complementan. Son como el alma y el cuerpo, la materia y el espíritu.

.....  
Tras Don Quijote, un mundo idealista, de sueños; tras Sancho, todo el realismo español. El criado habla como nuestros pícaros, salpicado de refranes; el amo, con la grandilocuencia de los libros de caballerías.<sup>14</sup>

Tiene razón Agustín del Saz, pero es igualmente correcto asegurar que ninguna novela, antes o después de ésta, ha sido capaz de ahondar en el análisis de su momento histórico con la penetración y la certeza del Quijote, ni tampoco se ha superado su entendimiento de la naturaleza humana, aparte de que la estructura narrativa suya deja establecida toda la "carpintería literaria" que, más tarde, los grandes narradores se encargarán de llevar hasta las últimas consecuencias en aquellas áreas, técnicas o recursos, que interesen en un momento determinado.

---

<sup>14</sup>Agustín del Saz, Resumen de la literatura española, p. 78-79.

Si Cervantes no fuera autor del Quijote y nos hubiera dejado las Novelas ejemplares (1613), habría sido razón suficiente para que hoy se le considerara como una de las primeras figuras del género. De hecho, la novela italianizante o cortesana; es decir, la novela corta a la española prácticamente nació con estos deliciosos relatos. No es pedantería ni fanfarronería suya alegar

que yo soy el primero que ha novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.<sup>15</sup>

Algunos seguidores de Cervantes en el cultivo de la novela corta son: Francisco de Lugo Dávila,<sup>quien</sup> elaboró su Teatro popular, novelas morales (1622); Diego de Agreda y Vargas es autor de doce Novelas morales, útiles por sus documentos (1620); José Camerino tiene también doce Novelas amorosas (1624); Alonso de Castillo y Solórzano dejó: Tardes entretenidas (1625), Jornadas alegres (1626), Tiempos de regocijo (1627), Huerta de Valencia (1629), Noches de placer, doce novelas (1631) y Fiesta del jardín (1634), entre otras; María de Zayas - el primer gran nombre femenino de la novela española - elaboró dos colecciones de relatos de este corte: Novelas amorosas y ejemplares (1637) y Novelas y saraos (1647); Juan Pérez de Montalbán publicó ocho novelas ejemplares bajo el título Prodigios y sucesos (1624) y Gonzalo de Céspedes y Meneses dio a la luz

---

15

Miguel de Cervantes Saavedra, "Prólogo al lector", Novelas ejemplares, Obras completas, II, p. 920.

pública seis narraciones que llamó Historias peregrinas ejemplares (1623).

F. El Neoclasicismo. El siglo XVIII es un momento poco fecundo para la literatura de creación en España. Esta declinación ya se advierte desde finales de la centuria pasada. Es una época de transición en que los elementos de la narrativa peninsular reciben influjos del mundo francés. Si bien es cierto que este período se conoce como la "Época del Neoclasicismo", suele dividirse en cuatro grandes tendencias.

La primera de ellas es el Posbarroquismo o el estilo nacional español que, desde la muerte de Calderón (1681), se extiende a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII, en el que todavía se observa este barroquismo decadente.

La segunda modalidad es la del Neoclasicismo, el cual comienza con la llegada al trono de Felipe V de Borbón, que da paso a la dinastía francesa en España. Como consecuencia, el individualismo del siglo XVII desaparece ante un mayor sentido de unidad colectiva. Prevalece la razón, por medio de la que se somete el arte a una serie de normas dictadas por Aristóteles y Horacio. Entre ellas figuran: la universalidad y la verosimilitud, la separación de lo trágico y lo cómico en una misma obra; la convivencia de los asuntos elevados con las preocupaciones comunes; la separación de los géneros y la finalidad moral o didáctica de la obra de arte, etc.

Las otras dos tendencias son: la Ilustración y el Prerromanticismo. La Ilustración es un movimiento que motiva la investigación y la crítica. El Prerromanticismo, por su parte, desde mediados del siglo XVIII, anuncia las características que, en el XIX, van

a definir el Romanticismo. Los aspectos trágicos y los cómicos se unen; la nota sentimental y el paisaje adquiere importancia como reflejo del ánimo a través del cual se proyecta.

Ángel del Río resume los acontecimientos de la época del modo siguiente:

En el terreno puramente creativo, el siglo XVIII es casi nulo. No se produce, con contadísimas excepciones -Meléndez Valdés, Ramón de la Cruz, alguna página del padre Isla-, ni poesía ni teatro ni novela de valor duradero. La lengua misma-salvo las mismas excepciones, la prosa crítica de Feijoo, Jovellanos o Forner - se empobrece visiblemente. Hay poca originalidad en las ideas y menos en el arte. Y, sin embargo, el desdén con que se suele tratar este período, crítico en un doble sentido, es injustificado. Porque como compensación a la falta de cualidades creativas, presenta, en cambio, un saber sólido, una seriedad ejemplar con el propósito de encontrar nuevos caminos, una inquietud honda por salir de la encrucijada en que se hallaba el espíritu patrio, y, en suma, un anhelo renovador tan sincero y, en lo fundamental, tan inteligentemente dirigido que hizo posible la continuidad de la cultura española que parecía ya enteramente acabada a fines del siglo XVII. Preparó además el despertar artístico que se inicia con el romanticismo y sigue en línea ascendente hasta llegar a los comienzos de la época contemporánea.<sup>16</sup>

Más que a la imaginación o al estilo, la novela atiende el aspecto didáctico. Ello explica lo reducido de su producción.

Juan Luis Alborg comenta sobre la escasez de novelas en este siglo:

De todos modos, nos atreveríamos a decir que en este campo el evidente descenso es menos grave; el siglo XVII había dado en español la mayor novela del mundo: el Quijote, y un género de incom-

---

<sup>16</sup> Ángel del Río, Historia de la literatura española, II, p. 6.

parable magnitud: la novela picaresca. Pero el primero, aunque contenía los gérmenes para todas las rutas narrativas, como un rayo de luz capaz de descomponerse en todos los colores, no era libro para imitar; era un modelo demasiado grande para engendrar fácil descendencia. En cuanto a la picaresca puede decirse que se había concluido su trayectoria y agotado en buena parte sus posibilidades, innegablemente limitadas, y era difícil prolongarle sin grave riesgo de amaneramiento y repetición. Podrá fructificar transplantada, que es lo que sucedió en efecto.<sup>17</sup>

La novela todavía no es una forma ampliamente popular, ni en este País, ni en el resto de Europa. En España, hasta ese momento, el teatro era el género literario tanto para la recreación del pueblo como para la lectura. Eso sí, se utiliza el modo novelesco con otros fines y se combina con otros géneros. Sólo dos figuras se destacan en la segunda mitad de este siglo: Diego de Torres Villarroel y el padre José Francisco de Isla. Se advierte en ellos el fin eminentemente doctrinal; el cuadro de costumbres sirve a una intención satírica. Más que novelar, emplean la estructura novelesca para fines didácticos.

Diego de Torres Villarroel (1693-1770) ha sido considerado como un personaje extravagante por sus estudios y conocimiento de la astrología y otras disciplinas afines con la "magia" y por su naturaleza y carácter polémicos. La crítica en general lo ha señalado como un autor dentro de la tradición narrativa de la picaresca por su obra Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del doctor don Diego de Torres Villarroel (1743). Y

---

17

Juan Luis Alborg, Op. cit. Siglo XVIII, III, p. 255.

no cabe duda que contiene elementos de esta clase de novelas. Pero es también correcto que posee otras particularidades que le imprimen un carácter distinto.

Alborg confirma:

Juan Marichal, en una sagaz interpretación del Piscator, califica su Vida como el arquetipo de una "autobiografía burguesa"; después, claro está, de rechazar el concepto equívoco o peyorativo que se otorga frecuentemente al calificativo de burgués. El siglo XVIII, dice Marichal, sobre todo en su segunda mitad, fue la época clásica de la autobiografía, cuyo tema preferente era "el ascenso social y económico de un hombre originariamente oscuro". El móvil de semejantes autobiografías, añade, es el relato de ese ascenso, y resulta forzosamente distinto al de las vidas anteriores, de tipo penitencial. El burgués es el hombre que no posee más que su tiempo, y que en consecuencia trata de venderlo. El burgués-escritor considera lógicamente sus libros como objetos de comercio, y esta actitud ante el libro que aparece en el siglo XVIII, tiene entre nosotros su primer y más alto representante en don Diego; "dudo-dice Marichal- que en todo el siglo XVIII haya un escritor que haya sabido vender su tiempo y escribir libros como objetos vendibles mejor que Torres Villarroel". Toda la autobiografía del catedrático salmantino es la afirmación de esta realidad económica-"dirás últimamente que porque no se me olvide ganar dinero he salido con la intención de venderme la vida y yo diré que me haga buen provecho"-, pero a la vez una orgullosa declaración de sentirse, como escritor, más libre y respetado, de poder vivir de su pluma, de haber ganado con ella no sólo dinero sino la general estimación, y, más todavía, el respaldo social de todos aquellos suscriptores que, por primera vez, hacían posible la publicación de unas copiosas Obras completas.<sup>18</sup>

Y, más adelante, agrega:

Asombra, realmente, que la Vida de Torres Villarroel, escrita -repiteámoslo- como altiva defensa y apología de sí propio, para reclamar orgullosamente el puesto que su

---

18

Ibid., p. 308-309. (Subrayados del autor.)

persona y obra merecían a su juicio, haya podido ser conceptuada casi unánimemente por la crítica como una "novela picaresca". El único descargo de este error está en el tono dominante -tampoco el único- de la obra, que goza de expresarse frecuentemente en forma apicarada y bufonesca, tan opuesta a la realidad documentada de la vida de Torres. Pero este carácter, aparentemente contradictorio, viene también a reforzar, como vamos a ver, el significado que venimos atribuyendo a su autobiografía.<sup>19</sup>

Después de su Vida, las Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte (1727-1728) -comúnmente llamadas los Sueños morales- es la otra obra narrativa más importante de este escritor, quien es la figura de más colorido e importancia del llamado Posbarroquismo dieciochesco y, específicamente, en lo que a la prosa novelística se refiere.

Pero, la personalidad más sobresaliente de la novela en este siglo es el padre jesuita José Francisco de Isla (1703-1781), autor de la Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, cuya primera parte se publica en 1758; la segunda apareció clandestinamente en 1768, por las prohibiciones de la Inquisición, que pesaban sobre el libro desde su misma primera salida. Una de las grandes dificultades de la novela es su escasa acción y las continuas y engorrosas digresiones que entorpecen su desarrollo. En ella, entre otras cosas, destaca la descripción del ambiente campesino, lo que ofrece al lector oasis de deleite en medio de la sátira contra los malos predicadores de su

---

19

Ibid., p. 312-313.

tiempo, móvil capital que guió al autor a escribir este libro. Otro de los problemas que afecta el franco cumplimiento de las exigencias del género es su evidente fraccionamiento de los hechos, que le impide ofrecer la unidad requerida en estos casos. Pero, aun así, su esfuerzo es válido dentro de una tradición apicarada y satírica.

Al padre Isla debe sumársele también la tarea como traductor de Gil Blas de Santillana de Alain René Lesage, que, pobre y defectuosa, motivó su difusión en España y alentó la polémica de su paternidad.

Pedro Montengón publicó a fines del siglo la novela Eusebio (1786), con influencia del Emilio (1772) de Juan Jacobo Rousseau.

G. El Romanticismo. Este fenómeno social -como todo movimiento incubado en el seno de las naciones- responde a la expresión de un sector poblacional en pugna con los valores establecidos en su medio.

Un incisivo crítico de este momento en la historia de la literatura española establece:

Suele exponerse el movimiento romántico como reacción contra los contenidos culturales del período anterior, el neoclásico, provocada o favorecida por ciertos acontecimientos políticos, como la Revolución francesa, y favorecida por otros, de naturaleza militar, como las guerras napoleónicas. Dicho movimiento se habría alimentado, además, de la corriente sentimentalista originada en Rousseau, cuyo pensamiento está, de hecho, presente en casi todos los escritores románticos, incluidos los cristianos.

Sin embargo, el Romanticismo es algo más que una mera reacción cultural, que un mero cambio de postura de escritores y poetas. Hay que concebirlo como oposición a la burguesía, nacida en su propio seno y en un momento muy avanzado de su desarrollo;

oposición gemela y paralela a otras del mismo origen, como el dandysmo o las formas precientíficas de socialismo, con las cuales aparece frecuentemente mezclada.

Si la reacción meramente formal, en su alcance, se limita de momento a rechazar los preceptos neoclásicos -que habían sido asumidos y defendidos por la sociedad burguesa del siglo XVIII-, en la elección de nuevos materiales poéticos, esta oposición antiburguesa se manifiesta con toda claridad en las obras más características de Walter Scott, Juan Pablo Richter, Víctor Hugo, Alejandro Manzoni, Enrique Heine y otros como una concepción del mundo. La oposición de medievalismo a modernidad; la de los sentimientos exaltados a los sentimientos correctos; la de las formas anormales de existencia (heroísmo, bandidaje, o cualquier otra extremosidad activa) a las normales; la misma exacerbación del individualismo hasta extremos antisociales o francamente anarquistas, son otros tantos síntomas de esa reacción, cuyo alcance, como es obvio, va más allá de las preferencias puramente estéticas. Esto no obstante, es inevitable hallar en el romanticismo más radical contenidos culturales de procedencia y naturaleza burguesas o que en la burguesía tiene su origen.

La misma posición política de los románticos -liberalismo exaltado o exaltado reaccionarismo-, así como su simpatía general por los programas de reformas sociales, son otros elementos que añaden a la tesis anteriormente expuesta, corroborados todos ellos por la típica singularidad de conducta del artista romántico, pocas veces conforme con la sociedad y las más de ellas en franca oposición, cuando no en abierta rebeldía contra las normas usuales de convivencia (recuérdense las biografías<sup>20</sup> de Byron, Shelley, Heine y, en España, Espronceda).

La novela española, dentro del panorama romántico -inferior al alemán, inglés, francés e italiano- es de una endeblez tal que,

---

20

Gonzalo Torrente Ballester, Literatura española contemporánea. Estudio crítico, I, p. 15-16. (Subrayados del autor.)

incluso en la lengua española, ocupa un lugar de segunda importancia ante obras como María de Jorge Isaac o Amalia de José Mármol, de Colombia y Argentina, respectivamente.

Aunque comúnmente se encuadra el Romanticismo en la primera mitad del siglo pasado, la verdad es que la novela -tercer género en importancia después del teatro y la poesía- produce sus mejores obras entre 1830 y 1850. Además, se sabe que

La orientación predominante en la novela española del romanticismo es, como decíamos, la histórica, inspirada casi exclusivamente en Walter Scott o en la línea francesa de Víctor Hugo o de Dumas; y, junto con aquélla, la que puede calificarse de novela social, ya según la tendencia humanitaria de George Sand o bajo la forma más revolucionaria influida de Eugenio Sue.<sup>21</sup>

Ramón López Soler comienza el cultivo de la novela histórica con Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne (1830), de gran familiaridad con Ivanhoe de Scott; Mariano José de Larra es autor de El doncel de don Enrique el Doliente (1834); José de Espronceda escribió Sancho Saldaña (1834); Francisco Martínez de la Rosa tiene a su haber Doña Isabel de Solís (1837) y Estébanez Calderón dejó Cristianos y moriscos (1838).

La gran figura española de la novela romántica es, para muchos, Enrique Gil y Carrasco. Dejó tres piezas narrativas: El amanecer de la Florida (1838), El lago de Carucedo (1840) y la obra que le aseguró un lugar de preeminencia en la narrativa

---

21

Juan Luis Alborg, Op. cit., El Romanticismo, IV, p. 659.

peninsular: El señor de Bembibre (1834).

Otros autores ensayaron relatos de alguna recordación: Telesforo de Trueba y Cossío: Gómez Arias (1828), The Castilian -El castellano- (1829), etc. El problema con Trueba es que escribió sus novelas en inglés y es discutible si pertenecen a la literatura española. Estanislao de Kostka Vayo se destacó por el cultivo del tema morisco. Entre varias, se cuentan: Voyleano o la exaltación de las pasiones (1827), Los terremotos de Orihuela, o Enrique y Florentina (1829), Grecia o La doncella de Missolonghi (1830), La conquista de Valencia por el Cid, novela histórica nacional (1831) -su narración más representativa- y Los expatriados. Zulema y Gazul (1834). Francisco Navarro Villoslada produjo: Doña Blanca de Navarra (1847) -para Emiliano Diez-Echarri y José María Roca Franquesa, superior a El señor de Bembibre-, Doña Urraca de Castilla (1849) y Amaya, o los vascos en el siglo VIII (1877). Y, Manuel Fernández González, el mejor exponente de la novela histórica de aventuras: El laurel de los siete siglos (1850), Allah-Akbar (1850), Obispo, casado y rey (1850), El condestable don Álvaro de Luna (1851)...<sup>22</sup>

Caso aparte es el de Gertrudiz Gómez de Avellaneda, cubana que realiza su obra en España, y que, como novelista, produjo Sab (1841) -novela antiesclavista que se adelantó diez años a Harriet Beecher Stowe y La cabaña del Tío Tom-, Espatolino (1844), Guatimozín (1846) y El cacique de Turmequé.

---

<sup>22</sup>

Ibid., p. 658-694.

La otra manifestación de la novela romántica, la vertiente social, ponía su énfasis primordial en el tratamiento y la denuncia de los problemas inmediatos de la sociedad en que se desenvolvía, contrariamente a lo que acontecía con su gemela, la novela histórica, cuyo interés primario residía en asuntos de otras épocas y lugares.

El más significativo creador de esta modalidad es Wenceslao Ayguals de Izco, admirador de Eugenio Sue, autor de María, la hija de un jornalero (1845-1846) y Pobres y ricos o La bruja de Madrid (1849-1850). Juan Martínez Villergas es el otro novelista más importante de esta tendencia con Los misterios de Madrid (1844-1845) y Los espadachines (1869), entre muchos relatos donde ya aflora el socialismo precientífico.

H. El Realismo. Después que la burguesía en el poder tuvo su expresión filosófica y cultural en el Idealismo -George Berkeley (1685-1753), Emmanuel Kant (1724-1804), Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831)...- y en el Romanticismo, esa misma clase, ya más sólidamente arraigada en el poder, se movió a unas posturas más coherentes con el desarrollo histórico que generaba su gestión social. En el proceso de su ascenso y consolidación como clase rectora de la vida europea, creó la filosofía positivista. Augusto Comte (1798-1857), su fundador, superó la óptica vital predominante hasta entonces con sus seis tomos del Curso de la filosofía positiva (1831-1842) y el Discurso del espíritu positivo (1844). Charles Darwin (1809-1882), a su vez, naturalista británico, abonó la concepción de toda realidad

viviente con la teoría del evolucionismo y selección natural que expuso coherentemente en El origen de las especies (1859), por medio de la cual amplió las perspectivas abiertas por el francés.

A este trasfondo filosófico o ideológico hay que agregar la gestión del desarrollo económico capitalista y el engrandecimiento de las técnicas científicas de producción, que lograron acrecentar el poderío sobre el cual descansaba la fuerza política de la clase media. Este fenómeno se conoce como la Revolución Industrial, que se inició en las postrimerías del siglo XVIII y se extiende a lo largo del siglo XIX en los países de mayor adelanto industrial como Inglaterra, Francia y Alemania, por ejemplo. Vemos, pues, que del sistema de producción doméstico se pasa a la labor en fábricas o industrias -lo que significa que, del trabajo personal o familiar, se da paso a un tipo de labor colectiva para un dueño, al que se vende el esfuerzo que se realiza-; se implantan nuevos sistemas de transporte, como el ferrocarril y los buques de vapor; y crece la migración de los campos a las ciudades, etc.

Este trasfondo es el que impulsa la renovación de la estética en la segunda mitad del siglo pasado. Las realidades prácticas e inminentes de una burguesía que ya ha atravesado sus más críticos momentos revolucionarios, le impone estabilizarse y conservar su predominio político. No resultan, atractivos, a esta altura, la aventura, la extravagancia, el desorden, la anarquía y las fugas para quienes aspiran a la seguridad.

De ahí que el Realismo tenga como meta fundamental el examen de la circunstancia inmediata y ya no se interese esencial-

mente por rebuscar en las profundidades de las siquis individuales. Ahora tienen prioridad los asuntos económicos, sociales e ideológicos que afectan la estructura de convivencia. La naturaleza se manifiesta como el entorno que moldea y define la vida en gran medida. No es una mera proyección sentimental, a manera de paisaje, expuesta caprichosamente por el estado sentimental prevaleciente en un momento específico. La conducta humana interesa como explicación o encarnación de virtudes o defectos de raíz sociológicos, no como idealización o simple estilización.

En estas circunstancias, el escritor se ve compelido a ejercitar su función con la mayor objetividad posible, para lo cual ensaya un relato de precisión y exactitud a niveles extremos. El artista, en estas condiciones, es un observador de detalles y de acontecimientos. De espaldas a la subjetividad, aspira a ser un científico de los sucesos cotidianos y de la historia. No es extraño, entonces, la presencia de un interés docente y, a veces, hasta moralizador. Todo debe ser equilibrado, moderado y sensato.

Sobre el Realismo se ha indicado:

Fue la natural reacción del objetivismo (de lo científico, de lo propio) español contra el subjetivismo malsano y el idealismo exagerado y foráneo.

Buscó la verdad de las cosas vistas y vividas: fue la realidad nacional. Sin excluir enteramente la expresión del propio sentimiento, prefirió narrar y pintar, con claridad y exactitud de dicción, todo lo que entra en el dominio de los sentidos. No era esto, por cierto, nuevo en España: desde el Mío Cid se venía haciendo. Pero había tenido sus eclipses. Próximamente lo habían revivido Mesonero Romanos, Larra, Estébanez Calderón y otros. Ahora lo hace triunfar brillantemente el genio eximio de Fernán Caballero, con sus cuentos y novelas; ense-

guida el realismo lo invade todo: teatro, lírica, crítica, artes y costumbres.<sup>23</sup>

La segunda mitad del siglo XIX se divide generalmente en dos grandes períodos. El primero corresponde a la época de Isabel II (1843-1868). En él todavía pueden observarse rezagos del Romanticismo, a medida que se inicia y se desarrolla el Realismo. La figura cumbre de la novela en este lapso es Fernán Caballero.

El otro momento es el de la Restauración (1875-1898), durante el cual ocurre el pleno desarrollo del Realismo y la manifestación del Naturalismo. Las máximas figuras de estas tendencias son Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán.

Los años intermedios corresponden básicamente al reinado de Amadeo I y a la Primera República.

Como sabemos, la novela española entró en crisis en el siglo XVII, luego del Quijote y de la picaresca. Durante el siglo XVIII se observa su fresca decadencia y, en la primera mitad del siglo XIX, comienza a reanudarse su cultivo, que casi estaba olvidado. En realidad, el Realismo es la continuación de la mejor tradición novelística en España.

Con Cecilia Böhl de Faber (1796-1877), el Realismo vuelve por sus fueros más legítimos cubierto con el seudónimo de Fernán Caballero.

José García López dice:

En sus obras [ ... ] el elemento narrativo sólo sirve de marco a un amplio cuadro "sobre la vida

---

<sup>23</sup>Rodolfo M. Ragucci, Literatura española de los últimos cien años (desde 1850), p. 3. (Subrayados del autor.)

íntima del pueblo español, su lenguaje, creencias, cuentos y tradiciones", pues, como ella misma dice al frente de "La Gaviota", no se propuso componer novelas "sino dar una idea exacta, verdadera y genuina de España y especialmente del estado actual de su sociedad, del modo de pensar de sus habitantes, de su índole, aficiones y costumbres", tomando siempre partido por lo tradicional y castizo -que ella veía encarnado en la vida del campo andaluz-, frente a las innovaciones corruptoras de la ciudad.<sup>24</sup>

Luego de la inauguración del Realismo con La Gaviota (1849), su obra más importante, escribió La familia de Alvareda (1849), Clemencia (1852) y Un servilón y un liberalito (1855), etc.

A todas luces

Su mejor novela, La Gaviota (1849), representa la evolución de la novela romántica a la realista. Fue obra de su entusiasmo por España, por sus tipos, por sus costumbres.

.....  
En esta novela documental no faltan los elementos románticos, como la tempestad en el mar de los comienzos, el convento sin frailes y sin liturgia, los conflictos sentimentales y el tono retórico; pero es un amplio cuadro de las costumbres de Andalucía y una novela que cae ya dentro del realismo.<sup>25</sup>

Aunque Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) produce sus novelas en la época de la Restauración, puede considerarse como una especie de enlace entre Fernán Caballero y un Galdós o Pereda, que son considerados como representantes típicos del Realismo.

Entre sus novelas se cuentan: El final de Norma (1855),

---

<sup>24</sup> José García López, Op. cit., p. 502. (Subrayados del autor.)

<sup>25</sup> Angel Valbuena y Agustín del Saz, Op. cit., p. 222.

El sombrero de tres picos (1872), El escándalo (1875) -la de más fama-, El niño de la bola (1880), El capitán veneno (1881) y La pródiga (1882).

Su obra vale más por la "amenidad y la gracia del relato" que por cualquier otro atributo, como pueden ser el análisis psicológico de los personajes, o las descripciones. Sus personajes carecen de la hondura suficiente para acreditarlo como un experimentado conocedor del alma humana. Las descripciones no trascienden el boceto. El estilo es algo descuidado. Todavía hay que esperar, para estas cualidades, a Pérez Galdós, Pereda y Valera, verdaderos maestros del Realismo.

Juan Valera Alcalá Galiano (1824-1905) se considera el gran aristócrata del estilo en su generación. Hombre de amplia cultura, miró la vida con objetividad, a veces fría y escéptica, sin poder abstraerse de la ironía. Su origen noble y su carrera diplomática -que lo llevó a buena parte del mundo- le insuflaron una actitud de aprecio primordial por la creación de buen gusto, que lo colocó en una postura de defensa del arte por el arte. De ahí que aborreciera las novelas de tesis. Prefería tratar el lado hermoso de la realidad, haciendo caso omiso de sus aspectos más desagradables. Le atraían los temas amorosos, siempre que no cayeran en el apasionamiento, y tenía un gran sentido de observación para captar los detalles. Por su tratamiento a distintos estados de ánimo, se le considera el iniciador de la novela psicológica, exenta de intenciones docentes.

Como en Fernán Caballero, su primera novela, Pepita Jiménez (1874), es el relato más logrado de su producción. A ésta si-

guieron: El Comendador Mendoza (1877), Doña Luz (1879) y Juanita la Larga (1896).

A José María de Pereda (1833-1906) se le aprecia como el mejor paisajista de su generación. Fue un escritor que vivió sencillamente y muy aferrado a su tierra de Santander, en la que se destacó como un denodado defensor de los valores tradicionales.

Pereda ha sido señalado como un escritor reaccionario:

Región, es decir, campo primigenio, castizo y puro frente a la corrupción de la ciudad, donde anida el progreso y el liberalismo -de novela idilio se ha calificado, precisamente, la nove-  
lística de Pereda-; patriarcalismo contra burguesía urbana, de un modo que acerca sospechosamente el pensamiento de Pereda al carlismo de la época.<sup>26</sup>

El elemento descriptivo, por suerte, predomina en sus novelas:

Pereda se evade hacia la naturaleza que, en las novelas anteriores, es un ingrediente principal, bastante más que mero paisaje de fondo. La naturaleza, por definición, no es novelable, y su importancia como materia descriptible depende siempre de su relación con el personaje. Pereda, al prescindir del hombre, encara a la naturaleza, la hace protagonista y materia principal de la novela. Su arte más perfecto lo ejerce en esta descripción, directa o comparativa, en la que consume más páginas de las convenientes a la economía novelesca. Este novelista del aire libre no llega, sin embargo, al impresionismo, del que es rigurosamente contemporáneo. Como paisajista,

---

26

Carlos Blanco Aguinaga, et al., Historia social de la literatura española (en lengua castellana), II, p. 139-140.  
(Subrayados del autor.)

permanece dentro de la tradición realista-romántica. Describe las cosas como son después de vistas y entendidas, es decir, después de una operación sensible e intelectual que le impide dar el salto que pudiera haber dado: la descripción impresionista de la naturaleza.<sup>27</sup>

Sus primeras obras son cuadros de costumbres: Escenas montañosas (1864), Tipos y paisajes (1871), Tipos trashumantes (1877) y Esbozos y rasguños (1881).

Siguen obras de tesis: El buey suelto (1880) -inconvenientes de la soltería en un célibe estúpido-; Don Gonzalo González de la Gonzaleza (1878) -revolucionarios versus tradicionalistas-; De tal palo tal astilla (1880) -la incredulidad religiosa provoca el fracaso sentimental y el suicidio-; y, La Montálvez (1888) -la aristocracia madrileña hundida en la corrupción.

Todas ellas apuntan a denunciar la ciudad y la novedad como representativo de la corrupción y el caos moral: Menosprecio de Corte y alabanza de aldea, beatus ille a lo siglo XIX perediano.

Sus novelas del mar y la montaña nos dan el mejor arte de Pereda, montado sobre la exaltación de la vida rústica, natural y sencilla, la que permite el goce más pleno del vivir. En esta tesitura escribió: El sabor de la tierra (1882), Pedro Sánchez (1883), Sotileza (1884), La Puchera (1889) y Peñas arriba (1895).

---

27  
Gonzalo Torrente Ballester, Op. cit., I, p.80. (Subrayados del autor.)

Sotileza, la gran épica del paisaje marino -recuerda Los trabajadores del mar de Víctor Hugo- y Peñas arriba, el majestuoso escenario montañoso, sintetizan el mundo admirativo de Pereda ante la Naturaleza.

Armando Palacio Valdés (1853-1938) posee una vasta obra que, a veces, hace difícil su ubicación en la narrativa de la segunda mitad del siglo XIX. Pero no hay duda de que, buena parte de sus relatos, destacan aspectos costumbristas y regionales, asimismo como se observa un gran optimismo y espiritualidad en sus creaciones, no importa que buena parte de ellas haya aparecido en la década del Naturalismo: El señorito Octavio (1881), Marta y María (1883), José (1885), La hermana San Salpicio (1889).

Benito Pérez Galdós (1843-1920) es, sin discusión, la máxima figura del Realismo español. Su novelística centra la atención en el análisis histórico, en los elementos populares de la vida nacional y en la clase media de Madrid.

Se ha dicho, en algunas ocasiones, que este escritor es el novelista de la burguesía. Galdós ha respondido que su época pertenece a esta clase:

... la clase media, la más olvidada por nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable. Ella es hoy la base del orden social; ella asume por su iniciativa y por su inteligencia la soberanía de las naciones, y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios, su noble e insaciable aspiración, su afán de reformas, su actividad pasmosa. La novela moderna de costumbres ha de ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en la fondo de esa clase, de la incesante agitación que la elabora, de ese empeño que manifiesta por encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas que preocupan a todos, y conocer el origen y el remedio de ciertos males que turban a las familias. La

grande aspiración del arte literario en nuestro tiempo es dar forma a todo esto.<sup>28</sup>

Pero, hay que tener presente también que

La vida de Galdós, obviamente, es un proceso de concientización política y social que se refleja en su obra literaria. De un radicalismo burgués inicial que podría representar Doña Perfecta (1876), pasa a ser el escritor que desde la burguesía piensa y trabaja contra ella, con mucha mayor consistencia que su amigo Clarín. Se trata de un desarrollo dialéctico en busca de la salida a la parálisis que aquel Régimen oligárquico había llevado al país. Su republicanismo social aparece sin ambages en El caballero encantado (1909), y su idea de la necesidad de una auténtica Revolución -producto sin duda de su aproximación al socialismo- puede verse... [en] Cánovas...<sup>29</sup>

En consonancia con el credo artístico del Realismo, Galdós tiene una idea de la novela que bien sirve para caracterizar al grueso de su generación y en obvia armonía con el ideario de Gustave Flaubert:

Imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción.<sup>30</sup>

28

Benito Pérez Galdós, en Gustavo Correa, Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós. Ensayo de estética realista, p. 13-14.

29 Carlos Blanco Aguinaga, et. al., Op. cit., II, p. 159. (Subrayados del autor.)

30 Benito Pérez Galdós, "La sociedad presente como materia novelable", en Germán y Agnes Gullón, Teoría de la novela, p. 21.

El gran creador de caracteres y ambientes comenzó su gloriosa producción con La Fontana de oro (1868), a la que siguieron: Doña Perfecta (1876), Gloria (1877) y La familia de León Roch (1878), que plantean asuntos de índole religioso bajo el signo de la costumbre de las "tesis", las cuales provocan que su arte se resienta de cierto maniqueísmo. Marianela (1878) aparece por entonces.

En las llamadas "novelas españolas contemporáneas", Galdós abandona las narraciones de tesis y atiende a la descripción de la sociedad del Madrid de la segunda mitad del siglo XIX. Pueden enumerarse dentro de esta modalidad: El amigo manso (1882), La de Bringas (1884), Lo prohibido (1884), Fortunata y Jacinta (1886-1887), Miau (1888), Realidad (1889) y Ángel Guerra (1890-1891).

Hacia 1890 su producción -dentro de estas mismas "novelas españolas contemporáneas" cobra un giro hacia cierto tipo de visión idealista. Entre éstas pueden mencionarse: Nazarín (1895), Halma (1895), la serie sobre Torquemada (1889-1895), Misericordia (1897) y El abuelo (1897).

Los Episodios Nacionales, cuya primera serie se inicia en 1875, con Trafalgar y otras novelas, y concluye con la quinta serie, en 1912, con Cánovas, ofrecen una visión de la vida española del siglo XIX, desde la guerra de Independencia hasta la Restauración. Cada serie consta de diez volúmenes, salvo la última, que sólo alcanzó seis. Galdós es el Balzac español, sin ánimo de hacer analogías. Acaso sólo cabe hacerla en el sentido de que él también hizo toda una "comedia humana" de la burguesía

española, tal como lo llevó a efecto el francés con la suya.

Lo que vale, pues, en Galdós es su capacidad para crear personajes, situaciones y ambientes, en los que un dramatismo vigoroso da vida a la narración e imprime autenticidad a la descripción, así como calor humano al diálogo. No importa, por ello, que su estilo, en ocasiones, se resienta de incorrecciones o de alguna pobreza. Quienes escriben con largueza, suelen no poseer suficiente tiempo para acicalar lo que se dice. Lo importante o magistral en Galdós es que en su obra vive el pueblo español de la segunda mitad del siglo XIX.

I. El Naturalismo. Este extremo literario del Realismo comenzó en Francia en la década de 1870, bajo la influencia de las teorías deterministas de Hippolyte Taine y los trabajos científicos de Claude Bernard; sobre todo, su Introducción al estudio de la medicina experimental. Émile Zola, el maestro del Naturalismo en la novela, planteó en Le roman experimental (1880) y en Les romanciers naturalistes (1881) una estética narrativa afín con la ciencia experimental, la que no estaba exenta de un determinismo biológico y natural. Se entendía que una naturaleza mecánica era la norma de toda realidad existente, de ahí el nombre con que fue bautizado este movimiento.

El credo artístico de estos novelistas puede resumirse en los siguientes postulados: antiacademicismo; imitación de la Naturaleza; detallismo descriptivo; descripción cruda; énfasis en los aspectos patológicos y morbosos de la realidad humana; eliminación de los ingredientes espirituales ante las fuerzas materiales; pesimismo y consideración de los "bajos fondos";

lenguaje feísta; estilo desgarrado y falta de poesía; amoralidad, y elogio de los instintos; y, finalmente, pseudocientificismo literario y doctrinarismo moralizante.<sup>31</sup>

En España, las influencias de esta nueva corriente del arte de narrar comienzan a sentirse en la década de 1880. De hecho, la figura más importante de esta tendencia, Emilia Pardo Bazán, suscita una candente polémica con su libro La cuestión palpitante (1883), en el que recogió una serie de artículos sobre esta materia. Ella, como la principal figura teórica y creadora de la novela experimental, expone un modelo válido para la consideración del relato en estos años. Podría decirse que, en su obra y en la de sus compañeros de generación, prevalece una acusada nota realista, sin trascender a los extremos de las ideas zolianas. A veces, se deja sentir algún determinismo biológico y natural; en ocasiones, aparecen escenas de crudeza notable o cierto tipo de degeneración. Pero, en general, no desaparece del todo la espiritualidad o religiosidad; la ambientación poética no es extraña en los escenarios naturales de las obras, así como tampoco es impropia la esperanza y la fe frente a los embates de la "fatalidad".

Las obras de doña Emilia Pardo Bazán son fieles a esta orientación peninsular: Un viaje de novios (1881), La tribuna (1882), Los pazos de Ulloa (1886) -su obra maestra- y La madre Naturaleza (1887), continuación de la novela antes mencionada.

---

31

Emiliano Díaz-Echarri y José María Roca Franquesa, Op. cit., p. 1,102.

Benito Pérez Galdós, de cuya producción ya nos hemos ocupado en el lugar correspondiente al Realismo, también incursionó en el Naturalismo, con las siguientes obras: La desheredada (1881), El amigo manso (1882), El doctor Centeno (1883), La de Bringas (1884), Tormento (1884), Lo prohibido (1885), Fortunata y Jacinta (1886-1887), Miau (1888), Incógnita (1888-1889), etc.

La otra figura de gran relieve de este grupo es Leopoldo Alas, "Clarín" (1852-1901). Reconocido como el más brillante crítico literario de su tiempo, concibió una de las mejores novelas de esta época: La Regenta (1884). Más tarde escribió Su único hijo (1891), el último esfuerzo verdaderamente significativo dentro de su narrativa.

El padre Luis de Coloma (1851-1914) merece recordarse por Pequeñeces (1891), Boy (1910), etc.

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928) se considera como el último representante de mérito del Naturalismo. En sus relatos aún prevalecen ciertas notas como el determinismo ambiental y la lucha de las pasiones primarias que recuerdan la escuela francesa. Las novelas iniciales son lo mejor de su cosecha: Arroz y tartana (1894), Flor de mayo (1895), La barraca (1898) y Cañas y barro (1902). Más tarde publicó, ya en pleno siglo XX: La catedral (1903), La maja desnuda (1906), Los cuatro jinetes del Apocalipsis (1916), El Papa del mar (1925).

J. La Generación del 98. Primera del Siglo XX. Tomando como punto de partida un acontecimiento histórico de finales del siglo XIX -la llamada Guerra Hispanoamericana, en la que los Estados Unidos arrebató los últimos restos de su imperio de

ultramar a España-, un conjunto de escritores, entre los que se destacaron ensayistas y narradores, se dieron a la tarea de examinar en sus obras el sentido de la vida y la historia de su Nación. Por eso, emprendieron una revisión de la cultura del País desde dos ángulos antagónicos. Algunos -"los tradicionalistas"- enfocaron la realidad a partir de la visión centralista de Castilla, como depositaria de los valores de las regiones y de los reinos históricos de la Península. Los "modernos" o "progresistas" destacaban la necesidad de considerar la Patria como parte integrante del conglomerado europeo.

1. Carácter polémico de la generación. Este fenómeno artístico llamado la Generación del 98 ha suscitado diversas polémicas. Su existencia ha sido negada, directa o indirectamente, por algunos de sus miembros más representativos. Tomemos, por ejemplo, a Pío Baroja, quien ha dicho:

Yo no creo que haya habido, ni que haya, una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella.

En 1898 yo no había publicado apenas nada, ni era conocido, ni tenía el más pequeño nombre. Mi primer libro, Vidas sombrías, apareció en 1900.

.....  
Con 1898, época del desastre colonial español, yo no me encuentro tener relación alguna.

Ni yo colaboré con ella, ni tuve influencia en ella, ni cobré ningún sueldo de los Gobiernos de aquel tiempo, ni de los que les han sucedido.

.....  
Ni por tendencias políticas o literarias ni por el concepto de la vida y del arte, ni aun siquiera por la edad, hubo entre nosotros carácter de grupo. La única cosa común fué la protesta contra los políticos y los literatos de la Restauración.

Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es generación; por eso la llamada generación de 1898 tiene más carácter de invento que de hecho real.<sup>32</sup>

<sup>32</sup> Pío Baroja, "Divagaciones de autocrítica", Divagaciones apasionadas, Obras completas, V, p. 496-497.

No hay que olvidar, a la vez, que la rebeldía consustancial de Miguel de Unamuno, así como su desdén por las capillas y las cofradías, en principio, lo ubican en la misma posición negadora de su compatriota vasco.

Más difícil aún ha sido el análisis de este período histórico por parte de la crítica. Como uno de sus primeros problemas, ésta ha tenido que bregar con los autores que constituyen la generación, al mismo tiempo que indican las fronteras y el clímax de este fenómeno histórico-literario. No obstante, la multiplicidad de enfoque empleados en el examen de las particularidades artísticas individuales y del conjunto ofrece tales posibilidades que ha permitido una gama variadísima de conclusiones.

Veamos algunos de los juicios formulados con respecto a los miembros de esta generación.

José Martínez Ruiz, primer teórico del grupo, indica: "Hombres de la generación de 1898 son Valle Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío."<sup>33</sup>

Pedro Laín Entralgo, por su parte, nos dice:

Con Miguel de Unamuno, Azorín, Antonio Machado, Pío Baroja, Valle-Inclán y Menéndez Pidal están, precediéndoles en algo o subsiguiéndoles en poco, Angel Ganivet, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Ignacion Zuloaga, Manuel Machado, los hermanos Álvarez Quintero, Manuel Bueno, Silverio Lanza, tal vez Darío de Regoyos, el pintor impresionista de Castilla. Los más jóvenes de esa estupenda promoción de españoles, escapándose ya de ella hacia otro modo de sensibilidad históricamente ulterior, son el novelista Gabriel Miró, nacido

---

33

José Martínez Ruiz, "La Generación de 1898", Clásicos y modernos, p. 188.

en 1879, y el poeta Juan Ramón Jiménez, que ve la luz onubense en 1881.<sup>34</sup>

Pedreira nos asegura que el equipo se reduce a "Costa, Ganivet, Unamuno, "Azorín", Baroja, Valle-Inclán, Benavente, Pérez de Ayala, Ramiro de Maeztu y uno o dos más de difícil selección.<sup>35</sup>

Pedro Salinas menciona a

Ganivet, Miguel de Unamuno, Benavente, José Martínez Ruiz (Azorín), Pío Baroja, Antonio Machado y, en un plano inferior de valor literario, Ramiro de Maeztu forman el primer grupo de la generación. Pocos años más tarde, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, no obstante ciertas tonalidades nuevas de su obra, prolongan fielmente el espíritu esencial del 98, que llega hasta nuestros mismos días, traído por alguno de los últimos escritores.<sup>36</sup>

Por otro lado, José García López nos enumera a Miguel de Unamuno, José Martínez Ruiz, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu y Antonio Machado.<sup>37</sup>

Agustín del Saz apunta a Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja, Valle-Inclán, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró y José Martínez Ruiz.<sup>38</sup>

---

<sup>34</sup>Pedro Laín Entralgo, La Generación del Noventa y Ocho, p. 29.

<sup>35</sup>Antonio S. Pedreira, "¿La Generación del 98?", Aristas, p. 23.

<sup>36</sup>Pedro Salinas, "La literatura española moderna", Ensayos de literatura hispánica (Del "Cantar de Mio Cid" a García Lorca), p. 292.

<sup>37</sup>José García López, Op. cit., p. 542.

<sup>38</sup>Agustín del Saz, Op. cit., p. 182-190.

Sainz de Robles incluye a Miguel de Unamuno y Jugo, Ramiro de Maeztu y Whitney, Antonio Machado y Ruiz y Pío Baroja y Nessi.<sup>39</sup>

Para no dejar de ser polémico este asunto, el nombre mismo de la Generación ha sido cuestionado.

Antonio S. Pedreira sostiene que el nombre le ha sido dado un tanto caprichosamente y, en específico, a los hombres de letras, puesto que "... una generación literaria no empieza, ni se forma, ni se desarrolla en un año como por arte de encantamiento, y la que ahora nos ocupa ni se proclama, ni culmina, ni es del 98."<sup>40</sup>

Insiste en que el año del 98, desde el punto de vista artístico, no es especialmente importante, ya que, a aquéllos que se señalan como sus principales integrantes les falta "concreción" grupal o ligamento en el sentido de que vivían apartados unos de otros, además de que ya habían comenzado a publicar obras importantes: Unamuno: En torno al casticismo (1895), Paz en la guerra (1897); Ángel Ganivet: Granada, la bella (1896), La conquista del reino de Maya (1897), Idearium español (1897); Azorín: Notas sociales (1895), Anarquistas literarios (1855), Literatura (1896), Charivari (1897); Valle Inclán: Femeninas (1895) y Epitalamio (1897).

Para fines de nuestro trabajo, reduciremos la generación a sus figuras novelísticas más importantes: Miguel de Unamuno (1864-1936), José Martínez Ruiz -Azorín- (1873-1967), Pío Baroja

---

<sup>39</sup> Carlos Federico Sainz de Robles, Op. cit., I, p. 436-439.

<sup>40</sup> Antonio S. Pedreira, Op. cit., p. 21-22.

(1873-1956) y Ramón María del Valle Inclán (1866-1936).

2. Algunos rasgos generacionales. A raíz del desastre bélico español, en la mal llamada Guerra Hispanoamericana, donde los iberos pierden sus últimas posesiones de América y el Pacífico -Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam-, cobra significación en todo el mundo hispánico un grupo de escritores que, desde el último decenio del siglo XIX, había comenzado a dejarse sentir con gran fuerza en la patria europea.

España, que es la preocupación cardinal de esta generación, se enfoca desde una vertiente eminentemente crítica. Se protesta, sin contemplaciones, ante los defectos de la vida social, política, económica y cultural de la Nación. De ahí que, al margen de los problemas puramente universales y, al mismo tiempo, a la par con ellos, se ponga especial interés en descubrir el alma española, su genio histórico. Para ello, se recurre al análisis de tipos, caracteres, costumbres y tradiciones del país. No en balde, autores como Unamuno y Azorín, entre otros, viajan con frecuencia por los pequeños y humildes pueblos del interior. Pero no sólo aprovechan para conocer la gente y su medio, sino que "descubren" el paisaje de Castilla, donde ven el esqueleto esencial de España. Sin embargo, estas "andanzas y visiones españolas" no ocurren únicamente en el plano real, sino también a un nivel intelectual.

A pesar de ello, Luis S. Granjel ha sabido puntualizar un rasgo común entre las más destacadas figuras de la generación que tiende a fortalecer uno de los criterios de quienes sostienen la posición de que, efectivamente, son un grupo históricamente afines

en asuntos fundamentales. Aun contra todos los argumentos empleados para negar que existan elementos claves de cohesión entre escritores aparentemente tan disímiles como Unamuno, Azorín y Baroja, Granjel puntualiza el carácter de autoformación que preside en la misión educativa de cada uno, no obstante las tareas académicas imprescindibles para alcanzar una carrera universitaria.

Por eso puede decir:

Todos, incluso Unamuno con su existencia ligada al cumplimiento de una misión docente, se muestran contrarios al rigor intelectual que impone la educación universitaria, pues el saber académico de la época no logra saciar el anhelo de conocer qué les domina, y buscan acallararlo en copiosas lecturas a las que se entregan sin mentor que gobierne las etapas por que irá discurriendo este proceso de libre formación; el autodidactismo es rasgo que destaca en la personalidad de los futuros "noventayochistas". Al alcanzar la frontera de su juventud, catedrático en una universidad provinciana Unamuno, médico e industrial frustrado Pío Baroja, periodistas Martínez Ruiz y Maeztu...<sup>41</sup>

El caso de Ramón María del Valle Inclán, en este sentido, es más patente: su accidentada carrera de Derecho, que se vio obligado a abandonar por estrecheces económicas familiares, su vida deambulante en México, su vocación periodística, asimismo como teatral y novelística, le impusieron un régimen de educación autodidáctica que cumplió con fidelidad a lo largo de su vida.<sup>42</sup>

De modo que poco importan, como elemento unificador en esta

---

<sup>41</sup>Luis S. Granjel, La generación literaria del 98, p. 160-161.

<sup>42</sup>Eugenio García de Nora, La novela española contemporánea (1898-1927), I, p. 49-96.

generación, la instrucción formal que realizara Unamuno para convertirse en catedrático universitario o los estudios médicos de Baroja o de leyes en Valle Inclán.

Por algo, un prestigioso crítico español asevera:

Pero si se aguza la atención caemos en la cuenta de que hay una profunda unidad en el modo como se formaron los espíritus de estos hombres: su coincidencia en el autodidactismo. Todos ellos, grandes lectores..., se parecen en una cosa: ...en irse a refugiar en lo que Carlyle llamó "la mejor Universidad: una biblioteca".<sup>43</sup>

De suerte que notamos, en Unamuno, las lecturas de los clásicos grecorromanos, la Biblia, San Agustín, Cervantes, Calderón de la Barca, Pascal, Sörel Kierkegaard, Leopardi, Ibsen, Tolstoi, Amiel, etc.

Azorín, por su parte, leía los clásicos castellanos, las letras francesas e inglesas, los novelistas rusos y, en especial, Montaigne, Flaubert, Nietzsche, Baudelaire y Leopardi.

Baroja tiene, entre sus autores predilectos, a: Julio Verne, Gustavo Aimard, Daniel Defoe, Alejandro Dumas, padre; Víctor Hugo, E. Sue, H. Balzac, J. Sand, E. Zola, José Espronceda, Gustavo A. Bécquer, Schopenhauer, E. A. Poe, C. Baudelaire, C. Dickens, Stendhal, Turguenev, Dostoiewsky, Tolstoi, H. Ibsen, Nietzsche y T. Gautier...

En Valle Inclán tuvieron mucho peso las lecturas de Rubén Darío, Eça de Queiroz, D'Annunzio, Barbey d' Aurevilly, T. Gautier, Flaubert, Goncourt, Baudelaire, Maeterlinck, Rostand, Gilles de Rais

---

<sup>43</sup>Pedro Laín Entralgo, Op. cit., p. 57.

de Huysmans, E. A. Poe, R. Ghil y el Marqués de Sade, entre otros.<sup>44</sup>

Todo ello lleva a que sus intereses resulten, en verdad, múltiples, y que la formación de estos escritores, creadores, en buena parte, de obras de ficción, tenga una base amplia y erudita en cuanto al conocimiento del alma humana. No es extraño, en estas circunstancias, comprobar por qué razón sus obras poseen esa íntima relación con la filosofía, la religión y la historia -aparte, obviamente, de la literatura. No es por azar que la preocupación por el destino y la historia de España ocupa lugar de preferencia en el laboreo artístico de estos hombres.

Dentro de todo el pesimismo reinante en la época -que da paso a un conservadorismo manifiesto en la interpretación de la historia nacional y que tantas veces afloró en las manifestaciones de un tradicionalismo anacrónico, denunciado y atacado en innumerables ocasiones por Unamuno-, el catolicismo sintió la sacudida de las transformaciones que bullían en la tarea revisora de esta generación. Tenía que ser así en este sector de la idiosincracia española, puesto que en ella radicaba, en buena parte, la raíz de la problemática bajo estudio, y sobre la cual se había justificado la expansión imperial en el mundo; sobre todo, en América.

Con la **gran revelación** de una serie de razones socioeconómicas en el Descubrimiento, Conquista y Colonización de las Indias, el

---

<sup>44</sup> José Martínez Ruiz, Op. cit., p. 188.  
 Pedro Laín Entralgo, Op. cit., p. 57-58.  
 Eugenio García de Nora, Op. cit., I, p. 49-96.

pensamiento noventayochista desnudó un grupo de mitos adjudicados a la creencia religiosa popular que, a su vez, puso de manifiesto la heterodoxia prevaleciente, en cuanto a materia religiosa, en las más destacadas figuras del momento.

Unamuno, con ser el escritor de esos años que con más vehemencia trató el tema del Cristianismo, quien más agónicamente vivió la palabra de los Evangelios, quien más se preocupó por la inmortalidad del alma y el sentimiento trágico de la vida, no solamente fue mirado con ojeriza por la Iglesia española, sino acusado de ateo, escéptico, descreído, protestante, y prohibida la lectura de La agonía del cristianismo y El sentimiento trágico de la vida.

Poco énfasis pone Laín Entralgo en este asunto, cuando indica:

El anhelante contacto de nuestros adolescentes con los testimonios escritos de esa gigantomaquia -en su segunda fase, la antirracional o trasracional, si se quiere mayor precisión- y el desabrido contacto de todos ellos con la España de su tiempo, tan yerma de encantos históricos, actúan de consuno sobre sus almas y determinan en ellas una reacción semejante: un visible apartamiento de la ortoxia católica. Aquellas almas jóvenes, educadas en un catolicismo más consuetudinario que realmente vivido -tal vez deba exceptuarse a Unamuno, por lo que de sí mismo cuenta-, carentes del apoyo que presta a la fe una religiosidad socialmente vigorosa, acaban por separarse de la pasiva creencia infantil y aun de toda práctica católica regular.<sup>45</sup>

En fin, todo este ajetreo persigue el propósito de revalorizar el pasado, reinterpretar la historia; en pocas palabras, urgir en los asuntos nacionales que expliquen la decadencia de

---

<sup>45</sup>Pedro Laín Entralgo, Op. cit., p. 61-62.

este pueblo que una vez tuvo al mundo en sus manos y en la hora presente se reduce a sus propias fronteras.

3. Los novelistas mayores. El estudio de la novela española del siglo XX hay que iniciarlo con el vizcaíno don Miguel de Unamuno. Su Amor y pedagogía (1902) comienza una forma de novelar distinta, renovadora. Entre Paz en la guerra (1897) y ésta existe el abismo de un siglo. Es decir, una representa la estética gallosiana del realismo español decimonónico y, la otra, la fuerte personalidad unamuniana con su robusto signo existencial.

Por lo tanto, Unamuno da paso a una nueva manera de narrar que, finalmente, desemboca en lo que él mismo llamó la "nivola". Escritas a lo largo de su gestión literaria en el siglo actual, estos experimentos no se circunscriben esencialmente a una época, moda o intención, sino que se intercalan entre su obra ensayística, poética, dramática y cuentística.

Por eso, más bien, responden a su desarrollo vital íntimo. Y la "nivola", como estructura artística -es justo decirlo ahora-, sirvió, a su vez, como instrumento colateral de sus ideas, previamente discutidas en ensayos de diversa índole. No es extraño, pues, encontrar en ellas sus temas obsesivos: España y los españoles, la religión, la inmortalidad, la agonía (lucha), la vida y la muerte...

Toda la realidad humana en su nivel espiritual más auténtico y genuino ocupa las páginas de sus obras, haciendo hincapié en las pasiones que asignaba a los personajes y reduciendo a un mínimo la narración y la descripción del ambiente.

Benito Varela Jácome nos dice sobre sus personajes:

**Al hacer encarnar en un personaje una sola pasión, que se levanta sobre los demás atributos esenciales, convierte a sus protagonistas en impresionantes arquetipos: la envidia, en Abel Sánchez; el amor, en Niebla; la maternidad sublimada, en La tía Tula; el afán dominador de superhombre nietzchiano, en Nada menos que todo un hombre.<sup>46</sup>**

Y, así, prácticamente en todas sus novelas o "nivolas":

Paz en la guerra (1897), Amor y pedagogía (1902), Una historia de amor (1911), Niebla (1914), Abel Sánchez (1917), La tía Tula (1920), Tres novelas ejemplares y un prólogo -Dos madres, El Marqués de Lumbría, Nada menos que todo un hombre- (1920), San Manuel Bueno, mártir (1930), La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez (1930) y Un pobre hombre rico o El sentimiento cómico de la vida (1930).

Es, por consiguiente, una novelística densa, repleta de vida, donde sólo importa el hombre en sustancia, fuera de tiempo y espacio. El subjetivismo alcanza tal grado que autor y personajes dialogan y conviven en un mismo plano de ficción, se funden y hasta se con-funden.

La novelística del alicantino José Martínez Ruiz (Azorín) consiste de catorce obras, las que han sido consideradas en tres grupos. El primer momento abarca los años de 1902 a 1904, y se conoce como el ciclo del 98. En él se incluyen: La voluntad (1902), Antonio Azorín (1903) y Las confesiones de un pequeño filósofo (1904).

---

46

Benito Varela Jácome, Renovación de la novela en el siglo XX, p. 205-206.

La segunda etapa está enmarcada entre los años de 1922 a 1930. En ésta se recogen: Don Juan (1922), Doña Inés (1925), Félix Vargas -conocida también como El caballero inactual- (1928), Superrealismo -titulada también El libro de Levante- (1929) y Pueblo (1930). Las tres últimas forman el llamado grupo superrealista. Y el último período, que se extiende de 1941 a 1944, comprende: El escritor (1941), Capricho (1942), El enfermo (1943), María Fontán (1944), Salvadora de Olbena (1944) y La isla sin aurora (1944).

Pero, lo importante ahora es que Azorín, contrariamente a Unamuno, representa la voz diminuta, recatada. Entre sus más notables características cabe mencionar el detallismo, el estatismo, el impresionismo, el fragmentarismo, la repetición y el autobiografismo, que son también, en buena medida, rasgos definitorios de su obra ensayística.

Para Azorín la novela es reflejo de la realidad. El novelista es un observador del hombre, la sociedad y el paisaje. No le interesa, a pesar de ello, el trazo abarcador, ancho, sino el detalle significativo, ajeno a las peripecias espectaculares y a la acción.

El gran novelista de la generación es, sin duda, Pío Baroja y Nessi, vasco, al igual que Unamuno, pero nacido en San Sebastián. Se caracterizó por su enorme fecundidad, comparable anteriormente sólo con Benito Pérez Galdós en España. Tuvo la convicción de que la novela es un género multiforme en el que cabía todo. De ahí que, en su obra de ficción, se revele un mundo abierto, en el que la acción, las reflexiones propias y la descripción presidan.

No le interesaba, como creador, modelo alguno, y sólo la apertura narrativa, ilimitada parecía conformarle. Sostuvo su idea de la novela como un macrocosmo, frente a la visión orteguiana del microcosmo, hermético, moroso y autosuficiente.

Anarquista, como él mismo gustaba llamarse, mostró, a lo largo de su obra, un espíritu fuerte, independiente y descontento con la realidad en que debió vivir. Era natural que, este marcado carácter individualista, incurriera en exabruptos como resultado de su inconformidad con la vida. Por eso, se enfrenta a la sociedad en son de protesta contra sus defectos, aun cuando en el fondo no pueda rebasar el pesimismo y la amargura que le nacían de la impotencia que padece quien se percata de los horrores sin poder remediarlos. Ante ese absurdo vital deposita la posibilidad de salvación en la lucha -la "agonía" unamuniana-, la acción.

Su obra novelística es múltiple y variada. En ocasiones resultad tétrica, acre, lírica, tierna, irónica, grandiosa y desaliñada. No era para menos en esta selva narrativa que bordea el centenar de obras.

Entre otros, Eugenio de Nora ofrece la siguiente clasificación: I. Tierra vasca: La casa de Aizgorri (1900), El Mayorazgo de Labraz (1903), Zalacaín el aventurero (1909), La leyenda de Juan de Alzate (1922); II. La vida fantástica: Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox (1901), Camino de perfección (1902), Paradox, rey (1906); III. La lucha por la vida: La busca (1904), Mala hierba (1904), Aurora roja (1905); IV. El

pasado: La feria de los discretos (1905), Los últimos románticos (1906), Las tragedias grotescas (1907); V. La raza: La dama errante (1908), La ciudad de la niebla (1909), El árbol de la ciencia (1911); VI. Las ciudades: César o nada (1910), El mundo es así (1912), La sensualidad pervertida (1920). VII. El mar: Las inquietudes de Shanti Andía (1911), El laberinto de las sirenas (1923), Los pilotos de altura (1929), La estrella del capitán Chimista (1930); VIII. Memorias de un hombre de acción (1913-1935): El aprendiz de conspirador (1913), El escuadrón del Brigante (1913), La veleta de Gastizar (1918), Los caudillos de 1880 (1918), La Isabelina (1919), El amor, el dandysmo y la intriga (1923), Las figuras de cera (1924), La nave de los locos (1925), Las mascaradas sangrientas (1927), Humano enigma (1928), La senda dolorosa (1929), Crónica escandalosa (1935), Desde el principio hasta el fin (1935); IX. Agonías de nuestro tiempo: El gran torbellino del mundo (1926), Las veleidades de la fortuna (1927), Los amores tardíos (1927); X. La selva oscura: La familia de Errotacho (1931), El cabo de las Tormentas (1932), Los visionarios (1932); XI. La juventud perdida: Las noches del Buen Retiro (1934), El cura de Monleón (1936), Locuras de carnaval (1937); XII. Últimas novelas: Susana (1938), Laura o la soledad sin remedio (1939), Los impostores joviales (1941) -cuatro novelas cortas-, El caballero de Erlaiz (1943), El hotel del cisne (1946), El cantor vagabundo (1950), Las veladas del chalet gris y La obsesión del misterio (1952).<sup>47</sup>

---

<sup>47</sup>Eugenio García de Nora, Op. cit., I, p. 131-133.

A Ramón María del Valle Inclán se le ha llamado "el hijo pródigo"<sup>48</sup> de la generación del 98 por su afinidad técnico-estilística con el Modernismo rubendariano, muy marcado en sus primeros años, y que, posteriormente, evoluciona hasta desembocar en los experimentos de profunda raíz social de la última época. Su obra novelística puede enmarcarse, por lo menos, en tres momentos significativos.

El primero de ellos corresponde a sus inicios como escritor fuertemente influido por el Modernismo. En él domina un afán esteticista, un laboreo estilístico de marcado fondo poético sobre cualquier otro elemento de interés básico en la creación de la novela. Esta etapa transcurre entre los años de 1894 a 1905, e incluye Sonata de otoño (1902), Sonata de estío (1903), Sonata de primavera (1904), Flor de santidad (1904) y Sonata de invierno (1905).

Flor de santidad, formada por varios cuentos anteriormente escritos, tiene, además de una excelencia estructural comparable con las Sonatas, la virtud de recoger los tipos menudos de Galicia y la intrincada vida miserable que los enlaza.

El segundo momento transcurre durante los años de 1920 a 1922, entre los cuales el autor creó una trilogía conocida como Comedias bárbaras. Éstas recogen la historia de don Juan Manuel Montenegro y su familia en un mundo abigarrado de pasiones elementales que se retratan en Águila de blasón (1907), Romance de

---

<sup>48</sup>Pedro Salinas, Literatura española. Siglo XX, p. 114.

lobos (1908) y Cara de plata (1922).

Su tercer y último momento corresponde a la novela esperpéntica, caracterizada por su visión exterior de la realidad, ajena a todo contenido de examen psicológico y de una gran intención deformadora. Y es, precisamente, en esta etapa, donde Valle Inclán nos deja su obra culminante como narrador. Específicamente con Tirano Banderas (1926) se inicia su novelar esperpéntico, a la vez que, caricaturiza al dictador latinoamericano, que ya había sido caracterizado admirablemente por Domingo Faustino Sarmiento en Facundo (1845) y por José Mármol en Amalia (1851).

A este mismo ciclo de deformaciones, de humor implacable a lo Quevedo o Goya, hay que agregar la trilogía de El Ruedo Ibérico, caricatura de la corte de Isabel II, formada por La corte de los milagros (1927), ; Viva mi dueño ! (1928) y Baza de espadas (1958).

En definitiva, Ramón María del Valle Inclán, que comenzó como uno de los más fieles expositores del Modernismo peninsular, maestro de la musicalidad de corte rubendariano, fue progresivamente "contaminando" su gran arquitectura musical con los seres y los acontecimientos históricos españoles que tanto preocuparon a la Generación del 98. A su manera, siempre fiel a sí mismo y a su arte, y pese al desdén con que miró a la España corrupta de su alrededor, y muy a regañadientes, terminó inmerso en la realidad de su época, aun cuando para ello tuviese que dinamitar al viejo Realismo por medio de los esperpentos.

K. Los novelistas del 10 o del 14: Segunda Generación del Siglo XX

1. Convivencia anacrónica. Esta generación, cuando ha sido

reconocida por la crítica, se ha situado bien en 1910<sup>49</sup> o 1914.<sup>50</sup> Su grave problema consiste en tener que compartir prácticamente los mismos años de creación con un equipo de personalidades tan absorbentes como los miembros de la Generación del 98. Era natural que, entre dos vigorosas tendencias como el noventayochismo y el Modernismo, intentara una postura de síntesis y que, aunque cuenta con figuras destacadas, no es menos cierto que las sombras de Unamuno, Baroja, Azorín y Valle Inclán son demasiado prolongadas.

José García López nos dice, en términos generales, sobre esta generación:

**Aunque esta segunda generación, en la que la prosa ocupa un lugar preferente, no presenta unas líneas tan definidas como la anterior, pueden señalarse algunos rasgos generales: frente al 98 se observa una superación del pesimismo y del espíritu de protesta típico de aquél, y una cierta aversión a adoptar una postura desasosegada y dramática frente al problema nacional, prefiriendo un enfoque más sereno e intelectual y al propio tiempo europeo; frente al modernismo, un progresivo abandono de la pompa decorativa y del sentimiento vago para llegar, a través de formas estilizadas, a un tipo de poesía más depurada y más íntima, y de concreción intelectual y emotiva.<sup>51</sup>**

Pero no es solamente la presencia noventayochista el único obstáculo que surge cuando se estudia esta generación, sino, además, el hecho de haber tenido que compartir su misión histórico-

---

<sup>49</sup> José García López, Op. cit., p. 602.

<sup>50</sup> Gonzalo Sobejano, Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido), p. 19.

<sup>51</sup> José García López, Loc. cit. (Subrayados del autor.)

literaria con una serie de escritores más bien apegados a las modalidades artísticas del Realismo, el Costumbrismo, el Naturalismo, e incluso, el Romanticismo y el Modernismo. Es decir, en buena medida, escritores parcial o totalmente anacrónicos para esta época, pero que, sin embargo, ocupaban buena parte de la atención de los lectores.

Si dichos novelistas habían opacado la presencia de la Segunda Generación que nos ocupa, mucho más peso (verdaderamente aplastante) tuvo lo que se ha llamado la "literatura galante", la "novela erótica", el "género rosa". Este tipo de literatura (especie de Romanticismo-Realismo-Naturalismo-Modernismo-Decadentismo) sí que absorbió verdaderamente el interés de la inmensa mayoría de los lectores españoles de las primeras tres décadas del presente siglo. Aún no se ha podido precisar a cabalidad la significación que tuvieron estos autores en la evolución de la novela española de este tiempo, así como el alcance real en la formación del público lector o el verdadero impacto de sus obras frente a los novelistas más significativos y perdurables del momento.

Merecen recordarse, en este grupo: Eduardo Zamacois (1876), Felipe Trigo (1865-1916), Pedro Mata (1875-1946), Rafael López de Haro (1876), Alberto Insúa (1883-1963), Antonio de Hoyos y Vinent (1885-1940), Joaquín Belda (1880-1937), José María Carretero (1888-1951), conocido como El Caballero Audaz; Álvaro Retana y Ramírez de Arellano (1893), Germán Gómez de la Mata (1887), Alfonso Vidal y Planas (1891), Andrés Guilmain (1890), Luis

Capdevila (1892), Juan González Olmedilla (1893), José María Quiroga Pla (1902-1955), Rafael Pérez y Pérez (1891), Juan Aguilar Catena (1888) y Mariano Tomás (1891).<sup>52</sup>

Y, por último, faltan por mencionar cinco novelistas de algún modo todavía emparentados con la Generación del 98: Manuel Ciges Aparicio (1873-1936), José López Pinillos (1875-1922), José María Salaverría (1873-1940), Manuel Bueno (1874-1936) y Eugenio Noel (1885-1936).<sup>53</sup>

2. Algunas características generacionales. José García López ha señalado con bastante claridad las particularidades de esta generación:

En conjunto, y prescindiendo de detalles, lo escrito hacia estos años revela -en la expresión, como en el contenido- un gran rigor conceptual y una clara resistencia a dejar fluir libremente la emoción subjetiva, para lograr, aun a costa de la espontaneidad, una mayor precisión en las ideas y el lenguaje. No obstante, adviértese en el estilo una doble evolución, pues si el verso se va despojando de elementos ornamentales en busca de una mayor sencillez, la prosa, enriquecida con una gran profusión de metáforas, se hace cada vez más recargada y lujosa hasta llegar al extremo opuesto de la sobriedad de un Baroja...

Antes de pasar adelante, conviene destacar otro hecho: la aparición de un grupo de pensadores y ensayistas -con Ortega en primer término-, cuya labor de divulgación influirá de modo decisivo en el nivel cultural del país, dando además a la producción del momento un sello eminentemente intelectual. El género había tenido ya cultivadores en los años precedentes -Ganivet, Unamuno...-, pero ahora adquirirá

---

<sup>52</sup>Eugenio García de Nora, Op. cit., I, p. 383-430.

<sup>53</sup>Ibid., p. 261-308.

un gran incremento con la participación de escritores procedentes de los más diversos campos -Filosofía, Medicina, Filología, etc.-.<sup>54</sup>

De modo que se observa en los novelistas de esta hora un apaciguamiento del pesimismo y la protesta y un relajamiento frente al problema español, que había desvelado a los hombres del 98. De igual modo, se hace patente una actitud intelectualista y, por consiguiente, una mayor estilización antirrealista. Se advierte también, en ocasiones, un avance en el interés psicológico, tanto como simbólico y abstracto. Por último, irrumpe el humor como posibilidad experimental.

3. Figuras de primer orden. El mejor y más importante novelista es, sin duda, Ramón Pérez de Ayala (1881-1962). Ciertamente, un escritor ecléctico, como bien ha dicho José A. Balseiro.<sup>55</sup>

Su obra novelística puede dividirse en dos grandes períodos: el primero, formado por obras realistas, satíricas y autobiográficas, así como también poéticas. El ciclo comienza con Tinieblas en las cumbres (1907), en la que un equipo de "juerguistas" sirve como pretexto para hacer un retrato moral de las relaciones con un grupo de prostitutas; sigue A. M. D. G. (1910) -Ad Majorem Dei Gloriam-, crítica a la vida en un colegio de jesuitas; luego La pata de la rapsoda (1912), lucha psicológica del protagonista; Troteras y danzaderas (1913), retrato de los medios artísticos de Madrid.

---

<sup>54</sup>José García López, Op. cit., p. 602-603. (Subrayados del autor.)

<sup>55</sup>José A. Balseiro, El Vigía II, p. 221.

Al final de esta etapa encontramos las Tres novelas poemáticas de la vida española -Prometeo, Luz de domingo y La caída de los limones (1916)-, representación de la vida española al estilo noventayochista.

El segundo período comienza con Belarmino y Apolonio (1921), "dos zapateros que encarnan, respectivamente, la visión filosófica y dramática del mundo";<sup>56</sup> Luna de miel, luna de hiel y Los trabajos de Urbano y Simona (1923), tratan sobre la plenitud amorosa de una pareja, y, por fin, Tigre Juan y El curandero de su honra (1926), contraposición del amor digno y el donjuanesco y afeminado.

Pérez de Ayala reunió cinco novelas cortas bajo el título El ombligo del mundo (1924) y cuatro años después dio a conocer Justicia (1928).

Las obras de la segunda época señalan la etapa de culminación y de madurez del novelista, en las que el simbolismo y la abstracción predominan sobre cualquier otro rasgo estilístico.

Si Pérez de Ayala representa en la novelística de esta generación la preocupación intelectual, social y su quehacer artístico se asocia, en ocasiones, con Galdós, los noventayochistas, el simbolismo y la abstracción, Gabriel Miró (1879-1930), por el contrario, es el novelista de los sentidos, de tipo asocial. Como su coterráneo Azorín, Miró aporta el virtuosismo estilístico. Una ausencia casi total de ideas lo distancia de Pérez de Ayala y los maestros de la generación precedente, pero, aunque distinto a sus

---

<sup>56</sup> José García López, Op. cit., p. 612.

compañeros, comparte con ellos el desgaste del Realismo; en su caso particular, por la vía de lo sensual.

Su obra, por lo tanto, pone de manifiesto un carácter profundamente contemplativo y alerta a los valores sensoriales. Dada esta circunstancia, la descripción del paisaje alcanza una categoría decisiva y su prosa, como es natural, se eleva a la más auténtica poesía.

Sobre él se ha dicho:

Creo que es necesario recalcar, como raíz de la limitación más grave del arte mironiano (de la que surge también, en lo que tiene de negativo, ese "estancamiento" que por un lado es magia y encanto, pero por otro es decepción y parálisis), su falta de vinculación con la totalidad del ser humano. Es la suya, en efecto, una obra de casi perfecta oquedad ideológica, sentimental y pasional; en su estética, las ideas, simplemente, no existen; y los sentimientos y pasiones existen, sí, pero sólo como trasfondo borroso del mundo sensorial; tampoco sustantivamente. Estamos ante un arte elaborado con "sensaciones inmanentes", con percepciones que, sumidas en su propia fruición, embriagadas en la succión de su acotada parcela de realidad, ignoran completamente el resto. No recuerdo que nadie haya calificado a Miró de artista superficial; sin embargo, en un sentido lato, lo es: artista desvinculado, artista "puro".<sup>57</sup>

Ramón Gómez de la Serna (1888-1963) es el novelista más atento a las tendencias experimentales europeas de la primera posguerra mundial. Posiblemente sea el primer novelista europeo en integrarse al Vanguardismo; específicamente, al Superrealismo y al Cubismo.

---

<sup>57</sup>Eugenio García de Nora, Op. cit., I, p. 441. (Subrayados del autor.)

Por medio de su iconoclasia, del evidente esfuerzo destructor del Realismo, de la atención primaria del subconsciente, consigue crear un arte afín con la falta de compromiso social de sus contemporáneos y empeñado en atender problemas primariamente artísticos. A él le cabe el ambiguo honor de haber sido el primer escritor posnoventayochista de importancia en desatenderse de los problemas nacionales.

Su más peculiar contribución a la novela es la nota humorística que él ha llamado "greguerías" y que consiste en aunar la metáfora y el humor. Benito Valera Jácome afirma: "Sus mejores novelas son un mosaico de greguerías, en la afanosa contemplación de los objetos y en los mismos diálogos; algunos de sus capítulos son greguerías amplificadas."<sup>58</sup>

Su novelística, de acuerdo con los "ismos", exhibe un ambiente cosmopolita que cubre a París, Madrid, Ginebra, Segovia, Portugal, Hollywood, Nápoles, Barcelona, Londres, Marsella, Roma, Buenos Aires y Dublín...

4. Figuras secundarias. Por lo menos tres escritores de alguna importancia merecen ser recordados ligeramente. Acaso el más importante de ellos sea Wenceslao Fernández Flórez (1884-1964), por el elemento humorístico que le imparte un signo especial a su producción, pese a la huella de su realismo desigual.

Ricardo León (1877-1943), a pesar de su obra afectada, defec-

---

<sup>58</sup> Benito Valera Jácome, Op. cit., p. 227.

tuosa y mediocre, coincide parcialmente con esta generación en el empeño de volver la espalda a la realidad.

Concha Espina (1877-1955), aún como exponente de un realismo en liquidación, representa, en algunos momentos, intentos de espiritualización desrealizadora que la hacen, en cierta forma, partícipe de la fuga histórica, política y social de la ocasión.

L. Los novelistas del 25 o del 27: Tercera Generación del Siglo XX

1. Aspectos generales. Esta nueva hornada de escritores, identificada como generación de 1925, generación de 1927, "generación de la Revista de Occidente", generación de la Dictadura (del General Miguel Primo de Rivera) y como Nietos del 98, ha cobrado renombre universal, sobre todo, por medio de sus poetas. En realidad, fue una generación que ~~ins~~cribió sus mejores nombres en la lírica con Gerardo Diego, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. En ellos dominaba, por lo menos en los primeros tiempos, un gran afán esteticista que ponía especial interés en el uso de la metáfora. Interesaba, en gran medida, la poesía pura, el arte por el arte bajo la advocación de Luis de Góngora (cuyo tercer centenario de su muerte conmemoraron en 1927) y el magisterio de Juan Ramón Jiménez.

2. Situación de la novelística. En lo que al desarrollo particular de la novela se refiere, prevalece la actitud intelectualista, deshumanizada y lírica que vimos manifestarse en la generación del 10 o del 14. Ahora se hace sentir, con más peso que

nunca, la influencia del pensamiento de José Ortega y Gasset a través de la Revista de Occidente, fundada por él en 1922, y la que, a la vez, dirigió a partir entonces. Desde sus páginas ejerció gran influencia en los jóvenes novelistas y prosistas en general. A ello hay que agregar su análisis del arte europeo, surgido a partir de la primera guerra mundial, en la obra La deshumanización del arte (1925), donde contrapone el abandono de lo humano, lo anecdótico, lo sentimental, la estilización del lenguaje, la ausencia de "tesis", la idea de la literatura como juego, el antipopulismo y la conciencia artística aristocrática con la estética decimonónica.

De igual modo, sus Ideas sobre la novela (1925), donde postula el microcosmo novelístico: cerrado, denso y moroso, frente a la alternativa del macrocosmo barojiano: abierto, rápido y dúctil. A la vez, crea la colección Nova Novorum de la Revista de Occidente en 1926, donde da cabida a los nuevos novelistas.

3. Novelistas principales. El novelista más prominente por la cantidad y la calidad de su obra es Benjamín Jarnés (1888-1950). Discípulo directo de Ortega, asimiló sus teorías, poniendo de manifiesto una actitud intelectualista y deshumanizadora con empeño especial en una voluntad de estilo estetizante, por un lado, mientras la trabazón novelística se licuaba en imprecisiones y juegos de metáforas propias de un malabarista intelectual. Su obra, pues, es fiel al irrealismo de sus compañeros.

A partir de El profesor inútil (1926), con la que inicia su madurez después de unos ensayos poco afortunados, siguen: El

convidado de papel (1928), La vida de San Alejo (1928), Paula y Paulita (1929), Locura y muerte de nadie (1929), señalada como su obra maestra y la más representativa; Viviana y Merlín (1929), Teoría de Zumbel (1930), Escenas junto a la muerte (1931), Lo rojo y lo azul (1932), Tántalo (1935), y, finalmente, los ensayos líricos-novelescos, Esther (1935), Eufrosina o la Gracia (1948), La novia del viento (1940) y Venus dinámica (1943), éstas últimas dos publicadas en México durante su exilio.

A Antonio Espina (1894), aunque de interés casi nulo como autor de ficciones (no obstante sus grandes cualidades como prosista) se le considera como el escritor más representativo de la generación.

Solamente ha publicado dos novelas: Pájaro pinto (1927) y Luna de copas (1929), con grandes limitaciones en el género.

Actualmente, quien goza de un prestigio novelístico más sólido es Francisco Ayala (1906), en cuyos inicios como narrador participó de la atemporalidad, la sicología imaginaria de la deshumanización del arte con Tragicomedia de un hombre sin espíritu (1925), Historia de un amanecer (1926) y Cazador en el alba (1930). Después del trauma de la guerra, su novela siguió otro curso.

Los humoristas, específicamente, en buena parte producto de Ramón Gómez de la Serna y el Vanguardismo, aunque con características propias, son: Enrique Jardiel Poncela (1901-1952), Edgar Neville (1899), Antonio Robles (1827), Samuel Ros (1905-1947), Valentín Andrés Álvarez (1891), Antonio Botín Polanco (1888-1956), José López Rubio (1903), Jacinto Miquelarena (1891), Miguel

Villalonga (1899-1947), Fernando Meana, conocido con el seudónimo de Tirso Medina, y Felipe Ximénez de Sandoval (1903)...<sup>59</sup>

A decir verdad, esta tercera generación de novelistas, acaso sea la más pobre, artísticamente hablando, del presente siglo, en la literatura española.

Esta realidad ha llevado a Segundo Serrano Poncela a decir:

Novelistas como Benjamín Jarnés, Antonio Marichalar, Antonio Espina, Humberto Pérez de la Ossa, Claudio de la Torre, etc., han pasado o pasarán en breve el silencio profundo del sarcófago literario con sus obras de magra densidad, ausencia de humanismo, des-problematizado, exceso de recursos retórico-poéticos-, preocupación por el estilo, etc.<sup>60</sup>

Ll. Los novelistas de la década del 30 al 40: Cuarta Generación del Siglo XX

1. Autores de transición. En medio de la plenitud de una novelística caracterizada, como ya se ha dicho, por los conceptos de "el arte deshumanizado", "puro", "artístico", "estético", un grupo de narradores comienzan a dejar sentir en sus obras un enfoque orientado hacia un nuevo Realismo. Entre ellos es evidente la existencia de dos inclinaciones: la conservadora o tradicionalista con Humberto Pérez de la Ossa, Ramón Ledesma Miranda, Juan Antonio de Zunzunequi y Rafael Sánchez Mazas, entre otros;

---

<sup>59</sup>Eugenio García de Nora, La novela española contemporánea (1927-1939), II, p. 155-293.

<sup>60</sup>Segundo Serrano Poncela, "La novela española contemporánea", La Torre, abril-junio de 1953, 2, p. 110.

y la vertiente de la izquierda con José Díaz Fernández, César M. Arconada, Ramón J. Sender, etc.

Como era de esperarse, la literatura conservadora tiende a poner énfasis en el aspecto sicologista de preocupaciones más bien limitadas a los planos individuales o familiares y muy renuente a abordar la problemática del mundo exterior.

La literatura de izquierda, de avanzada, o revolucionaria, centra su atención en los problemas de tipo colectivos, en las preocupaciones populares o de las masas que, en un polo contrario, esquematiza y simplifica en las entelequias sociales, olvidando la fuerza y la realidad particular de los seres que ocupan sus obras.

2. La preguerra. Este período cubre los años de 1928 a 1936. Notamos que en el panorama mundial suceden acontecimientos decisivos que afectan todo el quehacer humano; entre otros: la depresión económica norteamericana y del mundo capitalista en general; la consolidación y fortalecimiento del régimen socialista soviético; el avivamiento del fascismo y el surgimiento de los grandes novelistas de la "generación perdida" norteamericana.

En el panorama nacional español se acelera la terminación de la dictadura del General Miguel Primo de Rivera, que había comenzado su régimen en 1923 y que concluyó en 1930. El 12 de abril de 1931 se proclamó la Segunda República, de precaria vida, puesto que, a partir de 1933, se acelerará su disolución luego de una existencia frágil y tambaleante. Son años, por lo tanto, de inseguridades, confusiones, desórdenes y estrecheces.

En el plano literario, el ambiente es difícil y hostil. Los autores del momento, envueltos directa o indirectamente en los conflictos, sienten afectada su producción. Es hora del rompimiento, del desgarrón, del exilio para buena parte de ellos. Sobre la novela pesa esta desgracia tanto como sobre los otros géneros literarios. España se facciona dentro y fuera de sus fronteras nacionales con "el éxodo y el llanto".

La producción de Joaquín Arderius (1890), se caracteriza por oscilar entre el Realismo social y el Naturalismo erótico, **impregnados** de un considerable elemento lírico.

Manuel M. Benavides (1895-1947), muestra, como Arderius, una vacilación entre el sicologismo y la preocupación social en sus obras. En el aspecto social, no obstante, ya están presentes el panorama político republicano y sucesos de la guerra civil.

José Díaz Fernández (1898-1940) solamente escribió dos novelas: El blocao (1928), obra pacifista y antimilitarista de la posguerra europea, su máxima creación, en la que pone de manifiesto su carácter imparcial y objetivo ante el asunto expuesto; y La venus mecánica (1929), inferior a la primera.

César M. Arconada (1960-1964) fue un escritor republicano en cuyas obras puso de manifiesto su ideología comunista. Sus novelas destacan el credo del autor desde sus mismos títulos: La turbina (1930), Los pobres contra los ricos (1933), Reparto de tierras (1934) y Río Tajo (1938).

Ramón J. Sender (1902) es la figura más destacada de este grupo. Entre sus novelas, corresponden a este momento: Imán (1930),

O.P. (1931), Siete domingos rojos (1932), La noche de las cien cabezas -relato que lleva por subtítulo Novela del tiempo en delirio (1934)-, y Mister Witt en el Cantón (1935).

Sender es considerado como la figura más importante de los novelistas españoles del exilio. Su obra está muy ligada a las posiciones liberales del republicanismo burgués. El gran valor de ella reside en la habilidad de este **escritor** como narrador y en su gran capacidad para la fábula y las invenciones.

Otras **creaciones** de Sender son: El lugar del hombre (1939), posteriormente llamada El lugar de un hombre; Proverbio de la muerte (1939), novela que se publica con el título de La esfera (1947); Epitalamio del prieto Trinidad (1942) y Crónica del alba (1942).

Vale la pena recordar también: Requiem por un campesino español (1960).

3. La guerra. Los años de 1936 a 1939 corresponden a la Guerra Civil Española:

Sobrevino, pues, la guerra. En los tres años que duró nada notable dio la novela española. La escasa producción recaía, lógicamente, sobre experiencias en el frente o en la retaguardia, marcadas por el tono correspondiente al bando que se atacaba o se defendía. Y, concluida la guerra, manifestáronse dos tendencias contradictorias: una, a la eva-<sup>61</sup>sión; otra, a la recordación del conflicto reciente.

Una vez terminada la guerra, la recuperación es lenta en todos los órdenes. En cuanto al aspecto literario, nos dice

---

<sup>61</sup> Gonzalo Sobejano, Op. cit., p. 27-28.

Santos Sanz Villanueva:

La guerra civil tiene literariamente -y en otros aspectos de la vida nacional que aquí no nos afectan- el efecto de una ruptura total, ruptura con la tradición y pérdida de una referencia, de un punto de engarce al que acudir. Ni la generación del 98 -por su carácter muchas veces demasiado personalista-ni la del 27-fundamentalmente lírica-podían aportar ese entronque para nuestra narrativa. Entronque que luego buscarán nuestros novelistas en la admiración de Galdós.<sup>62</sup>

La vida intelectual, en términos generales, queda suspendida como consecuencia de esta guerra. Salen del país muchos escritores como: Juan Ramón Jiménez, Francisco Pérez de Ayala, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Ramón Sender, Max Aub, Arturo Barea, Paulino Masip, etc. Unos mueren: Lorca, Maeztu, Machado, Miguel Hernández; otros prefieren guardar silencio.

Como reacciones inmediatas de los escritores ante el conflicto de la guerra tenemos la "desorientación" y la "evasión".

Era de esperarse este estado caótico de la sociedad, puesto que las guerras siempre dejan a su paso una estela de recelos, miedos, odios. Se tiende a ahogar estos sentimientos en la evasión. El público lector dirige su interés hacia los libros de ficción y a las biografías extranjeras. No se leían tantos relatos del País. Es evidente que, en España, no había, en ese momento, diversos autores que les interesara, pero también es real el hecho de que tenían encontrar en esas novelas españolas referencias al

---

<sup>62</sup> Santos Sanz Villanueva, Tendencias de la novela española actual, p. 41.

pasado conflicto.

Otros factores que resultaron perjudiciales al desarrollo de la novela fueron la censura y el cine. La crítica, por la censura, no podía expresarse abiertamente sobre las obras. Por su parte, el cine absorbía la atención del público.

Habiendo destacado, en términos generales, las consecuencias de la guerra civil sobre la novela, veamos so eramente los novelistas de este período. Algunos de ellos habían comenzado a publicar en la preguerra sus obras, proceso que fue interrumpido por el conflicto, y que, una vez finalizado éste, se reanuda.

El tema de la guerra civil es muy frecuente en algunos de ellos, mientras que otros lo evaden.

Valga recordar que Baroja y Azorín, grandes figuras del 98, publican sus últimas obras durante estos años. Claro, que ellos no abordan este tema en sus novelas. Entre los otros narradores hay un grupo que parte al exilio, y ya se ha dicho que, de ellos, Ramón J. Sender es el novelista más importante. Si lo incluimos antes, en la preguerra, fue porque ya se había dado a conocer con cinco obras previas a la lucha fratricida.

Entre los autores de estos años merecen destacarse al madrileño Arturo Barea (1897-1957), quien publica desde el exilio (Londres) su obra capital, en la que se deja notar su ideología de socialista militante: La forja de un rebelde, entre los años de 1941 - 44, y, en español, en el año 1951. Incluye esta trilogía: La forja, La ruta y La llama. Más tarde publica The Broken Root

-La raíz rota- (1952).

Aunque nacido en París, Max Aub (1903) vivió en España desde 1914. Al finalizar la guerra se va a Francia. Reside en la actualidad en México. Su primera novela trata el tema de la guerra: Luis Álvarez Petreña (1934); le siguen Campo cerrado (1943), Campo de sangre (1945), Campo abierto (1951), Campo del Moro (1963) y Campo de los almendros (1968). Estos Campos forman, junto a otras narraciones, el ciclo El laberinto mágico. Otras obras son: Las buenas intenciones (1954) y Jusep Torres Campalans (1958). Su estilo, entre otros rasgos notables, destaca elementos barrocos-conceptistas.

Paulino Masip (1900-1963) es otro de los escritores españoles del exilio. Vivió en México hasta su muerte. El tratamiento de la guerra civil española en él no es directo. Entre sus obras figuran: El diario de Hamlet García (1944), La aventura de Marta Abril (1953), La trampa (1954) y Un ladrón (1954).

José Herrera Petere (1910) nació en Guadalajara. Reside en la actualidad en Ginebra. Aborda también en sus obras el tema de la guerra, pero sin la intención de Barea, Aub o Masip de ser más o menos objetivo; él, por el contrario, es claramente partidario de la República. Tiene dos novelas: Nieblas de cuernos (1940) y Cumbres de Extremadura (1945).

Ya descritos a vuelo de pájaro los novelistas del exilio, pasaremos a los que se quedaron en España.

Juan Antonio de Zunzunegui (1901) es uno de los novelistas más prolíficos y leídos, a pesar de que los más jóvenes novelistas apenas se dignan mencionarlo. Su obra es digna continuadora

de la de Baroja, por su capacidad para hilvanar fábulas y su dominio y desenvoltura estilística, aparte del valor que como testimonio social posee.

Entre su larga nómina de obras se encuentran: Chiripi, la que fue creada entre 1926 y 1928; El Chiplichandle (1940), ya escrita en 1935; ¡Ay, estos hijos! (1943), El barco de la muerte (1945), La quiebra (1947), La úlcera (1949), Las ratas del barco (1950), El supremo bien (1951), Esta oscura desbandada (1951), El camino alegre (1952), Beatriz, o la vida apasionada (1952), La vida como es (1954), El camión justiciero (1956), etc.

Agustín de Foxá (1903-1959), nacido en Madrid, publica en 1938 su única novela: Madrid, de Corte a Checa, que ha sido considerada como una censura a la República e igualmente a la aristocracia, pese al origen encumbrado del autor y su conformidad con el sistema imperante en España.

De las novelas de Rafael García Serrano (1917) se dice que son un arma más de combatir, justificación de la guerra desde el bando nacionalista; entre otras, sobresalen: Eugenio, o proclamación de la primavera (1938), La fiel infantería (1943), Plaza del castillo (1951), Los ojos perdidos (1958) y La paz dura quince días (1960).

La obra de José María Gironella (1917), nacido en Gerona, comienza con Un hombre (1947), premio Nadal de 1946, y sigue con La marea (1949). Pero acaso el intento más ambicioso de novelar, dentro de España, la anteguerra, la guerra y la posguerra, sea la trilogía que comienza con Los cipreses creen en Dios (1953),

sigue con Un millón de muertos (1961), y, desemboca, en Ha estallado la paz (1966).

Mercedes Fórmica (1918), en Monte de Sancha (1950), expone el tema de la guerra; con La ciudad perdida (1951), novela el ambiente de vigilancia y tensión en la posguerra; A instancia de parte (1955), se ocupa de la inferioridad legal de la mujer en una sociedad conservadora.

M. Los novelistas de la década del 40 al 50: Quinta Generación del Siglo XX y Primera de la Posguerra

1. Conceptos generales. Los escritores que se agrupan a continuación son los jóvenes que participaron en la guerra o estaban en la edad de articular un juicio de ella, en contraste con los hombres formados de la generación que les antecede. A ello se debe que muchos la denominen "Generación de la Guerra". Pertenecen plenamente a su primera cosecha: Camilo José Cela, Ignacio Agustí, Carmen Laforet, Gonzalo Torrente Ballester, Miguel Delibes y Elena Quiroga.

Miguel Delibes describe este primer grupo de narradores de la siguiente manera:

La primera promoción de novelistas, es la que nace con los años cuarenta y, aparte de su manera de hacer anárquica y autodidacta, se distingue por el hecho de que sus representantes aunque muy jóvenes, casi adolescentes, se han visto envueltos en la guerra fratricida. Consecuencia de esto, pese a no existir entre ellos relación personal directa ni el menor sentimiento corporativo, es el pesimismo doliente de sus narraciones. Cuando no crueles -"La familia de Pascual Duarte"- sus relatos son amargos -"Mariona Rebull"- o de psicologías atormentadas -"Nada"- . Estos hombres tienen más información que formación, les falta contactos con los novelistas

extranjeros coetáneos y ambos hechos justifican el "nacionalismo" exacerbado de sus relatos y que la calidad sea muy desigual y, en líneas generales, poco brillante.<sup>63</sup>

Con ellos, España va saliendo del letargo en que la Guerra Civil había dejado la novelística española y, por medio de un Realismo crítico de la sociedad que comienza tímidamente, pero que andando el tiempo se acentúa cada vez más, abren brecha para las transformaciones más radicales de la novela española contemporánea, a tono con las tendencias y proyecciones más avanzadas de Europa y América.

2. Camilo José Cela: Los inicios. El marasmo de la novela lo rompe, finalmente, Camilo José Cela (1916) con La familia de Pascual Duarte (1942), obra que, en un principio, fue retirada de la venta y luego vuelta a autorizar por la censura del régimen franquista.

José María Castellet nos dice:

La familia de Pascual Duarte representa el nacimiento de una nueva era de la novela española, detenida en su evolución por la guerra civil, que entronca directamente con la tradición del realismo hispánico que, inmediatamente antes de Cela, había tenido su mejor representante en la gigantesca obra de Pío Baroja, nuestro mejor novelista de la primera mitad de este siglo.<sup>64</sup>

---

<sup>63</sup>Miguel Delibes, ["Discurso leído en la Fundación Juan March"], Mimeografiado, 1975, p. s. n. [1].

<sup>64</sup>José María Castellet, "La novela española, quince años después (1942-1957)", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, 1958, 33, p. 49.

Es, pues, este libro, el punto de partida de esta generación y, por lo tanto, representa el "renacer" de la novela española bajo el signo de la sangre, de la violencia. De ahí que se comience a hablar del tremendismo, sobre lo cual dice este autor:

Entendemos por tremendismo la sanguinaria caricatura de la realidad; no su sangriento retrato que, a las veces, la misma disparatada realidad se encarga de forzarlo a lo monstruoso y deforme. Y lo encontramos, quede claro, tan estúpido como el mote que le colgaron, aunque -en todo caso- menos claudicante y yermo.<sup>65</sup>

Por otro lado, Luis López Molina señala:

La gama que el tremendismo nos ofrece es variada. Alude sin eufemismo a lo que **el cuerpo humano** tiene de antiestético, a la miseria de sus necesidades biológicas, a su mal olor, a su suciedad. Frente al buen gusto consagrado desde antiguo (¡sagrada burguesía!), nos arrastra a contemplar el mundo de lo degradado, incluso de lo abyecto. Ante las grandes ideologías, ante los credos ensalzados que pretenden dotar a la vida humana de un sentir superior, hace lo que se llama vulgarmente un "corte de manga". Blasfema ante lo religioso o describe cínicamente, llegando a la jactancia, lo que moral y buenas costumbres mandan que permanezca velado. Y todos estos desacatos tienen su equivalencia en lo formal. El tremendista puede ser, y de hecho lo es a veces, maestro consumado del estilo, pero su estilo no será académico en el sentido tradicional de la palabra, es decir, que será contrario, o al menos indiferente, a normas de gramática y preceptiva. En cuanto al léxico, beberá despreocupado en el rico caudal que viene de la calle, del suburbio o del hampa.<sup>66</sup>

---

<sup>65</sup> Camilo José Cela, "Dos tendencias de la nueva literatura española", Papeles de Son Armadans, octubre de 1962, 79, p. 10-11.

<sup>66</sup> Luis López Molina, "El tremendismo en la literatura española actual", Revista de Occidente, septiembre de 1967, 54, p. 374.

Cela, a pesar de ese "tremendismo" inicial, dice ser el novelista más significativo desde el 98: "Me considero el más importante novelista desde el 98 y me espanta considerar lo fácil que me resultó. Pido perdón por no haberlo podido evitar."<sup>67</sup>

En la obra de Cela, como en la de otros escritores de esta generación, está presente el pasado conflicto, pero se enfoca desde una posición que no conlleve necesariamente compromiso político alguno. Aunque hay que recordar que, para estos años, la censura era muy dura con ellos.

Sabemos que:

La familia de Pascual Duarte puso públicamente de relieve, también, un hecho que a lo largo de los últimos años ha dado un toque sombrío a todas las letras españolas: la existencia implacable de la censura, que retiró la obra poco después de su publicación, aunque después la volviera a autorizar, dando así uno de los primeros toques de atención de lo que iba a ser -corregida y aumentada- su labor destructora en los años siguientes.<sup>68</sup>

La actitud de Cela, como la de estos escritores en general, es de una postura realista ante el mundo que los rodea. Este "Realismo nuevo" se aparta de la posición social de los escritores españoles anteriores o del siglo pasado.

Gonzalo Sobejano apunta:

Antes de 1936 vivían y escribían novelas escritores insignes como Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, Azorín, Pérez de Ayala, Miró y Gómez de la Serna.

---

<sup>67</sup>Camilo José Cela, "Autobiografía de Camilo José Cela", Baraja de invenciones, Obra completa, II, p. 543.

<sup>68</sup>José María Castellet, "Veinte años de novela española (1942-1962)", Cuadernos Americanos, enero-febrero de 1963, 1, p. 290-295.

También escribían novelas otros autores menos insignes, como Benjamín Jarnés, Ramón Sender, etc. Reconociendo a todos sus valores y la importancia y oportunidad de su obra, debe reconocerse igualmente una cualidad que les diferencia respecto a los novelistas posteriores a 1939, y es que casi todas sus novelas aspiraban a una autonomía artística absoluta, arraigada desde luego en la esencia humana universal, pero sin conexión suficiente con la existencia histórica y comunitaria de los españoles. Esta conexión es precisamente lo que buscan los más y los mejores novelistas después de la guerra civil, y a esto es a lo que podemos llamar realismo, entendiendo por tal la atención primaria a la realidad actual concreta, a las circunstancias reales del tiempo y del lugar en que se vive. Ser realista significa tomar esa realidad como fin de la obra de arte y no como medio para llegar a ésta: sentirla, comprenderla, interpretarla con exactitud, elevarla a la imaginación sin desintegrar ni paralizar su verdad, y expresarla verídicamente a sabiendas de lo que ha sido, de lo que está siendo y de lo que puede ser.<sup>69</sup>

La segunda novela de Cela, Pabellón de reposo (1943 y 1944: en folletón y en libro, respectivamente), marca una segunda tendencia estilística -lírica-, que, en buena medida, contrasta con la visión realista y apicarada de la anterior, que lo colocaba en la tradición de los pícaros y los buscones del Siglo de Oro.

Pabellón de reposo describe, con dramatismo acusado, el proceso lento de un grupo de tuberculosos que espera la hora de la muerte. En esta ocasión, Cela vuelve a demostrar su virtuosismo en el manejo del lenguaje y su enorme sensibilidad artística aunque, como en la novela anterior - pone de manifiesto la floja trabazón novelesca, en lo que a la inhabilidad para crear caracteres se

---

<sup>69</sup>Gonzalo Sobejano, "Direcciones de la novela española de postguerra", en Rodolfo Cardona, Novelistas españoles de postguerra, p. 48.

refiere, fenómeno que en La familia de Pascual Duarte se une a la inverosimilitud de ciertos aspectos de la trama novelesca, para hacer más endeble aquella ficción. Por suerte, en Pabellón de reposo el novelista sabe sortear airoosamente esta última dificultad.

La tercera narración de Camilo José Cela, Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes (1944), es otro intento dentro de la línea de su primera novela, que no abona nada a lo anteriormente hecho, sino que confirma su talento narrativo.

El cuarto relato, La colmena (1951), acaso sea la narración más completa que haya escrito este autor. La misma corresponde a la vertiente realista que, en esta oportunidad, alcanza la categoría de "beheiviorista" por su intención objetiva. Por medio de la técnica del contrapunto de Aldous Huxley, el novelista gallego nos da una visión general del Madrid de la posguerra.

Juan Luis Alborg nos dice, sin embargo:

Si La colmena no es, en cambio, la gran novela que pudo ser, se debe a fallos nacidos no de la técnica escogida, sino de la condición de Cela como novelista, algunos de los cuales ya han sido sugeridos en las páginas que preceden. La colmena nos sabe a poco, porque ninguno de sus personajes se detiene lo bastante para que podamos agarrarlo un poco e intimar con él. Son siluetas que defilan una y otra vez como transeúntes apresurados; son bocetos magníficos, sugerentes; cargados de vida que imaginamos apasionante pero que el autor no se propone desarrollar sino en esquema.<sup>70</sup>

La quinta obra, Mrs. Cadwell habla con su hijo (1953), dentro de la tendencia en que antes mencionamos a Pabellón de

---

<sup>70</sup>Juan Luis Alborg, Hora actual de la novela española, I, p. 96-97.

reposo, trata de una dama que escribe a su hijo muerto, en un intento de evocación.

El sexto intento, La catira (1955), es un esfuerzo frustrado de Cela, máxime ahora cuando se propuso hacer una novela sobre la realidad venezolana. Plausible propósito, pero desafortunado, dado el desconocimiento directo que de este país americano tiene el novelista español.

Vísperas, Festividad y Octava de San Camilo del año 1936 en Madrid, publicada en 1968, recoge el tema de la Guerra Civil.

Por otro lado, tenemos también la búsqueda de la individualidad, de parte del protagonista, que se efectúa a través del procedimiento de antagonizar con su imagen reflejada en un espejo.

De ahí que también toque el tema de la culpabilidad, pues, en cierto sentido, el protagonista de San Camilo 1936 siente que todos, en alguna medida, han sido culpables del conflicto.

El gran problema con Camilo José Cela parece ser que, a pesar de sus grandes dotes como escritor, no ha podido cuajar un mundo novelesco a la altura de lo que se esperaba de él. Sus ficciones se han quedado en un nivel de aceptabilidad, pero sin alcanzar ese carácter extraordinario que parecía despuntar en La familia de Pascual Duarte.

Por eso, Juan Luis Alborg señala:

Cela es un escritor extraordinario por los cuatro costados: por la riqueza de su léxico, por la propiedad y precisión de sus adjetivaciones, por la fuerza y expresividad de su lenguaje, por el dominio del instrumento que maneja, por su intención y su mordacidad, por su agudeza y por su sal. Cela que, según afirma, escribe con premiosidad y esfuerzo, dice

siempre, sin embargo, lo que se propone decir; afirmación que envuelve para mí el mayor elogio, porque sé cuán pocos son los escritores que no se quedan a mitad del camino -por carencia de esas cualidades en que él abunda- entre el resultado y el propósito.<sup>71</sup>

### 3. Ignacio Agustí: Entrela burguesía y la amargura.

Ignacio Agustí (1913) se perfilaba en los años de la posguerra como una de las promesas más seguras con que tendría que contar la novelística de los años venideros. Su revelación ocurrió con Mariana Rebull (1944), e inmediatamente El viudo Rius (1945), en las que se nos da un retrato fiel del nacimiento y el desarrollo de la economía y la industria de Barcelona, desde los últimos lustros del siglo pasado, y a través de la alta burguesía.

Ambas son parte de la serie titulada La ceniza fue árbol. En ella se revela uno de los cronistas de la novela más exactos e impersonal, que aventaja, por mucho, a más de un maestro del Realismo y el Naturalismo del siglo pasado.

Cuando su voz parecía injustamente silenciada por más de una década, apareció Desiderio (1957), que continúa la visión barcelonesa por medio del hijo de Mariana y "el viudo Rius". En esta ocasión, Agustí se encarga de revelarnos el mundo social; es decir, de fiestas, deportes, teatros, salones, juegos, etc.

El 19 de julio (1965) es la última obra de este veraz pintor de la vida catalana que, si no fraguó como gran renovador de la novela, sí fue capaz de crear un mundo propio dentro del realismo más estricto y celoso.

---

<sup>71</sup>Ibid., I, p. 116.

4. Carmen Laforet: "Sicologías atormentadas". Carmen Laforet (1921) representa el más resonante éxito de un novelista de esta generación con Nada (1945), ganadora del primer premio Nadal, junto a la sacudida polémica que anteriormente provocó La familia de Pascual Duarte de Camilo José Cela. Lo cierto es que esta novela escrita por una joven a los veintidós años trajo al primer plano de la novela española todo un mundo femenino de evocación autobiográfica que situó a su autora en una nómina artística prácticamente desierta, puesto que, a sus espaldas, son muy pocos los nombres femeninos con un microcosmo de ficción en el que la mujer se destaca. Si espigamos retrospectivamente nombres femeninos de valía en la novela, bastarían los dedos de la mano y sobrarían algunos: Concha Espina, Emilia Pardo Bazán, Fernán Caballero. Sólo que en ellas predomina el mundo de los hombres por encima del carácter femenino.

Aunque Nada es la novela de una estudiante que narra sus experiencias -en casa de la abuela materna en Barcelona, al finalizar la guerra-, en medio de un ambiente de desequilibrio emocional, la historia se mantiene dentro de una modesta estructura narrativa sin mayores complejidades. Lo que llama la atención en ella es el señoreo de una fina sensibilidad, de una poderosa hipersensibilidad para captar la significación de un ambiente enfermizo.

La isla y los demonios (1952) continúa la creación del mundo femenino iniciado en la obra anterior. Pero ahora hay una mayor elaboración en la estructura con saltos narrativos que se diferencian del esquema lineal ya ensayado. Esta vez, reincide en la

creación de un mundo anormal, alienado, en Canarias, y, aunque está narrada en tercera persona, el mérito del autobiografismo, de la evocación y la poesía, están tan presentes como en la narración hecha en primera persona de Nada.

La mujer nueva (1956) continúa su mundo personal. En ella trata la conversión al catolicismo de una mujer descarriada en los años de la Guerra Civil.

La insolación (1963) es la primera parte de una planeada trilogía llamada Los pasos fuera del tiempo. Ahora la figura central es un hombre y representa un experimento de la novelista: ver el mundo desde otro ángulo de visión que le era ajeno.

En fin, Carmen Laforet tiene, hasta el presente, el testimonio novelesco de un mundo agobiado por el desencanto.

5. Gonzalo Torrente Ballester: La fina inteligencia. El caso de Gonzalo Torrente Ballester (1910) tiene alguna semejanza con el de Ignacio Agustí, en lo que se refiere a su temprana revelación novelística en esta generación, y al olvido posterior, por más de una década, pero con la fortuna, para Torrente Ballester, de que, si no fue considerado, en un principio, como promesa o un posible maestro de la generación -de hecho, pasó inadvertido-, hoy día su nombre circula como un valor positivo y considerable entre los novelistas examinados en esta ocasión.

José Domingo dice:

... la obra de Torrente, pese a sus personajes españoles y a su conexión con la temática nacional, era una novela de puertas afuera, con su fuerte dosis de cosmopolitismo y unos problemas ideológicos y morales que poco podía importar en aquellos momentos a los españoles de más acá de

la frontera, preocupados por los problemas de una difícil subsistencia y ajenos a una literatura que parecía gestada a extramuros de su particular situación.<sup>72</sup>

Su primera novela: Javier Mariño (1943), aparecida entre el alboroto de La colmena de Cela y el exitazo de Nada de Carmen Laforet, casi permaneció desconocida para el público. Lo que parece haber sucedido fue que el carácter intelectual de la obra y sus planteamientos no eran propicios a aquella hora de la novela española, puesto que el lector deseaba otro tipo de ficción, y no un ambiente parisino, donde se da el amor entre un joven español y una dama francesa de padres aristocráticos que se ha convertido al comunismo.

El golpe de Estado de Guadalupe Limón (1946), especie de farsa medio romántica sobre la problemática de una dictadura en un país latinoamericano, tampoco interesó lo suficiente como para darle a este experimentado crítico literario un nombre como novelista.

Otro tanto ocurrió con Ifigenia (1950), de aparición más o menos silenciosa, que a penas despertó entusiasmo.

Sólo con la apertura del primer tomo de la trilogía Los gozos y las sombras: El señor llega (1957), el nombre de Torrente Ballester se impuso en un premio nacional concedido a la novela más significativa de los últimos cinco años. Como en la primera obra de este autor, la narración discurre en una atmósfera de fina inteligencia en un pueblo de su provincia natal gallega, donde se enfrenta el joven médico protagonista al joven industrial que ejerce la herencia de los caciques. La segunda parte de la trilogía antes mencionada: Donde da la vuelta el aire (1960), no hizo otra cosa que reafirmar

---

<sup>72</sup> José Domingo, La novela española del siglo XX, II, p. 31.

la tónica novelística que caracteriza a Torrente Ballester. El tercer tomo: La pascua triste (1962) y Don Juan (1963), han venido a confirmar que, cuando se hace el inventario de los novelistas que ejercen con maestría su vocación, Torrente Ballester tiene que ocupar, por fuerza, un lugar destacado entre los mejores.

6. Miguel Delibes: Eclecticismo y fecundidad. La figura de Miguel Delibes se destaca en esta generación por su incansable búsqueda de nuevas posibilidades narrativas y por la persistencia y consistencia con que ha cultivado la novela entre los narradores de este momento. Posiblemente en él, como en ningún otro autor de su tiempo, se observe esa insatisfacción continua que lo impulsa a ensayar los más importantes asuntos y temas que han renovado el relato durante las últimas tres décadas. Ésta, precisamente es una de las metas cardinales de este estudio. En nuestro primer capítulo y en los que siguen a éste dedicamos la atención que merece su labor artística.

7. Elena Quiroga: Memoria doliente. Elena Quiroga (1919) es otro de los casos -como ocurrió antes con Ana María Matute y Miguel Delibes- en que el premio Nadal de 1950 trajo a la atención pública un nuevo nombre con la novela Viento del norte. Un año antes se había iniciado con la novela La soledad sonora (1949), de poca trascendencia novelística.

El caso de Viento del norte significó más que un logro artístico, la oportunidad de la iniciación, puesto que, a todas luces, es una obra anacrónica, estilística e ideológicamente hablando. De haber sido escrita durante el Realismo-Naturalismo del siglo pasado,

posiblemente hubiese figurado al lado de los mejores de los grandes novelistas de entonces, incluso la condesa Emilia Pardo Bazán. Su segunda novela: La sangre (1952), tiene el mérito de utilizar el novedoso recurso (novedoso cuando no se trata de literatura infantil, valga decir) de que un árbol -un castaño- narre lo que sucede a cuatro generaciones.

En Algo pasa en la calle (1954), ensaya el monólogo memorativo a la manera faulkneriana, tomando como excusa la muerte de un hombre, que da margen para que la esposa, la hija y la amante hagan un examen de conciencia frente al cadáver.

La diversidad de puntos de vista se repite en La enferma (1955), que relata el problema de la narradora-testigo frente a cierta mujer muerta en vida, agobiada por una dolencia mental.

La careta (1955) hace gala de dos planos narrativos: el pasado y el presente. Se trata de un niño que presencia la muerte de la madre, después de ser herida por unos policías, mientras le tapa la boca para que no grite, a fin de evitar que regresen los guardias. La madre se desangró hasta morir. La careta consiste en fingir ser el héroe que la gente ha creído.

En La última corrida (1958) ensaya la técnica del diálogo objetivista para contrastar el descenso de un viejo torero y el triunfo de un joven principiante. Con ella nos brinda una magnífica visión del mundo taurino.

El tema de los niños, que destacan Carmen Laforet, Miguel Delibes y Juan Goytisolo, por ejemplo, tiene cabida en Tristura (1960). La protagonista es la misma que, en su próxima obra: Escribo tu nombre (1965), narra sus memorias de adolescencia.

N. Los novelistas de la década del 50 al 60: Sexta Generación del Siglo XX y Segunda de la Posguerra.

1. Situación generacional. Los narradores que nos ocupan son parte de los niños que sufrieron directamente la guerra, puesto que figuraron como espectadores indefensos, mientras sus predecesores fueron partícipes de la lucha. Los creadores de esta década son los niños que protagonizaron las obras de los novelistas mayores.

Si en las generaciones que quedaban a sus espaldas todavía existía la alternativa de permanecer en el país o de exiliarse, ellos se caracterizan por

...no haber participado como combatientes en la guerra civil, sino al contrario, el haberla sufrido como espectadores mudos, como víctimas inocentes -hambre, desplazamientos, bombardeos, etc. El segundo hecho es el de haber crecido y vivido el período de su formación juvenil en el aislamiento del mundo exterior al que España estuvo sometida durante la década de los años '40, por la Segunda Guerra Mundial, en primer lugar, y por la resolución de las Naciones Unidas de retirada de embajadores, etapa que duró de 1946 a 1950. Si añadimos el hecho ya descrito de la existencia constante de una censura previa sobre toda clase de publicaciones, acabaremos de describir la situación cultural totalmente anómala en la que estos jóvenes escritores crecieron.<sup>73</sup>

Ya adultos, viven la estabilización del régimen franquista y la paulatina apertura de las relaciones diplomáticas del país con el resto del mundo. De igual modo, comienzan a sentir la presencia tumultuosa de visitantes y turistas en España. Ven

---

<sup>73</sup> José María Castellet, "Veinte años de novela española (1942-1962)", Cuadernos Americanos, enero-febrero de 1963, 1, p. 293.

expandirse el panorama económico y son testigos del crecimiento de la conciencia histórica entre los jóvenes que desafían, de modos diversos, la intransigencia y la mano dura del régimen.

Comienzan, además, a sentir la libertad de crear una novelística comprometida, no tanto con el pasado de la guerra, cuanto con la problemática vital que enfrenta la realidad española. Están, sin embargo, muy enterados de la crisis que plantea la dictadura de Franco.

La narrativa, como consecuencia, deja sentir su carácter testimonial por medio de una objetivación capaz de sortear la censura. Los temas se miran desde la perspectiva colectiva, capaz de sacar a flote las lacras de la estructura social, no desde la vertiente individual, íntima o sicologista.

Pero no todo es problemática social, también se observa una preocupación formal por las nuevas corrientes de la novela vigente en el mundo. El éxito de estos aprendizajes hace posible que casi todos los miembros de la generación sean acredores del clásico Premio Nadal, que inauguró Carmen Laforet en 1944. Ahora, como nunca antes, proliferan los ganadores, a tal extremo que bordean el vicio y la comercialización de las obras.

Es patente también que la procedencia social de los autores es más heterogénea; figuran abogados, hombres de letras, técnicos, obreros, etc.

No debe entenderse, por lo que se ha dicho con anterioridad, que existe un rompimiento total con los novelistas que los antecedieron. La continuidad novelística entre unos y otros es clara, aun cuando existan, como existen, diferencias notables

entre ellos. Con sólo recordar la incidencia en el cultivo de varios temas tratados con antelación, sería válido despejar esa duda: la Guerra Civil, el fratricidio, la infancia y los problemas vividos en la adolescencia.

## 2. Ana María Matute: Memoria, incomunicación y cainismo.

El caso de Ana María Matute (1926) es similar al de Carmen Laforet, en lo que concierne a su precocidad en el cultivo de la novela. Como en aquélla, se observa cierta evolución desde una subjetividad enclavada en la imaginación hasta el progresivo acercamiento a la realidad social. Su obra novelística, ya considerable, no apareció públicamente en el orden cronológico que le correspondía, si no que, por causas extraliterarias, como la censura, se vio obligada a adoptar otro orden.

Corresponde a la iniciación novelística suya Pequeño teatro (1954), publicada casi una década después de haber sido redactada. Se trata de una obra de muy floja contextura en la que se acusan tópicos románticos; como, por ejemplo, personajes misteriosos, el suicidio y el contrabando, para mencionar algunos.

Los abel (1948), destacada entre las finalistas del Premio Nadal de 1947, abandona un tanto los esfuerzos simbólicos de la novela anterior y da paso al choque de siete hermanos en un ambiente rural -no exento de tintes románticos y neoexistencialistas-; todos con un problema o una pasión: la debilidad, el quijotismo, la irresponsabilidad, la angustia femenina, la resignación, el egoísmo y el abandono. Es obvia, en esta ocasión, la presencia clara de las grandes obsesiones

que esta autora hereda de Unamuno: el cainismo (que no es otra cosa que el fratricidio), el cual, junto a la soledad o incomunicación de los seres, así como la evasión de la realidad, condicionan la psicología de mucho de sus personajes.

Fiesta al Noroeste (1953) le sirvió para dejar su nombre establecido ante la crítica y es, en realidad, la segunda obra publicada. Se novela en contrapunto, en dos épocas, con treinta años de distancia, la figura de un recio carácter ambiguo (bueno-malo), a la par con el genio bueno y sencillo de su hermanastro. En síntesis, es otra vez el tema del cainismo.

Se observa que En esta tierra (1955) -escrita en 1949- no pudo aparecer antes por razones de censura política. Su acción transcurre en Barcelona, durante los años de la guerra, donde una joven burguesa tiene que transformarse diariamente. Esta situación es el resultado de su devenir amoroso, del dolor propio y del sufrimiento de los seres que están ligados a ella. Ana María Matute figuró, con esta obra, como semifinalista del Premio Nadal de 1949. Entonces llevaba el título de las luciérnagas.

Aproximándose cada vez más a la realidad histórica española, a partir de En esta tierra, Matute nos da en Los hijos muertos (1958), una visión amplia de la España bélica y de la posguerra.

Con Primera memoria (1960), Premio Nadal de 1959, abre la trilogía Los mercaderes. Ahora desde la evocación, una mujer revive algunos años de su adolescencia, transcurrida la acción entre 1936 y 1937. Se pone de manifiesto, en esta his-

toria, la enemistad entre los grupos, los bandos políticos y los personajes, todo bajo el signo del cainismo.

Sigue Los soldados lloran de noche (1964) que enfoca, una vez más, la historia íntima de una mujer cuyos recuerdos, de 1937 a 1939, envuelven a dos hermanos en lucha cainita de bandos maniqueos: uno bueno y otro malo.

La trampa (1969) trae de nuevo a la protagonista de Primera memoria, ya como mujer casada, divorciada y con un hijo. En medio de la oposición entre el idealismo y la realidad, esta mujer se encuentra entre dos seres. Finalmente resulta vencida por el placer, el amor y la satisfacción privada.

Después publicó La torre vigía (1971). Los temas de la infancia y de la adolescencia (igual que en Juan Goytisolo) son fundamentales en su novelística:

Las difíciles circunstancias en que ha transcurrido mi infancia -de las que he dejado constancia en mi obra- y las hondas repercusiones que nuestra existencia infantil tiene en el resto de nuestra vida me ha impulsado a escribir sobre estas dos edades. A mí siempre me ha preocupado el por qué los hombres no se entienden y he escogido la literatura como el medio más idóneo y eficaz de comunicarles mi idea de ellos y de decirles mi solidaridad en su dolor de vivir. Lo que yo persigo es despertar las conciencias contra el egoísmo y la injusticia con el amor y la caridad.<sup>74</sup>

Sin duda, Ana María Matute, como Carmen Laforet, es uno de los nombres más importantes de la novelística española de los últimos años.

<sup>74</sup> Ana María Matute, en Francisco Olmos García, "La novela y los novelistas españoles de hoy" [Una encuesta], Cuadernos Americanos, julio-agosto de 1963, 4, p. 229.

Pero habría que decir, en justicia, que su obra, una de las más prolíficas y personales, adolece de los vicios retóricos del folletín: énfasis innecesarios, imágenes pueriles, redundancias inútiles, imprecisiones y vaguedades injustificadas, etc.

Debe alegrar, sin embargo, que esta novelista autodidacta, haya dado cabida a un mundo y a una visión de España que, desde la guerra al presente, no sólo tiene espacio para los niños, los adolescentes y las mujeres, sino para la fantasía y la realidad histórica.

3. Rafael Sánchez Ferlosio: Fantasía y objetivismo. Este narrador, nacido en 1927, solamente ha publicado dos novelas: Industrias y andanzas de Alfanhuí (1951) y El Jarama (1956), Premio Nadal de 1955. De modo que es un autor realmente parco en la creación literaria, pero tremendamente capacitado, riguroso y excepcional. Porque eso, exactamente, es cada uno de sus libros mencionados: un ejercicio de excepción.

El primero de ellos es algo sin precedentes inmediatos en la novelística española, y no sólo eso, sino que es, además, algo único e irreversible. Para Juan Luis Alborg, está destinado a ser un libro sin descendencia, precisamente por su carácter inimitable e inigualable. Responde a esas creaciones imposible de continuar o superar, aun por el mismo autor, porque hacerlo representaría copiarlo, pervertirlo, arruinarlo.<sup>75</sup>

---

<sup>75</sup> Juan Luis Alborg, Hora actual de la novela española, I, p. 322-328.

Si las Industrias y andanzas de Alfanhuf tienen su radio de acción en la fantasía más desaforada, con un claro entronque paradójico en el realismo picaresco, El Jarama es la más lúcida justificación del realismo en su extremo máximo: el behaviorismo. El torrente ilimitado de la fantasía ha cedido radicalmente su lugar a la observación más escrupulosa e insistente del contorno, y ésta se ha vertido por boca de los personajes en un caudal de naderías, rayano en lo anodino. Por algo se ha dicho que es una epopeya de la vulgaridad. Y, en realidad, toda la obra consiste en poner al alcance público la sarta de superficialidades más increíbles: comer, beber, bañarse, bailar, etc.

La grandeza de Sánchez Ferlosio estriba en dejarnos conocer, de la forma más impecable, el alud de pequeños actos monótonos con que reviste el hombre español actual su vida diaria. Para ello se ha valido del más exigente objetivismo en el tratamiento de la creación novelesca. En consecuencia, los seres que atraviesan las páginas de El Jarama sólo tienen superficie, fachada, exterior. La vida psicológica ha quedado totalmente interrumpida, anulada, abolida.

Después del desborde inicial de talento imaginativo, no puede otra cosa que anonadar el enfrentamiento con esta postura de Sánchez Ferlosio, cuya misión ha radicado en fotografiarnos la intrascendencia y la puerilidad de un grupo de personajes sin sentido profundo de la vida, como si en ellos nos diera la medida de la sociedad en que se desenvuelven.

4. Jesús Fernández Santos: Realismo social. Se ha dicho

que Jesús Fernández Santos es el iniciador del Realismo social de este grupo de escritores con su primera novela: Los bravos (1954). En ella, de un modo sobrio y objetivo, pero sin alarde, nos pone en contacto con la atmósfera y el devenir vital en un pequeño pueblo caracterizado por la insignificancia y la rutina de la pobreza y de los dolores. Le interesa, pues, al autor, mostrar la vida anónima de esos seres minúsculos, como un fenómeno colectivo, para que, de la trama misma, salte a los ojos del lector "la bravura" de este existir desgraciado de trabajo, soledad, enfermedad, puerilidades y rencores.

En su segunda novela: En la hoguera (1957), se reitera el propósito de reflejar el apartamiento de unos personajes que, como "los bravos", viven inmersos en una serie de miserias físicas y espirituales de distinta índole. Es obvio que, a Fernández Santos, le preocupan, en primera instancia, las desgracias y las miserias sociales.

Con su tercera novela: Laberinto (1964), la acción pasa del campo a la ciudad para hacer el análisis, una vez más, de un grupo un tanto más selecto de intelectuales y artistas. La línea de novelar sigue siendo aún la original emprendida en Los bravos. Aquí, como en las obras anteriores, la discordia entre los jóvenes burgueses conduce al mismo lugar antes mencionado: la soledad y el apartamiento.

El hombre de los santos (1969) lleva el arte de Fernández Santos al terreno del examen psicológico que, en medio de su trabajo, inicia una revisión de la vida pasada.

Las catedrales (1970) contiene los recuerdos de la guerra vividos por Fernández Santos en su niñez. El protagonista, naturalmente, es un niño.

Por su Libro de las memorias de las cosas (1971) le otorgaron el Premio Nadal de 1970. Su trama gira en torno de una comunidad evangelista de Castilla la Vieja, con todos los problemas que la vida comunitaria presenta. Se abre, por lo tanto, una brecha en el camino del Realismo social de Fernández Santos que apuntó nuevas posibilidades artísticas y anuncia ahora otros logros futuros.

##### 5. Juan Goytisolo: Realismo poético y realismo social.

Posiblemente el novelista más conocido de esta generación; sobre todo, fuera de España, sea Juan Goytisolo (1931). Sin duda, es uno de los que más familiaridad tiene con América y los narradores del llamado "boom".

Su fecundidad literaria lo ha llevado a escribir, por lo menos, nueve novelas que, a esta altura, lo colocan como el más apasionado y perseverante creador de los que incluimos en esta páginas. Y, en todas ellas, se advierte un afán de auto-definirse, de encontrarse a sí mismo en su clase y en su grupo social. De ahí que sea uno de los más controvertibles novelistas del momento y, gracias a la dualidad subjetivo-poética y realista-crítica, la figura que mejor representa las posibilidades de novelar en este tiempo difícil para España.

Militante político y exiliado en París, vive con desesperación su propia tragedia de hijo de burgueses convertido al

Socialismo, así como el recuerdo de la desgracia de haber perdido a su madre en un bombardeo en 1938, y de sentir lejana de sus afectos a España, por el profundo amor con que la quiere diferente. De ahí que, en todo este fondo de desdicha personal, se destaque la agonía existencial de encontrarle un sentido a su vida como fenómeno social y, en el intento absorbente, oscile desde el mito y la poesía a la denuncia y la crítica social.

A Gonzalo Sobejano le parece propio dividir su obra en dos períodos: una etapa inicial, en la que predomina la ilusión y el engaño con respecto a lo que se cree ser o a lo que se cree pertenecer, y en la que se ubican sus primeras novelas; y una segunda tendencia, dentro del predominio de la desilusión, el desengaño y la verdad, más descarnada a partir de La resaca.<sup>76</sup>

Como en Carmen Laforet, Miguel Delibes y Ana María Matute, el mundo de Juan Goytisolo destaca la presencia de niños, adolescentes y jóvenes. En el caso del novelista presente, personajes caracterizados por una sicología maligna o enfermiza, son frecuentes, a tono con el ámbito íntimo desgarrado del autor.

Precisamente, su primera novela: Juegos de manos (1954), trata sobre un grupo de jóvenes de familias privilegiadas, pero caracterizados por patrones de conducta negativos, que idea un asesinato político, para terminar en el más estruendoso e inútil fracaso: muerto quien iba a matar, por su mejor amigo, al no cumplir la encomienda del grupo, mientras éste se pone en manos de la justicia.

---

<sup>76</sup> Gonzalo Sobejano, Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido), p. 265.

Su segunda novela: Duelo en el paraíso (1955), dentro del Realismo poético más logrado, vuelve a traer a colación un mundo de niños en el que, en esta ocasión, matan a un niño de otra clase social, como una imitación de lo que hacen los mayores en la guerra, ya que todo lo que ocurre en esta obra se localiza en el momento de la retirada republicana frente a las tropas nacionalistas.

Sigue la trilogía llamada El mañana efímero, que se inicia con El circo (1957), en la que un pintor se incrimina a sí mismo, como resultado de sus mentiras, y, por ello, termina siendo responsable del crimen que no cometió.

En Fiestas (1958) se pone en claro cierto ambiente de degradación burgués, con su secuela de prostitución, vicio y pobreza. Con La resaca (1958) prolonga esa visión decadente de la sociedad barcelonesa e insiste, una vez más, en poner de relieve la figura desafortunada de un niño producto del medio descrito.

Sobre la presencia del niño en Goytisolo se ha dicho:

La importancia del niño en la novela española no es nueva: además de la picaresca, con sus protagonistas infantiles obligados a bregar con el hambre y el desamparo, hay figuras de niños inolvidables en la obra de Galdós, Clarín y Baroja y, sin ir tan lejos, en Cela y en Delibes. Los pequeños héroes de las novelas de estos autores son, sin embargo, muy distintos: son chicos hambrientos, escolares avergonzados, ladronzuelos, mendigos, camaradas de pupilaje o simples criaturas libres por los campos. Los niños que se perfilan en la narrativa ulterior, hagan lo que hagan, vivan donde vivan, poseen todos un estigma común: la precocidad del dolor, y por eso dan muchas veces la impresión de ser ya hombres, y de razonar (o desvariar) con mentalidad adulta.<sup>77</sup>

---

<sup>77</sup> Ibid., p. 273.

Tanto La isla (1961) como Fin de fiesta (1962) fortalecen el carácter social, objetivo y crítico de la realidad novelada por Goytisolo. En ambos relatos vuelve a ocuparse de la decadencia burguesa. La primera denuncia a los que se hicieron ricos durante la guerra, con el favor oficial, y que ahora disfrutaban de la lujuria, la bebida y las fiestas; la segunda, como Las afueras (1958) de Luis Goytisolo y Cinco variaciones (1963) de Antonio Martínez Menchén, retratan cuatro casos separados, pero unidos, al mismo tiempo, por una preocupación. Esta novela, como las otras dos mencionadas, resulta novedosa por la estructura fragmentada que refleja una atmósfera de incomunicación entre los personajes, a pesar de que el nivel temático en esta obra de Juan Goytisolo se ocupa de cuatro matrimonios en crisis.

Ya Señas de identidad (1966) y Reivindicación del conde don Julián (1970) emprenden una nueva búsqueda de la identidad, de la autenticidad. En ambas, vuelve la técnica a desafiar los convencionalismos novelísticos: tres personajes narradores, utilización de poemas narrativos, diversos estilos, rupturas temporo-espaciales, sustitución de unos signos de puntuación por otros... Lo que, aparte de la problemática permanente de Goytisolo, trae a escena la antinovela, el experimento.

Juan sin Tierra (1975) fue prohibida en España. En esta ocasión, el novelista hace "una reivindicación de la cultura musulmana".<sup>78</sup>

A Juan Goytisolo se le han hecho muchas críticas, entre otras: el excesivo mimetismo que se observa en sus obras, aun

<sup>78</sup> Ignacio Soldevila Durante, La novela desde 1936, p. 249.

de madurez, que recuerda lecturas diversas; por ejemplo, Cortázar; la reiteración temática en que incurre desde la primera a la última de sus novelas (problema del ser, asuntos sociopolíticos, los niños de sicologías aberrantes, los estragos de la guerra) y hasta errores lingüísticos de diversa índole.

No puede negarse que, en una medida u otra, estas críticas se justifican. Sin embargo, ellas no significan que Juan Goytisolo deja de ser uno de los novelistas de mayor valía y capacidad creadora de la España de nuestros días. Con él habrá de contarse siempre, cuando sea preciso explicar la novela de este tiempo.<sup>79</sup>

#### 6. Ignacio Aldecoa: El realismo de la escrupulosidad.

No obstante de haberse destacado Ignacio Aldecoa (1925-1969) como primerísima figura del cuento, la crítica unánimemente reconoce su grandeza indiscutible como novelista. Incluso, se ha llegado a pensar que es el más representativo de esta segunda generación de la posguerra, así como Cela lo es de la primera.

Pero no sólo eso, sino que, de igual modo que Sánchez Ferlosio y Fernández Santos, es un creador maduro desde la primera novela. Su arte, escrupulosamente realista, es, a la par, esmerado y cuidadoso en el estilo, al mismo tiempo que eficaz y acertado en el manejo de la técnica.

Su intención y atención lo dirigía a novelar los más destacados oficios y los seres humanos comunes, corrientes,

---

<sup>79</sup> Juan Carlos Curuchet, "La denuncia de España en la narrativa de Juan Goytisolo", Introducción a la novela española de postguerra, p. 71-95.

y hasta primitivos. Su temprana muerte, por desgracia, no le dejó tiempo nada más que para terminar cuatro novelas.

La primera de ellas: El fulgor y la sangre (1954), forma parte de una proyectada trilogía en la que se encargaría de caracterizar los guardias civiles, los gitanos y los toreros. De suerte que, en ésta, se ocupa de la espera de cinco esposas de los guardias ausentes, cuando se conoce la noticia de que uno de sus maridos fue tiroteado. El incidente permite a las mujeres vivir unas horas horribles de tensión -desde el mediodía hasta el comienzo del atardecer-, en las que Aldecoa rehace la vida de estas parejas y los lleva al momento en que sus destinos se encontraron en el castillo rural donde prestan servicio. Este recurso de hacer varios relatos paralelos (diversos puntos de vista a cargo de personajes distintos), que coinciden en un punto, recuerda The Bridge of San Luis Rey (1927) de Thornton Wilder.

Con El viento solano (1956), segunda parte de la trilogía La España inmóvil, enfoca el mundo de los gitanos. Se trata, precisamente, de una continuación del argumento iniciado en El fulgor y la sangre: la acción comienza horas antes de que un gitano matara al guardia civil. Sigue la desesperación y angustia de su huida hasta la entrega.

Gran sol (1957) comienza una proyectada trilogía del mar. Pero ahora el escenario se mueve al norte y la preocupación se desplaza al grupo de pescadores: sus alegrías, luchas, sufrimientos, triunfos y muertes. Como en El Jarama, aquí es capital la utilización del diálogo y, como en aquélla, aunque

ausente todo sermón o discurso, es patente, en el desenvolvimiento mismo de los personajes, una cadena de injusticias existentes que deben ser corregidas. Nada más eficaz que este vivo testimonio para denunciar las desigualdades entre los hombres.

Parte de una historia (1967) se traslada a una de las islas canarias, donde Aldecoa recoge las faenas humildes de la gente que allí convive.

7. Otros narradores. Además de los novelistas incluidos en esta generación, hay que destacar un grupo importante de creadores que, dentro de las tendencias y rasgos ya establecidos por los anteriores, ha hecho también una obra meritoria. Ellos son: Lauro Olmo (1922), Carmen Martín Gaité (1925), Antonio Ferrés (1925), Armando López Salinas (1925), Juan García Hortelano (1928), Jesús López Pacheco (1930) y Luis Goytisolo-Gay (1935).

Lauro Olmo, quien publica Ayer, 27 de octubre (1958), nos muestra las vidas humildes de un conjunto de personas, de diversos oficios (artesanos, pensionistas, porteros), que se reúnen en una casa de vecindad el mencionado día. Años después da a conocer los siguientes libros de relatos: La peseta del hermano mayor (1958), El gran sapo (1963) y Golfos de bien (1968).

Carmen Martín Gaité ha publicado las siguientes obras: El balneario (1954), relato breve que le mereció el Premio Café Gijón; y las novelas: Entre visillos (1958), Premio Nadal de 1957. En ella presenta la vida provinciana a través de unas

jóvenes entre dieciséis y diecinueve años, quienes comienzan a preocuparse de su soltería. El resto de su producción incluye: Las ataduras (1960), Ritmo lento (1963), Retahilas (1974), Fragmentos de interior (1976) y El cuarto de atrás (1978).

Antonio Ferrer es autor de La piqueta (1959), articulada alrededor de la destrucción de una chabola de un barrio madrileño llamado "Los Cinco Minutos". El escritor emplea abundantemente el diálogo con el fin de ofrecer un cuadro fiel de la condición de los personajes, dentro de los lineamientos de la técnica behaviorista. Junto a aquellas vidas miserables se exponen la indiferencia ante el dolor ajeno y la emigración de los andaluces. Ferrer ha escrito en años subsiguientes: Los vencidos (1965) -redactada en 1960 y publicada en italiano en 1962-, Con las manos vacías (1964), En el segundo hemisferio (1970), Ocho, siete, seis (1975) y Al regreso de Boiras (1975).

Armando López Salinas cuenta con La mina (1960), en la que destaca las vicisitudes de los trabajadores que desempeñan las faenas propias de esas tareas subterráneas, así como los abusos que "la Empresa" comete contra ellos. Después da a conocer Año tras año (1962), Premio Ruedo Ibérico.

Juan García Hortelano posee Nuevas amistades (1959), Premio de la Biblioteca Breve, en la que se ejercita en el relato objetivo, a la manera de El Jarama de Sánchez Ferlosio. En ella enfoca los apuros de una pareja de jóvenes enamorados

enfrentados a la experiencia del embarazo fuera del matrimonio. Ante esa encrucijada, deciden practicar la arriesgada solución del aborto. Se trata de la visión de un segmento social que vive sin mayores preocupaciones y que dedica su tiempo a las distracciones más o menos banales. Tormenta de verano (1962) lleva a los extremos el conductivismo de la novela anterior. Fue merecedora del Premio Internacional Formentor. El gran momento de Mary Tribune (1972), en dos tomos, representa la superación del objetivismo de sus narraciones hasta el momento.

Jesús López Pacheco es conocido por Cental eléctrica (1958), en la que se plantean las consecuencias de la construcción de una presa que transforma el lugar y la vida de la gente que resiste el avance del progreso. Cuenta, posteriormente, con la novela corta El hijo (1967) y La hoja de parra (1973).

Luis Goytisoló-Gay, hermano de Juan Goytisoló, se inicia con Las afueras (1958), en la que no son precisamente los personajes lo que importa, sino más bien las situaciones y las relaciones que éstos establecen. Un buen número de las debilidades humanas imprimen su unidad al libro en el que las criaturas que lo pueblan repiten unos mismos nombres hasta en cuatro ocasiones. De este modo, Las afueras -novela estructuralmente fragmentada- atenta contra el esquema exterior del relato. Son suyas también Con las mismas palabras (1963) y Recuento (1973), que inicia la serie Antagonía.

Aún pueden señalarse otros nombres: Manuel Caballero Bonald (1926) con Dos días de setiembre (1962), Premio Biblioteca Breve, Ágata, ojo de gato (1974); Alfonso Grosso (1928): La zanja (1961), Un cielo difícilmente azul (1962), Testa de copo (1963), El capirote (1966), Inés just coming (1968), Guarnición de silla (1970), Premio de la Crítica, y Florido mayo (1973), Premio Alfaguara; José Luis Martín Descalzo (1930): La frontera de Dios (1957) y Juan Marsé (1933): Encerrados con un solo juguete (1960), Últimas terdes con Teresa (1965) y La oscura historia de la prima Montse (1970).

Ñ. Los novelistas de la década del 60 hasta el presente: Séptima Generación del Siglo XX y Tercera de la Posguerra

1. Rasgos generales. Desde los años sesenta ha surgido un buen número de novelistas que, junto a los anteriores, y otros más jóvenes, ha empezado a mostrar interés por alejar sus relatos de los caminos del Realismo y la denuncia. Interesan intelectualizar la narración y hacerla partícipe de preocupaciones metafísicas.

Aún no ha sido posible aplicar una denominación exacta a este grupo, puesto que la crítica sigue sin ponerse de acuerdo. Unos aseguran que escriben un tipo de "novela metafísica"; otros hablan de una "novela intelectual"; algunos se refieren a sus creaciones como "nueva novela"; varios están de acuerdo en que se trata de una "novela simbólica"; y, hay quienes la llaman "novela de conocimiento".

El equipo surge a raíz de la publicación de cuatro novelas por autores más o menos de la misma edad y cuyas fechas de nacimiento fluctúan entre 1926 y 1929.

Esos relatos son: El borrador (1961) de Manuel San Martín; Homenaje privado (1961) de Andrés Bosch; Las llaves del infierno (1962) de Carlos Rojas y Nos matarán jugando (1962) de Manuel García Viñó.

Este, que es el principal teórico de los mencionados novelistas, ha dicho que poseen las siguientes características:

1.<sup>a</sup> Talante universitario, mentalidad universitaria de los autores, que son conscientes de tenerla y quieren tenerla, de la misma manera que los otros quieren ser populares, sin saber muy bien lo que eso es.

2.<sup>a</sup> Tratamiento culto de los temas y del medio de expresión.

3.<sup>a</sup> Consideración de la realidad invisible junto y aun por encima de la visible.

4.<sup>a</sup> Problemática de la inserción en la sociedad: inadaptación, inconformismo, lucha con el medio, haciendo hincapié, más que en el aspecto sociológico del problema, que no es abandonado, en sus repercusiones espirituales.

5.<sup>a</sup> Búsqueda de nuevas formas técnicas, en un doble sentido: el de expresar el contenido en una forma que en sí misma lleve insertos esos mismos contenidos, es decir, que sea como un eco del contenido; y en el de intentar una síntesis de subjetivismo y objetivismo, huyendo tanto de la forma de narrar decimonónica como del esteticismo propio de los miembros extremistas de la "novela de la mirada" francesa.<sup>80</sup>

Esta "nueva novela" pretende superar, obviamente, el Realismo social de la generación anterior con un Realismo trascendente o metafísico.

Andrés Bosch señala que el rasgo principal de esta generación

...consiste en ir más allá de lo que se ha dado

---

<sup>80</sup> Manuel García Viñó, Novela española actual, p. 219-220.

en llamar "realidad"; de esa realidad parcial, aparente tan solo, objeto de las escuelas convencionalmente llamadas "realistas". Se trata de superar, trascender, penetrar las apariencias primarias para llegar, a través de ellas, es decir, basándonos en ellas, a aquella esencia que constituye su naturaleza íntima, a aquello que las informa y les da valor universal. El rasgo común y principal, definitorio, de esta tendencia novelística es la búsqueda de la realidad total, o sea, el realismo total.<sup>81</sup>

Sin embargo, a estas palabras de Andrés Bosch, podemos oponer las siguientes aseveraciones de Gonzalo Sobejano:

...lo que se pretende no puede estar más claro: llevar al lector de la intervención práctica en el mundo a la reflexión especulativa sobre el mundo, de la conciencia política y moral a la meditación filosófica y religiosa, de la concreción a la abstracción, y de la crítica posiblemente eficaz a la divagación comprobadamente estéril.<sup>82</sup>

2. Los novelistas. Los escritores más destacados de esta generación son: Manuel San Martín (1930-1963), Manuel García-Viñó (1928), Andrés Bosch (1928) y Carlos Rojas (1928), que forman un grupo realmente sólido. A éstos podrían sumarse otros nombres menos conocidos: José Tomás Cabot (1930), Antonio Prieto (1930) y Vintila Horia.

Manuel San Martín, fallecido en 1963, dejó dos novelas: El borrador (1961) y La luz pesa (1964). Cuenta, además, con dos libros de cuentos: La noticia (1959) y El insolente (1962).

El borrador es la obra que lo sitúa entre este equipo de novelistas. Toca, en esta oportunidad, la presentación del

<sup>81</sup> Andrés Bosch, "La nueva novela", en Manuel García-Viñó, Papeles sobre la "Nueva Novela" española, p. 99. (Subrayado del autor.)

<sup>82</sup> Gonzalo Sobejano, Op. cit., p. 411.

hombre empeñado en integrarse a una sociedad que se le antoja distante al producirse el derrumbe de unos valores prevalecientes. Al producirse la ruptura, el choque con las normas de convivencia en vigor, el protagonista cae en un estado de inadaptación que lo distancia de la totalidad que lo rodea.

Manuel García-Viñó ha publicado: El caballete del pintor (1958), La última palabra (1958), Nos matarán jugando (1962), El infierno de los aburridos (1963), La pérdida del centro (1964), Construcción 53 (1965), El pacto del Sinaí (1968) y El escorpión (1969), etc.

La pérdida del centro narra el intento de realización amorosa y profesional, en el mismo momento que sufre la ausencia del ser amado el protagonista. Construcción 53 está concebida en torno de la lucha que el personaje Ruddinger sostiene por lograr la perfección; es decir, equipararse, de alguna manera, a Dios. Y, El escorpión, se basa en una muerte y un robo que se produce en un pueblecito de Andalucía. Unos jóvenes recién llegados al lugar fueron acusados de los hechos. Ellos auxilian en la investigación, pero el asunto permanece sin solución, por lo que los acusados se marchan de la población.

Andrés Bosch tiene, entre otras novelas, La noche (1959), Homenaje privado (1962), La revuelta (1963), La estafa (1965) y El mago en llama (1970), entre otras.

La noche penetra el mundo del boxeo. Luis Canales se ha propuesto ser campeón, por lo cual deja todo lo que lo ata a la vida pasada para lograr su meta. En la persecución de

sus aspiraciones, pierde temporalmente la visión en uno de los combates. Aún así, ante el peligro de quedar ciego totalmente, participa en el campeonato continental. Pierde, sin embargo. Andrés Bosch sondea con éxito la complejidad de la identidad humana en esta obra.

En Homenaje privado se vuelve el autor sobre el estudio como el camino único y verdadero para la realización de la personalidad. También plantea, como en La noche, el asunto de la identidad.

La revuelta es un relato de personaje colectivo, cuya trama ocurre en un país suramericano. El lugar sirve para plantear la complejidad inherente en la diversidad de enfoques de la realidad. Maxime cuando el argumento se hilvana alrededor de una revolución.

La estafa pone ante nuestra atención el fenómeno del trasiego humano, problema que acarrearán los movimientos migratorios. Luis, el personaje principal, emigra a América en busca de una "nueva vida". Cuando cree alcanzarla, entiende que sólo ha tenido existencia real en su mente.

Manuel García-Viñó resume su labor de este modo:

Es de notar que nos encontramos en presencia de un escritor muy completo, en el sentido, primero, de que, en sus obras, pesa el interés por la forma -y, al decir forma, no me refiero principalmente al lenguaje, sino al armazón de la obra, a su estructuración y al ángulo de enfoque o modo de presentación de la materia-; segundo, de que cualquiera de sus novelas es una síntesis, perfectamente trabada y dosificada, de especies novelísticas: social, histórica, metafísica,

Psicológica, exótica, costumbrista, realista, idealista, de mensaje, de misterio; y tercero, de que la médula metafísica, que es la dominante, está servida por elementos novelísticos puros -personajes, situaciones, ambientes, descripciones, anécdotas, diálogo- que en modo alguno sirven para arropar disquisiciones extraliterarias, sino que ocupan el puesto primordial que el género reclama, pues sus novelas son, ante todo, y sobre todo, obras de arte. 83

Carlos Rojas tiene: De barro y esperanza (1957), El futuro ha comenzado (1958), El asesino de César (1959), Las llaves del infierno (1962), La ternura del hombre invisible (1963), Adolfo Hitler está en mi casa (1965), Auto de fe (1968) y Aquelarre (1970), entre algunas de sus narraciones.

En El asesino de César ensaya el tema de la vanidad; o, en otras palabras, cómo ésta hace que el hombre aspire al poder y luego lo ejerza para beneficio propio. En Adolfo Hitler está en mi casa se asigna a una persona la tarea de escribir un guión cinematográfico sobre Carlos II, el Hechizado. Según el guionista escribe, el director va rechazando las páginas. Por último, resulta que ese guión no puede realizarse. Entonces, se le encarga que escriba otro con el título de Adolfo Hitler está en mi casa que, a su vez, se presenta tan difícil como el anterior.

En Auto de fe trabaja dos planos narrativos; en uno alude a la resurrección de Lázaro por Cristo; y, en el otro, teje la historia de un bufón de la corte de Carlos II. En Aquelarre, valiéndose de la comunicación que llevan a cabo figuras de los cuadros de el Bosco y de Goya, el autor hace referencia al dolor y a la miseria del ser humano.

---

Manuel García-Viñó, Op. cit., p. 193-194.

El destino de esta generación aún está abierto. Actualmente se encuentra en plena capacidad creadora y con un brillante futuro. Desde nuestra perspectiva, sería prematuro asegurar cuál será el derrotero definitivo que tome ante la nueva realidad española del posfranquismo. Aunque, tal vez, no sea aventurado decir que la transformación de España se va a reflejar, de un modo u otro, en la labor creadora que resta por hacer ese país, en el que ellos actúan como protagonistas, testigos e intérpretes de la historia que se está haciendo cada día.

## CAPÍTULO IV

### EL MUNDO NOVELÍSTICO DE MIGUEL DELIBES

#### Primer ciclo: Creaciones iniciales

A. Introducción. Entre los novelistas de su generación, Miguel Delibes es uno de los más prolíficos y consecuentes cultivadores de este género. Su ya vasta obra narrativa, dentro de esta categoría, da fiel testimonio de una vocación ininterrumpida que se prolonga desde finales de la década del cuarenta hasta los años ochentas del presente decenio, en la que se manifiesta en pleno dominio de sus capacidades creadoras.

Más aún, el escritor valisoletano se ha establecido a lo largo de casi cuarenta años como un profesional de las letras que, al mismo tiempo, ha sabido cultivar el artículo periodístico, la conferencia, el ensayo sobre la pesca y la caza y el cuento, junto al relato novelístico. De modo que, en este sentido, el mundo de ficción que nos ocupa es parte de un quehacer amplio que es oficio y arte a la vez. Por eso, como en los más destacados autores de otras épocas, la obra general de Delibes muestra las íntimas conexiones existentes en lo que respecta a sus preocupaciones fundamentales frente al hombre, la vida y la naturaleza.

Sus novelas son un buen ejemplo de la compleja unidad que configura su cosmovisión desde los distintos ángulos posibles de análisis a los que son susceptibles de someterse:

la tradición histórica, filosófica y estética; los temas; los recursos narrativos y los estilos, entre otros elementos a considerar.

Esta primera etapa del desarrollo novelístico delibeano se circunscribe exactamente a la consideración de los siguientes títulos: La sombra del ciprés es alargada (1948), Aún es de día (1949) y Mi idolatrado hijo Sísí (1953). Como podrá observarse, éstos corresponden a la primera, segunda y cuarta creaciones dentro de este género. Las tres comparten ciertas peculiaridades que las reúnen dentro de un círculo de afinidades capaz de otorgarles vínculos tan estrechos que varios críticos han creído conveniente trazar la evolución artística del autor a partir del haz de rasgos comunes que las hermanan.<sup>1</sup>

Entre los estudiosos más destacados de la obra de Delibes, que han insistido en catalogarla en distintos períodos, se pone de manifiesto la unanimidad de criterios existente con respecto a la definición de este momento dentro de los parámetros de la literatura realista-naturalista decimonónica o como narrativa tradicional.

Eugenio García de Nora, cuando se ocupa de las novelas de esta serie, ve "amazacotadas masas narrativas ochocentistas",

---

<sup>1</sup> Ramón Buckley, Problemas formales de la novela española contemporánea, p. 90-138; Gonzalo Sobejano, Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido), p. 132-164; Agnes Gullón, La novela experimental de Miguel Delibes, p. 11-159.

"realismo expresivo", "prolijidad naturalista" y "descripcionismo naturalista".<sup>2</sup>

Gonzalo Sobejano advierte también, en estas historias, "un realismo minucioso casi naturalista", un "naturalismo mecánico", un "realismo analítico".<sup>3</sup> En síntesis, esta

...época primera se caracterizaría por la obediencia a la narración tradicional, la tendencia al análisis introspectivo, un argumento susceptible de ser contado, un protagonista insolidario que defiende su individualidad.<sup>4</sup>

Las creaciones de este primer conjunto, que Agnes Gullón no vacila en colocar dentro de la tradición "realista"<sup>5</sup>, son las mismas que Buckley engloba bajo el rótulo de "Época 'negativa' ", dado que "el protagonista ('hombre-individuo') se enfrenta a la sociedad (o sea, al 'hombre-masa' ) y defiende su 'individualidad' que la sociedad trata de quitarle"...<sup>6</sup>

Se trata simplemente de destacar uno de los rasgos más prominentes de la novela por excelencia del siglo XIX: el predominio del héroe burgués sobre cualquier otro elemento dentro de la trama. A la par con este hecho, destaca que, en estos casos en cuestión, existe un asunto, un argumento coherente y lineal que permite decir o "recontar" los sucesos.<sup>7</sup>

---

<sup>2</sup> Eugenio García de Nora, La novela española contemporánea (1939-1967), III, p. 111, 112, 116.

<sup>3</sup> Gonzalo Sobejano, Op. cit., p. 131, 132, 133.

<sup>4</sup> Ibid., p. 133.

<sup>5</sup> Agnes Gullón, Op. cit., p. 11.

<sup>6</sup> Ramón Buckley, Op. cit., p. 90-91.

<sup>7</sup> Ibid., p. 99, 100.

A tono con los señalamientos anteriores, este crítico pone de relieve la función omnisciente y omnipresente del narrador en estos mundos de sus primeros relatos. Por eso se advierte, en ocasiones, la contradicción patente entre ciertos personajes y el lenguaje que emplean. Asimismo es clara, en más de una oportunidad, la tendencia moralizadora y la intencionalidad ideológica de exponer alguna "tesis" en particular.

Otro importante crítico español ha definido también muy acertadamente al autor durante esta etapa.<sup>8</sup>

### B. Notas generales sobre las novelas

1. La sombra del ciprés es alargada (1948), ganadora del Premio Nadal en 1947, fue la primera novela escrita por Miguel Delibes; contaba con veintisiete años. Muchos años más tarde, el autor reacciona de este modo ante la suerte que le cupo a su obra primigenia:

Uno no se hace ninguna ilusión y sabe que hay Nadales y Nadales y el mío, como otros muchos, fue el premio al tuerto en el país de los ciegos. La sombra del ciprés es alargada era, posiblemente, el menos malo de los ciento y pico libros que aquel año concurrieron al concurso. Sea como quiera, el Nadal me colocó en un situación difícil. Manuel Pombo Angulo, subdirector de Ya, se clasificó aquel año finalista y durante un tiempo algunos periodistas se dedicaron a escribir artículos que se titulaban "Un segundo que es primero" y cosas por el estilo. Hubo uno

---

<sup>8</sup> Francisco Umbral, "Miguel Delibes en la novela tradicional", Punta Europa, septiembre-octubre de 1960, 57-58, p. 29-35.

en Arriba, donde, entre otras frases conten-  
dentes se decía: "Buena faena de embarque le  
han hecho a Miguel Delibes adjudicándole el  
Premio Nadal." Esta frase me anonadó porque  
yo pensaba por aquel tiempo lo mismo que el  
articulista.<sup>9</sup>

Su reconocimiento de las limitaciones inherentes a La  
sombra..., no le impide admitir los aspectos positivos de  
ella, por **reducidos** que sean:

Se trata de una novela mediocre, de un  
libro balbuciente. Como muchas primeras no-  
velas no es mala por lo que le falta sino por  
lo que le sobra. Sin embargo, y pese a con-  
siderarla malograda, es una novela con fuerza,  
que mete el frío en los huesos. No estoy de  
acuerdo con aquellos que me censuraron la  
impropiedad de los pensamientos y sentimientos  
del niño Pedro, el protagonista, puesto que  
esos sentimientos y pensamientos fueron los  
míos a esa edad. En cuanto a la forma de  
expresarlos tampoco, supuesto que Pedro los  
analiza desde su madurez. La novela peca de  
muchas otras cosas. Digamos de enteriza, de  
sentenciosa, de convencional en su segunda  
parte... La redime, si es caso, la novedad del  
tema, lo que éste tiene de angustioso y uni-  
versal.<sup>10</sup>

El interés de Delibes, en este preciso instante, consiste  
en presentar un problema de tipo individual: el miedo que la  
muerte ajena produce en su protagonista Pedro. Esta situa-  
ción de tipo existencial es el eje que sostiene el argumento,<sup>11</sup>  
ya que toda la obra gira en torno de esta idea; o más bien,

---

<sup>9</sup> Miguel Delibes, "Prólogo", Obras completas, I, p. 12.

<sup>10</sup> Ibid., p. 13.

<sup>11</sup> Gemma Roberts, Temas existenciales en la novela  
española de postguerra, p. 211.

obsesión, que es una constante en la vida de Pedro, como lo fue también en la niñez del propio autor.

2. Aún es de día (1949) es la segunda novela y uno de sus más desafortunados intentos dentro del género, si no el peor, de toda su larga gestión. Si la obra anterior adolecía, entre otras cosas, de dos partes (llamadas "libros") con una acción reducida, que le imprimía un tempo lentísimo, y "un estilo ampuloso, engolado, retórico, con períodos larguísimos y artificiosos"<sup>12</sup>, ésta no trascendía los límites de una discreta mediocridad. Eso sí, ahora el lenguaje ha alcanzado una más genuina y justa función en el texto.

Edgar Pauk lo expresa de esta manera:

Lo que aparece más cambiado es la sintaxis, que resulta ser la del idioma hablado. Las frases son cortas y no presentan tales complicaciones que no puedan ser habladas. El idioma, en general, demuestra un esfuerzo de alejarse del idioma tradicional de la novela del siglo XIX, para hallar un idioma que exprese mejor el mundo descrito por el novelista.<sup>13</sup>

Delibes, fundamentalmente de acuerdo con las observaciones previamente expresadas, lo explica así:

Al año siguiente, apremiado por el temor de quedarme en novelista de una sola novela, publiqué apresuradamente Aún es de día. Digo apresuradamente porque la entregué al editor sin estar

---

<sup>12</sup> Juan María Marín Martínez, "Miguel Delibes, el testimonio lúcido de la circunstancia española", Arbor, enero de 1981, 421, p. 88.

<sup>13</sup> Edgar Pauk, Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974), p. 248.

satisfecho de ella. Destino la aceptó pero el libro no se publicó tal como yo lo había parido. Era aquella una época -1949- en la que a los libros, como a los toros, se les afeitaban los cuernos para evitar los riesgos a quienes se les aproximaban demasiado. Pero aún es de día me la afeitaron más de la cuenta.<sup>14</sup>

Para la publicación en su Obra completa, Delibes intenta corregir un poco los defectos de que padecía el libro, aparte de los recortes que le habían hecho.

Acepta, pues, que, en esta novela, su realismo fue bastante exagerado, tanto que, en algunos pasajes, alcanza el tremendismo ya proverbial en el Camilo José Cela de La familia de Pascual Duarte:

De todos modos, en Aún es de día me pasé de rosca. Me sumergí en un hiperrealismo descarnado, de muy mal gusto. Tal vez la novela tenga mayor unidad que La sombra del ciprés, responda a una estructura más equilibrada, pero se resiente, sin duda, de un naturalismo machacón, excesivamente rígido y su humor -llamémoslo así<sup>15</sup> resulta de una tosquedad escalofriante.

3. Mi idolatrado hijo Sisí (1953) es, cronológicamente, la cuarta novela del relator que nos ocupa. Tiene en común, con las otras obras que integran esta fase en el crecimiento de su fabular, la persistencia del análisis psicológico de un carácter en el que Delibes interviene directa y destacadamente. Prevalece también la actitud de proponerse defender una idea; es decir, hacer todo un esfuerzo artístico para

---

<sup>14</sup> Miguel Delibes, Op. cit., I, p. 14-15.

<sup>15</sup> Ibid., p. 15.

dedicarlo a un propósito preconcebido, a una "tesis".

Lo interesante de esta ficción es que, después de la experiencia de El camino, Delibes retome -varios años más tarde- unas fórmulas y unas inquietudes que parecían haber quedado atrás en su evolución. Una vez ubicado en un tipo de novelar más ágil, vuelve al modo denso y pesado del viejo realismo, aunque él mismo no acepte totalmente la gran familiaridad de ésta con sus primeras dos narraciones:

Tres años tardé en decidir una nueva salida. Mi idolatrado hijo Sisí apareció en 1953. Se trata de un libro que, a mi juicio, nada tiene que ver con los anteriores. Deliberadamente traté de componer en él, lo más artísticamente posible, un alegato contra el malthusianismo. Muchos críticos afirmaron luego que el libro tiene otras muchas cosas además de esto, observación que me conforta porque presupone que la moraleja ha sido diluida en el relato con la habilidad suficiente para que no le lastre demasiado. En todo caso la tesis es incontestable y nos guste o no, esta novela pretende demostrar que limitar deliberadamente nuestra descendencia a un solo hijo, aparte de inmoral, no es cosa cómoda ni aconsejable.<sup>16</sup>

### C. Contenidos de las novelas

#### 1. La sombra del ciprés es alargada

a. Título. Dentro de la inclinación conservadora del autor, este epígrafe luce lastrado por una tradición romántica que evoca tristeza, soledad y pesadumbre. Otro tanto ocurre, según es de conocimiento general, con los famosos "sauces llorosos" de los camposantos, que pueblan

---

<sup>16</sup> Ibid., p. 19.

los versos y las canciones sentimentales del siglo pasado. El ciprés, con su figura alargada, como venida de la Edad Media, también ha sido objeto poético para la expresión de la espiritualidad y los estados de emoción en trance místico o aspiraciones de corte gótico, monástico o conventual.

No hay la menor duda de que nos encontramos ante una rotulación literaria de tipo simbólico. El recuerdo de "El ciprés de Silos" de Gerardo Diego parece ser la expresión más cabal de los sentimientos del personaje de la obra a través del cual la carga ideológica central del libro cobra concreción en un momento dado. Dice así el aludido soneto de Versos humanos (1925):

Enhiesto surtidor de sombra y sueño  
que acongojas el cielo con tu lanza.  
Chorro que a las estrellas casi alcanza  
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño;  
flecha de fe, saeta de esperanza.  
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,  
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi, señero, dulce, firme,  
qué ansiedades sentí de diluirme  
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos filos,  
ejemplo de delirios verticales,  
mudo ciprés en el fervor de Silos.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> Gerardo Diego, "El ciprés de Silos", en Joaquín González Huela y Juan Manuel Rozas, La generación poética de 1927. p. 171-172.

Alfredo, el compañero enfermizo y romántico de Pedro, el protagonista, comenta, en ocasión de una visita que realizaron al cementerio:

Los cipreses no puedo soportarlos. Parecen espectros y esos frutos crujientes que penden de sus ramas son exactamente igual que calaveritas pequeñas, como si fuesen los cráneos de esos muñecos que se venden en los bazares.

.....

- Sí, de todos modos prefiero descansar bajo el aroma de un pino. Su sombra es otra cosa: más redonda, más repleta, más humana...<sup>18</sup>

b. Lema. La sombra del ciprés... posee, a manera de un indicador del tema central de la obra, los siguientes conceptos del poeta vallisoletano M. [anuel] A. [Tonso] Alcalde en "Decidme" de Hoguera viva:

"¿Por qué esta ansia, este amor, estos supremos anhelos del hombre? ¿Por qué existe un destino de amar, bárbaro y triste, en la ruina de carne que movemos?" (p. s. n.)

Estas palabras confirman la atmósfera prevaleciente en la novela en torno a las ideas básicas del desamor (evidente en la vida del personaje principal desde su temprana orfandad) y la muerte. Ambas preocupaciones también se incuban en la frialdad con que lo trata su tío Félix y el ambiente augusto y de soledad predominante en el hogar de su tutor, don Mateo

---

<sup>18</sup> Miguel Delibes, La sombra del ciprés es alargada, Op. cit., I, p. 96-97. A partir de este momento nos limitaremos a señalar las páginas correspondientes, entre paréntesis, al lado de las citas del texto.

Lesmes, en la espiritual ciudad de Ávila. No hay que olvidar que a este recinto amurallado pertenecen Teresa de Cepeda y Ahumada, la magnífica Santa Teresa de Jesús, y San Juan de la Cruz, entre otras destacadas personalidades de la mística española.

Después de la muerte de su fraternal amigo Alfredo, el protagonista Pedro se hunde en una práctica de "desasimiento" que había venido acumulando su vida en todas las experiencias negativas en que se formó su personalidad. De ahí que, luego que desaparece el compañero de estudios de esos años, se convierte en un verdadero tormento la posibilidad de entablar una relación amorosa con Jane. Cuando, finalmente, puede vencer sus temores y se une a la norteamericana, vive sobrecogido ante la posibilidad de que pudiera sucederle una desgracia. Ésta, efectivamente, ocurre. La lucha entre la pérdida del amor y la desaparición física logra, con este incidente culminante, el clímax de la derrota para la vida y la esperanza. No obstante, el regreso a Ávila es positivo, puesto que reencuentra sentido a su existencia en el consuelo de Dios.

Restan ahora por comentar los lemas que encabezan el "Libro Primero" y el "Libro Segundo" de la obra: "Un amigo hace sufrir tanto como un enemigo." (Proverbio árabe)

"No es bueno que el hombre esté solo." (Génesis, 2:18).

Aquél, como es evidente, se refiere al alto costo sentimental que provoca la pérdida de una persona a la que se está atada por lazos de afecto. En ese caso, se expresa por medio de

una paradoja, puesto que las relaciones existentes en una verdadera amistad ocasionan tanto dolor, cuando se pierde, como puede infligir la maldad de un contrario. Éste trata del mandato bíblico que anuncia la necesidad de compañía femenina para el hombre. Uno y otro pensamiento evoca la estrecha relación de Pedro y Alfredo, como un vínculo sumamente importante durante la primera mitad de la novela, y más tarde con Jane, quien viene a llenar el hueco dejado en su afecto al desaparecer el amigo.

c. Escenario y atmósfera. La acción de La sombra... se desarrolla en varios escenarios - aproximadamente durante los primeros cuarenta años de este siglo-, que siguen el siguiente orden: Ávila, Barcelona, el océano Atlántico, la costa americana, Buenos Aires, Providencia. (Rhode Island), Santander, y, por último, Ávila. El marco físico en el que se mueve el protagonista apenas es objeto de descripción. La ciudad amurallada de Castilla la Vieja, pues, recibe un tratamiento mayor, aunque podría decirse que la visión de este lugar es también una proyección subjetiva de Pedro. Parece como si el ambiente medieval y religioso que se respira en esta ciudad **adusta y reservada, de frialdad intensa,** se confundiera con el protagonista.

Y este silencio, este frío abulense, calan hondo en Pedro desde el mismo instante de su nacimiento:

Yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y crec que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me notieron

en el alma nada más nacer. No dudo de que, aparte otras varias circunstancias, fue el clima pausado y quedo de esta ciudad el que determinó, en gran parte, la formación de mi carácter. (p. 29)

Solamente después de haber transcurrido un año en la ciudad logra distinguirla de otras, mientras pasea acompañado de don Mateo Lesmes, Alfredo y Martina, hija del tutor:

.(En este instante comencé a presentir que Avila no era una ciudad como las demás. Tenía sus raíces clavadas en la Historia, a diferencia de otras. La Historia la vigorizaba en su secuela moderna, le proporcionaba su sustancia vital, la coloreaba con un matiz especial, con la verde e impresionante pátina del tiempo...) (p. 76)

En una escapada con su amigo Alfredo, una noche, Ávila se le revela en toda su magnificencia, en todo su esplendor. Es un acercamiento casi religioso el que se produce entre él y la ciudad: "Poco más allá se dibujaba la silueta precaria de Cuatro Postes. Ascendimos al promontorio, embargado yo por una emoción casi religiosa." (p. 116)

Lo que Pedro siente, al observar la ciudad en este momento, es algo sólo comparable con lo que podría sentir el místico cuando alcanza la vía unitiva; es decir, al fundir su alma con Dios. Es un arrobamiento, un verdadero éxtasis lo que vive al contemplar el espectáculo maravilloso que tiene ante sí:

Apenas me atrevía a darme la vuelta y tender la vista sobre la ciudad nevada. Cuando lo hice, un sentimiento amplio, inconcreto, me resbaló por la espalda. La ciudad, ebria

de luna, era un bello producto de contrastes. Brotaba de la tierra dibujada en claroscuros ofensivos. Era un espectáculo fosforescente y pálido, con algo de endeble, de exinanido y de nostálgico.

La torre de la Catedral sobresalía al fondo como un capitán de un ejército de piedra. En su derredor las moles, en blanco y negro, de la Torre de Velasco, del torreón de los Guzmanes, del Mosén Rubí... Ávila emergía de la nieve mística y escandalosamente blanca, como una monja o una niña vestida de primera Comunión. Tenía un sello antiguo, hermético, de maciza solidez patriarcal. La villa, centrada en plena y opulenta civilización, era como una armadura detonando en una reunión de fraques. Imaginé que no otra, en todo el mundo, podía ser la cuna de Santa Teresa. (p.116)

Miguel Delibes confiesa que entre Pedro y Ávila hay comunicación.<sup>19</sup> Un crítico señala, a su vez, que Ávila "es una prolongación del estado anímico de Pedro."<sup>20</sup>

Todo ello es muy cierto, pero podríamos ir más lejos y señalar que, más bien, el carácter de Pedro es la prolongación de la atmósfera reinante en Ávila. Ávila ha estado siempre allí. Por lo tanto, es ella la que influye en Pedro, y no a la inversa. Tal vez si Pedro hubiese nacido en otro lugar, y en otras circunstancias, claro está, su carácter hubiera sido distinto. Obsérvese, además, que Ávila se destaca, blanca y fría, en el invierno.

Si Ávila se nos presenta "misteriosa" (p. 75), "diferente"

---

<sup>19</sup> Miguel Delibes, en César Alonso de los Ríos, Conversación con Miguel Delibes, p. 39.

<sup>20</sup> Alfonso Rey, La originalidad novelística de Delibes, p. 26.

(p. 75), "silenciosa" (p. 76), "hermética" (p. 89), "nostálgica" (p. 116), así mismo podemos definir a Pedro. Es como si la ciudad le comunicara la frialdad, el hermetismo y la nostalgia, hechos que admite Pedro como influencias desde que nació. Por eso retorna a ella luego de la muerte de su esposa Jane. Dada la comunicación entre ambos, era el único lugar donde vislumbra una vida futura para reponerse del dolor ocasionado por la pérdida del último ser querido:

Cuando me apeé en Ávila y contemplé su recogida fisonomía a la luz incierta de un amanecer de febrero, sentí una cálida humedad en los ángulos internos de los ojos. La ciudad se había rebozado de nieve para obsequiar con sus mejores galas mi llegada. Me invadía una emoción singular al recrear mis ojos en el blanco panorama. Seguramente no era mi actitud en aquellos momentos la de un hombre normal. Me hallaba detenido en la puerta posterior del edificio de la estación y mis ojos saltaban de un punto a otro continuamente con ánimo de aprisionarlo todo en mi brazo inicial, de aspirar íntegra toda la arcaica esencia de la ciudad de mi infancia. (p. 299)

De ella huye y a ella regresa lleno de esperanzas. Observamos, pues, que las descripciones de lugares son **más bien urbanos**. Sólo se refiere al campo cuando Pedro va a recuperarse a la finca de su amigo Luis Bolea, en Santander, cuando parte con su esposa a la luna de miel. En el caso de Santander, la descripción es detallada, minuciosa. Pedro siente gran emoción ante la naturaleza y, **sin duda, la idealiza en algún grado**. Encuentra en el campo sosiego para su ánimo perturbado.

Con respecto al ambiente íntimo del hogar de la familia

Lesmes, existe un marcado predominio de la frialdad y la indiferencia. Estas circunstancias traen como resultado que se proyecte en el carácter de Pedro un pesimismo existencial no exento de ribetes patológicos.

d. Argumento. La sombra del ciprés..., en líneas muy generales, se desarrolla sustancialmente en torno de Pedro, un niño huérfano de unos diez años, a quien su tío Félix puso en manos del maestro don Mateo Lesmes para su educación. Sin embargo, en aquel ambiente de silencio y frialdad, el protagonista resiente la falta de calor humano.

La llegada al lugar de otro discípulo llamado Alfredo abre un paréntesis de amistad entre ambos que mitiga la soledad que los aqueja. Después de un lapso relativamente breve de cordialidad mutua que les permite sobrellevar sus problemas, éste muere aquejado por la tuberculosis. Pedro se afianza, entonces, "en la filosofía del 'desasimiento', una especie de estoicismo que aconseja la desposesión de bienes materiales o sentimentales a causa de su carácter efímero."<sup>21</sup>

Cuando termina el Bachillerato, el protagonista decide proseguir estudios en la Escuela de Náutica, en Barcelona, a los diecisiete años. Habían transcurrido cinco años desde la desaparición del amigo. Opuesto a lo que deseaba don Mateo —lo instaba a iniciar una carrera en matemáticas— y su

---

<sup>21</sup> Edgar Pauk, Op. cit., p. 31.

tío, que confiaba se decidiera a cursar leyes, el joven ambicionaba ser marinero, para escapar de la vida estática que había sobrellevado hasta el momento. De esta manera podría cumplir mejor la práctica de su "desasimiento".

En uno de sus viajes rumbo a Providencia, Rhode Island, conoce a Jane. Después de una intensa lucha con sus principios de no involucrarse sentimentalmente con nadie, termina casándose con ella.

Una vez más, luego de una felicidad efímera, la esposa parece ahogada en las aguas del muelle de Providencia, cuando una vagoneta se abalanzó sobre su auto. Con ella perecía también el hijo que gestaba.

No obstante la muerte de su esposa, Pedro no reincide en las viejas creencias. Regresa a Ávila y visita la tumba de Alfredo, donde deposita el anillo de bodas, uniendo así los dos grandes amores de su vida: la esposa y el amigo. Realizando este acto, se siente anegado de paz y comprende que, aunque las personas se van, el amor tiene permanencia en el recuerdo de los que quedan.

e. Personajes. No es exagerado decir que ésta es la novela de un personaje. Los demás son algunas figuras de segunda importancia y otras de tercera categoría o de aparición tan fugaz poco importante que constituyen más bien siluetas en la narración.

El proceso de caracterización no es dinámico, en el

sentido de crear el personaje a medida que se construye el mundo novelesco. No hay, por lo tanto, evolución en ellos, pues éstos se configuran desde que comienza la narración.

través del relato lo que hacen es reafirmar unas características que ya han sido indicadas desde el principio.

1) Protagonista. Como ya se ha indicado en otros lugares, el personaje principal de la obra es el niño Pedro, al que observamos crecer en el decurso de la historia hasta alcanzar la juventud. Como se sabe, desde los diez años fue entregado al tutor por su tío Félix.

Podemos inferir que Pedro pertenece a una familia de posición económica holgada, dado el hecho de que puede asistir como alumno a esta casa, en lugar de incorporarse a la fuerza laboral del país o, simplemente, tratar de ganarse el sustento, como hacen varios niños en otras novelas de Delibes.

De sus padres sólo se conocen los nombres: Jaime y María, pues el tío se los deja saber antes de su llegada a la residencia del maestro. Aunque nunca se dice explícitamente, se presume huérfano, dado que es otra persona quien funge como responsable suyo. Pero, aparentemente, el tío desea desligarse del compromiso, dejando al niño interno en el hogar de don Mateo.

Pedro se nos ofrece ya provisto con una aguda capacidad para el análisis, llegando a conclusiones a partir de pocos

hechos, sin que se le hayan notificado decisiones tomadas sobre el asunto envuelto:

Mientras la conversación giró sobre los dos primeros temas me pareció observar que don Mateo hablaba sobre ello con la laxitud y desgano de quien cumple una obligación habitual. Cuando se abordó, en cambio, el tema de los honorarios, sus ojos, naturalmente apagados, se animaron con una chispita de codicia. De esto deduje que don Mateo no era un hombre a quien sobrasen recursos para vivir. Por mi parte, lo único que saqué en limpio de aquella hora interminable fue que mi tío deseaba desentenderse de mi educación y que don Mateo se encargaría de ella hasta que yo concluyese el bachillerato. (p. 32)

El carácter de Pedro se presenta torturado, obsesivo, inseguro temeroso. El mismo personaje se describe de la siguiente manera:

Me poseía un raro sentimiento de nebulosidad que me vedaba conceptuarme de una manera positiva, convincente y radical. Tan sólo sabía que era un ser desprovisto de la sabia facultad de perder, de desposeerse, de desasirse. Y daba por posible que de aquí emergieran efectos defectuosos, efectos que, como el egoísmo y la ingratitud, ponían una barrera infranqueable a toda posible tendencia a la sociabilidad. (p. 187)

Estos atributos que hemos identificado en el personaje tienen su explicación si tomamos en cuenta las circunstancias que rodean a Pedro, las cuales son determinantes en él.

El primero de los aspectos que influye en su carácter es la ciudad de Ávila, tal como ya hubo ocasión de demostrar en otro lugar de este trabajo. Existe, en este sentido, un determinismo ambiental.

Un segundo elemento fundamental en la formación del carácter de Pedro es su maestro don Mateo Lesmes. Él es quien le inculca su sentido de pesimismo ante la vida, actitud que prevalece en el joven hasta sus años de adulto, cuando comprende que debe cambiar el modo de enfrentarse a la realidad.

Don Mateo le dice palabras como las siguientes, en alguna ocasión:

- Tal vez el secreto - añadió don Mateo- esté en quedarse en poco; lograrlo todo no da la felicidad, porque al tener acompañado siempre el temor de perderlo, que proporciona un desasosiego semejante al de no poseer nada. Debemos vigilar nuestras conquistas terrenas tanto como a nosotros mismos. Son, casi siempre, la causa de la infelicidad de los hombres. (p. 77)

La muerte de Alfredo también afecta sobremanera a Pedro, quien llega a sentir gran cariño por su amigo, prácticamente el único que tuvo durante sus años de adolescencia.

2) Figuras secundarias. Una vez establecida la complejidad existencial de Pedro dentro del pesimismo del "desasimiento" que moldea su carácter, procede destacar aquellas figuras de segundo nivel que gozan de interés por parte del autor y que vienen a ser personajes de apoyo para el desarrollo del protagonista. Apenas tres de éstos ejercen funciones vitales en el crecimiento de la personalidad del joven.

a) Mateo Lesmes. Este profesor representa "el prototipo del maestro de reglas fijas, incommovibles, y de mezquinos horizontes." (p.35) Como es natural, tiene una

importancia decisiva sobre su conducta y es responsable de que él adopte una "filosofía" tan ramera, convencional y apocadora, como la que le inculca. De modo que Pedro viene a ser, en gran medida, la plasmación de aquellas limitaciones y del conformismo castrante que definió su vida. El estatismo y la rutina de don Mateo son los retos más serios que tiene ante sí Pedro en la hora clave en que debe escoger su vocación futura.

b) Alfredo. Su único amigo durante esta época. Es la segunda persona que logra ingerencia sentimental en la vida de Pedro. Este compañero era blanco, casi albino y de constitución débil y enfermiza (padecía de tuberculosis, la que, finalmente, le ocasionó la muerte). Su madre lo deja también interno en la casa de don Mateo. El niño le profesa un gran cariño, por lo cual sufre enormemente con la separación. Tampoco desea que ella salga con un hombre del que está enamorada. A pesar de ello, lo abandona al cuidado de la familia Lesmes.

Alfredo es el asidero emocional de Pedro para subsistir en ese clima enrarecido que permea la casa del maestro. Pedro lo quiere sinceramente y sufre mucho con su muerte, hecho que lo lleva a practicar la teoría del "desasimiento".

Según Delibes, en buena medida opuesto a Pedro,

Alfredo era observador, aunque pocas veces encontraba justificación a los detalles y acontecimientos que observaba diariamente. Para él todo eran hechos positivos, sin causas ni efectos. (p. 68)

De suerte que, en este sentido, es la contrafigura en el relato. Posiblemente en dicha circunstancia descansa la razón por la cual es capaz de lograr tan buena relación con Pedro. Su importancia para éste estriba en ser quien llena su necesidad de cariño fraternal, afecto primordial durante estos años iniciales de la adolescencia.

c. Jane. El otro personaje, dentro de esta categoría, que tiene una influencia determinante en la maduración de su personalidad es Jane. Su interés por ella representa una tercera opción amorosa. Ya conocido el aprecio del discípulo al mentor y el calor entrañable de la amistad, da paso a la relación erótico-emocional, que llena una nueva experiencia en su crecimiento sentimental. Ella es la culminación de su proceso de evolución afectuosa y **con quien, por fin,** logra superar las enseñanzas de don Mateo. A través suyo conoce el sexo y siente los ramalazos de la paternidad en augurio.

3) Siluetas y sombras. El resto de los personajes sólo importan en cuanto a la afinidad que poseen con Pedro. Muchos son meras presencias fugaces, que tienen muy limitada participación en la trama. Sobre ellos, Alfonso Rey señala que

...los personajes... se van sucediendo uno tras otro, sin que lleguen a coincidir dos de ellos en el mismo momento de la acción; lo cual demuestra que cada personaje tiene asignado un papel muy estricto, es decir, una determinada influencia sobre Pedro.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> Alfonso Rey, Op. cit., p. 40.

A continuación algunos personajes incidentales y la función que les corresponde desempeñar: el abuelo, padre de doña Gregoria; la Bruna, gitana de vida licenciosa que cantaba historias de crímenes; el tío Cosme, esposo de la tía Rosa; Cristián, hermano de Jane, ansioso por abandonar el campo donde vivía con sus padres; Elena, vieja criada del tío Félix; Estefanía, criada de la familia Lesmes; Fany, la perra de la familia Lesmes; Felipe, marinero pariente de doña Gregoria, hombre de amplios horizontes y aventurero que insufla a Pedro deseos de conocer el mar; el tío Félix, tutor de Pedro que cede la educación suya a don Mateo; su máxima preocupación radicaba en la custodia de los intereses económicos que derivaba de sus negocios; la Feli, criada de Pedro, en la casa que pensaba ocupar con su esposa en España; el gallito, condiscípulo de Pedro en la Escuela de Náutica, a quien venció en una riña a puños; doña Gregoria, esposa de don Mateo, sin ambiciones y de carácter generalmente frío; el hombre, amante de la madre de Alfredo, razón por la cual ella lo entrega a don Mateo, hecho que causa que se precipite su muerte; Jaime, padre de Pedro; Joaquín, hombre que engaña a Martina, abandonándola luego; Julián Royo, caricaturista de cafetín; gusta analizar a los clientes e imparte consejos; Pedro los recordaría siempre; Luis Bolea, primer piloto de Pedro en el buque Antrancita quien lo orienta para que abandone su negativismo vital; la madre de Alfredo, mujer hermosa que sacrifica a su hijo por el disfrute de su vida

intima; María, madre de Pedro; Martina, única hija de don Mateo Gregoria; vivaz de genio cuando niña y amante del canto de la música; huye de su hogar con Joaquín, y Pedro la regresa a su casa; padres de Jane, campesinos norteamericanos; las señoritas Regatillo, solteronas con buen sentido del humor; la tía Rosa, hermana de doña Gregoria; doña Servanda, esposa de Felipe; doña Sole, suegra de Luis Bolea; **logra convencer** a Pedro para que se casara con Jane.

f. Temas. Todo escritor, cuando se enfrenta al hecho concreto de la creación de una novela, tiene subyacente una formación basada en los valores adquiridos a lo largo de su desarrollo como persona y como intelectual. Si su propósito o intencionalidad de llevar los mensajes al lector se realiza felizmente o no, dependerá de su pericia y capacidad en el manejo de los recursos del género, así como de su sensibilidad estética. Enseguida se pasa juicio sobre la red de ideas empleadas por Delibes en esta historia.

1) Principal. La preocupación ideológica dominante en esta obra es la aprensión ante la muerte -producto del desamor que lo ha caracterizado desde su niñez-, en medio de la radical soledad en que esta condición **ha** sumido a Pedro. Como ya se ha destacado en el primer capítulo de este estudio, se trata de un motivo presente en la propia vida del autor desde su más tierna edad. Hecho curioso, se refiere básicamente al miedo de que otros pierdan la vida, como era el caso ante la avanzada edad de su padre, por lo cual estaba consciente de que tendría que sufrir su ausencia en cualquier momento

y que él no alcanzaría a tener tiempo suficiente para conocerlo y amarlo. He aquí el otro como figura inicial en la existencia.

La experiencia del deceso de su amigo Alfredo representa el primer golpe negativo que lo lanza a ese "desasimiento", que no es otra cosa que renunciar a la posesión de afectos objetos, ante el temor de verse privado de ellos en alguna ocasión. Lo que, **por cierto**, es una reacción esencialmente cobarde frente a los retos y las posibilidades de éxito a los que una persona puede estar expuesta.

Esta peculiar "filosofía" del personaje la podemos observar directamente en las siguientes palabras suyas:

La felicidad o la desdicha era una simple cuestión de elasticidad de nuestra facultad de desasimiento. La vida transcurría en un equilibrio constante entre el toma y deja. Y lo difícil no era tomar, si no dejar, desasirnos de las cosas que merecen nuestro aprecio. Aquí estribaban las posibilidades de felicidad de cada humano: en que su facultad de desasimiento fuese más o menos elástica, en que el hombre estuviese más o menos aferrado a las cosas materiales. Por ello tal vez el secreto básico estuviese contenido en el hecho de no tomar nunca para no tener que dejar nada. Era un remedio negativo de renunciación, pero con certeza, el adecuado a mi calidad humana, desprovista de reservas y de capacidad de sacrificio. Lo cuestionable consistía en saber si el hombre tiene alguna probabilidad de subsistir sin aprehender nada, desasido de todo, desconectado de los seres y las cosas que le rodean; si el individuo es capaz de desarrollar su individualidad propia y primitiva sin necesidad de echar mano de recursos extraños a sí. (p. 82-83)

Delibes confirma lo que habíamos adelantado sobre el origen autobiográfico de este tema en su estructura ideológica:

La muerte es una constante en mi obra. Yo diría más. Diría que es una obsesión.

.....

Ya de niño a mí me ocurría, por ejemplo, que al llegar a las escaleras de mi casa me imaginaba que un día bajarían por allí el ataúd con el cadáver de mi padre. Estas imaginaciones que reservaba para mí y no las confiaba a nadie, se<sup>23</sup> repitieron hasta convertirse en una obsesión.

En la novela hay algunos episodios donde se alude a la muerte como tal. Recordemos las visitas de Pedro, don Mateo y Alfredo al cementerio. También los ahogados que encuentran en las costas de Irlanda (mientras se desempeña como marinerero) dejan profundas huellas en él.

Ahora también aquel panorama le ocasiona desasosiego:

Tres cadáveres más recogimos y dimos al mar aquella tarde. Cuando posteriormente arrumbamos hacia nuestras costas noté en mi alma un dejo de irrealidad gris, una impresión de malestar indefinida, confusa. Me pesaban encima los cadáveres de aquellos cuatro hombres deformados, espantosamente deteriorados en su ponderación anatómica. El mar dejó de ser para mí una superficie de serenidad, un compendio de paz, plana y bruñida, para pasar a ser un agente más de la muerte; un agente activo, hipócrita, devastador. (p. 175)

La pérdida del otro ser amado, que significa la culminación de su enfrentamiento con la muerte, ocurre con el accidente de su esposa Jane. Desde este momento en adelante esa preocupación va en descenso progresivo, como si la barrera del temor que le acuciaba ya no pudiera lastimarlo más.

2) Auxiliares. Como ya es sabido, a la idea o ideas trenzadas, que forman el núcleo de interés en la narrativa, se articulan otros planteamientos que tienen la

---

<sup>23</sup> Miguel Delibes, en César Alonso de los Ríos, Op. cit., p. 37.

función de ~~redondear~~ el pensamiento medular. Ocurre que tienen éstos una función similar a la de los capilares: conducir el fluido vital a los vasos mayores, capaces de hacer llegar la sustancia al destino necesario.

a) La religión. Entre las ideas que se tejen alrededor de la muerte, gravita, en un lugar destacado, la religión, la fe o creencia en Dios, que es propio de estos ambientes sociales caracterizados por el conservadorismo. La concepción de la vida es de tipo providencialista. Doña Sole no hace otra cosa en la obra que exponer las ideas de Delibes para esa época, que, por otra parte, están magníficamente trazadas en los dos compendios de historia que escribió para las escuelas en 1949: Síntesis de historia de España y Síntesis de historia universal y de la civilización. Por eso, el personaje ya mencionado de su novela es capaz de decir a Pedro:

-También yo sufrí en mi vida como usted y nunca pretendí orillar este suplicio violentando la voluntad de Dios. Pensé que sus designios se cumplen cabalmente entre los humanos y que es necio tratar de apartarlos por la fuerza. Hay una verdad sobre todas que se nos impone con carácter de fatalidad: Dios. Por eso, lo que viene de Él ha de aceptarse con sumisión, porque somos sus criaturas. Hacer otra cosa supondría engañar nuestro orgullo hasta autodeificarnos. (p. 254)

b) La niñez. Otra exploración constante en el novelar delibeano se inicia en esta obra y es, además, uno de los rasgos más sobresalientes cultivado por los escritores de su generación. Nos referimos a la niñez. Destacan en La sombra del ciprés... tres víctimas de sus mayores

y de las circunstancias que los rodean: Pedro, Alfredo y Martina. El primero padece de una gran soledad, producto de la orfandad manifiesta desde su temprana edad y del poco afecto de su tío Félix, que lo entregó a don Mateo para su crianza y educación. Con Alfredo ocurre otro tanto: su madre lo abandona en casa del maestro para poder ella dedicarse a su amante. La joven padece el mismo problema.

Confiesa a Pedro, en una ocasión:

Mi casa, Pedro, ¿recuerdas?, era igual que un cementerio. (p. 225)

.....

Notaba por días que aquella casa se me venía encima, que me ganaban unos deseos terribles de gritar y reírme a carcajadas, de decirle a mi madre que qué sacaba de aquel mutismo asfixiante y sobrecogedor... (p. 225)

No puede ser más triste y desolador el cuadro de la niñez presentado por el autor, en el que éstos deben padecer los desaciertos sentimentales de sus progenitores. Orfandad, abandono desamor son las principales consecuencias que arruinan la vida de estos personajes.

c) La naturaleza vs. el progreso. Tanto el campo como la ciudad irrumpen en esta narración como antípodas. Pedro y Cristián encarnan estas dos posturas en el diálogo que se transcribe de inmediato:

-Qué fácil es a los que no lo soportan animar a los demás a poblar el campo.

Me era difícil desde mi postura argumentarle con fundamento y vigor convincente.

-En el campo es donde se ha refugiado lo único de verdad que aún queda en el mundo.

- Prefiero la ciudad.
- Allí todo es artificio.
- No importa.
- ¿No importa?
- No. (p. 276-277)

Pero, por más que Pedro defiende y enaltece las virtudes del campo, Cristián se muestra obstinado, atraído por la aparente facilidad de la vida urbana. En el campo no encuentra satisfacciones de ninguna índole. Para él es una vida rutinaria, monótona, inalterable. Quiere escapar del tedio, por eso es que desea el cambio:

- Todos tenemos que hacer por todos.
- Pero cuando hay detrás una compensación.
- Y yo, ¿qué compensación tengo? Subir a las fiestas del pueblo dos veces por año. ¿Y qué? Tener que andar tres leguas para echar tres bailes. ¿Es esto una compensación? (p. 277)

Es decir que, para Cristián, la compensación que logre producirle el trabajo de la tierra, ver crecer sus siembras (aparte de las ganancias que pueda proporcionarle), no vale la pena. Él no le importan las "satisfacciones íntimas"

Tras estos diálogos con Pedro, el padre decide enviarlo a la ciudad.

Como hemos podido observar, el propósito de Delibes ha sido el de destacar las ventajas que ofrece la vida en el campo: espiritualidad disfrute en el contacto con la naturaleza, lejos del materialismo la vida ajetreada, entre muchos problemas de los que abundan en la ciudad.

d) La guerra. Otro de los motivos de interés en este libro es la presencia de conflictos bé-

licos a lo largo del relato que, en sus distintas oportunidades, van señalando el transcurrir del tiempo que viven los personajes. Así, por ejemplo, durante el entierro de Alfredo, Pedro recuerda ciertos hechos sin tener clara conciencia de la importancia que tenían los albores de la Revolución Bolchevique, aludida en estas palabras:

Se hablaba de rusos, de japoneses y de Port-Arthur. Se apuntaban las posibles consecuencias de un abortado levantamiento proletario en San Petersburgo. Hubo quien dijo que aquello era el comienzo de "algo muy gordo". Otro respondió que era justo lógico que en el siglo XXI no se tolerase ya la esclavitud. (p. 135)

Mucho tiempo después de la adolescencia, y algunos años luego de la temprana juventud, el protagonista relata el peso devastador que tuvo otra gran disputa con su natanza sin sentido. Le parece "absurda, caprichosa e inmoral." (p. 171) De aquella guerra con proyecciones mundiales deriva uno de los convencimientos ideológicos más consecuentes a lo largo de su vida:

Pensé que la civilización es un arma de dos filos que se vuelve contra el hombre si éste no se resuelve a inmovilizarla. La civilización crea y destruye a partes iguales, dejando al hombre siempre en un inevitable punto muerto, sometido a una humillante y perenne relación de dependencia. (p.172-173)

g. Ideas generales. Confirmamos que La sombra..., como obra primeriza de Delibes, cumple una de las funciones cabales en todo novelista importante que es capaz de articular una visión de mundo válido en desarrollo progresivo: establecer una serie de rasgos en ese novelar que

irá cobrando forma, creciendo y perfeccionándose, a la par que el escritor alcanza la madurez. En este sentido, hay en el relato bajo consideración un indicio claro de que Delibes es más bien un autor ortodoxo en la plasmación del mundo que ha creado. Dicha tendencia no es un fenómeno limitado a un nivel en esta obra. Ello es sumamente claro en su andamiaje ideológico. Las ideas expuestas en ella permanecen dentro de un marco que se caracteriza por su anclaje en cierto conservadorismo de tipo provincial. Pero, más aún, la mitad del libro se desenvuelve en el ámbito de un hogar "chapado a la antigua". Sus grandes obsesiones temáticas, por lo tanto, ya están aquí presentes: la muerte, la religión, la niñez, la naturaleza, el progreso y la guerra, por ejemplo.

En medio de su pesimismo y de ese tradicionalismo decimonónico, La sombra... revela la aparición de un narrador de garra dentro de la corriente novelística española que cuenta con una gran apertura en Cervantes y una consecución lógica en Benito Pérez Galdós y Pío Baroja.

## 2. Aún es de día

a. Título. La rotulación de esta novela, como la anterior, es una frase de clara construcción literal. No hay, en ella, alarde metafórico alguno. Sólo que, en esta oportunidad, nos referimos a una expresión de tipo popular que se emplea por Delibes dentro del mismo sentido esperanzador que el hombre común acostumbra a lanzarla, a

manera de autoconsuelo. No hay duda de que ahora, desde el mismo modo de identificar la obra, se ofrece un resquicio al optimismo; existe una posibilidad de futuro. A la "sombra" previa se contraponen el "día". Dentro de la simbología vulgar, la primera es equivalente a "lo negativo", mientras que la segunda es "lo positivo".

Es al final cuando el protagonista, en una variante de esta expresión, deja asentado su significado y el carácter del mensaje trascendente que aspira a comunicar la historia: // "-Hoy no ha habido suerte. Otro día será. -" Ascendió penosamente las escaleras."<sup>24</sup> Lo que es un giro semejante a la expresión: "Mañana será otro día.", con la que se hace hincapié en una idea similar de confianza en el porvenir.

b. Lema. No es un capricho que Delibes escogiera la interrogante: "¿Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza?" del místico alemán del siglo XV Thomas Kemmerken Kempis (1330-1471), posible autor de la celeberrima Imitación de Cristo.

Es evidente que, en dichas palabras, está patente el sentido de finitud de la vida humana, la brevedad del ser humano, tan a propósito en esta "novela católica", donde es fundamental la búsqueda de afecto y comprensión entre las pobres criaturas que en ella naufragaban en soledad o, más bien, insolidaridad.

---

<sup>24</sup> Miguel Delibes, Aún es de día, Obra completa, III, p.262.(Subrayado nuestro.) A partir de este momento nos limitaremos a señalar las páginas correspondientes, entre paréntesis, al lado de las citas del texto.

Obviamente, es claro que la idea de pequeñez del hombre en su dimensión material es otra significación envuelta en el pensamiento del religioso medieval. Ante esta situación, vuelve a suscitarse un temor fundamental de insuficiencia en los personajes del escritor vallisoletano, que no pueden alcanzar plenitud propia, aun cuando son producto de la creación divina. En este sentido se confirma la visión idealista de la vida que rige la ideología ordenadora de la trama.

c. Escenario y atmósfera. De manera diferente a lo que sucede en La sombra del ciprés..., Aún es de día no posee indicación que especifique la comunidad en la que se desarrollan los acontecimientos. Sabemos que el espacio general de la ciudad es de naturaleza provincial y que se encuentra relativamente cercana a Madrid, hecho que confirma el viaje de un personaje a esa capital con el propósito de hacer compras. Hay motivos para pensar que el lugar es compatible con Valladolid u otra ciudad semejante de Castilla la Vieja. La extensión física en la que suceden los incidentes es, a todas luces, más restringida que la que se cubre en la primera novela. Los hechos abarcan el período que corresponde a los primeros meses de 1946, puesto que se alude a la Segunda Guerra Mundial, cuando se hace referencia a que duró "seis largos años" (p. 202). Luego se especifica que, desde entonces, ha pasado "más de medio año" (loc. cit.). Ello quiere decir que, si aquella guerra concluyó en agosto de 1945, seis meses más tarde nos coloca en febrero del año próximo.

Para efectos de análisis, podríamos indicar las siguientes áreas o medios en los que se desplaza el personaje principal en su rutina cotidiana: el hogar, el barrio en que éste radica, la ciudad -y, en ella, básicamente, el establecimiento donde trabajaba- y ocasionales salidas al campo, en las márgenes de la zona urbana.

La vivienda tenía todas las señales de una "pocilga", como se dice inmediatamente:

Aquella casa, desamparada y sucia, no contribuía en nada a atenuar esta sensación. Fuera del cuarto de Grecia, aquello parecía una pocilga; periódicos rotos, cucarachas muertas, mondas de naranja y de cacahuetes se amontonaban en la cocina, entremezclados con las bolas de porquería de ratón. En un rincón, tres botellas tumbadas, polvorientas y vacías, completaban la deplorable impresión de desaseo. (p. 21)

La localización de la vivienda familiar también tiene sus propias características:

En realidad, esta calle, larguísima y estrecha, constituía el barrio entero; un barrio de horteras, artesanos y pequeños comerciantes. (p.26)

.....

La larga calle se remataba, en los extremos, por dos plazuelas con un mercado cada una. Yendo hacia el centro, se topaba con el mejor mercado de la ciudad. (p. 26)

.....

Al mediodía, las fruteras y verduleras se habían retirado y el suelo aparecía cubierto de mondas de todas clases, de los paquetes de paja de los envases y de un sin fin de frutos podridos y aplastados. (p. 26)

.....

Los hedores del mercado se venteaban desde muy lejos. Ya en él, Sebastián se hubiese guiado por el penetrante olor a amoníaco del urinario público que se abría en la plaza, en la confluencia con su calle.

Una vez allí, el viaje no tenía pérdida: la cantina de Ernesto con su característico aroma a vino de Pueda, la droguería de Pérez, la frutería de don Santiago Cerrato... (p. 27)

.....

Aquel barrio significaba, ahora lo advertía, como un pueblo autónomo incrustado en el corazón de la ciudad. Allí todos se conocían, para ser amigos o enemigos, pero lo que no se autorizaba era a ignorarse. (p. 27)

La ciudad posee también una personalidad específica en ciertos aspectos del funcionamiento que tienen la particularidad de permanecer en su dinámica configuración:

Con lluvia o con sol, en invierno y en verano, la ciudad no desertaba nunca de su paseo por la calle Principal, y allí, de una a dos, se encontraban, sin citarse, la gente joven, los estudiantes y los oficinistas, los aprendices y las modistillas, y por la tarde, a eso de las seis, los soldados y las criadas de servicio. (p. 153)

El panorama que ofrecen los Almacenes Suárez, el comercio donde el joven consigue el empleo añorado, contrasta grandemente con el lugar del que procede:

La tienda era amplísima y estaba muy limpia, caliente e iluminada. Los largos mostradores corrían paralelos, enormes y encerados, a lo largo del local. (p. 29)

.....

A mano derecha de la entrada había un pequeño mostrador, aislado del resto, y, encerrada en él, una mujer rubia de una extraordinaria belleza. Todo evidenciaba un lujo y un orden a los que Sebastián no estaba habituado. Las piezas de tela de distintas clases y colores reposaban en los estantes que se alzaban hasta el techo, de cuyo centro pendían unas grandes y relucientes arañas con colgantes de cristal. Al fondo se veía varias puertas cerradas. (p. 29)

Cuando el protagonista "escapa" los límites ciudadanos, se abre, ante él, la naturaleza en sus múltiples manifestaciones:

Un poco a la derecha, surcaba la tierra una acequia de caudal rumoroso que chapoteaba contra los dos tabiques laterales, cortados verticalmente. Algunos grajos, en las alturas, graznaban su negra presencia y, de vez en vez, descendían aleteando blandamente sobre las tierras en barbecho y picoteaban ávidamente entre los terrones. Sobre los chopos estilizados del camino gañían las picazas, con su inconfundible apariencia de colegialas de uniforme. Al fondo, cerrando la visibilidad, se elevaban algunos tesos pelados y grises, como avergonzándose de su relevancia en aquella llanura interminable. (p. 136)

La tónica emocional prevaleciente en la novela continúa dentro de un signo negativo -como en La sombra del ciprés...-, sin que, bajo ningún pretexto, se olviden las distancias las diferencias entre una y la otra, como es natural. El hecho es que el cuadro sentimental de la trama no puede ser más deprimente, en términos generales, así podrá corroborarse en el momento que hagamos el recuento de los sucesos que forman el cuerpo de la obra.

También es cierto que, en medio de la desolación amorosa en que están envueltos, tanto el protagonista como otros personajes, afloran escenarios de bulliciosa festividad que imprimen a los acontecimientos otros matices distintos a la gravedad reinante en el libro anterior. La severidad existencial de Pedro se atempera en el caso de Sebastián por el ingrediente de confianza religiosa que lo anima. De modo que, dentro del fracaso sico-social de las vidas envueltas en Aún es de día, interviene la esperanza como una posibilidad salvadora y un norte futuro para el éxito.

d. Argumento. La atención gira, en esta oportunidad, alrededor de Sebastián Ferrón, un joven dependiente, primero en una pequeña tienda de comestibles y luego en los Almacenes Suárez, de gran categoría dentro del ramo de las telas. El origen de sus conflictos radicaba en que era una persona físicamente deforme (jorobado, pequeño y feo), objeto de las burlas de su madre Aurelia (alcohólica, cruel) de sus compañeros de trabajo. esta situación se sumaba la gran soledad y pobreza en que vivía, en un barrio bajo de la ciudad, junto su hermana **Orencia**, de trece años, hundida en la soledad enfermiza de su rincón, que le hacía una "criatura desgarrada, pálida, de mirada huera", la cual se mostraba "insensible, indiferente a los hombres y las cosas", "con una frialdad glacial, impropia de sus pocos años." (p. 20) En tanto que él sufría, además, por la orfandad (del mismo modo que Pedro en La sombra del ciprés...), ella padecía por su ilegitimidad.

La lucha de Sebastián a lo largo de la trama va dirigida a superar la soledad íntima que lo atormenta. Sus esfuerzos por conseguir un empleo de mayor categoría y mejor remunerado, así como la búsqueda de su perfeccionamiento espiritual, lo animan a aspirar platónicamente al amor de Irene, después de la experiencia frustrante con su novia Aurora, quien previamente había sido embarazada por Benjamín Conde.

Luego de su fracaso con esta primera mujer en su vida y de haber descubierto que su madre lo había usado intencionalmente para cubrir la falta de la joven, a cambio de dinero, su fervor

religioso aumenta, de suerte que esta compensación lo haga merecedor del amor inconfesado e ideal que siente por Irene.

Finalmente, Irene se casa con López López, su novio dentista, a Sebastián terminan despidiéndolo de los Almacenes Suárez. Él regresa a su casa abatido, en los precisos momentos en que se celebra la festividad de San Bienvenido. Pese a lo irónico de las circunstancias, se consuela con hacer el "sacrificio" de aceptar casarse con Aurora y confiar en el porvenir, aunque ocurran sus pesadillas con Benjamín Conde, responsable por la preñez de la mujer que tiene destinada para ser su esposa.

e. Personajes. La caracterización en la presente obra conserva varios puntos de coincidencia con su primera novela. La manera inflexible de trazar el modo de ser de los personajes, por medio de la voz relatora, limita, en ambos casos, la dinámica del desarrollo de las figuras en estas creaciones. De suerte que en ellos no cabe la posibilidad de presentar un crecimiento continuado que permita observar los cambios ocurridos en la conducta. Por eso existe, desde el comienzo, la imposición de unas definiciones de las que no pueden escapar. En este sentido, no funciona aún la autonomía de los hombres, las mujeres y los niños que pueblan sus ficciones.

Prácticamente, la atención gira alrededor del protagonista en ambos casos. También uno y otro presenta un cuadro de **problemas** psicológicos que, en Sebastián, se corresponde con la deformidad física padecida. **El raciocinio**, que persigue el

desasimiento en aquél, tiene su paridad en el sentimentalismo de éste, quien lucha por salvar su aislamiento. La raíz de orfandad que los angustia es la clave para explicar el temor a la muerte y la búsqueda del amor.

1) Protagonista. Sebastián Ferrón es el único personaje al cual puede adjudicársele algún tipo de hon- dura psicológica, lograda a través de los énfasis del narrador en sus obsesiones. Él insiste en superarse por medio del amor y la perfección espiritual a su temprana edad de veinticuatro años. Existe, por lo tanto, una estrecha correspondencia entre el amor carnal y el fervor religioso. La fe católica crece como un refugio en la misma medida en que fracasan los proyectos en su dimensión sensual. Aun cuando está presente, en su configuración mental y emocional, una larga tradición de dogmas, creencias y actitudes que pueden inscribirse en el cuerpo de la práctica católica, oficial o popular, hay que hacer la salvedad de que su comportamiento no deja de ser masoquista y, en buena medida, inauténtico, puesto que no responde a una necesidad íntima, desinteresada, sino que más bien opera en función de un propósito material. En ocasiones, muestra también sus tendencias fetichistas ante el maniquí en su trabajo y cuando roba el guante a Irene.

La herencia de su deformidad física, venida del padre, es responsable del crecimiento de su conducta acomplexada. ese "via crucis", recibido por medio de la biología, que agregar el que le crea la madre con la crueldad de sus burlas.

Estas circunstancias, unidas a las mofas de personas particulares, le van acentuando su timidez hasta los extremos de sentirse aislado de la sociedad. Su lucha tiene todas las características de una odisea vulgar: vencer sus propias limitaciones físicas y emocionales; superar los obstáculos familiares de la pobreza, la frialdad y el repudio, y conquistar el amor de una mujer. Se trata simplemente de la historia de un hombre en busca de la felicidad por medio de su integración en el cuerpo social.

Por último, su nombre evoca el caso del mártir del siglo III asediado por orden de Diocleciano.

2) Figuras secundarias. En pesar de que, en este grupo, acaso solamente pueden incluirse **tres** personajes es muy pertinente considerar que su importancia radica en estar estrechamente vinculados, a partir de la relación que guardan con el personaje principal. Todos funcionan en la categoría del tipo. Eso sí, destacan sobre el resto de las figuras que se mueven en Aún es de día.

a) Aurelia es la madre de Sebastián Ferrón. Casó con Sebastián Ferrón, padre, por el dinero. Lo conoció mientras se desempeñaba como sirvienta en su casa. No obstante, siempre sintió repugnancia por su aspecto desagradable. Era una mujer vulgar, cruel y de aspecto grueso, sucio y descuidado. Tenía, además, el vicio del alcohol. A éste hay que añadirle el de jugar cartas. Su deshumanización era tal que despreciaba a sus propios hijos era capaz de venderlos por

dinero. Su nombre denuncia su pasión por el oro y, al mismo tiempo, puede decirse que es irónico, ya que quien lo ostentaba prácticamente no poseía valor como ser humano.

b) Orencia es la hermana menor de Sebastián. Tenía trece años de edad. Su condición de hija ilegítima (nació a los once meses de haber muerto don Sebastián) la hundió en un estado de reclusión en la casa, donde cada día se muestra más enferma. Siente mucho cariño por su hermano Sebastián y es quien le revela que su madre quiere casarlo con Aurora, a pesar de estar embarazada de otro hombre, por un acuerdo que había efectuado con la madre de la joven. La evocación del oro en su nombre tiene también visos de ironía, por cuanto su condición física es bastante patética.

c) Aurora Fernández es la novia de Sebastián. Hija de doña Claudia y de don Sixto Fernández, comerciante de ultramarinos. A pesar de que era fea, la holgura económica de su familia le permitía disfrutar de ventajas materiales superiores a las de su novio Sebastián. Poseía un carácter propenso a facilitar el acercamiento de los hombres. Tiene relaciones sexuales con Benjamín Conde, de quien quedó embarazada. Por acuerdo de su madre y de la de Sebastián se acerca a éste con el propósito de adjudicarle la paternidad del niño. Más irónico aún es el nombre de ésta como amanecer para la vida de Sebastián. Si de claridad y brillantez futura se trata es igualmente triste. Solamente el oro tiene en ella una realidad de pertenencia física y nunca como símbolo de la

excelencia y la genuina riqueza amorosa.

3) Siluetas y sombras. El tercer grupo de personajes tiene una función colateral dentro de los hechos básicos en la novela. Sobre este aspecto, a manera de claro contraste con la obra anterior, se ha dicho:

Si en La sombra Delibes caracterizaba a sus personajes sirviéndose de dos o tres adjetivos que aludían a cualidades morales, una parecida brevedad descriptiva le sirve para retratar a la mayoría de los personajes de su segunda novela. La única diferencia es que ahora el retrato tiende a buscar el rasgo insólito o el matiz caricaturesco, cuando no el aspecto repulsivo. En todos los personajes secundarios domina la pincelada rápida sobre la indagación psicológica, y el narrador define a sus personajes en lugar de dejar a éstos que se manifiesten por medio de sus actos.<sup>25</sup>

Los más significativos en esta categoría son: la adivinadora, que es la esposa del "doctor cubano" y se dedicaba a "descubrirle" el futuro a la gente; Amando, padre de Germana y dueño de un almacén de sacos; Anita, una de las trabajadoras de los Almacenes Suárez, quien usualmente se desempeña como cajera; Arturo, apoderado de los Almacenes Suárez y uno de los más importantes de la empresa; Benjamín Conde es el joven Don Juan, **heredero** de un contratista y padre del hijo de Aurora; muere a manos de Sixto, hermano de ésta, por la negativa de asumir su responsabilidad con la joven; Cirila es vecina de doña Zoa; doña Claudia era la madre de Aurora; acuerda con Aurelia la boda de sus hijos; Cleto, hermano de don Sixto

---

<sup>25</sup> Alfonso Rey, Op. cit., p. 45.

Fernández; el "doctor cubano" se llamaba Paco; era esposo de la adivinadora; también se dedicaba a decir el "futuro" a la gente; Emeterio Ruiz, mozo de los Almacenes que gustaba ridiculizar a Sebastián; Ernesto, dueño de una cantina donde muere Benjamín Conde; Estefanía, persona por cuyo novio oraba Isabel; Germana es la joven que se suicida, después de ser castigada por su padre, cuando se entera de que ha abortado; Hugo es compañero de Sebastián en los Almacenes; Irene, joven hermosa rica de la que se enamora Sebastián; Isabel, hermana de Benjamín Conde devota de San Bruno, a quien oraba por su familia y otras personas; Juan Ruiz es hermano de Emeterio mecánico en los Almacenes; Julio Longa, amigo del padre de Sebastián y quien lo recomienda para que trabaje en los Almacenes; López López es el joven dentista rubio y bien parecido con quien se casa Irene; la señora Luisa, conocida como "matamaridos", por haber enviudado varias veces, y la acompañante de bebidas juego de Aurelia; Manolo era el compañero de trabajo en los Almacenes con quien Sebastián tenía más confianza; padre de ocho hijos; se mostraba preocupado por las dificultades de la vida; Martín, dependiente de los Almacenes que tenía fama de don Juan; el padre Matías, confesor de Sebastián y al que acude en sus momentos de crisis espirituales; Pepita, vecina del piso de arriba de Sebastián; el señor Pérez es propietario de una farmacia; Rufina, persona a quien salvan un hijo con penicilina; Santiago Cerrato, vendedor de frutas; don Saturnino Suárez, propietario de los

Almacenes que llevan su apellido; don Sebastián Ferrón es el padre del protagonista; era bajito y deforme, igual que su hijo; ejercía la pedicura como oficio, por la cual llegó a disfrutar de una cómoda posición económica; don Sixto Fernández, padre de Aurora dueño de un establecimiento de comestibles, donde Sebastián consigue su primer trabajo como mensajero; Sixto Fernández, hijo, persona de gran estatura y vigor; poco dado a analizar las situaciones; mata a Benjamín Conde; la señora Zoa, madre de don Sixto.

f. Temas. Las preocupaciones patentes en esta segunda obra guardan una estrecha relación con el complejo ideológico presentado en La sombra del ciprés... En términos amplios, se repiten las inquietudes esenciales expuestas en aquélla, aunque localizadas dentro de unas circunstancias distintas, como era obvio esperar. En este sentido, todavía está clara la línea de relación entre una y otra. Como sabemos, Aún es de día fue escrita apresuradamente, una vez publicada la que le antecedió.

1) Principal. De nuevo vuelve a revelarse, como núcleo motivador en la conducta del protagonista en cuestión, la ausencia de amor o la soledad que padece el personaje. Se repiten hechos como la falta del padre, a lo que se añade la crueldad de una madre que, para todos los efectos, lo colocaban como un huérfano ante la vida:

Sebastián recordaba su casa, en vida de su padre, como un verdadero infierno. Jamás el señor Ferrón coincidió en nada con su mujer, estas dis-

crepancias provocaban **ininterrumpidos** conflictos domésticos. Desde muy joven, desde niño, había sido Sebastián el confidente forzoso de las **bestiales** reacciones de Aurelia hacia su marido. No podía contar las veces que su madre le había sintetizado, en una gráfica frase, la historia de aquel amor: "Yo remedí a tu padre sus bajos deseos; él, a mí, mi pobreza. Yo creo que fue un contrato bien equitativo". (p. 34)

-No sé si te has dado cuenta de tu mala estampa, Sebastián. El señor Suárez te despachará de un puntapié en cuanto te ponga la vista encima. Tú no vales para estarte detrás de un mostrador en un comercio de postín. Eres muy poca cosa, Sebastián; muy poca cosa -recalcó-. Tienes muy mal porte, ¿comprendes? Y desengáñate, para esos menesteres se necesitan hombres un poco más decorativos... (p. 23)

En estas lamentables condiciones, agravado por su deformidad física y la fealdad, no es de extrañar que su conducta refleje un comportamiento en el que se hacen palpables rasgos de desequilibrio emocional, como puede ser el masoquismo manifiesto de atormentarse con el propósito de perfeccionar el espíritu. Asimismo pueden constatarse sus desviaciones psicológicas en las prácticas fetichistas que realiza con un maniquí del establecimiento y un guante de Irene:

Entonces le llamó la atención un maniquí femenino, tirado en un rincón, desnudo y desamparado como una mujer pública. A Sebastián le conmovió su desamparo; y quizá más que su desamparo, la rotundidad explosiva de sus curvas, turgentes apretadas. (p. 56-57)

Cuando le habló del maniquí, de que había tomado como amante un montón de serrín embutido en un pedazo de trapo, creyó entrever que el cura se estremecía. (p. 207)

De pronto, le asaltó el deseo repentino de conservar aquel guante durante toda su vida como recuerdo de la mujer a quien con tanto ardor había amado en silencio. (p. 247)

Sin lazos de afecto en el hogar -salvo la limitada y débil trabazón de cariño con su hermana-, sus otras posibilidades radican en el exterior. Pero sabemos que es objeto de morfas por muchos de los que se relacionan con él. El caso de Aurora tampoco es la solución a aquella carencia amorosa, puesto que su acercamiento está motivado por la intención de ocultar el embarazo que padece legitimar a la criatura. Irene, por otro lado, pertenece al mundo de sus sueños, en el que la belleza ideal existe como aspiración secreta e inalcanzada.

Luchar contra esta carencia sentimental se proyecta como una búsqueda de la felicidad en la que su fuero interno se enfrenta con la sociedad.

2) Auxiliares. Ya establecido que el desamor arrastra consigo la presencia de la soledad es necesario ahora poner de relieve otras inquietudes que completan el cuadro temático.

a) La religión. Una vez más irrumpe el elemento de la fe como expresión de la creencia en la perfección de una realidad de tipo espiritual, bajo el signo de la doctrina católica. Tan acusada resulta ser esta manifestación de ahora que se ha dicho terminantemente:

De manera que, por muchos defectos que tenga este libro -y la mayoría de ellos se refieren a la forma, al realismo exagerado, a la crudeza de expresión, a la suciedad que describe- no cabe duda

sino que es una novela católica, en el sentido pleno de la palabra.<sup>26</sup>

Si Hickey pretende decir que refugiarse o enajenarse en un credo como resultado de su frustración amorosa corresponde a una genuina práctica católica, no puede estarse en desacuerdo con él: ésta es una novela "católica". A pesar de la autenticidad de otras prácticas suyas a nivel de los dogmas y del ritual, siempre ha de ser motivo de honda preocupación si la esencia de su conducta es válida dentro de las exigencias del verdadero catolicismo; es decir, dentro de la religión valedera.

b) La niñez. Ésta ocupa un lugar de preeminencia. Tanto en el caso de su hermana, como en el suyo propio, dicha etapa de la vida contiene la respuesta a la infelicidad de la existencia posterior. Se reitera en Orenca y en Sebastián el vacío de la ilegitimidad y la orfandad que preparan la etapa adulta para la soledad y la incomunicación. Aunque en el tiempo presente de la novela ella es una adolescente de trece años y él un joven de veinticuatro, en la narración se hace referencia a este período triste en la vida de ambos, por lo cual no deja de ser significativo que Delibes haga énfasis en su trascendencia.

c) La muerte. La inminencia de este suceder inexorable cruza las páginas de la presente historia. La primera en ocurrir es la de Sebastián Ferrón, padre, que tiene como resultado, en primera instancia, la irremediable orfandad del hijo -la falta de apoyo y la soledad- que, en

---

<sup>26</sup> Leo Hickey, 5 horas con Miguel Delibes: El hombre y el novelista, p. 268.

buena medida, va a ser responsable de su condición patética. Por otra parte, su "inoportuno" deceso deja al descubierto la infidelidad de Aurelia y la ilegitimidad vergonzosa de Orenca. Como es natural, el radio de acción, en este caso, afecta el núcleo de los seres que figuran en el relato.

Si la muerte del señor Ferrón fue acelerada por el régimen de vida desdichada que llevaba con su esposa, la partida de la señora Zoa corresponde al proceso de envejecimiento, en que el aparato somático da muestra de deterioro. En esta oportunidad, se cumple un destino natural.

El suicidio de Germana está indisolublemente atado al viejo asunto de la honra en la literatura española. Ciertamente que ahora se trata de una joven, hija de un comerciante de sacos -¡qué lejos de las damas nobles del Siglo de Oro!-, la cual abortó a su pequeño. Ante las recriminaciones del padre se priva de la vida. Su muerte responde a la vigencia de un código moral que opera en esa sociedad, en tanto que el niño es la víctima plenamente inocente.

Emeterio Ruiz, atropellado por un autobús en la Plaza del Rey, es el sujeto que encarna la muerte fatal. El modo violento y sin razón aparente de esta pérdida funciona como un designio superior, ajeno a la voluntad humana.

En quien mejor se dramatiza la conclusión de la vida, como consecuencia de la violencia entre los hombres, es en Benjamín Conde. Victimado por Sixto Fernández, hijo, perece ante su negativa de asumir la responsabilidad por sus relaciones con Aurora.

De los seis muertos, tres, por lo menos -Germana, su hijo Benjamín-, están vinculados con planteamientos afines a la honra, lo que indica la vitalidad y la significación de ésta en la sociedad española, a la hora en que se desarrolla Aún es de día.

d) La naturaleza. En esta oportunidad, llama la atención porque su tratamiento es realmente limitado y no tienen precisamente la función de oponerse abiertamente a la ciudad o a la civilización. Apenas en un momento sirve al protagonista para descansar temporalmente de los problemas que lo acosan:

Sebastián no se detuvo. Caminaba, mientras la Naturaleza agarrotada, yerta, le entraba por los ojos, apaciguándole. Le agradaba que el soplo del viento, cargado de savias mezcladas, le refrescase el rostro enfebrecido. En realidad, no sabía hacia dónde marchaba, ni intentaba tampoco explicárselo. Iba, simplemente, y en su brusca huida se hallaba la razón y el objetivo de su marcha. Le recreaba estar allí, sobre la apacibilidad no truncada de la Naturaleza, donde, de cuando en cuando, el relincho lejano de una yegua o el graznido oscuro de un grajo le imprimían conciencia de su situación. (p. 136)

e) La guerra. La funesta estupidez de los hombres tiene dos manifestaciones ocasionales en Aún es de día: la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. Aparte de propiciar el repudio expreso del narrador ante las matanzas de seres humanos, las guerras sirven el propósito de señalar el ambiente en que se mueven los personajes, la cronología de los eventos y el provecho que algunos derivan de ella, en detrimento de la mayoría. Así, por ejemplo, don Sixto Fernández

había amasado una pequeña fortuna. Edificó la casita de encima de la tienda con los beneficios de los tres años de guerra civil y ahora, tras la escasez y el desequilibrio económico ocasionados por la mundial, posiblemente estaría en condiciones de construir un rascacielos. ( p.25)

O bien se dice:

Las guerras siempre han servido para que unos cuantos mueran y otros vivan mejor que vivían antes. Es una bonita compensación y me parecería absurdo que ahora se pusiesen a investigar las nuevas fortunas como si fuese un fenómeno excepcional. (p. 148)

Finalmente puntualiza:

Pero las vacas gordas, pese a todos los pronósticos, no acababan de llegar, aunque se las aguardase con impaciencia creciente. La guerra había concluido hacía más de medio año y no era difícil prever que, dando la vuelta a todos aquellos artefactos y maquinarias empleados durante seis largos años para destruir y aplicando las energías de todos aquellos hombres que habían estado matándose en las trincheras a una finalidad constructiva, la abundancia en todas sus manifestaciones no tardaría en caer sobre sus hombros como una nueva lluvia de codornices. (p. 202-203)

g. Palabras finales. Aunque esta segunda novela no puede incluirse entre los logros artísticos de Delibes, cumple su cometido como prolongación de su oficio narrativo. Si, en términos generales, sufre de deficiencias, como los excesos de naturalismo, el lenguaje -el estilo- gana en naturalidad y sencillez, **contrariamente a la** tortuosidad retórica de La sombra del ciprés... Obviando el innecesario Nadal de la primera novela, que el autor es el primero en reconocer, aún es de día es un modesto avance en el camino de la realización artística.

### 3. Mi idolatrado hijo Sisi

a. Título. La particularidad que encierra la frase con la cual se identifica a esta novela es la subjetividad que envuelve. El adjetivo posesivo mi le imprime una relación de pertenencia con el protagonista, de quien parece provenir, distinto al carácter usualmente impersonal empleado por los autores para encabezar sus obras. Ello nos parece un gran acierto, si tomamos en consideración el contenido de la obra, ya que en ella se destaca la personalidad sumamente egoísta de un padre. Por eso, una vez conocida la trama, resulta un logro que Delibes haya optado por esta denominación peculiar, al escoger el título, puesto que parece dar la impresión de haber sido aquel personaje quien le impuso al autor la fórmula con la que debía referirse a su hijo.

b. Lema y dedicatoria. El pensamiento general que cobija el presente relato guarda una relación estrecha con el lema del "Libro Segundo" de La sombra del ciprés..., en el sentido de que ambos poseen lemas extraídos de la Biblia y, más específicamente, del Génesis. Si recordamos, aquél leía: "No es bueno que el hombre esté solo." (2:18), el actual parece una especie de complemento: "Creced, multiplicaos y henchid la tierra." (1:28). Esto, por lo menos, los hermana en la concepción inicial de naturaleza religiosa y demuestra la familiaridad existente entre ambas narraciones. Si en la primera cita destaca la necesidad de compañía, de solidaridad de amor, la segunda hace énfasis en la reproducción, en la urgencia de

garantizar la expansión del hombre sobre la tierra por medio de su descendencia que es, en definitiva, un acto de amor.

La dedicatoria a sus ocho hermanos es el segundo elemento de la intencionalidad de Delibes que él identifica como "un alegato contra el malthusianismo."<sup>27</sup> El autor, evidentemente, es partidario del mensaje bíblico -y posiblemente de la doctrina católica- en lo que se refiere a la procreación de los hijos. Estamos, pues, ante un creador solidario con la idea de que la proliferación entre los seres humanos debe estar regida por la conciencia de las parejas, a la luz de las opciones posibles dentro de un marco de relaciones naturales y, por consiguiente, sin que actúen métodos artificiales que impidan la multiplicación de las personas. Por lo cual hay que advertir que, aparte de la nobleza que pueda albergar el pensamiento de este novelista, no es menos cierto que sus ideas corresponden a la corriente ideolista del credo religioso occidental que se mantiene en una postura tradicional y conservadora. Dentro de este contexto debe enjuiciarse Mi idolatrado hijo Sisí.

c. Escenario y atmósfera. Como en Aún es de día, los acontecimientos se ubican en una ciudad provincial que en ningún momento se identifica por su nombre. No es descabellado, sin embargo, pensar que se trate del medio vallisoletano que Delibes conoce tan apropiadamente. Si consideramos que los recortes de periódico empleados en distintos capítulos

---

<sup>27</sup> Miguel Delibes, "Prólogo", Obras completas, I, 19.

de la novela fueron extraídos de El Norte de Castilla,<sup>28</sup> es lógico considerar que el esquema esbozado por el novelista corresponde al espacio físico y vital que le es propio. La identificación de éste, no obstante, se torna sumamente difícil, puesto que su descripción es fragmentada, esquemática, y cubre desde 1917 hasta 1938.

Por otra parte, la realidad es que los sucesos fundamentales, en su mayoría, ocurren en una serie de interiores, entre los que pueden destacarse: el hogar de la familia Rubes, la casa de la familia Sendín, el apartamento de Paulina, la vivienda de doña Ramona Rubes, el negocio del protagonista, el Club al que suele asistir y el campo, cuando Sisí va a la guerra. Un par de ejemplos es:

La casa [del protagonista] tenía un oscuro y amplio portal y ancha escalinata de mármol blanco, cuidadosamente alfombrada; la barandilla era de hierro forjado con pasamanos de caoba. Era una de las casas eminentes de la ciudad y Cecilio Rubes se pagaba de vivir en ella.

El Establecimiento "Cecilio Rubes. Materiales higiénicos" tenía en 1917 tres amplias vidrieras a la calle, iluminación eléctrica, buena calefacción y un local holgado, atiborrado de enseres sanitarios.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Francis Rodman Ganser, Themes, Characters and Aspects of Style in the Fiction of Miguel Delibes, p. 210.

<sup>29</sup> Miguel Delibes, Op. cit., I, p. 469 y 461. A partir de este momento nos limitaremos a señalar las páginas correspondientes, entre paréntesis, al lado de las citas del texto.

La tónica emocional predominante de principio a fin en la historia está condicionada por la presencia absorbente del protagonista. Los particulares rasgos burgueses, así como el carácter decididamente egoísta de su persona, imponen la vanidad, la arrogancia, la falsedad, la hipocresía, la frialdad y el desamor como elementos definitivos de la atmósfera que caracteriza la novela.

d. Argumento. Los hechos giran alrededor de un rico comerciante de treinta y siete años llamado Cecilio Rubes Jurado. Éste había casado con Adela Martínez -de veintiuno entonces-, sin que mediara ningún tipo de amor. Cecilio, simplemente, era alguien que la sacaba de la pobreza y la orfandad total, una vez fallecido su padre. Transcurridos ya seis años de matrimonio, la esposa resultaba igualmente bella, pero no menos fría que en el principio. El esposo, por su parte, alimentaba su hedonismo cada día más. Por estas razones, no fue difícil que acordaran evitar los hijos. En realidad, a él le molestaban. Ella, a su vez, temía que, en caso de quedar embarazada, pudiera perder su figura y, acaso, la vida.

La Nochebuena de 1917, mientras el personaje principal trabajaba con su contador, llamado Valentín, le oyó hablar sobre la deseabilidad y la conveniencia de tener hijos. Escuchó el significado que tienen en la vida de los padres. Lo convence aquella argumentación se la comunica esa misma noche a su esposa. Lo que él no sabía aún era que ésta, en aquel momento, estaba embarazada. Adela, por cierto, había confiado

el secreto a Gloria Sendín, su vecina, que también se encontraba en estado de gravidez. Ésta la insta a que le revele la realidad a su marido, lo cual hace en algún momento posterior.

La circunstancia de saberla encinta cambia la actitud que el negociante había adoptado frente a Adela. Es un período bastante feliz para ella, porque la cuida, es considerado y comprensivo. La mujer se siente halagada. Acaso ésta sea la primera vez en su vida en sentirse tratada con cierta benignidad por el hombre a quien se le hacía enojoso amar a otra persona que no fuera la suya misma.

Cecilio, por su parte, parece transformado. Se ríe con frecuencia, llega con puntualidad al hogar, se muestra cordial y excesivamente amable. De tarde en tarde se reúnen con la familia Sendín para compartir algunos momentos. En esas veladas comentan incidentes triviales. Gloria y Adela, mientras tanto, trazan planes para los hijos que van a nacer. Pasa el tiempo y, por fin, nace el retoño a los esposos Rubes, el 8 de mayo de 1913. Es algo regordete, rubio y de ojos azules. Recibe el nombre de Cecilio Alejandro Nicolás. Cecilio por su padre y el abuelo paterno; Alejandro por su bisabuelo materno, para complacer los deseos de doña Ramona Rubes, y Nicolás, por el zar de Rusia, a quien Cecilio admiraba por considerarlo un hombre de gran importancia en el mundo.

La casa giraba en torno del recién llegado. Cecilio no quería que lo dejaran llorar. La abuela viene a visitarlos y establece comparaciones entre su hijo el nieto. Destacaba que

aquél había sido un bebé más hermoso. Hacía hincapié en la blancura de la piel **en el primero**, cuando era **pequeño**, y decía **que éste** era más oscuro. Adela se percataba de que la suegra traía el hecho a colación para humillarla.

Todos **estaban** satisfechos con el nacimiento ocurrido, aunque el padre se sentía más orgulloso que los demás. Ello ocasionó que, poco a poco, se **fuera** alejando de su amante Paulina, a quien ya tenía informada sobre la llegada de su unigénito. A ésta la había conocido a los treinta y tres años -dos después de haberse casado-, cuando la **adolescente** contaba con diecisiete. El hecho es que ella se desempeñaba como costurera en un pequeño "taller cuyas ventanas traseras daban al patio del establecimiento 'Cecilio Rubes: materiales higiénicos'." (p. 485) En este momento llevaba cuatro años **conviviendo con ella**. **Cecilio** la había **instalado** en un pequeño piso en el sector nuevo de la ciudad, próximo al río.

Antes de que **Cecilín** cumpliera un mes, la vecina Gloria **Sendín** dio luz su hijo Luis, acontecimiento que permite, de ahora en adelante, que **Cecilio** use como objeto de comparaciones con su **vástago** a aquella criatura. Para su egolatría, **Cecilín** era más inteligente, más bonito, etc. El apelativo **Sisí**, dicho sea de paso, surgió mientras el padre intentaba hacerlo pronunciar su nombre consigue que emita aquellas dos sílabas. Durante una epidemia de gripe, el niño enferma **Cecilio** promete internamente que cuando mejore **acabará su amorío**. Pero no **es hasta** que **Sisí** tiene dos años -y sufre indigestión calentura otra vez- que termina sus relaciones con la muchacha.

Sisí fue amamantado por un ama, ante la insuficiencia de Adela para lactarlo plenamente. É s t e, pues, recibió desde pequeño una atención tan exagerada, casi sin freno sin restricciones, que convirtió al **chico** en una especie de pequeño monstruo caprichoso. Así, por ejemplo, rehúsa ir a un colegio a los seis años, a pesar de la insistencia de la madre. El padre lo respalda en su actitud consiguen una maestra particular para que lo enseñara a leer y a escribir. La profesora termina abandonándolo. Otros profesores de música disujó renuncian enseñarlo cuando descubren su incapacidad.

Sisí se ve precisado a asistir al colegio. Allí conoce a Ventura Lmo, quien lo inicia en los hábitos de beber, fumar, ausentarse de las clases, conocer mujeres realizar otras prácticas similares. Durante este período se aleja de Luisito Sendín por considerarlo un amigo tonto.

Cuando Sisí contaba con alrededor de once años murió su abuela, doña Ramona, sin que él fuera a verla. Al regresar sus padres la casa, Sisí leía un libro. En ese momento, al inquirírsele por qué no fue a ver a la anciana, dijo, simplemente, que se le olvidó. Cecilio perdió la calma le pegó una bofetada. Sisí montó en cólera y lo llamó idiota. Cecilio termina pidiéndole perdón.

Para esta misma época, Adela recibe una comunicación de su primo Hipólito Martínez, en la que le informaba que regresaría de África con su familia tan pronto como fuera ascendido a comandante. Cecilio, sin embargo, lo detestaba, por lo cual

hizo todo lo posible por impedir que ingresara en el Real Club, porque no consideraba que tuviera suficiente "clase" para ello.

Mientras tanto, Sisí despreciaba y humillaba también a su primo Lito Martínez, en una conducta paralela a la que practicaba Cecilio con el padre de éste. Lo motejaba y hacía víctima, junto con Ventura Amo, de sus bromas pesadas.

Cecilio continúa soñando con que su hijo alcance las más reputadas profesiones, como ingeniero, doctor o abogado, al tiempo que consiente sus vicios. Una noche Sisí y Ventura iban a salir con una chica, Adela fue agredida por su hijo cuando quiso impedir que cumpliera su cita. El esposo había salido esa noche para Madrid, como hacía en tantas ocasiones, con el objeto de divertirse.

Los catorce años, Sisí fue suspendido en todas las asignaturas del colegio. Su padre lo aceptó con naturalidad, pensando que en esto también su hijo era una réplica suya. El adolescente le hizo creer que le interesaba su mundo comercial, algo que lo complació. Para esa época, precisamente, fue que Ventura y su familia se mudaron a Madrid. Sisí se sintió deprimido, pero continuó el régimen de vida que había llevado hasta el momento con su nuevo amigo Lucas Rivera. Luisito Sendín, en ocasiones, le servía de apoyo como consejero.

Ante el reiterado consentimiento de Cecilio la impotencia de Adela para impedir que continuara la desordenada conducta de Sisí, su madre buscó refugio y consuelo en la iglesia,

así como en viajes de naturaleza política con su vecina Glorita, que ejercía funciones de propaganda con la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). El ambiente socio-político hacía imminente la guerra civil.

Sisí se enamora de Isabel Gutiérrez, hija de un cerrajero, a los dieciocho años. Incluso planea casarse con ella, pero sus padres se oponen por ser una muchacha de baja condición social.

Un día, Paulina regresa y se presenta a Cecilio en su oficina. Sisí llega al lugar, la conoce y comienzan a verse con regularidad. El joven rompe con Isabel. Aquella tiene treinta y ocho años mientras él cuenta con dieciocho.

Llega el 18 de julio de 1936 y comienza la Guerra Civil. Las personas -sobre todo, los jóvenes- se van envolviendo cada vez más en el conflicto. Así, por ejemplo, la familia Sendín. Destacan Luisito y su hermana Elisa, de dieciséis años, de la cual se enamora. Cada vez se hace más inminente que Sisí tiene que enlistarse. Se ha operado en él un cambio que lo ha ido alejando de la desordenada conducta anterior.

Cecilio teme que pudiera ocurrirle algún daño a Sisí y recurre a su amigo, el general López, para que destine al recluta a un lugar tranquilo. Pero éste rehúsa, ya que su hijo murió en el frente sin que recibiera ningún trato preferente, a pesar de que él pudo haberlo conseguido. Alega que sus principios le impiden alterar la conducta de honor que ha observado.

Acude después Hipólito para que proteja a Sisí, puesto que era el teniente coronel a cargo de los víveres. El joven

continúa mejorando su comportamiento, aunque todavía se comunica tanto con Elisita como con Paulina. Otro tanto hace con sus padres. Cecilio, por supuesto, lo único que le interesa de toda aquella guerra es su hijo. Sisí, en tanto, durante nueve meses en el campo, aprende a amar a la naturaleza. Entonces recibe su primer permiso, pero se siente decepcionado al encontrar a Elisa bailando con un oficial, amigo de su hermano. Inmediatamente va a visitar a Paulina y se refugia en ella. Cuando regresa continúa interesado en la naturaleza, en sus insectos. Mientras tanto, sigue comunicándose con la novia la amante.

La tarde del 28 de diciembre de 1937, Cecilio recibe un telegrama de Hipólito, en el que le dice que Sisí se encuentra muy grave. Se traslada al lugar donde permanece su cuerpo, sobre una mesa, cubierto con una bandera y custodiado por cuatro jóvenes. Una bomba lanzada desde un avión había estallado cuatro metros de él. "Murió en el acto." (p. 757) "Su rostro era un pingajo mutilado." (loc. cit.) Tenía diecinueve años. No es accidental que en esa fecha se conmemore el día del sacrificio de los Santos Inocentes por la Iglesia Católica.

Cecilio culpa a su esposa de la muerte ocurrida a Sisí, dado que ella había abogado por que él hiciera algo en la guerra. El padre se entrega a la bebida, como una vez lo había hecho su padre (p. 473) luego su hijo. Después se empeña, los cincuenta y siete años su esposa de cuarenta y siete, en que Adela le dé otro hijo, cuando ya hace tres años que no

puede hacerlo. Incluso hace que el médico, Tomás, la examine. No tiene consuelo. Insulta su mujer.

Por fin decide volver al refugio de Paulina, pero ya ella no siente interés por él. Entre otras cosas, porque iba tener un hijo de Sisí. Este hecho lo coloca en el límite de la desesperación. Prácticamente enloquecido, termina saltando desde el balcón de su casa al pavimento, mientras afuera suena la sirena su esposa grita horrorizada. Termina con su vida de un modo muy similar al que empleó su abuelo materno, quien se había arrojado "desde un cuarto piso por el hueco de la escalera." (p. 512)

e. Personajes. Puede decirse que, en líneas generales, los figuras que intervienen en esta obra siguen una clasificación similar a la que ya hemos conocido en La sombra... y Aún es de día. Para todos los efectos una de ellas es la verdaderamente importante. Otras, muy pocas, desempeñan un papel secundario alrededor del protagonista. Son más o menos tipos y raras veces alcanzan la categoría de un carácter. El resto de los personajes tienen una participación limitada muchos hacen apenas apariciones esporádicas.

1) Protagonista. Quien monopoliza la trama, en esta ocasión, es Cecilio Rubes Jurado: rico comerciante de bañeras. Pertenece a una clase burguesa relativamente zafia, sin mayores ideales, a no ser la riqueza y, por encima de todo, su propia persona.

La idea que tiene en torno a su figura pone de relieve la

condición psicológica que lo anima:

No obstante, pese a este aparente espíritu contradictorio, Cecilio Rubes guardaba en el último repliegue de su conciencia un alto concepto de sí mismo. Ocasionalmente podía despreciarse, incluso denostarse, pero Cecilio Rubes, por encima de depresiones transitorias, se consideraba un hombre físicamente atractivo, inteligente, de lúcidas trascendentales determinaciones. (p. 463-469)

Su enagerado egoísmo es de tal intensidad que posee ribetes patológicos. Como todo ser egocéntrico, el principal objeto de afecto es su propia persona. Nunca sintió amor por la esposa, la naturaleza de su comportamiento por el hecho de que ella misma no parecía tener muchos méritos desde el punto de vista sexual. Por el contrario, exhibía gran frialdad una pacatería que contrastaba con la conducta hedonista del marido.

Se dice claramente, por medio de la voz narradora:

Admitía la inmediata presencia de Adela como un mal necesario. Había ocasiones en su vida, y hoy era una de ellas, que la proximidad de Adela no levantaba en él sino un sombrío impulso de contrariedad. (p. 470)

.....

Él no amó nunca a Adela y tal vez no pudiera nunca amar a ninguna mujer, porque Cecilio Rubes se consideraba superior a todas. (p. 471)

La descripción física de Cecilio confirma su configuración interior. En todo momento, la imagen material revela la vanidad de este hombre cuando se destaca "su mano ancha, blanca bien cuidada." (p. 462) Asimismo, "su fino cutis rubio" (p.461), "su torso rosado blando" (p. 462) "su piel delicada. (loc. cit.)

Como otros personajes anteriores de Delibes, la Nochebuena de 1917, descubre la soledad y el desamor en que había estado envuelta su vida cuando el empleado galentín le recomienda la conveniencia de tener hijos. Escoge, pues, la víspera del nacimiento de Cristo para engendrar la criatura sobre la que ahora proyectará sus esperanzas y ambiciones. El niño va a ser una prolongación de su mismo ser, el depósito de sus defectos y limitaciones. Por eso es víctima de una "educación" basada en el consentimiento de los caprichos del hijo. El celo irresponsable de Cecilio impide que Sisi tenga una oportunidad válida de convertirse en una persona útil a la sociedad.

El problema de Cecilio es que toda la realidad funciona para beneficio suyo. La esposa, el hijo, la amante y los amigos son objetos que sirven para saciar las exigencias de su vida.

Con razón, Alfonso Rey asevera:

El idolatrado hijo Sisi es, esencialmente, un estudio psicológico de Cecilio Rubes, el protagonista. Un estudio al modo clásico, en donde el narrador analiza al personaje abarcando la evolución de su vida. El idolatrado hijo Sisi tiene un firme parentesco con Aún es de día y lleva al máximo desarrollo los elementos narrativos contenidos en ésta. Es también la última novela de Delibes centrada en el análisis y explicación de un carácter, ya que la senda que el autor va a seguir en el futuro está más cerca de la fórmula empleada en El camino.<sup>30</sup>

2) Figuras secundarias. En su sentido verdaderamente estricto, sólo dos creaciones más poseen los

---

<sup>30</sup> Alfonso Rey, Op. cit., 85.

atributos necesarios para considerarse insustituible en un nivel de inmediata significación a la del personaje principal. Los que tienen esta categoría en el relato en cuestión pertenecen al más estrecho círculo familiar del protagonista. Se trata de la esposa y del hijo de Cecilio Rubes Jurado.

a) Adela Martínez. Es un tipo un tanto desteñido. Su conducta y su actuación no superan la medianía. Pobre de origen, se somete a la clase de vida que le ofrece Cecilio Rubes, sin que parezca perturbarla mucho el amor que por sí mismo siente su marido, en perjuicio del afecto que, en condiciones normales, le correspondería a ella. En su pobre sensibilidad y en el oportunismo de ganar ventajas materiales, poco le preocupa lo que pueda significar para su esposo o éste para ella. Son hechos que suceden a plena luz de su conciencia:

En realidad, Adela no estuvo nunca enamorada de Cecilio. Más bien se sintió deslumbrada por él. Estaba habituada a una vida mediocre y él la ofreció una maravillosa oportunidad. Pero Adela, aun antes de casarse, ya sabía, sobre poco más o menos, a qué destino estaba abocada. (p.493)

La prueba de que, tanto ella como el comerciante, vivían a la altura de una educación burguesa sumamente pedestre, la expresa el narrador con meridiana claridad:

Ponerse a nivel de su marido fue cosa de unas semanas y, para ello, apenas hubo de tocar Adela seis u ocho palabras de su habitual vocabulario: Cecilio decía "almuerzo" en vez de "comida" y "tapiz" en vez de "alfombra". Tan pronto asimiló estos latiguillos se acostunbró a tomar el chocolate a la francesa y a sujetarse graciosamente el traje de noche para subir y bajar de la berlina, comprendió

Adela que había logrado parear su educación a la de su marido. (p. 494)

Es un ser que se muestra pasivo e insípido. Vive bajo la sombra de Cecilio y Sisí. Incluso la suegra muestra mayor carácter que ella (p. 515) durante sus breves apariciones.

Eugenio García de Nora la visualiza como

la configuración, por ejemplo, de la esposa -la mujer fría, mojigata, "inocentemente" prostituida en un matrimonio por conveniencia-, [que] es visiblemente esquemática...<sup>31</sup>

Distinta a la generalidad de las mujeres, ella soslaya la maternidad por un temor que podría llamarse atávico y que acopla perfectamente al egoísmo de Cecilio:

En cuanto a lo de tener un hijo, Adela guardaba un terror instintivo. Tal vez fuese herencia. Su madre, según su padre, siempre lo tenía. Era el suyo -el de Adela- un terror exclusivamente físico; un miedo al dolor y, también, a la muerte.

Por eso Adela, cuyos sentimientos religiosos eran algo sin base e improvisado, ofreció a Dios una custodia de plata si no le daba descendencia. Pero Cecilio Rubes allanó aquel problema la misma noche de bodas y le ahorró a Adela la custodia. Fue ésta la primera vez que Adela vio en los ojos de Cecilio una extraña lucecita de crueldad. (p. 494)

La preocupación trascendental más notable en esta mujer es su aparente sentido religioso. Pero, como ya se sabe, este sentimiento era algo sin base e improvisado.

---

<sup>31</sup> Eugenio García de Nora, Op. cit., III, p. 118.

b) Cecilio Alejandro Nicolás Rubes Martínez (Sisí). Aunque este personaje tampoco alcanza la hondura suficiente de un carácter sólido, cumple una función más destacada que la de su madre. Qué duda cabe que parte de su personalidad se ve interferida y mediatizada por la presencia arrolladora del padre. En este sentido, juega el papel de proyectar los deseos caprichos del progenitor. Es el objeto la víctima de una "educación" desucertada.

Un crítico norteamericano dicho sobre su desempeño en la obra:

En contraste con el siempre convincente y real Cecilio, Delibes ha pintado a Sisí como una figura débil a quien manipula para que actúe como él, el autor, desea. Sisí hace muy poco que parezca motivado o hasta probable. El hijo, a quien cada capricho es satisfecho instantáneamente por su padre, se echa totalmente a perder. Pequeño al fin, su conducta es del todo caprichosa, hecho que puede ser aceptado inmediatamente en vista de la educación recibida. Su función en la novela como niño tiene poca importancia, salvo que sirve para ayudar a caracterizar a sus padres, aunque generalmente sus actos adolecen de una falta de motivaciones. 32

---

32 Francis Rodman Ganser, Themes, Characters and Aspects of Style in the Fiction of Miguel Delibes, p. 158-159, asegura: // "In contrast to the always convincing and real Cecilio, Delibes has painted Sisí as a stick figure whom he manipulates to act as he, the author, wishes. Sisí does little which seems motivated or even probable. The boy, whose every whim is instantly satisfied by his father, is extremely spoiled. As a child his conduct is totally capricious, fact which can be readily accepted in view of his upbringing. His role in the novel as a child has little importance except that he serves to help characterize his parents, but generally his actions lack motivations."

Explicar a Sisi es, un mismo tiempo, revelar la crianza a que fue sometido su padre, y tal vez su abuelo, en una cadena en la que parece entrecruzarse la biología y la convivencia social que, en Delibes, no deja de tener visos deterministas.

Cecilio Rubes Jurado recuerda de esta manera parte de los años en que se desarrolló su niñez:

En otros tiempos también él se reunía con sus padres alrededor de una mesa. Entonces Cecilio Rubes, hijo, "materiales higiénicos", era un niño sonrosado y flácido, bien educado, con una cabeza poblada de encantadores ricitos rubios. ¡Qué tiempos tranquilos aquéllos! Él, Cecilio Rubes, hijo, sorprendía cada año a sus padres ocultándoles bajo las servilletas unas postales con flores, y campanitas, y muérdago que decían: "Felices Pascuas"; y sus padres daban gritos de júbilo y de sorpresa al descubrirlas, y él entonces, se sentía persona importante y eje y centro de gravitación de algo, aunque no supiese qué. Luego le besaban y le felicitaban, aunque su madre lo hiciera siempre con una estudiada composición y como con lejanía. Después, cenaban y su padre bebía y a cada plato se tornaba más locuaz y expresivo y cuando, al concluir, Cecilio Rubes, hijo, se encaramaba en una silla y lanzaba un discursito sobre el "Niño Dios" y "los pastores" y "los magos" y "los hombres de buena voluntad", con su redonda carita de inocencia resplandeciente de dicha, su padre lloraba ruidosamente entre grandes convulsiones y se limpiaba las lágrimas y la nariz con la servilleta. Su madre, entonces, le decía que se acostase y Cecilio Rubes, hijo, se iba también a la cama persuadido de su poder, y de su importancia, y de sus dotes de orador. Y una vez en el lecho, continuaba oyendo los desgarrados sollozos de su padre durante un gran rato. Así, una Nochebuena y otra, hasta que Cecilio Rubes, hijo, cumplió los once años y entonces se dio cuenta de que su padre lloraba de esa manera porque estaba ebrio y no porque le enterneciesen sus palabras, ni sus llamadas a la paz y a la buena voluntad entre los hombres. Aquel descubrimiento le decepcionó y hasta le hizo llorar apretando sus dóciles ojitos azules contra la

almohada. Mas, al día siguiente, Cecilio Rubes, hijo, se confesó que lloraba de pensar que sus palabras fueran una cosa vana y no porque su padre fuese un borracho. (p. 467-468)

La crítica, que en otros aspectos de la novela ha sabido ahondar niveles significativos en la conducta del comerciante de "materiales higiénicos", no ha sido suficientemente diligente como para subrayar por qué Sisí recibe de su padre el consentimiento absoluto ante su proceder indisciplinado.

Una vez más hay que considerar cuál fue la visión la experiencia que tuvo el niño Cecilín ante doña Ramona y don Cecilio. Queda fuera de toda duda que aquellas experiencias marcaron su personalidad permanentemente. En un momento muy revelador se plantea:

"¿Fue mi padre feliz con mi madre? Mi madre medía las distancias y no se doblegaba ante nadie. ¿Se emborrachaba mi padre porque no era feliz con mi madre? ¿Es mi descontento algo adherido al apellido Rubes como un estigma?" (p. 173)

Por lo que ya llevamos citando, es claro lo siguiente: don Cecilio no fue feliz con su esposa; doña Ramona no se doblegaba ante nadie, su fuerte carácter es evidente ante la muerte, Cecilín Rubes desarrolla una actitud vital totalmente distinta a la de su padre frente a las mujeres (su esposa, naturalmente). Con la misma dureza que su madre se comportó con su marido, así mismo actuó el hijo. Aun cuando doña Ramona quiso impedirle que se casara con Tola, "Cecilio Rubes no vio en la oposición obstinada de su madre más que un nuevo incentivo." (p. 171) Y la desposó, tal vez por ello, puesto

que ya antes se ha dicho que nunca la amó.

De suerte que Sisí es la oportunidad para que su descendencia ejercite la plena libertad. Por eso no atiende los deseos de Adela, apoya que el hijo no siga las instrucciones que ella desea imponerle. El problema es que, en esta empresa de su crianza, el niño termina por desconocerlos a ambos no regirse sino por su propia voluntad y capricho.

Véase cómo se traduce "pedagógicamente" el propósito que Cecilio se ha trazado con Sisí para su formación:

¿Para qué necesita mi hijo que lo metan en cintura? El puede tener de todo, ¿comprendes? La educación se queda para los pobres, Adela. La educación debe ser más estrecha y severa cuanto más pobre se sea. Bueno, supongo que me comprendes, ¿no? Bien. Si uno tiene diez y otro cinco, el de diez debe ser educado para diez y el de cinco para cinco. Mi hijo podrá tener siempre lo que desee y no hay por qué privarle de ninguna satisfacción. Bien, si educarle es reventarle y mortificarle, no voy a educar a mi hijo, eso es lo que quiero decir. (p.564)

Conociendo que su padre le permitía adoptar la postura que le pareciera mejor a su criterio, el niño comenzó a darle cuerpo a una manera de ser primordialmente egocéntrica. Para Cecilio posiblemente significaba la forma ideal como debía tratar una familia el período de crecimiento de los hijos. El pequeño, por lo tanto, se fue ubicando de este modo en la realidad:

Sisí Rubes tenía del mundo, a los siete años, una visión peculiar. El mundo se componía de dos partes, una: Sisí Rubes; la otra: el resto, con la particularidad de que esta última se debía a la primera, giraba en torno de ella de un modo complaciente y continuado. Bajo esta consideración

personal que Sisi Rubes se forjó desde los dos años, Sisi era medio mundo y el centro de gravitación del otro medio. Con el uso de la razón una idea más concreta de las cosas, le llegó a Sisi Rubes el convencimiento de que aquel que no sacaba de la vida lo que deseaba es que era un tonto. (p.581)

De aquí en adelante era lógico que no hiciera caso a su madre, que fracasara en sus estudios, que se iniciara en una vida disoluta que faltara el respeto a su padre. Cuando comienza enderezar su vida, la guerra le impide realizar el proceso de recuperación.

Aparte de Adela Sisi, que ya hemos considerado con alguna extensión, hay otros personajes vinculados estrechamente de una forma u otra que pueden acompañar la madre y al hijo, en este apartado, pero sin la importancia de aquéllos.

c) Paulina. Para Cecilio es la otra mujer con quien formaliza una relación amorosa de varios años de duración. Cecilio la doblaba en edad y, a pesar de su juventud, representa la contrafigura la esposa:

Paulina sabía halagarle , sabía satisfacerle. Paulina tenía una disposición innata para el amor. A su lado advirtió Cecilio Rubes que su mujer no era más que una infeliz pacata con los escrúpulos y dengues propios de un modesto funcionario. Paulina era su antítesis: Viva, resuelta e incitante. (p. 487)

Por último, llega a ser la amante de Sisi, en quien se prolonga la descendencia de los Rubes cuando mueren padre e hijo.

d) Gloria Sendín. Amiga de Adela.

Es la persona de mayor importancia en su vida fuera del círculo

familiar. su vecina, compañera y confidente. Es, además, una mujer culta, que lleva una vida matrimonial feliz con su esposo Luis. Tiene una **gran** cantidad de hijos, los cuales muestran recibir una buena educación familiar. Este sentido son la contraparte del mundo hogareño de los Rubes. Gloria, además, cumple el cometido de acompañar a Adela a su refugio religioso. Pero, sobre todo, es quien la envuelve en su mundo político de propaganda derechista.

e) Ventura Amo. Es el íntimo amigo de Sisí en el colegio y quien, en el momento de iniciar sus estrechos vínculos con aquél, era dos años más joven. La significación de este compañero en su vida consistió en acercarlo a una serie de conocimientos y hábitos, como las mujeres, el cigarrillo y la bebida. Ven -como se le llamaba- parecía responder a una situación familiar en la que destacaba su orfandad ("Mi madre murió de la gripe.", 637), la ausencia del padre, ya que era un "viajante", y la crianza suya **en manos** de una abuela sorda. Tenía entonces trece años.

En resumen, fue "la escuela de la vida" en el período de la adolescencia de Sisí.

f) Ramona Jurado. Madre del protagonista y esposa de don Cecilio. Su padre, don Alejandro ("Fue un hombre como ya quedan pocos- dijo la viuda de Rubes-. Hoy no hay hombres tan enteros y cabales como él. , p. 512), persona de un fuerte carácter, se privó de la vida

La personalidad de doña Ramona arranca de su padre, así como la de Cecilio parte de ella y la de Sisí de su padre. Por eso, a pesar de que su presencia física en la trama no es continua, la herencia de su manera de ser permea toda la obra y afecta a los personajes de mayor envergadura.

El narrador resume su trascendencia en la novela de este modo:

La viuda de Rubes vivía en la parte vieja de la ciudad. A Adela la sobrecogía aquella casa donde jamás entraba el sol y en cada esquina tropezaba uno con viejas vitrinas cargadas de viejos objetos con polvo de siglos. Toda la casa tenía una rigidez apergaminada y lóbrega. La viuda de Rubes era una mujer despechada con la vida y con los hombres. La vida no le dio lo que creía merecer y le ofendía la sola idea de que alguien, con menos merecimientos, sacase de la vida más de lo que ella sacó. A fin de cuentas, un marido borracho y un hijo sin carácter no eran demasiado para ella que fue una mujer codiciada, de esas que los hombres acechan en cada movimiento para tratar de descubrirlas un tobillo. Y ella tuvo siempre los tobillos bonitos y no anduvo remisa en mostrarlos y los hombres se enardecían en su presencia. Total ¿para qué? Los Rubes eran notables en la ciudad y a ella, en principio, la halagó compartir la vida con un Rubes. Un Rubes que, a la larga, resultó más borracho que notable. Luego la viudez, el reuma, la soledad y una nuera pobre y boba. ¿Era justo este destino para una mujer como ella?

Aquella mujer era fría, terriblemente fría, y distante. Generalmente sus observaciones eran crueles, cargadas de despecho y resentimiento. Por contra, una intervención de los demás levantaba en su pecho mezquino una furiosa oleada de suspicacia. (p. 510-511)

Su importante influencia sobre el protagonista es decisiva definitiva:

Cecilio Rubes, a pesar de su aparente independencia, estaba sólidamente vinculado a su madre. Le agradaba someterse a ella todos sus problemas. Le agradaba la manera franca y áspere con que la viuda de Rubes afrontaba las cosas, y le agradaba, en fin, por una vez en la vida, verse sometido, dominado, encarrilado, censurado o confortado. Su madre era la única persona en el mundo que gozaba de cierta ascendencia sobre él y a la que Cecilio Rubes concedía el honor de equiparársele. (p. 517)

3) Siluetas y sombras. El resto de los seres que pueblan la narración tienen una participación limitada y, en muchos casos, constituyen fugaces apariciones.

Entre los que cabe recordar se encuentran: don Alejandro, padre de doña Ramona, y quien se suicidó de "hastío" y "aburrimento"; Alejandro, tío de Adela y pastelero de oficio; Ana Sendín, hija de Gloria y Luis; Bartolomé Alegre González, socio de Cecilio en una entidad comercial; Bernardino, chofer de Cecilio; don Cecilio Rubes, padre, esposo de doña Ramona, comerciante persona adicta al alcohol; el cura castrense, sacerdote que confesó a Sisí un día antes de su muerte; Chelo, artista con la que Cecilio compartía en sus viajes a Madrid; Daniel Sendín, hijo de Gloria y Luis; David Sendín, hijo de Gloria y Luis; Domingo, compañero de Sisí en el colegio; Elisa Sendín, hija de Gloria y Luis y novia de Sisí; la enfermera, esposa del doctor Tomás; Enriqueta, prima de Adela, fallecida, la cual acostumbraba aconsejarla; Esther, esposa de Hipólito, Eusebio Martínez, padre de Adela; Fernández Lemos, arquitecto del municipio; Fidel Amo, boticario y socio del Real Club; doctor Fraile, atiende a Sisí al enfermar durante la epidemia

de gripe; el general López, socio del Real Club quien niega a Cecilio tratar preferentemente a Sisí cuando su padre se lo pide; Gómez Bravo, familia conocida de los Rubes; Gregorio Lemos, dueño de una funeraria; Hipólito Martínez, primo de Adela y teniente coronel del ejército, bajo cuya custodia Cecilio pone a Sisí; Isabel Gutiérrez, novia de Sisí durante un breve tiempo, antes de conocer a Paulina, e hija de un cerrajero; Jacoba, aya que lacta a Sisí; Jacobo, hijo del contador Valentín; Juanito Sendín, hijo de Gloria y Luis; León Valdés Baltrán, socio cojo del Real Club e inversionista en una entidad comercial junto a Cecilio y Bartolomé Alegre; Lito Martínez, hijo de Hipólito primo de Sisí; Lola, amor de Méndez; Lozano, magistrado socio del Real Club; Lucas Rivera, amigo de Sisí, "gordiflón" con el que parrandeaba, una vez Ventura se marcha a Madrid; Luis Sendín, abogado esposo de Gloria; Luisito Sendín, hijo mayor de Luis Gloria, un mes más joven que Sisí; Margarita Sánchez, una de las feligresas presentes en la iglesia cuando Cecilio llevó por primera vez a Sisí; Mary, joven amiga de Sisí en sus correrías con Ventura y la primera chica que besa; Matías, propietaria de "La Bola de Fuego" e inversionista en la Casa de Baños de la Plaza; Matilde, maestra de Sisí; Matilde, hija de Valentín, el contador, ahijada de Cecilio; Mauro, miembro del Real Club amigo de Cecilio; Méndez, joven auxiliar de contabilidad en el negocio de Cecilio; Mercedes, criada de los Rubes; mujer rubia, asistió a los doctores Tomas Rouge en el parto de Adela; Nati, joven amiga de Ventura en sus corre-

rías con Sisi; Creste Gómez, ganador del concurso de Tubes, Alegre Valdés, con una frase comercial; Pedro Rodríguez, diseñador al que Adela Cecilio le compraban; el profesor, maestro de te de Sisi; Ramón Prado, socio del Real Club amigo de Cecilio; Rodrigo Sendín, hijo de Gloria Luis; Roque Sendín, segundo hijo de Gloria y Luis, abortado durante la epidemia de gripe que azotó a la ciudad; doctor Rouge, médico francés que atendía a Adela durante el embarazo y el parto; Salvador López y López de Haro, notario ante el cual se formalizó la sociedad comercial de Tubes, Alegre Valdés; doctor Tomás, médico que atendió a Adela durante el embarazo el parto; Valentín, contador de Cecilio la persona que lo instó a procrear un hijo; Ventosa, amigo de Cecilio en el Real Club; y, el viajante, padre de Ventura Amo.

f. Temas. Afortunadamente, éste parece ser uno de esos casos en el que la obra resultante excede las intenciones originalmente propuestas por el autor. Su meta de escribir un alegato novelístico contra el malthusianismo, en la sociedad tradicionalista reaccionaria de la España franquista, se nos ofrece como un intento abocado al fracaso. Dentro de la perspectiva de un mundo que, en 1953, se enfrenta a la guerra de Corea en la que los países de América y Europa con mayor avance civilizador y agitación social adoptan posturas más liberales, con relación a asuntos de esa naturaleza, el hecho de que uno de los jóvenes novelistas españoles se embarque en una cruzada como la que Delibes se impuso con

Mi idolatrado..., confirma el carácter anacrónico de esa historia nacional hundida en unos valores cada día más inútiles y menos vigentes.

A pesar de las posiciones políticas nada radicales expuestas en sus obras por el escritor valisoletano, el autor social, que subyace en todo autor individual, le permite, en ocasiones, advertir, aunque sea a través de un personaje "negativo", algunas posibilidades de que la comunidad española, a la hora de la ficción y en el umbral de la Dictadura, confirme el carácter incivilizado que opera en los valores arcaicos sostenidos por las clases gobernantes del país y magnificados por el fascismo de la ocasión desde la que se escribe. Así ocurre, por ejemplo, cuando Cecilio dice para sus adentros:

"¿qué puede esperarse de este pueblo de cafres que no admite en sus leyes el divorcio?" (p. 481)

"¡Ah, el cochino pudor de este pueblo de cafres que sólo engendra beatas y toreros!" (p. 483)

1) Principal. La crítica parece estar de acuerdo en que, en este caso, el problema principal planteado gira en torno del egoísmo. Un conocido crítico español ha dicho extensamente sobre éste:

El tema del libro en efecto es, en potencia (según rezaba el anuncio editorial) "un drama conmovedor del egoísmo humano"; o más exactamente, el drama bufo y lastimoso de un buen burgués representativo, del individuo vano, sensual, perezoso, fatuo, muy pagado de sí y de su dinero, monstruosamente egoísta, que un día, por fin, al hacer el balance de su

vida, descubre su oquedad nauseabunda, sin fondo. Pero frente a esta ancha posibilidad abierta por la sola presencia del tipo, el mismo autor declara que su propósito ha sido "combatir el malthusianismo"; el retrato de Rubes no viene pues a ser sino el medio plástico-literario de demostrar, o mostrar en acción, esa tesis anti-malthusiana; y de ahí que el autor se limite a presentarlo desde el ángulo de su "vida privada", en su situación y reacciones ante la mujer, la amante, y el hijo único que al final, más bien por providencia divina que por accidente, muere.<sup>33</sup>

El hecho de que el egoísmo como tema está inextricablemente relacionado con otras concepciones, entre las que Delibes subraya, digamos, el malthusianismo, no significa que es la única idea afín con ese concepto de la egolatría. Como en otras novelas, subyace un fondo en el que discurren "temas secretos" de gran significación, como pueden ser una niñez infeliz, producto del desamor, la soledad y la incomprensión, prevalecientes en el seno familiar de los Rubes.

De suerte que, cuando Delibes acepta la presencia de una intención suya, específica en este caso, todo esto se encuentra en el fondo.

César Alonso de los Ríos cita las siguientes palabras expresadas por Delibes en la revista Ateneo del 1º de mayo de 1954:

"Yo me propuse combatir el malthusianismo sin recurrir al sermón, apoyándome sólo en la elocuencia de los hechos... Rubes aniquilado por su propio

---

<sup>33</sup> Eugenio García de Nora, Op. cit., III, p. 117. (Subrayados nuestros.)

egoísmo, Rubes, el hombre sensual, presuntuoso y vacuo que abunda en España... ese hombre es mi novela."<sup>34</sup>

Otro de esos elementos que adquiere notabilidad, más bien como extensión de los propósitos originales del creador, es la proyección social que el protagonista refleja como partícipe de la clase burguesa. Ello es obvio en las palabras ofrecidas por tres personalidades de las letras españolas; muy significativamente, las del último, por la razón que pronto se advertirá:

Cecilio Rubes es representativo de las actividades de la burguesía española, de su conciencia totalmente indiferente a lo que no redunde en su provecho, de sus puntos de vista acomodaticios.<sup>35</sup>

Luego se dice:

En efecto, no necesitamos acusaciones dramáticas para tener una novela de intento social. Después de todo, si el ambiente social y político no adquiere preeminencia en la novela, eso no quiere decir que no tenga importancia: el hecho es que un Rubes, en su estrechez mental, no se preocupa de nada más que de su bienestar personal. Pero Rubes pagará caro su desinterés político: perderá a su único hijo y luego se suicidará.<sup>36</sup>

El caso que definitivamente confirma la certeza del carácter ~~social~~ -logrado a través de la plasmación de un sólido y

---

<sup>34</sup> Miguel Delibes, en César Alonso de los Ríos, Op.cit., p.78. (Subrayado nuestro.)

<sup>35</sup> Pablo Gil Casado, La novela social española (1920-1971), p. 164-165. (Subrayado nuestro.)

<sup>36</sup> Edgar Pauk, Op. cit., p. 48.

firme carácter-, patente en la obra, es el del que asegura:

-Efectivamente, todas las formas de vida que este hombre representa son lastimosas, farisaicas... Su petulancia, el considerarse un genio por haber inventado dos o tres slogans para anunciar sus banderas, la forma de presentarse ante la querida con el regalito, la falsa religiosidad que le lleva a dejar a ésta para luego disputársela con el hijo..., en fin, todo es revelador de un estrato social y de un momento determinado de la vida de España. Rubes pertenece a aquellos tiempos en los que el hombre burgués trabajaba por la mañana un ratito, para dedicar las tardes al Casino o al Real Club.<sup>37</sup>

Si recordamos el análisis realizado de la personalidad de Rubes Jurado, junto a las implicaciones sociales que posee esta trama, podemos concluir que la encarnación del egoísmo individual no está reñido con las connotaciones de clase que lo acompañan, aún cuando el énfasis del autor estuvo dirigido al hombre como tal, más que a éste como arquetipo de un sector social.

2) Auxiliares. La red de preocupaciones que acompaña al propósito primordial, una vez más, no es tan diferente a la de las obras consideradas junto a ésta. De nuevo ocupan un lugar de privilegio: la religión, la niñez, la muerte, la guerra y la naturaleza.

a) La religión. Como los demás temas secundarios, el presente funciona condicionado por el planteamiento superior del egoísmo. Aunque la creencia en Dios en cada uno de los personajes está fuera de toda duda, dicha situa-

---

<sup>37</sup> Miguel Delibes, en César Alonso de los Ríos, Op. cit., p. 78-79. (Subrayado nuestro en el segundo caso.)

ción no quiere decir que la práctica de la religión se caracterice por la más auténtica manifestación. Por el contrario, en el protagonista Cecilio parece ser un ejercicio bastante accidental. Se diría que hasta la evocación de Dios es una urgencia sólo en momentos de extrema necesidad, como en la muerte de su hijo:

-¡Ah!- rugió Rubes-. ¡Dios mío!

Era la cuarta vez que se acordaba de Dios en la vida. La primera, cuando la muerte de su padre, la segunda cuando el nacimiento de Sisí, la tercera cuando la muerte de su madre... "Yo tengo de todo en la vida; ¿para qué ir a molestar a Dios con peticiones superfluas?", solía pensar. (p. 756-757)

Por otro lado, Adela es una mujer común con un sentido ordinario de la creencia católica. Tanto es así que, a contrapelo con la religión, cuando se casa, no desea tener hijos, lo que es una contradicción con los principios del matrimonio, a través del cual se busca prolongar la descendencia; es decir, al hombre en su manifestación dual de la carne y del espíritu.

Cuando muere Sisí, su madre lo acepta como una señal de la Providencia: "Ella sabía que lo de Sisí fue un merecido castigo y lo aceptó resignada." (p. 767) Ya para esta época su asistencia a la iglesia fue más frecuente.

La familia Sendín, por otra parte, parece sentir unas convicciones religiosas más profundas que las del grupo de los Rubes, pero las actividades de índole falangistas absorben casi todo el tiempo y las energías de ese hogar. Incluso, podría decirse que las preocupaciones políticas dominan sobre las

eclesiásticas entre ellos.

Leo Hickey, en su estudio sobre Miguel Delibes, cita a este, quien asegura que Mi idolatrado hijo Sisí es una novela católica.<sup>38</sup> A esas aseveraciones, Hickey responde:

Éste es, en efecto, un libro muy moral que pretende enseñar unas lecciones, pero los ideales en nombre de los cuales las enseña son la dignidad natural del hombre y la moral natural. El que en el entendimiento y el espíritu del autor esta dignidad y esta moral tomen la forma concreta de las doctrinas católicas, no cambia la naturaleza de la novela. Si quería hacer otra cosa, no la hizo.

Ésta no es una novela católica: es una novela que pretende ser de tesis, que tiene algunos puntos en común con el catolicismo y muchos en común con la ley natural.<sup>39</sup>

Manuel Alonso García enfoca el asunto de esta manera:

Pudo ser ésta, tal vez, una novela católica, una buena novela católica. Se ha quedado en una estupenda obra literaria, con muchas escenas de habitación, un planteamiento valiente de un tema no menos importante y un regodeo e insistencia en el tratamiento de las malas inclinaciones de los personajes principales, ciertamente muy poco ejemplar.<sup>40</sup>

Más que una novela doctrinal, pues, es un relato que encierra buena dosis de ética cristiana y, específicamente, católica, por la circunstancia clara del medio en que se desenvuelve la historia.

---

<sup>38</sup> Leo Hickey, Op. cit., p. 270.

<sup>39</sup> Ibid., p. 271.

<sup>40</sup> Manuel Alonso García, "Sobre la última novela de Delibes", Cuadernos Hispanoamericanos, septiembre de 1954, 57, p. 393.

b) La niñez. De nuevo vuelve a ocupar un lugar preferente y clave el tema de los niños, como ya había ocurrido antes en las otras dos novelas de este ciclo, y como sucede en muchas de las que se incluyen en sus etapas posteriores.

El espacio que ocupan Sisí, los hijos de los esposos Sendín, Ventura Amo y Lito Martínez, no es nada despreciable en la trama. Pero, más que eso, podemos advertir que es en este período de los seres que pueblan el libro cuando se incuban las respuestas a los graves problemas de personalidad que atormentan a más de uno de ellos.

Tomemos el caso de Cecilio Rubes Jurado. A través suyo nos enteramos de que, en su niñez, sufrió ciertas experiencias que lo marcaron para el resto de su vida, cuando pudo sospechar que la ebriedad de don Cecilio era el resultado de su infelicidad junto a doña Ramona. Este hecho es crucial para entender, en el desarrollo de su formación, la actitud que, como hombre, asume frente a las mujeres y, como padre, adopta ante la crianza de su hijo. De manera que la niñez del padre fue decisiva para modelar la de su hijo.

Todos los muchachos Sendín parecen reproducir la conducta de los padres, quienes aparentemente vivieron unos primeros años felices. Se muestran respetuosos, observadores del ritual, en el credo católico, y seguidores de las ideas derechistas de sus mayores en materia de política.

La orfandad de Adela se hace manifiesta en su inseguridad, desolación y apocamiento con que desenvuelve su vida.

Ventura, por el contrario, se muestra agresivo y rebelde. La muerte de su madre, la ausencia del padre en aquel hogar y la incapacidad de su abuela sorda hacen evidente que su forma de comportamiento es el resultado de una falta de dirección positiva en el seno familiar.

Paulina, la pelirroja, aunque "tenía la loca cabecita llena de pájaros." (p. 486), también es el resultado de una niñez desvalida que posiblemente no le permite optar por otra alternativa en su vida que la de servir como amante. Cuando Cecilio "la puso un pisito." (p. 487), confiesa: " 'Mi hermano dice que ya era hora de que pudiera quitárseme de encima.' " (loc. cit.) Apenas tenía diecisiete años.

El tema de la niñez tiene su expresión en Delibes dentro de una tónica de tristeza, desventura e infelicidad que apesenta los futuros fracasos de los personajes adultos.

c) La muerte. La presencia de la muerte atraviesa las páginas de esta novela de principio a fin. Apenas comenzada la obra, el protagonista, a los treinta y siete años, ya se encuentra tan "cansado de la vida" que no desea "seguir viviendo". (p. 462)

Un poco después nos enteramos de que don Alejandro, padre de doña Ramona, se había suicidado. (p. 474) Luego se menciona la defunción de Enriqueta, prima de Adela (p. 492). Inmediatamente se trae a colación el fallecimiento de la madre de

Adela al dar a luz y el deceso de su padre Eusebio, como consecuencia del tifus. (p. 493) Incluso, doña Ramona puede decir: "Yo tuve mi primer hijo a los 23 años y se murió de sarampión." (p. 512) Además, "el ama Jacoba perdió a su hijito unos meses atrás". (p. 562) La madre de Ventura "murió de la gripe." (p. 637) Casi al final, Sisí termina destrozado: "La bomba estalló a cuatro metros de él. Murió en el acto." (p.757)Y, por último: "El cuerpo rechoncho de Cecilio Rubes, se recortó un momento sobre el fondo de las estrellas. Con una ligereza insospechada, Cecilio se encaramó a la balaustrada y saltó." (p. 774)

De manera que ese viejo temor de Delibes se reitera, esta vez acompañado por una gran cantidad de sucesos sangrientos y como una fatalidad de la biología, del azar o de la Providencia.

d) La guerra. Como hecho significativo, la narración comienza dos meses después de haberse iniciado la Revolución Bolchevique y a un año plazo de concluir la Primera Guerra Mundial. El relato finaliza en 1938, a ley de un año de acabar la Guerra Civil Española. Todos los sucesos, por consiguiente, se enmarcan en las fronteras de la violencia. Y, a pesar de este hecho, los terribles acontecimientos colectivos que diezman a los pueblos europeos y al propio pueblo español no tienen mayor interés para Cecilio y su familia, salvo por los daños que estos conflictos puedan ocasionar a sus intereses económicos o a sus personas.

Prevalece entre los Rubes un sentimiento egoísta que decide asumir posturas de claro oportunismo y que se complementa con la militancia reaccionaria de los Sendín.

Como todo conservador, Cecilio se consuela con la clásica mentira de que cualquier tiempo pasado/ fue mejor; obvia, como usualmente hacen los falsificadores de la realidad, las palabras anteriores del poeta cuyo verso es cómo, a nuestro parecer; lo que, fuera de duda, significa que Jorge Manrique decía otra cosa muy distinta a la que se dice que él dijo.

De todas formas, Rubes medita:

"Los tiempos actuales están muy enconados. En vida de mi padre era otra cosa -pensó-. No había guerras y los de abajo estaban contentos de su suerte. Hoy todo el mundo quiere ser más de lo que es y ahí está el peligro." (p. 467)

A medida que el conflicto se aproxima, el comerciante busca la posición en la que creía que sus intereses de clase tendrían la mayor protección:

Temía por el negocio y por su propia integridad. Entendía que permaneciendo en medio, unos y otros se detendrían, a una distancia prudencial. Todavía quedaba en el mundo, creía él, un asomo de respeto hacia los neutrales. (p. 703)

Pero, como sabe que avanza la amenaza física, llega a considerar la alternativa de abandonar el país:

Cuando pasó la fiebre de los primeros días, Cecilio presintió que se acercaba la hora cumbre y se sintió intranquilo. "Creo que ha llegado el momento de irnos a Portugal", le dijo a Adela una noche. (p. 702)

En los días en que ya es inminente el ingreso de Sisí en las fuerzas beligerantes, su padre "Pensó: 'Esta guerra, esta guerra, esta guerra. ¡Me cago yo en la guerra! La guerra es desolación, hambre y ruina. ¿Es que hubo en el mundo alguna guerra provechosa?' " (p. 734)

Delibes consigna del modo siguiente el acontecimiento más traumático y significativo de la vida española en el siglo XX:

Unos días después estalló la guerra. La guerra alteró la vida y la tranquilidad de Sisí. Aquellas bombas que, de vez en cuando, caían sobre la ciudad abrían un estrépito como si la tierra toda se desgarrase. Eran como truenos horrísonos, que metían su estruendo a través de la carne. Luis Sendín y los muchachos como él, andaban de aquí para allá con el fusil presto y las cartucheras a la cintura. Eran tan jóvenes que parecían niños jugando a la guerra. (p. 727-728)

Y, no obstante las referencias y el espacio que ocupa este conflicto armado, el autor asegura:

-En Mi idolatrado hijo Sisí no entré en el problema de la guerra civil, ni lo pretendí. Hay, sí, algunas pinceladas que están deliberadamente distanciadas. Entre otras razones, porque meterse en el 53 a hacer una novela de la guerra objetivamente hubiera sido difícil. <sup>41</sup>

El hecho es que la visión de la guerra en esta obra es la de la burguesía, y que su falta de valores y la ausencia de patriotismo es una denuncia clara, aunque indirecta, a la clase misma a que pertenece objetivamente el autor, aun cuando subjetivamente la condene.

---

<sup>41</sup> Miguel Delibes, en César Alonso de los Ríos, Op. cit., p. 48.

e) La naturaleza. Esta preocupación, permanente en Delibes, pese al reducido espacio que ocupa en esta ocasión, desempeña una función cardinal en la vida de Sisí. No se trata, en esta oportunidad, de un refugio deseado y buscado por el joven militar, sino que su contacto con el campo es el resultado accidental de que su cuartel radique fuera de los límites de la ciudad. De todos modos, juega el papel de orientarlo hacia otras metas más constructivas:

El género de vida de Sisí durante nueve largos meses le inclinó a amar el campo y a buscar el contacto directo con la naturaleza. Su equilibrio era tan exacto que no necesitaba beber vino para ofuscarse la razón. También su sensualidad, desbocada en otro tiempo, era moderada ahora y, muchas veces, dominada en flor. (p. 746)

En efecto,

En Mi idolatrado hijo Sisí es la naturaleza la que efectúa un cambio profundo en Sisí y le saca de su mentalidad de hijo bien de una familia burguesa.

Pero es durante la guerra civil cuando Sisí "descubre" la naturaleza, con un amor que va a hacerse muy fuerte en él. Contemplando las estrellas decide que después de la guerra le gustaría vivir en el campo. Poco a poco, acercándose a la naturaleza, halla Sisí aquel equilibrio y sentido de la vida que antes ni vislumbraba, sepultado como estaba en su burgués "ennui".<sup>42</sup>

Cuando comenzaba a cautivarlo la creación espontánea de la flora y la fauna, con sus misterios y revelaciones, la tecnolo-

---

<sup>42</sup> Edgar Pauk, Op.cit., p. 153.

gía bélica siega abruptamente al nuevo hombre que atraviesa por el proceso de "desintoxicación" de la vida urbana. De nuevo, la civilización se muestra en su "barbarie" aniquiladora de la bondad y de la paz transformadora de la ruralía.

g) Conclusiones. Esta última novela del primer ciclo es superior a La sombra del ciprés es alargada a Aún es de día. Su trama muestra poseer un mayor equilibrio y madurez en la hilación de los episodios. De los protagonistas, trabajados dentro de esta tendencia, Cecilio es el más completo y mejor logrado. Y, aunque se trata del relato esencialmente de un carácter, ya se perfilan las preocupaciones sociales que irán cobrando cuerpo a lo largo del novelar delibeano.

D. Recapitulaciones. Algunas de las características generales que reúnen a las tres novela de este ciclo son: los elementos románticos, realistas y naturalistas que, en mayor o menor grado, comparten; el ambiente provincial en que se desarrollan los argumentos; el predominio de una pequeña burguesía entre los personajes más significativos de las narraciones; los centros de interés en ellas son, en esencia, sus protagonistas, lo que convierte a estas obras en creaciones, sobre todo, de caracteres; la índole eminentemente psicológica de las historias tiene como consecuencia que los hechos individuales tengan primacía sobre los acontecimientos sociales; los personajes principales, u otros de alguna categoría, en los

diferentes sucesos, dan muestras de anormalidades patológicas en sus respectivas conductas; los distintos tipos de comportamientos que exhiben figuras claves en estos libros parecen estar determinados por rasgos biológicos o fenómenos ambientales; y, los temas, en cada caso, se reiteran, por lo que el mundo ideológico del autor presenta una consecuente coherencia.

## CAPÍTULO V

### EL MUNDO NOVELÍSTICO DE MIGUEL DELIBES

#### Segundo ciclo: Obras intermedias

A. Apertura. Aunque Miguel Delibes haya podido decir que no reconoce la ruptura de su tarea literaria en distintos períodos, ello no le impide aceptar que su proceso creador ha pasado por unas experiencias de crecimiento:

"Yo no veo etapas en mi quehacer. Yo no sé teorizar sobre mi propia obra, cosa, por otra parte, que dudo mucho que merezca la pena. A este respecto sólo sabría decir que mis torpezas iniciales se han corregido en parte y que respeto todo ensayo vanguardista siempre que no se atente contra lo que considero esencial en la novela: relatar una historia. Esto quiere decir que en toda novela debe haber, al menos, un hombre, un paisaje y una pasión, engranados en un tiempo."<sup>1</sup>

Sin embargo, diversos estudiosos de su labor, cada cual a su modo, han hecho distinciones entre varios momentos de su trayectoria estética o han puntualizado diferencias notables en algunas de sus ficciones con respecto a otras novelas suyas.<sup>2</sup>

Debemos confesar que, en esta oportunidad, la catalogación de las obras correspondientes a este momento presenta mayores dificultades que las narraciones incluidas en el ciclo precedente. Las divergencias, en primer lugar, estriban fundamental-

---

<sup>1</sup> Miguel Delibes, en Juan Cruz Ruiz, "Miguel Delibes, testimonio del lenguaje de Castilla", El País, 11 de febrero de 1979, p. V.

<sup>2</sup> Juan Luis Alborg, "Miguel Delibes", Hora actual de la novela española, p. 161-174; Francis Rodman Ganser, Themes, Characters and Aspects of Style in the Fiction of Miguel Delibes, p. 12-119; Ramón Buckley, Problemas formales en la novela española contemporánea, p. 99-138; Gonzalo Sobejano, Novela española de nuestro tiempo..., p. 132-133; Edgar Pauk, Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974), p. 26-27 y Agnes Gullón, La novela experimental de Miguel Delibes, p. 11-20.

mente en las variadas asignaciones de los límites finales que distintos críticos hacen al conjunto de relatos pertinentes a esta etapa delibeana.

En segundo lugar, merece destacarse la heterogeneidad de criterios empleados para señalar la existencia de una segunda forma artística en el oficio de novelar de este escritor. Si observamos con detenimiento los fundamentos esgrimidos por los autores incluidos en la última nota al calce, será fácil distinguir razones de índole temática, técnica y estilística (para emplear una terminología tradicional y simple), a los efectos de justificar la división realizada.

Ganser, por ejemplo, interesa basar sus observaciones desde el ángulo de los temas, que reduce a la niñez, la ciudad versus el campo, la ética y la religión y la muerte, según hemos indicado en las páginas señaladas por la nota aludida.

Los demás autores -salvo Agnes Gullón, que hace hincapié en el empleo del lenguaje- optan por aprovechar elementos de distinta naturaleza dentro de los tres ámbitos advertidos.

Para nuestros propósitos, sin desechar ninguna idea pertinente, nos complace de un modo general la descripción que sigue:

La época segunda vendría marcada por las siguientes notas: simplicidad narrativa moderna, objetividad, sentimiento de la solidaridad humana; predominio de los tipos, ambientes y situaciones sobre la idea o el argumento; adaptación del protagonista a una sociedad de individuos afines, pero rebeldía contra la sociedad de hombres-masa.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Gonzalo Sobejano, Ibid., p. 133.

Este crítico, aprovechando descubrimientos de Buckley, amplía la caracterización anterior por vía del contraste:

Indudablemente lo que distingue de manera más neta la primera época de la segunda es que en aquélla predomina el análisis y en ésta la síntesis; en aquélla se advierte la presencia del autor, que, como tal autor, narra y describe, mientras en ésta el autor da la impresión de haberse infundido del todo dentro de unas figuras que aparecen directamente, presentándose ellas mismas en su vivir. Y puesto que la síntesis, la compenetración, es lo propio de la poesía, no extraña que se haya aplicado a la segunda época de Delibes la designación "realismo poético", frente al realismo analítico de la primera época. También puede decirse que el mundo de la primera época es un mundo observado y el de la segunda un mundo vivido, o, mejor aún, que allí prepondera la abstracción y aquí la concreción.<sup>4</sup>

Aunque existe una coincidencia entre Eugenio García de Nora,<sup>5</sup> Ramón Buckley, Gonzalo Sobejano y el mismo Delibes,<sup>6</sup> al extender este período hasta Cinco horas con Mario (1966), es necesario poner de relieve que dicha frontera fue escogida básicamente por el hecho de ser aquélla la última novela que los autores en cuestión tenían presente en el momento de redactar sus trabajos.

Nosotros, con una perspectiva más amplia, y una producción novelística mayor, estamos en condiciones de advertir un nuevo giro creador, a partir de Las ratas (1962), y que desemboca, hasta el momento, en Los santos inocentes (1981).

<sup>4</sup> Loc. cit.

<sup>5</sup> Eugenio García de Nora, La novela española contemporánea (1939-1967), III, p. 119-120.

<sup>6</sup> R. Buckley, Op. cit., p. 91 y 136; G. Sobejano, Op. cit., p. 132; Miguel Delibes, en A. C. Isasi Angulo, "La narrativa de Miguel Delibes", Papeles de Son Armadans, diciembre de 1973, 223, p. XLVI.

Por consiguiente, este trabajo abarca cuatro obras: El camino (1950), Diario de un cazador (1955), Diario de un emigrante (1958) y La hoja roja (1959). Como puede observarse, cubre con exactitud toda la década de los años cincuentas, con la salvedad de Mi idolatrado hijo Sisí (1953), que fue ubicada en el "Primer ciclo", incluida en el capítulo anterior.

#### B. Ideas genéricas sobre las novelas

1. El camino (1950) es la tercera novela escrita y publicada por Delibes. A pesar de no haber recibido premio alguno, marcó su primer gran éxito de público y crítica, prácticamente sin excepción. Además, tiene a su haber la distinción de ser la más ampliamente traducida a los principales idiomas (inglés, italiano, alemán, portugués, ruso...). Por lo tanto, es la que ~~maya~~ mayor renombre ha dado a su autor.

También posee el mérito de ser la iniciadora de un nuevo modo de novelar en Delibes, sin que este hecho haya sido controvertido. De modo que ella significó una superación dentro de la estética decimonónica practicada hasta esa ocasión y su inserción dentro de una sensibilidad narrativa moderna.

En verdad, se trata de la creación de una obra que luce rasgos de maestría, dentro de los lineamientos generales de su aparente simplicidad. Con ella aborda la etapa de la niñez en un intento por expresar el mundo de la autenticidad.

Miguel Delibes ha explicado con largueza parte del éxito alcanzado con este relato:

La resonancia de El Camino hay que atribuirle, en

primer lugar, a su sencillez. En un momento en que la literatura universal se empecina en experiencias técnicas complicadas, El Camino encierra el valor de un retorno, de un rayo de sol agrietando el muro de la niebla. El Camino es una historia simple, donde sin desdeñar las innovaciones técnicas, no se somete a prueba la mente del lector.

Al propio tiempo, El Camino representa una bocanada de oxígeno dentro del panorama turbio de la novela mundial de esta hora. El lector está ahíto de temas desespe-  
ranzados, de literatura angustiada y se agarra a los libros transparentes con temblorosa avidez. Desde este punto de vista El Camino significa una salida a respirar de un mundo que ha estado sumergido demasiado tiempo.

Por último, atribuyo el éxito de El Camino al hecho de que en este libro nos encontramos nosotros mismos cuando éramos niños, nos ayuda a reconstruir un mundo -el de la infancia- brutalmente aniquilado por la técnica moderna. Hoy más que nunca gusta el hombre de recuperar su conciencia de niño, de evocar una etapa -tal vez la única que realmente merece la pena de ser vivida- cuyo encanto, cuya fascinación sólo la advertimos cuando ya se nos ha escapado de entre los dedos. La nostalgia de esa edad, en que las debilidades humanas son vistas sin acritud y el diario contacto con la mezquindad y la muerte todavía no ha formado en nosotros una costra de escepticismo es, sin duda, la razón fundamental por la que este libro tierno y espontáneo está siendo acogido en el mundo con general complacencia.<sup>7</sup>

A todo lo cual habría que añadir la existencia de un elemento definitivo y elocuente en el mundo de este relato: la certeza de una convivencia social que ya no permite la disolución de los personajes en su propio aislamiento e insolidaridad. También ha sido superado el pesimismo o negativismo por una actitud en que el humorismo o la comicidad se imponen a la tónica sombría de los relatos que constituyen su etapa inicial.

2. Diario de un cazador (1955) es la quinta novela de este autor y el primero de sus libros en el que entra de lleno en uno de los pasatiempos favoritos, junto a la pesca. Su afi-

---

<sup>7</sup> Miguel Delibes, "Prólogo", Obras completas, I, p. 18-19.

ción por la caza, que fue algo así como una herencia de su padre, vincula permanentemente al artista con un estilo de vida libre de ataduras sociales y, a todas luces, en comunión peculiar con la naturaleza. Y esto es así, porque no deja de llamar la atención que una persona tan afín con la vida campestre, su defensa, y el amor manifiesto por la flora y la fauna silvestres, pueda sentir divertimento o placer con la práctica de "fusilar" las aves. Por lo menos, esta es la sensación que el ejercicio de la actividad cinegética suscita en los que somos legos en esos menesteres.

Ganadora del Premio Nacional de Literatura, esta obra fue considerada en su momento como "la mejor novela de Miguel Delibes".<sup>8</sup> También se dijo que fue "humana y literariamente, otro de los grandes aciertos del novelista."<sup>9</sup> En fin, "La mayoría de los críticos son unánimes en alabar la novela: Sáinz de Robles, Alborg, Nora, Umbral, Rodríguez Alcalde, Muñoz, Villa Pastur."<sup>10</sup> Y el mismo Delibes siente una especial predilección por esta narración en la que la experiencia venatoria ocupa un lugar de preferencia. No en balde, el propio autor ha dicho que "En ella [La cacería] se dan, suficientemente perfilados, esos tres ingredientes que yo considero inexcusables para la novela: Un Hombre, un Paisaje, y una Pasión."<sup>11</sup>

Se trata, en esta ocasión, de una "historia" de poca mon-

<sup>8</sup> Leo Hickey, 5 horas con Miguel Delibes: El hombre y el novelista, p. 26-27.

<sup>9</sup> Gonzalo Sobejano, Op. cit., p. 119.

<sup>10</sup> Edgar Pauk, Op. cit., p. 58.

<sup>11</sup> Miguel Delibes, Op. cit., I, p. 9.

ta en la que el protagonista nos ofrece su visión de las experiencias que se le figuran de interés, sin que por ello constituyan una trama o argumento en el sentido corriente de este hecho artístico.

La importancia ahora radica, no tanto en el contenido de lo que se relata, sino más bien en la técnica empleada para ello y en el estilo que dicha labor exige.

3. Diario de un emigrante (1958) es la sexta novela del cazador que escribe. Aunque, vista desde otra perspectiva, puede decirse que es la continuación de la anterior. En otras palabras, algo así como una segunda parte de aquélla.

Posiblemente, espoleado por el éxito alcanzado con la figura de Lorenzo (cazador y bedel) y entusiasmado por su visita a América (Uruguay, Argentina, Brasil y Chile); sobre todo, a la patria de Pablo Neruda, decide proyectar al personaje dentro de un nuevo escenario. La tierra del huaso y el roto le brinda esa oportunidad.

Sus dificultades en el nuevo ambiente, junto a su esposa Anita, su orgullo y el deseo de retornar a España enmarcan los sucesos de este nuevo Diario... Claro que hay diferencias en los distintos niveles posibles de consideración en este texto, pero la atención vuelve a radicar especialmente en los elementos de la "carpintería literaria" y en las particularidades que conlleva el idioma empleado.

4. La hoja roja (1959) es la séptima novela del narrador vallisoletano y la última de esta etapa que, en buena medida, representa un período de tránsito hacia otras metas creadoras.

Mereció el premio de la Fundación Juan March de ese año.

Podría decirse que esta nueva experiencia en sus relatos novelísticos posee por lo menos un elemento singular entre sus características primordiales, cuando consideramos el trabajo previamente realizado dentro del mundo de la ficción. Se observa ahora una atención de primera magnitud en una etapa de la vida del protagonista que no había recibido el tratamiento merecido: la vejez como fenómeno determinante en la existencia.

El carácter otoñal, de tristeza, melancolía y nostalgia imprimen a esta obra un t o n o lírico o poético, dada la naturaleza sentimental que envuelve el argumento. Es de esperarse que el sentido de finitud vital promueva el acercamiento y la comprensión dentro de un marco de la sensibilidad más propiamente que a partir de un ámbito intelectual.

El mundo de los niños y los jóvenes, que había prevalecido hasta este momento, cede en interés para enfocar el lente en otra manifestación de la insularidad social que revela el abandono y el olvido en que se hunde un funcionario público, una vez que ha cumplido con el desempeño de su trabajo en la sociedad. Desi, la otra protagonista, es también víctima de la soledad.

### C. Contenidos de las novelas

#### 1. El camino

a. Título. Es evidente que éste trasciende la mera literalidad. Dentro del marco de la formación cristiana del autor vuelve a ponerse en evidencia el convencimiento suyo en el providencialismo que impone una significación trascendente o simbólica a la frase que nombra al libro. Al final de la obra

es clara esta connotación:

Y cuando empezó a vestirse le invadió una sensación vívida y clara de que tomaba un camino distinto del que el Señor le había marcado.<sup>12</sup>

No se trata, por lo tanto, de un señalamiento de naturaleza material. Lo que interesa destacar es que cada ser humano tiene un destino esencialmente inevitable. Ese determinismo teológico supera, a nuestro entender, cualquier polémica sobre la cuestión relativa al tema de la novela. Ya veremos, en su momento, el peso de esta afirmación.

b. Escenario y atmósfera. Los incidentes ocurren en la jurisdicción de "Molledo-Portolín, el pueblecito montaños donde discurrieron mis veranos infantiles y escenario de mi novela El Camino."<sup>13</sup> Evidentemente, es un pequeño lugar en el que la naturaleza no ha sido anulada por el caserío del área que ocupa el sector urbano.

El clima emocional prevaleciente es agradable en términos generales. El hecho de que todo lo sucedido sea expuesto desde la vertiente evocadora del protagonista contribuye a que se acentúe el aura de felicidad y deleite que envuelve cada incidente considerado. La congoja del niño, ante su inminente partida del seno familiar, en el presente, desde el que se recrean las experiencias propias y las anécdotas más significativas de

---

<sup>12</sup> Miguel Delibes, El Camino, Op. cit., I, p. 453. A partir de este momento nos limitaremos a señalar las páginas correspondientes, entre paréntesis, al lado de las citas del texto.

<sup>13</sup> Miguel Delibes, "Prólogo", Op. cit., I, p. 17.

los personajes característicos de su medio, no es suficiente para empañar el tono general que distingue el relato.

La elocuente emoción con que el niño -sobre el cual gira la responsabilidad de matizar los sucesos que nos son relatados- se enfrenta al campo imprime una tónica de sencilla poesía al contorno:

Le gustaba al Mochuelo sentir sobre sí la quietud serena y reposada del valle, contemplar el conglomerado de prados, divididos en parcelas, y salpicados de caseríos dispersos. Y, de vez en cuando, las manchas oscuras y espesas de los bosques de castaños o la totalidad clara y mate de las aglomeraciones de eucaliptos. A lo lejos, por todas partes, las montañas, que según la estación y el clima alteraban su textura, pasando de una extraña ingravidez vegetal a una solidez densa, mineral y plomiza en los días oscuros. (p. 321)

La identificación de éste con su ambiente natural es absoluta:

Sintió entonces que la vitalidad del valle le penetraba desordenada e íntegra y que él entregaba la suya al valle en un vehemente deseo de fusión, de compenetración íntima y total. Se daban uno al otro en un enfervorizado anhelo de mutua protección, y Daniel, el Mochuelo, comprendía que dos cosas no deben separarse nunca cuando han logrado hacerse la una al modo y medida de la otra. (p. 449)

Para la sensibilidad de Daniel, el pueblo en sí no constituye una zona antagónica ni revela mayor contradicción con el paisaje. Más bien su enfrentamiento es candoroso. Parece como si mirara un modelo en miniatura:

Era, el suyo, un pueblecito pequeño y retraído y vulgar. Las casas eran de piedra, con galerías abiertas y colgantes de madera, generalmente pintadas de azul. Estas tonalidades contrastaban, en primavera y verano, con el verde y rojo de los geranios que infestaban galerías y balcones. (p. 324)

.....

Visto así, a la ligera, el pueblo no se diferen-

ciaba de tantos otros. Pero para Daniel, el Mochuelo, todo lo de su pueblo era muy distinto a lo de los demás. Los problemas no eran vulgares, su régimen de vida revelaba talento y de casi todos sus actos emanaba una positiva trascendencia. Otra cosa es que los demás no quisieran reconocerlo. (p. 324-325)

En aquel medio, la felicidad priva incluso en los momentos más tristes, como pueden ser los días de la guerra:

Daniel, el Mochuelo, acostumbraba a dar forma a su corazón por el tañido de las campanas. Sabía que el repique del día de la Patrona sonaba a cohetes y a júbilo y a estupor desproporcionado e irreflexivo. El corazón se le redondeaba, entonces, a impulsos de un sentimiento de alegría completo y armónico. (p. 444)

c. Argumento. Los acontecimientos de esta novela hay que ubicarlos en la siguiente perspectiva: Son el producto de la evocación de Daniel, el Mochuelo, de once años, en su alcoba, la noche previa a su partida del pueblo a la ciudad, a donde irá a iniciar sus estudios del Bachillerato. Pero este recuerdo no viene directamente por el protagonista, sino por el narrador, que asume el ángulo de visión del niño.

De modo que, en primera instancia, debe advertirse un presente limitado al personaje en su habitación y la condición emocional que lo embarga. Y, en segundo lugar, el flujo de distintos niveles del pasado, en los cuales se destacan las figuras más connotadas de aquel ámbito.

De suerte que, del hilo conductor del "héroe" individual, pasamos a las distintas historias que conforman los sucesos de la comunidad. Cada "capítulo", entonces, se convierte en el depositario de diversos acontecimientos más o menos independientes unos de otros. Aunque no puede negarse la existencia de algunos "vasos comunicantes" entre ellos, casi siempre ocasiona-

les, como son la presencia común de algunos personajes, la trazación de ciertos hechos, la coincidencia de los escenarios y los grados de afectos o familiaridad que enlaza a esos seres. Pero, sobre todo, no debe olvidarse que es mediante la adopción de la sensibilidad de Daniel por parte del narrador que nos enteramos de todo lo ocurrido. Así, aun cuando cada anécdota goza de su propia autonomía, la cual permite que las figuras de ocasión se constituyan en protagonistas, la totalidad de El camino se nos presenta como "un mosaico de anécdotas"<sup>14</sup> que configura a ese personaje colectivo que es el pueblo donde se desarrolla la obra.

El contenido de la novela cubre veintidós capítulos. El primero se ubica la noche anterior a la partida de Daniel, el Mochuelo, a la ciudad a comenzar sus estudios de Bachillerato. La escena ocurre a tres meses plazo de la Navidad y el niño rememora algunas de las personas del pueblo y las circunstancias que dieron lugar a que su padre tomara la decisión de enviarlo a estudiar ante la oposición de su madre.

El segundo capítulo trata sobre su amigo Roque, el Moñigo, su padre Paco, el herrero, y su hermana Sara, trece años mayor que él. Roque tuvo la desdicha de que su madre muriera cuando él nació. Su hermana lo maltrataba y lo asustaba. A pesar de que la propia madre de Daniel; don José, el cura; don Moisés, el maestro; Lola, la Guindilla mayor y las hermanas

---

<sup>14</sup> Alfonso Rey, La originalidad novelística de Miguel Delibes, p. 70.

Catalina, Carmen, Camila, Caridad y Casilda, conocidas como las Lepóridas, lo consideraban un bribón, el Mochuelo comenzó a sentir por él gran admiración, dados su fortaleza y arrojo.

Su padre, Paco, el herrero, tenía fama de enamorado, bebedor y hombre fuerte. En ocasión de un acto religioso en que faltaron los cargadores habituales de la Virgen, Paco la cargó por el pueblo solo, a pesar de las críticas de Lola y de las Lepóridas, que lo consideraban uno de los mayores pecadores del lugar.

El tercer capítulo se ocupa de la caracterización física y social del valle y del pueblo. Establece la estrecha relación de Daniel con su medio y hace un recuento de las personas que habitan en la comunidad.

El capítulo cuarto introduce el círculo familiar de Daniel: Salvador, el quesero -su padre- y la madre. Relata la decisión de su progenitor de llamarlo Daniel, por el profeta bíblico que, con el poder de sus ojos, dominó a diez leones en una jaula porque "tenía en los ojos el poder de Dios." (p. 327) Sin embargo, Germán, el Tiñoso, le puso el mote de "Mochuelo":

Germán, el hijo del zapatero, fue quien primero reparó en su modo de mirar las cosas. Un modo de mirar las cosas atento, concienzudo e insaciable.

-Fijaos- dijo-; lo mira todo como si le asustase.

Y todos le miraron con mortificante detenimiento.

-Y tiene los ojos verdes y redondos como los gatos -añadió un sobrino lejano de don Antonino el marqués.

Otro precisó aún más y fue el que dio en el clavo.

-Mira lo mismo que un mochuelo.

Y con Mochuelo se quedó, pese a su padre y pese al profeta Daniel y pese a los diez leones encerrados con él en una jaula y pese al poder hipnótico de los ojos del profeta. La mirada de Daniel,

el Mochuelo, por encima de los deseos de su padre, el quesero, no servía siquiera para apaciguar a una jauría de chiquillos. Daniel se quedó para usos domésticos. Fuera de casa sólo se le llamaba Mochuelo. (p. 329)

El capítulo cinco está reservado a los personajes conocidos como "Guindillas". Eran hijas de un sargento de la guardia civil que murió sin la dicha de tener un hijo. La madre había fallecido años antes. Con los ahorros heredados, montaron una tienda, y Lola, la mayor, se hizo cargo de sus otras dos hermanas. Aquélla tenía treinta y nueve años cuando nació Daniel. Era alta, delgada y propensa a inmiscuirse en los asuntos ajenos.

Elena, la Guindilla del "medio", murió durante un invierno.

Irene, la Guindilla menor, que a la sazón contaba treinta y seis años, se escapó con Dimas, el oficial del banco.

Lola, en un arranque usual de su beatería, colgó un letrero en la puerta del negocio que leía: "Cerrado por deshonra". Así lo mantuvo durante los próximos diez días.

El capítulo sexto hace énfasis en Germán, el Tiñoso; su padre, Andrés, el zapatero -"el hombre que de perfil no se le ve" (p. 338), le decían- y sus relaciones con Daniel, Roque, y otros amigos.

Andrés tenía diez hijos: seis sencillos y dos pares de mellizos. Era un hombre extremadamente flaco y de carácter muy enamoradizo. Además, poseía diversos pájaros que "cruzaba" con gran curiosidad. En su familia abundaban los hermanos mellizos: la suegra, la esposa, una hermana suya residente en Barcelona (quien, a su vez, tuvo trillizos), e hijos propios, participaban de esta condición.

Germán tenía, entre otros hermanos, a Andrés, Mariano, Tomás, el Bizco, y varias hermanas. El Tiñoso gustaba de cazar aves. En una de estas aventuras se cayó y la fractura en un pie lo dejó con una cojera permanente. En otra ocasión se hendió el lóbulo de la oreja derecha, el cual permaneció abierto ante su negativa de cosérselo. En unión a Daniel y a Roque peleaba con otros niños para quedárseles con sus avellanas.

El capítulo siete abunda sobre las relaciones de amistad que constituían la pandilla del Moñigo, el Tiñoso y el Mo-chuelo. Se destaca Daniel por la ligereza de sus piernas; Germán por su conocimiento de los pájaros y Roque por la fortaleza física. Durante las vacaciones de verano frecuentaban los prados, los montes, la bolera y el río. Daniel cobró conciencia del acto de parir en una de las conversaciones con sus amigos.

El capítulo ocho narra el regreso de Irene, la Guindilla menor, en el tranvía interprovincial a los tres meses y cuatro días de su fuga. Cuco, el factor, se encargó de diseminar la noticia, como era su costumbre. Lola la recibió en la tienda con la condición de que vistiera de luto para el resto de su vida y que estuviera cinco años sin salir a la calle. Dimas, según Irene, estaba interesado en su dinero, por lo que la abandonó al acabársele.

Paco, el herrero, en una de sus borracheras, comenzó a gritar el regreso de Irene. Lola terminó por arrojarle un cubo de agua del lavabo en su cara.

El capítulo nueve posee la particularidad de que vuelve a situar la acción en el presente, en el que Daniel se encuentra

desvelado, mientras evoca el pasado. Ahora la atención se dirige a Gerardo, el Indiano -hijo de la señora Micaela, la carnicera-, su esposa norteamericana y Mica, la hija. Gerardo había hecho fortuna en México durante su ausencia de veinte años; mientras permanecieron en el pueblo, César, el hermano mayor, y Damián. Aquél continuó el oficio de carnicero, en tanto que éste poseía "una labranza medianeja en la otra orilla del río." (p. 358)

El incidente que vincula a Daniel, Roque y Germán con esa familia está relacionado con el robo de manzanas que realizaban en su propiedad. En una ocasión, Mica los sorprendió y, luego de amonestarlos, les regaló dos manzanas a cada uno, haciéndolos prometer que no volverían a sustraerlas, sino que, cuando desearan algunas, se las pedirían. Esta experiencia le permite a Daniel conocerla y sentir una especial atención por una muchacha de diecisiete años. El Mochuelo oscilaba entre ocho y nueve.

El capítulo diez trae nuevamente a nuestra atención las relaciones de amistad existentes entre los tres amigos, la admiración que suscitaba la fortaleza física de Roque y el malestar de Daniel, al no poseer una cicatriz como tenían sus otros dos amigos.

El capítulo once pone de relieve la historia de Quino, el manco. Una vez más la vida de un personaje y su familia viene a la atención del autor, a propósito de la relación que posee ese actante con el protagonista y sus amigos.

Roque, en particular, dejó de admirarlo el día en que se

enteró que aquél había llorado cuando murió su mujer. Ésta se llamaba Mariuca y padecía de tuberculosis desde pequeña. En la actualidad que corresponde a la anécdota poseía veintitrés años. El día que Quino casó con Mariuca, Josefa -enamorada del Manco- se suicidó, lanzándose sin ropa al río desde un puente. A los cinco meses de aquel suicidio, dio a luz una niña la joven tísica, pero murió a la semana.

El padre, desde entonces, se ocupó de la criatura, que llegó a conocerse como Mariuca-uca. Con el tiempo, ésta se enamora de Daniel.

El capítulo doce es muy significativo, ya que pormenoriza la experiencia de caza vivida por Daniel junto a su padre. He aquí ya la primera incursión del autor en la literatura venatoria y el germen de los Diarios..., aparte de las reminiscencias de su propia niñez:

Con el alba salieron. Los helechos, a los bordes del sendero, brillaban de rocío y en la punta de las hierbas se formaban gotitas microscópicas que parecían de mercurio. Al iniciar la pendiente del Pico Rando, el sol asomaba tras la montaña y una bruma pesada y blanca se adhería ávidamente al fondo del valle. Visto, éste, desde la altura, semejaba un lago lleno de un líquido ingravido y extraño.

Daniel, el Mochuelo, miraba a todas partes fascinado. (p. 385)

El capítulo trece relata la experiencia del amor platónico de Daniel por la Mica. Ella lo conduce en su auto a la iglesia, y él, en reciprocidad, le lleva a su casa unos quesos. Ambas vivencias son decisivas para que pueda comprender la naturaleza de sus sentimientos frente a la joven. Mariuca-uca le hace saber que está celosa, pero el Mochuelo le hace saber que no le importa.

El capítulo catorce informa algunas de las travesuras

de los chicos. Entre otras, quemaron al gato de la Guindilla mayor en el vientre con la lupa del Tiñoso. Luego decidieron esperar que el tren pasara cerca de ellos, en el túnel, con los calzones bajados. En la aventura se le destrozaron los pantalones y tuvieron que regresar desnudos al pueblo, hecho que motivó ser castigados por don Moisés, el maestro.

El capítulo quince está destinado a explicar cómo la pandilla se las ingenia para que Sara y don Moisés se casaran. El Mochuelo propone escribir una carta a nombre de ella. El Tiñoso la introdujo por debajo de la puerta de la casa del profesor. Ello motivó el acercamiento de ambos y la consecuente boda, el dos de noviembre, día de las ánimas, año y medio después del noviazgo.

El capítulo dieciséis se dedica a don José, el cura, y el estado espiritual o religioso que prevalecía en el pueblo. El sacerdote figura como un predicador vehemente, a quien los hombres y los jóvenes hacían muy poco caso. El empleo, por parte suya, de la muletilla "en realidad", servía como objeto de las apuestas populares.

He aquí el retrato de aquella gente:

La gente del valle era obstinadamente individualista. Don Ramón, el alcalde, no mentía cuando afirmaba que cada individuo del pueblo prefería morirse que mover un dedo en beneficio de los demás. La gente vivía aislada y sólo se preocupaba de sí misma. Y a decir verdad, el individualismo feroz del valle sólo se quebraba las tardes de los domingos, al caer el sol. Entonces los jóvenes se emparejaban y escapaban a los prados o a los bosques y los viejos se metían en las tascas a fumar y a beber. Esto era lo malo. Que la gente sólo perdiese su individualismo para satisfacer sus instintos más bajos. (p. 414)

Para combatir la corrupción moral, una comisión, presidida

por la Guindilla mayor y el cura, decide ofrecer películas morales los domingos y los días festivos. Para ese propósito, habilita la cuadra de Pancho, el Sindiós. Algún tiempo después se hace necesario organizar una comisión de censura para recortar las escenas de dudosa ética cristiana. Pero, el esfuerzo fracasa, porque los asistentes protestan ante los cortes hechos a las cintas y por la práctica de encender la luz para que los novios no puedan sobarse en la oscuridad. La comisión decide, finalmente, quemar el proyector.

La Guindilla mayor opta, entonces, por salir de noche a conminar a los pecadores con una linterna en la mano. Los mozos del pueblo, molestos con sus amenazas, deciden someterla al castigo de lanzarla a El Chorro, pero la intervención de Quino, el Manco, evitó que se llevara a efecto el propósito de los jóvenes. Ella le besa el muñón, en agradecimiento, y, al día siguiente, confiesa ese hecho. La situación ocurrió de este modo:

-Padre, me acuso... me acuso de haber besado a un hombre en la oscuridad de la noche -añadió la Guindilla.

Don José, el cura, se santiguó y alzó los ojos al techo del confesionario, resignado.

-Alabado sea el Señor -musitó.  
Y sintió una pena inmensa por aquel pueblo. (p. 419)

El capítulo diecisiete detalla los esfuerzos de Daniel para abandonar el coro de la iglesia, dirigido por la Guindilla, una vez que Roque y Germán fueron excluidos de éste, cuando sus voces se hicieron más roncacas. Constituía para él una vergüenza permanecer con una gran mayoría de niñas, cuyas voces se asemejaban a la suya por el timbre agudo que poseían.

Daniel sufre una gran desilusión cuando, además, Mica se

presenta con el novio. Su depresión lo llevó a retar la muerte, al proponerse subir la cucaña, en la cual pendían cinco duros. Insiste en su objetivo, a pesar de las súplicas de su madre y los consejos de Germán, quienes le pedían que no lo hiciera. Finalmente, logró la meta de capturar el dinero y hacer una demostración de valor, lo que le valió la admiración de todos, incluso de la Uca-uca, y hasta del novio de Mica.

El capítulo dieciocho tiene el propósito de establecer cómo se desarrolla -a partir de la defensa hecha por Quino de Lola, la Guindilla mayor, y el beso de ésta a su muñón-, una relación afectuosa entre ambos, que culmina en casamiento, no obstante las objeciones de Irene, la Guindilla menor. Aquella tiene cincuenta años, mientras él es diez más joven.

Uca-uca desapareció el día de la boda, porque no estaba de acuerdo con que su padre se casara con la beata. Finalmente, fue hallada por los hombres del pueblo, a las dos de la madrugada del próximo día. Cuando llegó a la casa, la Guindilla le dio dos bofetones, aduciendo que era su madre desde el día anterior, pero a Quino no le agradó la reacción de su esposa.

El capítulo diecinueve revela las circunstancias en que Germán resbaló en la Poza, mientras perseguía a un "tonto de agua" (especie de culebra), y se rompió el cráneo, lo que le provocó la muerte ocho horas más tarde. Su hermano Tomás llegó tarde, en una ambulancia de la ciudad. Sigue la atmósfera de consternación de la madre, de Rita, la Tonta, y del vecindario. Daniel reflexiona sobre la muerte, y coloca, en un momento dado, un tordo en su féretro, pensando que sería del agra-

do del amigo, puesto que era muy conocida su afición por las aves. Tomás se enfada por el hecho; pero su padre, Andrés, dice que es un milagro. El cura, don José, se muestra escéptico, porque sospecha que es obra de Daniel, y así se lo hace saber.

El capítulo veinte se encarga de la descripción del entierro de Germán, el Tiñoso, un día oscuro y lluvioso en que el pueblo se vuelca en solidaridad afectuosa ante la tragedia.

El capítulo veintiuno vuelve la atención al presente, ya en el amanecer del día de la partida. Dentro de las próximas dos horas, habría de abandonar el valle en un tren rumbo a la ciudad para comenzar sus estudios del Bachillerato, a lo que llama despectivamente "progresar".

Se recrea, además, el día anterior, en que el Mochuelo y su padre recorrieron el pueblo para despedirse de los habitantes, como Paco, el herrero; la Guindilla mayor; Quino, el Manco; Pancho, el Sindiós; don José, el cura, y Roque, el Moñigo.

Por último, retorna al presente, al escuchar la voz de Uca-uca, que venía a despedirse, porque tendría que ir a buscar leche y no le sería posible verlo en la estación. Le pide que no la olvide, y él solicita que no se deje quitar la pecas por la Guindilla. Entonces se retira de la ventana y, mientras se viste, comienza a llorar.

d. Personajes. Las figuras que intervienen en esta novela se muestran claramente en dos grupos: los niños y los adultos. Tanto uno como el otro revelan distintas características; el primero, inocencia, ingenuidad, curiosidad, sencillez y alegría; el se-

gundo, maldad, hipocresía, frustraciones y sufrimientos. No debe entenderse, sin embargo, que existe un divorcio total entre éstos y aquéllos. El dolor y la tragedia, como ha podido notarse, los envuelve, a todos por igual, en ocasiones.

Ciertos grados de interrelación ya fueron advertidos entre ellos:

Junto al espontáneo y generoso sentimiento de fraternidad que une a los tres amigos, coincidiendo con él y con la dilatada perspectiva del mundo natural, "abierto", siempre aleccionador e inagotable, existe, desde luego, el mundo de los mayores, ante el que los niños adoptan la misma actitud expectante, curiosa e ingenuamente perspicaz. No se llega, por supuesto, muy lejos, en esa inevitable confrontación entre el universo infantil y el de los otros (aunque eso sea lo que implícitamente da interés novelesco al relato); los planos "superficiales" del libro resaltan, ante todo, si comparamos su inocencia y limpidez fundamental con el psicologismo cruel y mórbido a que nos tienen habituados casi todas las novelas modernas de tema análogo.<sup>15</sup>

1) Protagonista. Aunque la trilogía de Daniel, el Mo-  
chuelo; Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, está presente, de una u otra forma, a lo largo de las historias particulares (fragmentos de la historia colectiva del pueblo), es el primero quien verdaderamente ocupa el centro del argumento.

Podemos decir que la manifestación de la figura principal ocurre por dos vías: la irrupción del personaje en las diversas escenas que se ubican en distintos tiempos (la última, en el presente, se desarrolla entre la noche previa a su partida y la madrugada de ese día, a los once años, alrededor de septiembre, en víspera de comenzar sus estudios de Bachillerato), y, además, por medio de la voz que ha asumido la

---

<sup>15</sup> Eugenio García de Nora, Op. cit., III, p. 114-115.

sensibilidad del niño para plasmar la narración.

De suerte que, como figura participante de la ficción, Daniel atraviesa por diferentes edades. Así, por ejemplo, en el capítulo IX, cuando conoce a Mica, su edad oscilaba entre ocho y nueve años. Es de presumirse que la adopción de la actitud narrativa del relator corresponde a la edad de once años, que es la que posee el niño cuando la obra termina.

Como ya se sabe, es hijo de una familia pobre de un pequeño pueblo castellano, al que sirvió de modelo Molledo-Portolín, localidad montañesa en la que Delibes pasó los veranos de su niñez. Era hijo de un quesero llamado Salvador. Su madre era simplemente una ama de casa de la cual nunca se menciona el nombre.

Destacaba en su físico la mirada penetrante que impulsó a su padre a llamarlo Daniel, rememorando al profeta que, con el poder de sus ojos, dominó diez leones, y profetizó el futuro de su pueblo. El sobrenombre de "Mochuelo", no obstante, le fue adjudicado por Germán, el Tiñoso, dado el modo de mirar atento, asustado, y escudriñador de sus ojos verdes. Es por esta particular cualidad visual que viene su asociación con el ave rapaz nocturna de estrecha afinidad con el búho.

A esa condición "natural" del muchacho se opone el propósito de su padre de hacerlo "un hombre de provecho", por medio del estudio que le permita superar las limitaciones de su medio, pese a las objeciones de la esposa y el disgusto del propio hijo, para el que esta decisión significa algo así

como la expulsión de cierto Edén, el final de una Edad de Oro o la disolución de la Arcadia natal:

A Daniel, el Mochuelo, le dolía esta despedida como nunca sospechara. Él no tenía la culpa de ser un sentimental. Ni de que el valle estuviera ligado a él de aquella manera absorbente y dolorosa. No le interesaba el progreso. El progreso, en verdad, no le importaba un ardite. Y, en cambio, le importaban los trenes diminutos en la distancia y los caseríos blancos y los prados y los maizales parcelados; y la Poza del Inglés, y la gruesa y enloquecida corriente del Chorro; y el corro de bolos; y los tañidos de las campanas parroquiales; y el gato de la Guindilla; y el agrio olor de las encellas sucias; y la formación pausada y solemne y plástica de una boñiga; y el rincón melancólico y salvaje donde su amigo Germán, el Tiñoso, dormía el sueño eterno; y el chillido reiterado y monótono de los sapos bajo las piedras en las noches húmedas; y las pecas de la Uca-uca y los movimientos lentos de su madre en los quehaceres domésticos; y la entrega confiada y dócil de los pececillos del río; y tantas y tantas otras cosas del valle. (p. 450)

2) Figuras secundarias. En un círculo inmediato a Daniel se encuentran sus dos íntimos amigos de correrías campestres. Cada uno de ellos posee, al menos, un rasgo sobresaliente que provoca la admiración del Mochuelo y alrededor de los que se moldea la personalidad de éstos. Tan definitivos son que llegan a convertirse en motes caracterizadores.

a) Roque, el Moñigo. Era dos años mayor que el protagonista. Hijo de Paco, el herrero. Su madre murió de parto. Lo crió su hermana Sara, trece años mayor, que lo trataba bruscamente, como si no le perdonara que su nacimiento causara el deceso materno. A pesar de la crueldad de aquélla, se crió fuerte, como el padre, y esa corpulencia física, acompañada por la valentía, le ganaron el respeto de sus amigos.

El apodo de Moñigo (a), barbarismo por boñiga, puede alu-

dir a su físico ancho, hecho "pelotas", musculoso; o, por otra parte, a la familiaridad de este vocablo con moña, cresta o abultamiento de plumas en ciertas aves; término que, además, posee el significado de jactancioso, altivo, orgulloso.

Acaso, por eso

Desde aquel día, Daniel, el Mochuelo, situó mentalmente al Moñigo en un altar de admiración. El Moñigo no era listo, pero, ¡ahí era nada mantenérselas tías con los mayores! Roque, a ratos, parecía un hombre por su aplomo y gravedad. No admitía imposiciones ni tampoco una justicia cambiante y caprichosa. Una justicia doméstica, se sobreentiende. Por su parte, la hermana le respetaba. La voluntad del Moñigo no era un cero a la izquierda como la suya; valía por la voluntad de un hombre; se le tenía en cuenta en su casa y en la calle. El Moñigo poseía personalidad. (p. 316)

b) Germán, el Tiñoso. Era hijo de Andrés, el zapatero, y Rita, la Tonta. Tenía nueve hermanos. Su constitución física era endeble, a pesar de lo cual participaba de las aventuras con los amigos. En sus peripecias, se fracturó un pie, lo que le ocasionó una cojera permanente. En otra oportunidad, se abrió en dos el lóbulo de la oreja derecha con las púas de las zarzamoras.

El alias del Tiñoso le venía porque "tenía calvas en la cabeza desde muy niño", "aunque, por supuesto, las calvas no fueran tiña propiamente hablando." (p. 337) Pero, sobre todo,

sentía una afición desmedida por los pájaros. Seguramente se trataba de una reminiscencia de su primera infancia, desarrollada entre estridentes pitidos de verderones, canarios y jilgueros. Nadie en el valle entendía de pájaros como Germán, el Tiñoso, que además, por los pájaros, era capaz de pasarse una semana entera sin comer ni beber. Esta cualidad influyó mucho, sin duda, en que Roque, el Moñigo, se aviniese a hacer amistad con aquel rapaz físicamente tan deficiente.

.....

Germán, el Tiñoso, distinguía como nadie a las aves por la violencia o los espasmos del vuelo o por la manera de gorjear; adivinaba sus instintos; conocía, con detalle, sus costumbres; presentía la influencia de los cambios atmosféricos en ellas y se decía que, de haberlo deseado, hubiera aprendido a volar. (p. 340)

Tanto Roque como Germán eran personalidades muy definidas. En otras palabras, verdaderos caracteres.

3) Tipos, siluetas y sombras. El resto de los personajes constituye el vecindario del pueblo. De ahí que haya representantes de oficios, algunos profesionales y distintos moradores del lugar que componen la comunidad, unos con mayor importancia que otros. Estos pueden separarse en dos categorías; la primera, formada por un grupo de mayor significación, en el que caben los tipos de más intensa participación en la vida colectiva del lugar.

Este primer conjunto incluye a: Andrés, el zapatero, padre de Germán, el Tiñoso. " 'Andrés, el hombre que de perfil no se le ve.' Y esto era casi literalmente cierto de lo escuchumizado y flaco que era. Y además, tenía una muy acusada inclinación hacia delante, quien decía que a consecuencia de su trabajo, quien por su afán insaciable por seguir, hasta perderlas de vista, las pantorrillas de las chicas que desfilaban dentro de su campo visual. Viéndole en esta disposición resultaba menos abstruso, visto de frente o de perfil, que fuera padre de diez criaturas. Y por si fuera poco la prole, el tallercito de Andrés, el zapatero, estaba siempre lleno de verderones, canarios y jilgueros enjaulados y en primavera aturdíán con su cri-cri desazonador y

punzante más de una docena de grillos. El hombre, ganado por el misterio de la fecundación, hacía objeto a aquellos animalitos de toda clase de experiencias. Cruzaba canarias con verderones y canarios con jilgueras para ver lo que salía y él aseguraba que los híbridos ofrecían entonaciones más delicadas y cadenciosas que los pura raza.

"Por encima de todo, Andrés, el zapatero, era un filósofo." (p. 338); Elena, la Guindilla del medio, era catalogada por su hermana mayor como la más inútil de la familia: "-No la lloréis -dijo-, ha muerto de desidia." (p. 333); Gerardo el Indiano, fue el hijo más pequeño de la señora Micaela, la carnicera. Se decía que mostraba ser el más tímido y hasta medio tonto. Emigró a México. A su regreso, veinte años después, confesó ser propietario de dos restaurantes de lujo y dos barcos de cabotaje. Montó una industria de aparatos eléctricos. Tuvo como hermanos a César y a Damián. Casó con una norteamericana, en la cual tuvo una hija llamada Mica; Irene, la Guindilla menor, se escapó con Dimas, empleado del banco. Tenía treinta y seis años y él era mucho más joven. A los tres meses, regresó al pueblo, luego de ser abandonada. Fue aceptada por su hermana mayor, con la condición de que estuviera cinco años sin salir a la calle y que vistiera de luto por el resto de su vida; don José, el cura, "que era un gran santo, utilizaba, desde el púlpito, todo género de recursos persuasivos: crispaba los puños, voceaba, reconvenía, sudaba por la frente y el pescuezo, se mesaba los escasos cabellos blancos, recorría los bancos con su índice acusador e incluso una

mañana se rasgó la sotana de arriba abajo en uno de los párrafos más patéticos y violentos que recordaría siempre la historia del valle. Así y todo, la gente, particularmente los hombres, no le hacían demasiado caso. La misa les parecía bien, pero al sermón le ponían mala cara y le fruncían el ceño. La Ley de Dios no ordenaba oír sermón entero todos los domingos y fiestas de guardar. Por lo tanto, don José, el cura, se sobrepasaba en el cumplimiento de la Ley Divina. Decían de él que pretendía ser más papista que el Papa y que eso no estaba bien y menos en un sacerdote; y todavía menos en un sacerdote como don José, tan piadoso y comprensivo, de ordinario, para las flaquezas de los hombres." (p. 413); significativamente, es una especie de San José espiritual de la comunidad, algo así como un padre que continuamente reprende a sus hijos; Lola, la Guindilla mayor, como sus hermanas, era hija de un guardia civil que fue jefe del puerto del lugar. Al morir éste -la madre había fallecido años antes-, dejó unos ahorros con los que ellas pusieron una tienda. Era una mujer muy dura, una beata que gustaba inmiscuirse en las vidas ajenas. Como ya sabemos, fue implacable al enjuiciar a su hermana Elena, cuando murió; asimismo, maltrató a Irene desde el momento que decidió escaparse con su novio. Este incidente provocó que colgara, durante diez días, un letrero en la puerta de la tienda que leía: " 'Cerrado por deshonra' " (p. 336); el sobrenombre le venía -como a sus hermanas- "por su carita redonda y coloradita y su carácter picante y agrio como el aguardiente." (p. 330); Mariuca-uca era hija de Quino,

el Manco, y de Mariuca, que murió, muy joven, de tisis. Era conocida como Uca-uca. Con el tiempo, llegó a enamorarse de Daniel, a quien le llamaban la atención sus pecas. Finalmente, logró ser la esperanza amorosa del Mochuelo en su futuro; Mica es la hija de Gerardo, el Indiano, y la norteamericana; ésta significó el despertar amoroso de tipo platónico en Daniel, y su posterior desilusión cuando se presenta acompañada con su novio en una ocasión; don Moisés es el maestro del pueblo; andaba con la indumentaria de siempre, rota y remendada, y sin ninguna ropa interior, por lo costosa que resultaba. Estuvo enamorado de Camila, la Lepórida, durante algún tiempo, pero como "era rostritorcido y tenía la boca desdentada", le dio calabazas. Daniel, Roque y Germán, lograron casarlo con Sara, la Moñiga; también le llamaban Peón, porque "le bautizó el juez así en atención a que don Moisés 'avanzaba de frente y comía de lado' " (p. 329); a pesar de su desastre personal, éste, irónicamente, es el hombre que tiene la visión de "salvar" los niños, por medio de la educación; Paco, el herrero, padre de Sara y Roque, el Moñigo, se caracterizaba por su fuerza física y la afición al vino; en una ocasión, él solo paseó la Virgen, en sus hombros, por el pueblo; Quino, el Manco, perdió la mano derecha cuando su hermano, que era leñador, le pidió que sostuviera un tronco, para cortarlo con un hacha, pero Quino movió la mano, en el instante en que él lanzaba el primer golpe, con el que le cercenó el miembro. Fue esposo de Mariuca, con quien procreó a Mariuca-uca. Posteriormente, casó con Lola, la Guin-

dilla mayor, a la edad de cincuenta años, una década mayor que él; Salvador, el quesero, padre de Daniel, el Mochuelo, era un hombre de carácter agriado, a quien "Cualquier gasto menudo o el menor desembolso superfluo le producían un disgusto exagerado. Quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un pobre quesero." (p. 328); probablemente llamado de un modo irónico con este nombre, es quien, a la luz de los planteamientos del autor, se opone a la realización del destino natural del protagonista; y, por último, Sara, la Moñiga, hija de Paco, el herrero; era trece años mayor que su hermano Roque: "Fuera por una causa o por otra, lo cierto es que la madre del Moñigo falleció al nacer él y que su hermana Sara, trece años mayor, le trató desde entonces como si fuera un asesino sin enmienda. Claro que la Sara tenía poca paciencia y un carácter regañón y puntilloso." (p. 313).

La segunda agrupación de personajes abarca, principalmente, las siluetas y sombras que forman el grueso de los habitantes; entre los que figuran: Andrés, hijo de Andrés, el zapatero, nació un treinta y uno de diciembre, escasamente diez minutos antes de terminar el año; hermano gemelo de Mariano; Ángel, cabo de la guardia civil; Antonio, el Buche, alcalde para la época en que el pueblo recibió el regalo de las campanas; además, dueño de un bazar; Antonino, el marqués, único personaje de abolengo que figura en la obra y quien donó las nuevas campanas para la iglesia; Aurelio, hermano de

la madre del Mochuelo, que vivía en Extremadura; Basi, la criada de don Ramón, el boticario; el Bizco, hijo de Andrés, el zapatero, quien lo ayudaba en su trabajo; César, hermano mayor de Gerardo, el Indiano; éste continuó operando la carnicería de la madre, después de su fallecimiento; Cuco, el factor, "manejaba y controlaba la salida, entrada y circulación de los trenes por el valle." (p. 350); Chano, dueño de la taberna; Damián, hijo de Micaela, la carnicera, y hermano de César y Gerardo, el Indiano; era labrador; Dimas, oficial de banco, y persona con quien se fugó Irene, la Guindilla menor, a quien abandonó a los tres meses; muy probablemente bautizado del mismo modo que "el buen ladrón", con una buena dosis de picardía; Esteban, el panadero; Josefa, se suicidó, arrojándose al río, el día que Quino, el Manco, casó con Mariuca; Julián, uno de los hombres que habitualmente cargaba la Virgen, en andas, durante las procesiones; Juana, ama de don Antonio, el marqués; las Lepóridas, grupo de hermanas llamadas Camila, Carmen, Caridad, Casilda y Catalina; eran conocidas de este modo, dado que poseían "los labio[s] superior [es] plegado [s] como los conejos y su[s] naricita[s] se fruncía [n] y distendía [n] incesantemente como si incesantemente olisquease [n]." (p. 354); eran llamadas también las Cacas, porque sus nombres comenzaban con la sílaba Ca, y el padre padeció de tartamudez; además, se conocían como "las de Teléfonos", porque eran las que los regenteaban (p. 324-330); Lucas, el multilado, le faltaba una mano, como a Quino; María, la Chata, mujer estéril; Mariano, hijo de Andrés, el zapatero, nacido un día primero de enero, y hermano gemelo de Andrés; Mariuca, esposa de Quino,

el Manco, madre de Uca-uca; murió de tisis, muy joven; Micaela, la carnicera, madre de César, Damián y Gerardo, el Indiano; Ñuca, posiblemente la esposa de Chano, propietario de la taberna; Pancho, el Sindiós, era el dueño de una cuadra, donde estuvo ubicado el cine; tenía fama de ser una persona descreída; era un hombre práctico; Pascualón, poseía un molino; Pepe, el Cabezón, persona raquítica; Rafaela, la Chancha, esposa de Cuco, el factor; don Ramón, el boticario, era también alcalde del pueblo; Ramón, hijo del boticario que estudiaba la carrera de leyes; don Ricardo, el médico del pueblo; Rita, la Tonta, esposa de Andrés, el zapatero, y madre de diez hijos, entre los que se destaca Germán, el Tiñoso; Rufina, esposa de Pancho, el Sindiós, "que desde que se casó tampoco creía en Dios ni en los santos". (p. 355); Tomás, era uno de los hombres que acostumbraba a cargar a la Virgen, en andas, durante las procesiones religiosas; Tomás, hijo de Andrés, el zapatero, y Rita, la Tonta; era empleado, en la ciudad, de una empresa de autobuses; y, Trino, el sacristán, que se caracterizaba por ser una persona sin criterio propio ni voluntad.

A la luz de la multitud de personajes que participan en la "trama", se puede bien concluir la gran importancia que posee la presencia de la colectividad que imprime la fisonomía a este pequeño mundo, básicamente rural. La gente está unida por estrechos lazos de relaciones afectuosas que, en muchos casos, tienen la fuerza de la familiaridad. Una muestra de ello es la frecuencia con que unos y otros se conocen y se llaman por sobrenombres

que, aparte de identificar sus oficios o labores, destacan particularidades físicas que ponen de relieve defectos o cualidades negativas.

Por eso, se ha dicho:

Los nombres son invención de la gente del mismo pueblo, y son, pues, naturales, pero crueles, en el sentido de que frecuentemente surgen de una deformidad física o de una característica peculiar del individuo. Por consiguiente, tienen una tendencia a caricaturizar, pero también imprimen a la gente cierta individualidad que no tendrían si fueran llamados simplemente Irene, Lola, Paco, etc.<sup>16</sup>

e. Temas. Una vez más, la madeja ideológica subyacente en la creación de Delibes se apoya en un reducido grupo de ideas, que hemos visto figurar en sus obras desde la primera narración. Como observaremos más adelante, El camino, que abre este segundo período en su novelar -y en el que se inicia la ruptura en su modo tradicional de enfrentarse al relato-, aún conserva la tendencia de proponerse la demostración de una "tesis",<sup>17</sup> que era característica básica en los primeros tres libros antes examinados.

1) Principal. El planteamiento cardinal, en esta oportunidad, se apoya en una concepción tradicionalista de tipo religioso. La base claramente idealista de la idea esbozada por el representante eclesiástico de la obra, don José, es innegable, cuando asevera que cada persona tiene:

<sup>16</sup> Francis Rodman Ganser, Op. cit., p. 142. El texto original lee así: "The names are the invention of the townspeople themselves, and are thus natural but often cruel in that they are frequently derived from physical deformity or a peculiar characteristic of the individual. Thus they have a tendency to caricaturize, but they also give the people a certain individuality which would be missing if they were simply called Irene, Lola, Paco, etc."

<sup>17</sup> Eugenio García de Nora, Op. cit., III, p. 116, n. 73, indica: // "Lo menos aceptable, en todo caso, de El camino,... es/lo que hay en él de 'tesis' "...

un camino marcado en la vida y que se podía renegar de ese camino por ambición y sensualidad y que un mendigo podía ser más rico que un millonario en su palacio, cargado de mármoles y criados. (p. 452, subrayado nuestro .)

Y, se confirma, en el mismo Daniel, cuando, al final, nos enteramos que

...cuando empezó a vestirse le invadió una sensación muy vívida y clara de que tomaba un camino distinto del que el Señor le había marcado. (p. 453, subrayado nuestro.)

La exposición de la predestinación, del providencialismo, no puede ser más clara. Únicamente dentro de este contexto puede hablarse del tema central como los esfuerzos del protagonista por llevar a feliz término la autorrealización por medio de una auténtica ruta vital. De ahí que no sea del todo correcto frasear la preocupación fundamental articulada por vía de nuestro personaje como "la búsqueda de la autenticidad personal",<sup>18</sup> ya que esa llamada "búsqueda" parece ser un asunto resuelto para el Mochuelo y el autor. Lo que, en verdad, existe es una resistencia a abandonar el tipo de vida practicado durante la niñez. Esta situación, obviamente, lleva al planteamiento de cuál es el camino que se considera genuino, según la perspectiva ideológica desde la que se enfoca el asunto.

2) Auxiliares. Los temas secundarios son una consecuencia lógica de la formulación medular que se desprende de los esfuerzos realizados por Daniel para conservar y prolongar su "felicidad". Si observamos detenidamente el desenvolvimiento de los he-

---

<sup>18</sup> Edgar Pauk, Op. cit., p. 38.

chos, salta a la vista el proceso de crecimiento y desarrollo de los tres niños.

a) La niñez. Este asunto, que ya antes había tenido su manifestación negativa en La sombra del ciprés es alargada, Aún es de día y Mi idolatrado hijo Sisí, cobra ahora una significación que, por primera vez, es de tipo positivo. Se trata de una etapa clave -sana e inocente-, que considera la amistad como algo esencial, tal como puede corroborarse con las relaciones entre los muchachos. En esta "pandilla", cada uno tiene asignado su lugar:

Entre ellos tres no cabían disensiones. Cada cual acataba de antemano el lugar que le correspondía en la pandilla. Daniel, el Mochuelo, sabía que no podía imponerse a el Moñigo, aunque tuviera una inteligencia más aguda que la suya, y Germán, el Tiñoso, reconocía que estaba por debajo de los otros dos, a pesar de que su experiencia pajarera era mucho más sutil y vasta que la de ellos. La prepotencia, aquí, la determinaba el bíceps y no la inteligencia, ni las habilidades, ni la voluntad. Después de todo, ello era una cosa razonable, pertinente y lógica. (p. 343)

Dedicaban el tiempo libre a divertirse juntos. Disfrutaban de la compañía y la convivencia. Y las travesuras eran ingenuas, como el envío de la carta a don Moisés, a nombre de Sara, que hizo posible el matrimonio entre ambos. Sus preocupaciones trascienden, a veces, la mera diversión, para ocuparse de asuntos serios, como el nacimiento:

Daniel, el Mochuelo, escuchaba las palabras del Moñigo todo estremecido y anhelante. Ante sus ojos se abría una nueva perspectiva que, al fin y al cabo, no era otra cosa que la justificación de la vida y la humanidad. Sintió una repentina vergüenza de hallarse enteramente desnudo al aire libre. Y, al tiempo, experimentó un amor remozado, vibrante e impulsivo hacia su madre. (p. 348-349)

Es, también, en compañía de Roque y Germán que, por primera ocasión, experimenta el sufrimiento de la muerte a través de la carne del amigo entrañable.

Una vez más, García de Nora acierta al discutir la particularidad de este caso en Delibes:

no es en absoluto cosa nueva o infrecuente, ni siquiera en la novelística española moderna; basta recordar momentos básicos de la obra de Ledesma o de Pérez de la Ossa, la Crónica del alba, de Sender, o el Pedrito de Andía, de Sánchez Mazas (aparte de lo que, antes y después de Delibes, significan A. M. Matute o J. Goytisolo, entre otros); lo vigorosamente original, distinto y nuevo en El camino es el modo de abordar ese tema genérico: en primer término, frente al egocentrismo más o menos empachosamente autobiográfico, y el sentimiento de soledad que este tipo de evocaciones suelen rezumar, Delibes nos presenta no un niño, sino un grupo, un pequeño equipo de tres amigos (Daniel "el Mochuelo", Roque "el Moñigo" y Germán "el Tiñoso") que fraternal y comunitariamente comparten este acercarse al mundo y descubrirlo, con mucho más de gozo y plenitud vital que de angustia o sensación de pérdida de la "inocencia"; en segundo lugar, el contorno en el que estos niños emergen a la vida es, ciertamente, limitado, rústico y pueblerino, pero también sano, dinámico, popular, formado por gente sencilla, con una feliz ignorancia de las distancias o barreras sociales, y en permanente y vivificante contacto con la naturaleza...<sup>19</sup>

b) La naturaleza. Una observación apropiada sobre el carácter de contrapeso que desempeña la vida natural en las dos novelas previas, fue hecha por un crítico norteamericano:

Mientras en las dos primeras novelas de Delibes la naturaleza tuvo una función principalmente dialéctica, puesto que su papel era compensar o contrapesar una situación creada por los aspectos artificiales del vivir ciudadano o de una educación demasiado intelectual; aquí, por el contrario, la naturaleza es omnipresente, hasta el punto de que su presencia se hace casi subliminal. Es decir, lo que falta en la al-

<sup>19</sup> Eugenio García de Nora, Op. cit., III, p. 113-114.

dea de Daniel es exactamente lo que existe en demasía en la ciudad: civilización.<sup>20</sup>

Hay, por consiguiente, un valle donde Daniel nació y ha vivido durante once años y del cual nunca ha estado ausente (p.320). Para don José, don Moisés y su padre era "como una gran olla independiente, absolutamente aislada del exterior." (Ibid.) Aunque, a decir verdad, el valle tenía nexos con el exterior, a través de la vía férrea y la carretera. Aun más, esta conexión con el mundo circundante se proyectaba más allá de lo meramente visible:

Ambas vías atravesaban el valle de sur a norte, provenían de la parda y reseca llanura de Castilla y buscaban la llanura azul del mar. Constituían, pues, el enlace de dos inmensos mundos contrapuestos. (Loc. cit.)

He aquí, precisamente, el nivel donde la naturaleza alcanza su máxima importancia como representante de un mundo en oposición total con el medio externo. O sea, se trata de la expresión culminante y el modelo de la obra divina. Por eso es que su refugio y protección es el único que puede asegurar la felicidad y autenticidad de la vida, según la entiende Delibes, y, en consecuencia, Daniel. De esta circunstancia surge el continuo elogio a la vida espontánea, la llamada "alabanza de aldea",<sup>21</sup> que es algo así como un moderno "beatus ille". De su representatividad como objeto religioso es que se desprende su perfección y la aspiración a vivir en armonía con sus leyes.

c) El progreso. Cuando Eugenio García de Nora señala que El camino proyecta una "Concepción, por una parte, falsamente idí-

<sup>20</sup> Edgar Pauk, Op. cit., p. 152.

<sup>21</sup> Manuel García Viñó, Novela española actual, p. 27.

lica de la aldea; y por otra, socialmente estática, cerrada, inconsciente y profundamente reaccionaria."<sup>22</sup>, lo hace a la luz exclusiva del texto en cuestión. Porque, cuando se examina detenidamente esta novela, no puede inferirse otra conclusión de su literalidad.

La visión que se ofrece es algo simple, porque reduce la realidad a unos casos particulares y, a partir de ellos, generaliza la profusión del "mal". Claro está, las muestras escogidas son negativas y reprochables, si se quiere, pero ello no es motivo para que se ofrezcan como la norma y el norte de la "perversión" citadina, y, por lo tanto, del progreso, de la civilización.

Veamos el siguiente ejemplo:

Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un quesero era un hecho que honraba a su padre. Pero por lo que a él afectaba...

Su padre entendía que esto era progresar; Daniel, el Mochuelo, no lo sabía exactamente. El que él estudiase el Bachillerato en la ciudad podía ser, a la larga, efectivamente, un progreso. Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad, y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito. Si esto era progresar, el marcharse a la ciudad a iniciar el Bachillerato, constituía, sin duda, la base de ese progreso.

Pero a Daniel, el Mochuelo, le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto. Él creía saber cuanto puede saber un hombre. Lefía de corrido, escribía para entenderse y conocía y sabía explicar las cuatro reglas. Bien mirado, pocas cosas más cabían en un cerebro normalmente desarrollado. No obstante, en la ciudad, los estudios de Bachillerato constaban, según decían, de siete años y, después, los estudios superiores, en la Universidad, de otros tantos años, por lo

---

<sup>22</sup> Eugenio García de Nora, Op. cit., III, p. 116, n. 73.

menos. ¿Podía existir algo en el mundo cuyo conocimiento exigiera catorce años de esfuerzo, tres más de lo que ahora contaba Daniel? Seguramente, en la ciudad se pierde mucho el tiempo -pensaba el Mochuelo- y, a fin de cuentas, habrá quien, al cabo de catorce años de estudio, no acierte a distinguir un ren-dajo de un jilguero o una boñiga de un cagajón. La vida era así de rara, absurda y caprichosa. El caso era trabajar y afanarse en las cosas inútiles o poco prácticas. (p. 307-308)

Entendemos que, para la capacidad de Daniel, este modo de discurrir tan elemental sea comprensible. Lo que no puede ser aceptable es que el mismo Delibes lo adopte en esencia para sí. Deja mucho que desear que, un hombre de sus capacidades, pueda pensar seriamente lo siguiente sobre la educación; es decir, sobre la civilización, que él asocia exclusivamente con sus excrecencias:

Lo que llamamos civilización recata no poco de hipocresía. La educación empieza por disfrazar y termina por uniformar a los hombres. El hombre que reboza sus instintos y se viste en el sastre de la moda, es un ser desfibrado, sin contrastes, sin humanidad y, carente de todo interés novelesco. (p. 9)

Si ese es su sentido de los esfuerzos educativos en las sociedades modernas, habría que admitir que se ha "arado en el mar". Si las luchas por sacar al hombre de la barbarie y el primitivismo e insertarlo en la vida moderna, a través del empeño masivo de instruir y educar, es un propósito inútil, entonces sería válido aceptar que el mundo ágrafo es superior por la "bondad" y la "inocencia" del "buen salvaje" rousseauniano al que la sociedad corrompe.

A nosotros nos parece que las reflexiones esbozadas por Delibes en su discurso de ingreso en la Real Academia Española

de la Lengua, el 25 de mayo de 1975, "El sentido del progreso desde mi obra"<sup>23</sup> es un noble afán que revela el alto grado de sensibilidad y aprecio que siente por la naturaleza, hecho por demás loable, y que no puede dejar de suscitar otro sentimiento que el de respeto por quienes la estimamos en todo lo que vale.

Aceptamos, de antemano, que ha habido, y todavía hay, agresiones horrorosas, desvalijamientos perversos y envilecimientos horribles de la naturaleza por parte de estados y gobiernos, que han sido, y son, una amenaza para la humanidad. Pongamos por caso, a los Estados Unidos y su devastadora intervención en Viet Nam, ~~donde~~, aparte de sus probadas incursiones genocidas, efectuaron un ecologicidio sin paralelo, a través del empleo del napalm y del llamado "agente naranja", aparte de la dioxina.

Otra gran porción de responsabilidad en el daño ecológico mundial deberán compartir un grupo de naciones superindustrializadas, como Inglaterra, Francia, Japón y la Unión Soviética, para mencionar solamente algunas.

Lo que no podemos aceptar es la actitud apocalíptica de Delibes, su visión maniquea que lo conduce a contraponer la vida rural y la vida en la ciudad. También considera como antípodas a la naturaleza y al progreso. Su repudio a lo que llama despectivamente la "civilización", adolece raigalmente de un anti-intelectualismo en el rechazo general a la moderna educación masiva.

Su postura denota una actitud pesimista y una triste falta de confianza en la capacidad del hombre -de los pueblos- para

---

<sup>23</sup> Miguel Delibes, S.O.S. (El sentido del progreso desde mi obra), p. 17-89.

superar las deficiencias y las limitaciones que impone la lucha compleja que forma la historia, en la que precisa salvar las dificultades más serias, al mismo tiempo que se enfrenta el reto diario de alcanzar una vida mejor.

Después de todo, sería absurdo renunciar a los esfuerzos que, a través de los siglos de luchas y sacrificios mayúsculos, han colocado al hombre en el nivel de vida actual. Parte del reto de este desarrollo consiste en lidiar contra la automatización, la enajenación y la masificación, entre otros males. Pero ello no es lo esencial en lo que debe entenderse por el progreso. La ciencia y la técnica poseen un lugar superior en la vida y el futuro de la humanidad. Su intervención en la naturaleza ha sido más bien de carácter positivo. Ha ayudado a entenderla mejor y a auxiliarla eficazmente. No hay un área del conocimiento humano donde su intervención no haya sido beneficiosa. Más aún, cada día serán más indispensables para la supervivencia de las especies.

El problema con Delibes es que ha internalizado el proceso como un resultado negativo de la gestión humana dentro del contexto natural y social en que se ha desenvuelto. Si no se hubiese planteado el progreso (o la civilización) como una amenaza ~~muestra~~ a la "creación divina" de la naturaleza, estaría en posición de entender que no existe un conflicto real entre uno y la otra. Por el contrario, la civilización, el progreso y la cultura son una prolongación de las exigencias vitales que nos motivan.

d) La religión. La preocupación religiosa es siempre acicate importante en la creación delibeana. En el tuétano mismo del tema central de la novela (la autorrealización por medio de una auténtica ruta vital), según expusimos, reside una concepción de carácter religioso. El "camino" es el designio de Dios a través de su obra: la naturaleza. De modo que podemos concluir que su visión global, con respecto a la vida del hombre -y de toda la vida-, está enmarcada dentro de los parámetros del cristianismo.

No obstante, el ejercicio religioso de los personajes en la novela son vistos como una práctica rutinaria, y, a veces, como un ritual inútil o un oficio de beatería, incapaz de incidir en la conducta de los pecadores:

Y la Virgen recorrió el pueblo sobre los fornidos hombros de Paco, el herrero, a paso lento y haciendo cuatro paradas: en la plaza, ante el Ayuntamiento, frente a Teléfonos y, de regreso, en el atrio de la iglesia, donde se entonó, como era costumbre, una Salve popular. (p. 319)

.....

Don José, el cura, que era un gran santo, arremetió una mañana contra las parejas que se marchaban a los prados o a los bosques los domingos, al anochecer; contra las que se apretujaban en el baile cerrado; contra los que se emborrachaban y jugaban hasta los pelos en la tasca del Chano y, en fin, contra los que durante los días festivos segaban el heno o cavaban las patatas o cuchaban los maizales. (p. 414)

.....

Y, al día siguiente, reunidos en el corral del párroco los elementos de la comisión, se quemó el aparato proyector. Junto a sus cenizas, la Guindilla mayor, en plena fiebre inquisidora, proclamó su fidelidad a la moral y su decisión inquebrantable de no descansar hasta que ella reinase sobre el valle.

-Don José -le dijo al cura, al despedirse-, seguiré luchando contra la inmoralidad. No lo dude. Yo sé el modo de hacerlo.

Y al domingo siguiente, al anochecer, tomó una linterna y salió sola a recorrer los prados y los montes. Tras los zarzales y en los lugares más recónditos y espeso encontraba alguna pareja de tórtolos arrullándose. Proyectaba sobre sus rostros confundidos el haz luminoso de la linterna.

-Pascualón, Elena, estáis en pecado mortal -decía tan sólo. Y se retiraba.

Así recorrió los alrededores sin fatigarse, repitiendo incansable su terrible admonición:

-Fulano, Fulana, estáis en pecado mortal. (p. 418)

e) El amor. La presencia (o ausencia) de este sentimiento puede ser rastreado, a partir de La sombra del ciprés es alargada, entre Pedro y Jane; en el cariño que unía a Pedro con Alfredo, o en la dolorosa orfandad que padecían ambos amigos. Así también advertimos el desamor en el Sebastián de Aún es de día. Otro tipo de manifestación es la egolatría de Cecilio Rubes en Mi idolatrado hijo Sisí.

El camino exhibe distintas clases de relaciones amorosas. Destaca el aspecto de la amistad fraternal que vincula a los tres niños. Hay también testimonios de amor paternal y filial entre los progenitores y sus hijos, los cuales se desenvuelven en un marco natural de afecto.

Daniel sufre la experiencia del amor platónico con Mica, en tanto que la Uca-uca le despierta un tipo de cariño más real.

Bastante ideal es el amor de Quino, el Manco, por Mariuca, y el de Josefa por él, que la lanza al suicidio. Su matrimonio con Lola, la Guindilla mayor, se inicia como un lance caballeresco.

En tanto, don Moisés es un infortunado que llega por accidente al amor de Sara, después del fracaso con Camila, la Lepórida.

A Dimas le interesa más el dinero de Irene, la Guindilla menor, que la relación afectuosa.

Y, a Andrés, el zapatero, como muchos en el pueblo, le complace el amor espontáneo y natural.

f) La esterilidad. Ésta es una revelación recurrente en la obra. La imposibilidad de procrear tiene un peso como de tragedia y de pecado que niega un propósito esencial de la naturaleza. Esta condición es un estigma para esas mujeres.

La madre de Daniel se lamenta:

Es nuestro único hijo. Si siquiera tuviéramos una niña. Pero mi vientre está seco, tú lo sabes. No podremos tener una hija ya. (p. 311)

Lola e Irene sostienen la siguiente conversación, después que Dimas abandonó a la segunda:

Se le rompió la voz en un sollozo. Se hizo otro silencio. Al cabo, la Guindilla mayor inquirió:  
 -¿Qué te dijo?  
 -Que era machorra.  
 -¡Canalla!  
 -Ya lo ves; no puedo tener hijos. (p. 351)

Más adelante se destaca a "María, la Chata, que también tenía el vientre seco" (p. 355). Sobre el amor de Lola al gato se afirma que "le quería como si fuese una consecuencia irracional de su vientre seco." (p. 398)

g) La muerte. Como hemos apuntado en otro lugar, este fenómeno ha sido fuente de preocupación, no sólo a nivel personal, sino como tema destacado desde su primer libro. Ocupa un espacio prominente en las tres novelas consideradas en el capítulo anterior.

Aquí la muerte también es un designio inescapable para la madre de Roque, el Moñigo, que fallece al nacer él (p. 313);

para Elena, la Guindilla del medio (p. 332-333); para Mariuca, perdidamente tísica (p. 375); y, para Germán, el Tiñoso, cuya vida se troncha en un accidente (p. 437). El único personaje que, en verdad, se autoimpuso el tipo de desenlace que prefería para su vida fue Josefa, cuando se suicidó, lanzándose desnuda a la corriente de El Chorro (p. 374-375).

Pero, de todas esas muertes, es la de Germán, el Tiñoso, la que tiene un efecto profundo en la vida de Daniel, que lo lleva a plantearse el carácter efímero y transitorio de la vida, y el poder igualador e inevitable de la muerte:

Algo se marchitó de repente muy dentro de su ser: quizá la fe en la perennidad de la infancia. Advirtió que todos acabarían muriendo, los viejos y los niños. Él nunca se paró a pensarlo y al hacerlo ahora, una sensación punzante y angustiosa casi le asfixiaba. Vivir de esta manera era algo brillante, y a la vez, terriblemente tétrico y desolado. Vivir era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente. A la larga, todos acabarían muriendo: él, y don José, y su padre, el queso, y su madre, y las Guindillas, y Quino, y las cinco Lepóridas, y Antonio, el Buche, y la Mica, y la Mariuca-uca, y don Antonino, el marqués, y hasta Paco, el herrero. Todos eran efímeros y transitorios y a la vuelta de cien años no quedaría rastro de ellos sobre las piedras del pueblo. Como ahora no quedara rastro de los que les habían precedido en una centena de años. Y la mutación se produciría de una manera lenta e imperceptible. Llegarían a desaparecer del mundo todos, absolutamente todos los que ahora poblaban su costra y el mundo no advertiría el cambio. La muerte era lacónica, misteriosa y terrible. (p. 441)

Y, una vez más, la atmósfera sencilla y elemental del pueblo se extiende hasta el mismo cementerio pequeño y casi agradable, donde la naturaleza vuelve a imponer su señorío:

Por lo demás, el cementerio del pueblo era tibio

y recoleto y acogedor. No había mármoles, ni estatuas, ni panteones, ni nichos, ni tumbas revestidas de piedra. Los muertos eran tierra y volvían a la tierra, se confundían con ella en un impulso directo, casi vicioso, de ayuntamiento. En derredor de las múltiples cruces, crecían y se desarrollaban los helechos, las ortigas, los acebos, la hierbabuena y todo género de hierbas silvestres. Era un consuelo, al fin, descansar allí, envuelto día y noche en los aromas penetrantes del campo. (p. 446)

h) La Guerra Civil. Esta experiencia histórica española, que ya había asomado en Aún es de día, y, como vimos, reaparece en Mi idolatrado hijo Sisí, hace también su incursión en las páginas de El camino, aunque muy fugazmente. El hecho viene a colación con respecto a la cicatriz que le ocasionó, en el muslo, el estallido de una bomba lanzada desde un avión, la cual alcanzó a Roque, el Moñigo. Otra consecuencia del encuentro bélico fue la pérdida de las campanas por el pueblo, que fueron fundidas, posiblemente para hacer armas destinadas a los franquistas. Después de la guerra, don Antonino, el marqués, regaló unas campanas nuevas a la localidad.

El conflicto deja grabada esta impresión en el protagonista:

Daniel, el Mochuelo, apenas se acordaba de la guerra. Tan sólo tenía una vaga idea de haber oído zumbiar los aviones por encima de su cabeza y del estampido seco, demoledor, de las bombas al estallar en los prados. Cuando la aviación sobrevolaba el valle, el pueblo entero corría a refugiarse en el bosque: las madres agarradas a sus hijos y los padres apaleando al ganado remiso hasta abrirle las carnes. (p. 369)

i) La caza. Ésta es, prácticamente, una reelaboración artística de sus vivencias cinegéticas, al lado de su padre. Tiene la importancia de ser algo así como una introducción a sus Diarios. El Mochuelo vive entusiasmado con las salidas y llega-

das de su padre. Disfruta los preparativos de la caza, los relatos, los secretos de esa gestión, y luego su propia participación junto al progenitor en esas aventuras (p. 382-389).

f. Reflexiones últimas. No cabe duda de que El camino es una novela clave dentro del desarrollo creador de Delibes. Establece un nuevo giro en su trayectoria narrativa, que encamina su oficio por senderos de mayor fortuna y modernidad. Su sencillez es, más bien, aparente. Aquí se abordan, con seguridad, conceptos medulares de su ideología; como la autenticidad vital, la niñez, la naturaleza, el progreso y la religión, desde una decidida postura personal que se va a prolongar y desarrollar en sus obras futuras.

Técnica y estilísticamente también ocurre un viraje notable que marca un modo distinto de plantearse la función de la "carpintería", en su profesión como escritor de relatos de ficción.

## 2. Diario de un cazador

a. Título. Este es uno de los casos de más clara literalidad entre las obras delibeanas examinadas. No evoca posibilidades interpretativas, como sería posible en circunstancias específicas de frases populares donde, por una u otra razón, la significación explícita se va "contaminando" de "sentidos" adicionales. Aquí no existe esa opción. La rotulación no admite mensajes ulteriores. Está limitado a un exclusivo campo semántico.

b. Prólogo-Dedicatoria. Desde este momento, el autor es-

tablece como elemento importante en su concepción de la caza, el hecho de ser ésta una actividad de hombres espontáneos, naturales, ajenos a las falsedades y las mixtificaciones de los diletantes de las ciudades. Expone, además, la crudeza del medio en que practican la cacería, con el único auxilio del escaso instrumental que exige el oficio.

Destaca el carácter esencialmente bueno de los seres de acusada personalidad, en los que la palabra gruesa es parte sustancial de su perfil psicológico y moral.

La otra particularidad que la obra adelanta es el lenguaje privativo que domina y rige en este ejercicio de sensibilidad y destrezas y por el cual el libro alcanza unos méritos específicos dentro de su novelística.

Aparte de ofrecérselo genéricamente a este tipo de hombre rudo y bondadoso, se lo brinda a su padre y a su cuadrilla, compuesta por Antonio Merino, Vicente Presa, Santiago R. Monsalvo, y a su hermano José Ramón, quienes resumen las virtudes y los defectos de los cazadores que complacen a Delibes.

c. Escenario y atmósfera. El medio en que se desenvuelve el Diario es una pequeña ciudad provincial lindante con el campo, en toda su variada configuración.

La zona urbana se nos ofrece desde esta perspectiva:

De día es aún más hermosa la vista de la ciudad. Al pie de la casa brillan los carriles de la estación y se divisa el movimiento de los trenes sin que se oiga su jadeo. La ciudad queda enfajada por el río y de la otra orilla hay un extenso campo de remolacha, protegido por unos tesos rojizos, salpicados de viñas. En las otras direcciones, la ciudad se pierde en unos arrabales polvorientos.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Miguel Delibes, Diario de un cazador, Op. cit., II, p. 25. A partir de este momento nos limitaremos a señalar las páginas correspondientes, entre paréntesis, al lado de las citas del texto.

El ambiente natural de la caza se manifiesta de este modo en una de sus facetas:

Fuimos en tren hasta lo de Illera. Es un cazadero hermoso con una ladera áspera, llena de jaras y tomillos, y un caparral arriba, en el páramo. El río corre por bajo y espejea con el sol. Lo de Illera, a las doce del día, es un bonito espectáculo. (p. 42)

La atmósfera es de tipo cotidiano, en la vida de un hombre común que se desempeña como bedel en un centro docente, con sus dificultades rutinarias de la existencia y las peripecias y ansiedades que le ocasionan sus incursiones como cazador:

He pasado un rebufe del demonio. Encontré llorando a la madre al regresar del café y me dijo que la hija segunda del señor Moro la había llamado tía. Le dije que se explicase y ella que desde hace cuatro días las hijas del señor Moro cuelgan la ropa en nuestro tendadero y hoy nos arrancaron un palo. Me endemonió la cosa, pues hace una semana me tiré la tarde colocando el alambre. Como no me gusta andar con tapujos pasé donde el señor Moro y le dije que, con todos los respetos a su edad, no estaba dispuesto a molerme para él y los suyos. (p. 27)

.....

En la vida pasaré un trago como el de hoy. Me sorprendió la pareja en un pinar y llevaba a la espalda una liebre como un burro. Bien sabe Dios que salí a las torcaces, pero la tía se me arrancó en la linde de un majuelo, tan clara y tan pausadita, que no me pude reprimir. Le solté el izquierdo porque iba un si es no es larga y la dejé seca. El tiro le cogió la chola y sangraba como un chon. Me asusté, la verdad, porque la socia pesaba sus buenos tres kilos y hacía un bulto del diablo. Pensé que era mejor dejar las torcaces para otro día y volverme arreando a la bicicleta. (p. 31)

d. Argumento. Quienes afirman que este libro puede catalogarse como el compendio de puerilidades ocurridas a un bedelcazador realizan una caracterización sucinta de la trama. Así, por ejemplo, el autor presente se expresa en ese sentido:

Todos los acontecimientos que Lorenzo relata tienen un carácter cotidiano, y en no pocos casos resultan com-

pletamente triviales. Por sí mismos serían insuficientes para darnos una imagen del personaje. En pocas novelas se encontraría un personaje al que le sucedieran menos cosas que a Lorenzo.<sup>25</sup>

Algunos de los sucesos intrascendentes que merecen puntualizarse son el hecho de que Lorenzo, el protagonista, escribe un diario, en el que hace constar que ha pasado a desempeñarse en otro centro docente, al cual llegó desde el que laboraba anteriormente. El problema que se le presenta de inmediato es que su madre no quiere dejar la casa donde ha vivido durante treinta años. Señala que preferiría morir antes que abandonar el lugar donde ha pasado gran parte de su vida.

Su amigo Melecio lo auxilió en la mudanza, mientras que su hermana, la Modes, se rehusó a ayudarlo. Aquél lo acompaña desde las seis hasta las ocho y media de la madrugada. Después de instalarse en el lugar, la madre de Lorenzo se sentía mejor, y sólo lamentaba que la casa no tuviera un balcón donde colocar un sillón.

Melecio frecuenta el hogar de Lorenzo, en el que hablan del casi único y obsesivo tema de la caza. En una de sus primeras conversaciones, vine a colación el incidente del padre de éste -luego que la guillotina de la imprenta le cercenó la mano-, quien no pudo cazar una liebre por su condición de lisiado. Dicho suceso le causó tanta pena que, tres meses después, falleció, presumiblemente de tristeza.

En otra oportunidad, la madre de Lorenzo tiene dificultades con su vecina, llamada la Carmina, porque ésta usaba el lu-

---

<sup>25</sup> Alfonso Rey, Op. cit., p. 101.

gar donde ella tendía la ropa y le había roto un palo. El hijo va a querrellarse donde el señor Moro sobre la situación que ha sucedido con Carmina.

Este es el primero de una serie de problemas que Lorenzo y su madre tendrán con la familia del señor Moro. En otra ocasión, volvieron a tener un encontronazo cuando desapareció el pellejo de una liebre que Lorenzo le había regalado a la madre. Ayudado por el perro Sol, de su amigo Tochano, la encuentra en la casa de Carmina, y ésta alega que no sabe cómo fue a dar allí.

Conjuntamente con sus experiencia de la caza, empiezan a desfilar personajes que tienen distintos tipos de relaciones con el protagonista. Así, por ejemplo, don Florián, sacerdote amante de la cacería; Tino, hermano del bedel-cazador; don Rafael, propietario de una tienda; Aquilino Pérez, un amigo; don Basilio, el director de la institución en la que trabaja; José, empleado de la secretaría, y diversos compañeros de la caza y el trabajo.

Destaca relaciones y diferencias entre las múltiples figuras que se entrecruzan en su vida. Se ponen de manifiesto afinidades y contradicciones humanas, problemas personales, relaciones sentimentales, aficiones como la cacería y dificultades familiares.

A la par con la práctica de su deporte preferido, Lorenzo aspira a una posición vacante en la conserjería. Un día, además, conoce a una joven llamada Anita, que trabajaba en la buñolería de su padre. Andando el tiempo ésta se convertiría en su novia.

Otros incidentes registrados por Lorenzo de alguna importancia son: la herida que la Modes le hizo a su esposo Serafín

en la cabeza, supuestamente, producto del malhumor causado por el embarazo; Lorenzo visita la tumba de su padre el día de los muertos, cuando ya han transcurrido quince años desde su deceso; su hermana aborta alrededor de dos semanas después.

Con respecto al trabajo por el cual estaba esperando, el director decide otorgárselo al señor Moro, quien llevaba treinta y cinco años de servicios. Acepta una vacante para encender la calefacción del Centro. También ocurre la boda de Tochano con Paula un treinta de diciembre. Poco tiempo después pasa un mal rato en el trabajo cuando en la Dirección le piden cuenta por no haber descubierto y borrado enseguida el dibujo de una mujer desnuda aparecida en el tablón de anuncios.

Más adelante Melecio le informa que Pepe se había pegado un tiro "al querer matar una liebre encamada a culetazos" (p. 93). Don Florián le hace una historia de caza en el cielo para conformarlo antes de morir, lo que ocurrió poco después.

El profesor de francés y la alemana se casan y reclutan a Lorenzo para que abriera las puertas de los coches, vestido con un uniforme propio para la ocasión. Para esa época comienza a trabajar como acomodador en un cine. Tinita, la hija de la Modes, contrae pulmonía, pero se recupera.

Se dedica a ver películas cada vez que puede. Lleva a Anita. Acompaña a su madre. Mientras tanto, transcurren los exámenes oficiales y empiezan los libres. Además, gana una competencia de puntería en la caza, que le vale el reconocimiento público y periodístico.

Terminan los exámenes. Aquilino Pérez sufre un ataque de

ciática. Paula, la esposa de Tochano, da a luz un niño muerto. Se ahoga el Mele, hijo de Amparo y Melecio. La madre de Lorenzo vuelve a reñir con la Carmina por motivo de una prenda desaparecida de su tendedero que, finalmente, resultó haber sido tomada accidentalmente por la mujer de Crescencio.

La Modes da a luz gemelos: niño y niña. Lorenzo sigue yendo de cacería cada vez que le es posible. Decide dejar el trabajo en el cine. Anita pone como obstáculo, a su interés de casarse con ella, el hecho de que cuenta solamente con diecinueve años. Melecio, por su parte, lo entera de que Amparo está embarazada. Anita y él siguen enojados. Don Florián le ofrece trabajar como cobrador de recibos. Acepta.

El hijo de Tino y Veva se escapa de la casa con dos mil pesetas de sus padres. Más tarde, lo encuentran en Guadalajara con trescientas de ellas nada más. Lo ingresan en un reformatorio. Aquilino, ya bien de su dolencia, notifica su boda para mayo. Surge el problema de que le retiraron "los obvencionales al personal subalterno." (p. 143) Don Basilio, en una reunión, promete compensarlos momentáneamente.

Lorenzo continúa practicando la caza cada vez que puede. Su madre enferma. Ocurre una protesta en la Universidad, por parte de los estudiantes, como consecuencia de las disputas entre España e Inglaterra, con respecto a la soberanía sobre Gibraltar. Amparo da a luz un hijo parecido al Mele. Tino viene a ver a su madre. Ella no lo reconoce. Dice a Lorenzo, con relación a la operación de Veva, que la abrieron y la cerraron inmediatamente. Por fin, Anita va a visitarlo, al enterarse de la

situación en su casa. Este Diario cierra un veinticinco de enero, casi un año y medio después de haberlo empezado un quince de agosto.

e. Personajes. El uso de la técnica de diario, como recurso básico en el montaje de los sucesos que se narran, impone la óptica de primera persona, como ángulo exclusivo de visión empleada en el relato. El dominio único de la mirada, por parte de Lorenzo, lo coloca en una postura privilegiada, puesto que él es la fuente absoluta de conocimiento para juzgar todo lo que ocurre. Y esa es la virtud y la limitación de la primera persona narrativa: sólo permite poseer una versión de los hechos de todas las existentes posibles. Esta circunstancia convierte al redactor del diario en el personaje principal y al que mejor comprendemos por sus palabras y por la conducta que asume en distintas situaciones.

1) Protagonista. Aunque ya antes Delibes nos había dado a Sebastián en Aún es de día -perteneciente a su "Primer ciclo" creador-, un personaje pobre que lucha por sobreponerse al ambiente sórdido, Lorenzo representa lo que podría llamarse "un tipo popular". Si aquél era todavía un carácter "impuesto" por el narrador, éste de ahora es el resultado de una voluntad "propia", que se manifiesta en un estilo congruente con el grupo y la clase social a la que pertenece.

Se trata de un joven bedel, acomodador de un cine y cazador apasionado, que vierte regularmente en un diario personalísimo los pequeños incidentes que ocurren en su vida. Podría decirse que son hechos sin mayor trascendencia, en su inmensa mayoría.

El grueso de ellos se enmarca en áreas como la vida hogareña, el medio en que desempeña sus labores cotidianas, el círculo de amigos en el ambiente de la cacería y fuera de él, y en el propio contorno de su intimidad.

Lorenzo demuestra poseer una personalidad sencilla, que casi podría catalogarse como elemental. Ello no impide que se revele como un hombre celoso de la independencia personal, generoso y franco:

"Yo no vine aquí a hocicar -dije lealmente-. Eso no quita para que si don Basilio me ofrece la conserjería le vaya a arrugar el morro." El viejo empezó con que don Basilio le tiene aquí y que si el cargo lo dan por antigüedad, como debe ser, yo no pinto aquí nada. Me recomendó el retintín y le contesté que no estaba allí para hablar de la conserjería sino del tendedero y que aunque joven no me gusta que nadie se me sienta en la barriga. Le dejé con la palabra en la boca. (p. 27-28)

El orgullo es otra cualidad suya que se manifiesta en más de una oportunidad:

Don Basilio me salió esta mañana con que me quitara el blusón y me pusiera la gorra del uniforme. Me lo estaba oliendo. Fui sincero con él y le expliqué que la gorra no me va con la cara. Él me salió con que el uniforme es la manifestación de la disciplina en el Centro. Le dije que era una gorra muy llamativa y entonces se le puso el habla de pendoncete y me dijo que él no la había inventado, sino que era la reglamentaria. (p. 38)

Aun cuando Lorenzo es un hombre cuyos mayores problemas se circunscriben al vecindario, el trabajo, la cacería y las relaciones con su novia, siente una preocupación constante por su situación económica, la que desea mejorar. Por esta razón, considera cambiar de ambiente y emigrar a América.

Miguel Delibes lo entiende de este modo:

Así recreé un personaje, Lorenzo, que en su idiosincracia responde a las características mediterráneas, ajenas, todavía a todo contagio... Lorenzo, entiendo, es un ejemplar español incontaminado; un producto del sol y del viento, bravucón y refrenado, largo de lengua y más corto en hechos, vehemente y soñador, perezoso y criticón, pero al propio tiempo, limpio para amar, generoso en las entregas, noble en los principios y leal a la amistad. Yo veo en él, cuando caza y cuando ama, cuando trabaja y cuando sueña, un ejemplar típicamente hispano. (p. 12)

2) Figuras secundarias. Los personajes ubicados aquí ocupan el lugar porque tienen una relación o afinidad más estrecha con el protagonista y le merecen mayor consideración. No significa, necesariamente, que trasciendan la mera categoría de tipos.

a) Anita. Es una joven de diecinueve años que trabajaba en la buñolería de su padre, donde Lorenzo la conoce y se enamora de ella. "Tenía los ojos grandes y asustados" -según la describía (p. 49). Además, "La chavala tenía las manos torpes y daba lástima" -agrega. (Loc. cit.) Tenía las pantorrillas flacas. Sus amigas la comparaban con Pier Angeli. Era amante del baile y del cine. Frecuentemente se hacía acompañar por unas amigas a las que llamaban las Mimis. En un momento dado, rechaza la propuesta matrimonial que le hace Lorenzo, porque "a esa edad ninguna mujer piensa en sacrificarse." (p. 133) Esas ideas se las habían metido en la cabeza aquellas compañeras mayores. Y, aunque le molestan los compromisos dominicales de su novio con los amigos de cacería -cosa que provoca peleas y enojos-, cuando enferma la madre de Lorenzo, se reconcilia con él, porque, según dice el protagonista, "quién me iba a preparar los arreos para salir al campo." (p. 153)

b) Don Basilio. Es la persona que dirige el centro docente donde trabaja Lorenzo. Era un hombre estricto, que podía parecer gruñón, a veces, pero que resulta ser comprensivo y justiciero con sus empleados.

c) La Carmina. Es hija del señor Moro y vecina de Lorenzo, quien la tiene en muy poca estima. Según éste, ella es una persona "problemática" que ocasiona dificultades en la convivencia con ~~otras~~ personas. Tenía diferencias frecuentes con la madre de Lorenzo, a la que llegó a sustraer algunas pertenencias. La inclinación de su padre a excusarla, posiblemente había prohiado el comportamiento suyo.

d) Don Florián. Se trata del párroco del Carmen y amigo de la familia de Lorenzo por muchos años. Fue compañero de cárcel de su padre. Dio lecciones de caza, cuando era niño, al protagonista. Era un sacerdote de gran vocación y sentía genuina inquietud por el destino de sus feligreses y amigos. En el caso de Pepe se propuso hacerlo aceptar un cielo muy peculiar -a la medida de los cazadores-, a la hora de su muerte, aun cuando éste no era un entusiasta de la fe.

e) La madre. No posee un nombre en específico, aunque tiene un gran peso sobre la conducta de Lorenzo, con sus ideas conservadoras, tradicionales y religiosas. Naturalmente, es poco propensa a aceptar cambios de cualquier índole, aun cuando se traten de alteraciones que resulten positivas, como fue la mudanza del lugar donde había residido durante los últimos treinta años. A pesar de su edad, realiza las labores domésticas y

cuida de Lorenzo. Se preocupa, además, por su hija, la Modes, y por Florentino, el hijo ausente. Era amante de la naturaleza, por lo que disfrutaba de las estrellas y los pájaros. Le agradaba también ir al cine.

f) Melecio. Éste es el mejor amigo de Lorenzo y su habitual compañero de caza. No obstante su dedicación a la cacería con verdadero entusiasmo es un trabajador responsable y un hombre amante de su casa y de la familia. Sufrió un rudo golpe al morir su hijo, pero pudo sobreponerse y continuar la vida.

g) La Modes. Es hermana de Lorenzo. Está casada con Serafín. Tiene seis hijos, los últimos dos mellizos (niño y niña). Se muestra despreocupada por la madre. Su hermano, el diarista, dice de ella: "La Modes siempre anda a lo suyo. Si alguna vez viene por casa es a pedir. No he visto otra mujer que haya cambiado tanto como ella con el matrimonio. A todas horas anda desgreñada y sucia como las de la tirada del carbón. Cuando le dije lo del traslado me contestó que quién iba a atender lo suyo entonces." (p. 24) Su carácter irascible se manifiesta, incluso, en las agresiones que realiza contra su esposo: "Hoy se presentó Serafín con un chirlo en la cabeza. Olía que apestaba a vino. La madre se asustó y le preguntó qué le ocurría. Él respondió que la Modes le había sacudido con el hierro de la cocina. Explicó que los embarazos cabrean a mi hermana y que en la fábrica le habían dicho que diese parte, pero que él no va a dar parte porque quiere a la Modes, y eso era una vergüenza, y por los chicos." (p. 49)

h) El señor Moro. Trátase del vecino de Lorenzo y compañero de trabajo, además de padre de tres hijas, entre las que destaca Carmina. Llevaba treinta y cinco años de servicio en el centro o, por lo cual don Basilio lo nombró para la conserjería.

3) Tipos, sombras y siluetas. Concurren en esta obra una cantidad significativa de personajes que figuran en distintos lugares, a lo largo del relato, o que, sencillamente, aparecen aquí y allá, en algunos momentos. Pueden ser amigos relacionados con Lorenzo por medio de las aventuras de la cacería; socios de tertulia; personajes entrelazados con el lugar en que desempeñan las labores, o simples seres accidentales en la trama.

Así, tenemos a don Acisclo, empresario del cine; don Adolfo, presidente de la Sociedad de Cazadores; Amparín, hija de Amparo y Melecio; Amparo, madre del Mele, que murió ahogado; don Ángel, jurado en la sección de canes en los premios de San Antón; Aquilino Pérez, brigada primo de la madre de Lorenzo; Asterio, sastre; don Benjamín, intentó, sin éxito, hablarle a los estudiantes que protestaban en la Universidad por la soberanía de Inglaterra sobre Gibraltar; Crescencio, amigo de Lorenzo de Santander; Creus, propietario de una botica; Cosme, compañero de Lorenzo en el ámbito académico; tiempo después se trasladó a Barcelona; el chaval, no posee un nombre específico; es hijo de Tino y Veva, y quien escapó de su casa con dinero de los padres; posteriormente, fue ingresado en un reformatorio; don David, éste es contertulio en la peña de Tochano; Doly, es la perra de caza de Melecio; Emilio, amigo de Lorenzo en el círculo de sus faenas; Eliecer, dueño de

un merendero; Esteban, primo de Melecio; Faustino, fogonero acompañante de la Mimi; Fermin, compañero de Lorenzo en las tareas del cine; doña Flora; persona asociada a un incidente jocoso en la vida de Melecio; Florentino, conocido como Tino y hermano de Lorenzo y la Modes; Gabriel, hermano de Serafín, el de Villaherrero (p. 116) o Villahierro (p. 119); Higinio, acomodador del cine que murió tísico; don Ildefonso, sacerdote que bendijo los animales en la puerta de la iglesia, sita en la plaza de San Roque; José, empleado de la Secretaría en la institución donde trabajaba Lorenzo; Juan, persona que retira, en una ocasión, los servicios en el café donde tertuliaban los amigos cazadores; también fue colocado de ordenanza en la Banca Guipuzcoana; Ladislao; ocupa un piso en el edificio donde reside Lorenzo; Lourdes, compañera de Aquilino por quien Lorenzo sentía aversión; Manolo, uno de los acomodadores del cine; Mele, hijo de Melecio y Amparo que murió ahogado; las Mimis eran dos amigas de Anita, solteras y mayores que ella, que se desempeñaban como peluqueras, y quienes aconsejaban mal a la joven; mujer de Ladislao, "una tía guarra" (p. 24) que acostumbraba echar migajas de pan a los gorriones; don Nicanor, miembro del personal de la unidad de trabajo de Lorenzo; Nines, "la Mimi pequeña, la alta" (p. 80); el padre de Lorenzo, "la guillotina de la imprenta le segó la mano" (p. 26), razón por la cual no pudo volver a cazar; murió a los cincuenta y dos años, presumiblemente de "pena"; la Patro, mujer de Pepe; Paula, esposa de Tochano; dio a luz un niño muerto; el Pavo, estudiante que se caracterizaba como organizador de jaranas; Pepe, compañero de caza de Lorenzo, murió como resultado de una herida

recibida accidentalmente, al disparársele una escopeta; Pío, nombre del niño abortado por la Modes; Pito, "el de la armería" (p. 121); Polo, dueño de un bar; profesor de francés, era de apellido Pérez y trabajaba en el Centro donde Lorenzo estaba empleado; le llamaban José Bonaparte; profesora de alemán, novia y luego esposa del maestro de francés; se decía que tenía ideas pro-nazi; Quintín, portero del cine; don Rafael, dueño de una tienda; don Rodrigo, maestro de matemática y padre de seis hijos, cuya condición económica lo hace vender apuntes de su clase, para los exámenes finales, por medio de Lorenzo; Rufina, amiga de la madre de Lorenzo, a quien visitaba ocasionalmente; Serafín, marido de la Modes; de carácter débil; en alguna ocasión fue agredido por su esposa; Sisinio, joven flaco, cobrador de la luz; Sol, perro de Tochano, Titina, hija de Modes y de Serafín; en un momento estuvo malamente enferma con pulmonía; Tochano, uno de los más importantes compañeros de caza de Lorenzo; Tomasito, amigo de tertulia de Lorenzo que había "estado un mes a la sombra por un asunto de dinero" (p. 72); el Tomillo, otro de los muchos cazadores en la obra; Veva, esposa de Florentino; Vicente Ansoátegui, joven cazador vasco; y, Zacarías, otro de los más connotados cazadores.

f. Temas. Las preocupaciones expuestas en esta obra no son radicalmente distintas a las que ya hemos venido señalando al considerar las novelas anteriores. En todo caso, lo que ha cambiado es el énfasis que, en esta oportunidad, recibe el manejo de inquietudes que acompaña a Delibes desde sus inicios literarios.

1) Principal. Corresponde ahora la prioridad al ejercicio de la caza, dentro de la gama ideológica que contiene este primer Diario... Se trata de un hombre sencillo, de estirpe popular, que convierte en centro de su vida la afición por la cacería. Por medio de ella, consigue atenuar el cansancio cotidiano del tráfago vital y, al mismo tiempo, permite el planteamiento de la autenticidad personal, del "camino" legítimo de la autorrealización en un ser humano.

Uno de los críticos españoles que ha sido más capaz de entender este señalamiento indica:

Y es que, en efecto, Lorenzo es el hombre que sale del letargo y la corrupción de la ciudad, objeto de sus saludables burlas, para buscar en la caza la libertad genuina y los horizontes anchos de la criatura natural.

Lorenzo tiene una vocación y, por lo tanto, la posibilidad de ser él mismo, de ser auténtico. Esa vocación es la caza. Toda la semana, asistiendo los rutinarios deberes del bedel, la pasa en espera del domingo, día libre en que, acompañado de sus amigos y sus perros, olvida los monótonos y serviles trabajos para entregarse a la delicia eutrapélica de la caza. Ni la obligación ni el amor, ni otro ideal por alto que sea, le parece comparable a ese juego embriagador de perseguir una liebre, limpiar la escopeta, azuzar los canes, ojear, acechar, cobrar la pieza.<sup>26</sup>

El mismo Delibes ha puntualizado la importancia de esta actividad en la expresión de su genuina personalidad:

El hombre, en el monte olvida sus habituales comodidades, el tedio de la vida social, la hipocresía de las fórmulas corteses; en el campo, las preocupaciones se achican y los prejuicios se desvanecen.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Gonzalo Sobejano, Op. cit., p. 144.

<sup>27</sup> Miguel Delibes, El libro de la caza menor, Obra completa, II, p. 411.

De modo que la experiencia cinegética articulada en el capítulo XII de El camino (Op. cit., I, p. 381-389) se ha convertido aquí en el puntal narrativo de esta novela. No hay que olvidar lo que confirma el escritor vallisoletano:

Por si fuera poco, bien próximas tenemos las confesiones espontáneas de Lorenzo, el bedel cazador y emigrante, cuyas ideas en estos menesteres del arte venatorio difieren bien poco de las mías.<sup>28</sup>

Sin duda,

La caza, es evidente, crea en el hombre una segunda naturaleza; desborda, con frecuencia, su voluntad. Una perdiz en lontananza representa, digamos, para el hombre-cazador lo que una mujer en lontananza para el hombre sensual.<sup>29</sup>

Esta pasión produce celos en las mujeres y es motivo de riña, en algunos casos. Vemos cómo Lorenzo prefiere irse de caza con sus amigos, los domingos, que acompañar a su novia Anita a bailar. Más aún, en una ocasión, cuando visita el camposanto para llevarle flores a su padre, no puede evitar pensar "que en el Cementerio hay una plaga de conejos." (p. 53) Es tan intensa su afición a este deporte que, en otro momento, declara:

Llevo dos noches soñando con perdices. La de siempre. Las persigo por la alcoba, y cuando aprieto el gatillo los tiros salen follones y ellas se escurren por debajo de la puerta. (p. 129)

Una estudiosa de Delibes ha tenido que concluir: "La pasión de la caza está en cada página de sus Diarios." <sup>30</sup>

2) Auxiliares. Una vez más vuelve a manifestarse un grupo

<sup>28</sup> Ibid., p. 409.

<sup>29</sup> Ibid., p. 413.

<sup>30</sup> María Fernández Díaz, Estudio lingüístico de "Diario de un cazador" y "Diario de un emigrante" de Miguel Delibes, p. 51.

reducido de ideas que configura la obra de Delibes. A pesar de que, cuantitativamente hablando, son un exiguo conjunto de preocupaciones, ello no quiere decir que no sean fundamentales en el logro de su concepción del mundo.

a) La naturaleza. Íntimamente ligado a la cacería se encuentra el tema de la naturaleza. De más está recordar que se trata de uno de los asuntos capitales en la obra de este autor. Aunque de un modo distinto al de los narradores del Realismo y del Naturalismo (Galdós, Pereda, Pardo Bazán...) o de los autores del Noventa y Ocho, como Unamuno, Azorín o Baroja, el narrador de Valladolid se plantea el caso de la tierra y del paisaje como algo vital y definitorio de la personalidad humana.

Para Lorenzo, el campo abierto es lo mejor de su existencia. Por medio de la cacería se libra de muchas ~~dificultades~~ y conflictos. Bien como distracción o como terapia, le sirve para sobrellevar los problemas personales, familiares y los ~~inconvenientes~~ del trabajo agobiante. Si el ejercicio de cazar tiene éxito o no es cuestión secundaria. Lo verdaderamente importante es la práctica de esta actividad que le permite sentirse integrado a la vida silvestre y espontánea que lo rodea. La experiencia de este contacto se manifiesta en el cazador como un sentimiento especial, con ribetes de tipo religioso:

Salir al campo a las seis de la mañana en un día de agosto no puede compararse con nada. Huelen los pinos y parece que uno estuviera estrenando el mundo. Tal cual si uno fuera Dios. (p. 29)

Delibes mismo reconoce el carácter esencial y primario de este hecho, aun cuando puedan señalarse otros motivos de catego-

ría en su creación. Insiste:

No obstante, mi obsesión por la naturaleza sí es una de las constantes de mi obra. Ello ha impulsado a algunos críticos, a afirmar que para mí "la virtud está en el campo y el pecado en la ciudad" (Torrente Balles-ter). Sin duda, mi abierta simpatía por la naturaleza abierta induce a esta consideración que no rubrico pues me parece excesivamente categórica y simple. Tal vez mi propensión a lo rural y la instintiva ternura en que acostumbro a envolver estos ambientes y sus pobladores puedan disculpar esta interpretación. Mas tal afición y tal ternura pueden significar, antes que un reconocimiento a las virtudes del campo, un movimiento de piedad ante su abandono. Es decir, el campo, lo rural, está lleno de vicios, pero el campesino no es responsable de ello; en cambio, el vicio urbano es un vicio más consciente; un vicio no fraguado, salvo en ciertos estamentos, por la sordidez y la incultura, sino por el tedio y el refinamiento. Los pecados campesinos son, pues, no sólo más primitivos que los urbanos sino también más disculpables. (p. 8)

Obviamente, tras ese amor ideal descansa un raciocinio pueril. Lo que, por otra parte, no desmerece la pasión con que el autor defiende al campo frente a la ciudad. Que su imagen del campesino se empeñe en ser idílicamente naïf no contradice la sinceridad de su equivocada percepción del campo y la ciudad. Esta visión del autor ha llevado a un crítico a decir:

La de Delibes no es, pues, una visión grandiosa de la Naturaleza y los seres elementales, como es, por ejemplo, la de Saint-Pierre, sino una visión peyorativa de la técnica y los seres civilizados. La tesis que late en toda su obra es la de que el mal está en la ciudad, en tanto que producto más caracterizado de la civilización de masa y máquinas.<sup>31</sup>

b) Afecto y solidaridad. La carencia de afecto y de soli-

---

<sup>31</sup> Manuel García Viñó, Op. cit., p. 37.

daridad humana es uno de los graves problemas que confrontan, por una u otra razón, personajes importantes de Delibes, en algún momento de sus vidas. Ése es el caso de Pedro en La sombra del ciprés...; de Sebastián, en Aún es de día, y de Cecilio Rubes Jurado en Mi idolatrado hijo Sisí.

En El camino, pese a los problemas existentes, es clara la manifestación de relaciones felices o contrariadas entre los habitantes de aquel mundo campesino. En medio de las divergencias individuales se revela la índole de una estructura social que afecta a los componentes de la comunidad. Los reconocimientos, de parte de unos, y los chismes, prevalecientes entre otros, destacan los lazos que imprimen cohesión al pueblo.

La situación de Lorenzo incide en esta presencia de "calor humano".

Edgar Pauk asevera:

Lorenzo, el protagonista de los dos Diarios, es el primer personaje adulto de Delibes que no tiene que buscar desesperadamente el calor humano y la solidaridad, porque ya los tiene. El pequeño mundo de provincia en el que vive le es familiar, comfortable, pleno de amistades y rutinariamente relegado.<sup>32</sup>

Como se sabe, destacan Melecio, Tochano y Pepe, entre otros, con quienes comparte sus preocupaciones por la caza, y con los que ocupa gran parte de su tiempo los fines de semana en el campo.

El cariño que siente por su madre está fuera de toda duda, pues es el hijo que ha optado por permanecer con ella, en tanto

---

<sup>32</sup> Edgar Pauk, Op. cit., p. 181.

que sus hermanos -la Modes y Florentino (Tino)- se han constituido en grupos familiares aparte y, se diría, lejanos de ella. A Lorenzo, en cambio, le interesa su felicidad y la tranquilidad en que discurren sus días. Se esmera por proveerle una casa mejor, al mismo tiempo que se preocupa por resolverle sus diferencias con la Carmina. Siempre está atento a su seguridad. Después de todo, ella es quien le facilita la vida hogareña, le prepara los objetos necesarios para sus habituales excursiones, lo que viabiliza las cacerías dominicales. Por eso, cuando la anciana enferma, adquiere plena conciencia de lo que significa en su vida, y se siente culpable de no haber sabido apreciarla justamente, aun cuando siempre estuvo a su lado para velar por ella. Sin embargo, se recrimina:

Uno se mete en la rutina de cada día y no ve más allá de sus narices. Eso pasa. Y uno es tan panoli que sin perder la escopeta sabe que no puede vivir sin la escopeta, pero sin perder la madre no sabe que la madre representa para él tanto como la escopeta, y que no puede vivir sin ella. Ahora veo a la madre donde antes no la veía: en el montón de ropa sucia, en el bando de gorriones que revolotea en la terraza, en el Talgo que pasa cada tarde o en el Sagrado Corazón iluminado. Pero cuando la madre afanaba en silencio, yo no la veía, ni sabía que en sus movimientos había un sentido práctico. (p. 153)

Su relación con Anita cumple la función regular de la pareja de novios. A las ocasiones de armonía suceden momentos de agrias reconvenciones por asuntos más o menos intrascendentes. No es hasta que enferma la madre de Lorenzo que la novia comienza a considerar seriamente sus relaciones con el cazador-bedel.

Así lo atestiguan las siguientes palabras:

Anita vino no sólo para consolar a Lorenzo, sino

también para ayudarlo en su otro amor, la caza. La aparición de Anita en el episodio final de Diario de un cazador es, en cierto sentido, equivalente a Pedro atando sus dos amores, a la decisión de Sebastián de casarse con Aurora, a la confesión de Daniel, que quería preservar las pecas de la Uca-uca. Todas estas acciones sugieren un final feliz, y todas sugieren, después de conflictos y esfuerzos personales, la realización de un equilibrio emotivo.<sup>33</sup>

c) La muerte. Este fenómeno inexorable de la existencia gravita en las páginas de la novela presente. De hecho, el ejercicio de la caza está fundamentado sobre la presunción de que, en esta actividad, participan dos bandos: el que está destinado a proveer las víctimas y el que suministra los victimarios. Si este aspecto ideológico ha pasado inadvertido entre gran parte de la crítica que ha considerado el tema, se debe, más bien, a que su revelación no está investida de la solemnidad, el misterio y el temor tradicional con que ocurre el examen de este acontecimiento. El mismo autor ya no se acerca a la muerte con la angustia existencial de sus inicios. Aparte de que, cuando más ocurre, es en un ejercicio en que el hombre elimina animales inferiores. La muerte, en estas circunstancias, se ha elevado a la categoría de un deporte.

La presencia de este motivo entre los personajes ocupa diferentes momentos de la historia. Así, por ejemplo, la muerte prematura de su padre, quien, luego de perder una mano, se va extinguiendo, supuestamente de pena, ante la imposibilidad de poder cazar. En la familia de Lorenzo ocurre otro deceso, también a destiempo, ya que su hermana, la Modes, aborta un niño. Fallece, además, su descreído amigo Pepe, como resultado de un accidente

<sup>33</sup> Ibid., p. 183-184.

con una escopeta que se le disparó. Podríamos decir que, en este caso, también la muerte ocurre fuera de tiempo. De igual modo, el aborto de Paula, la esposa de Tochano, ofrece otro suceso de interrupción vital antes de comenzar a desarrollarse en la sociedad. Cuando el Mele se ahoga, ocurre otro tanto: se troncha la existencia de un niño que era de pensarse que tendría un futuro muy prometedor. Y, aunque la madre de Lorenzo no muere propiamente dentro de los límites de la trama, su final queda definitivamente marcado para cuando el protagonista reaparezca en el segundo Diario. Este parece ser el único personaje al que no se arrebató del mundo a una edad que todavía mostraba posibilidades de productividad fecunda. Aunque aún desempeñaba las tareas domésticas, su edad hacía razonable que pudiera terminar sus días en cualquier instante.

Pauk, una vez más, acierta en la interpretación de este asunto:

Con esta novela queda conquistado el temor a la muerte, y la muerte misma integrada dentro de un concepto providencialista de Dios. El hombre forma parte de algo mucho más grande, de un designio de Dios, de un "camino" que el hombre no puede entender, pero que es natural que siga.<sup>34</sup>

d) La religión. La diferencia entre el planteamiento religioso en esta oportunidad y, en ocasiones, en su primer ciclo, es que, en aquellas obras, se siente el peso del problema teológico como un elemento de la preocupación personal del escritor, mientras que ahora Lorenzo "vive" la religión como algo personal,

---

<sup>34</sup> Ibid., p. 134.

como una herencia de la sociedad en que se desenvuelve. Incluso, puede ser una experiencia acomodaticia y perfectamente compatible con el mundo de la caza, aunque persiga la esencial finalidad cristiana de la salvación del alma.

Los siguientes pasajes ilustran esta situación de práctica católica popular; a veces meramente ritualista:

Y el Señor le dirá a San Miguel: "Miguel, ¿dónde anda el coro de ángeles número cuatro?" San Miguel dirá: "Señor, preparándole las carambolas al campeón de billar que subió anoche." "¿Todavía?", preguntará el Señor. Y dirá San Miguel: "No se cansan sus brazos de hacer carambolas, Señor." Y dirá el Señor: "Di al número cuatro, entonces que ojeen unas perdices al Pepe. Que lo hagan con cuidado, ¿entiendes? Que no dejen mata por registrar. Tengo interés en que este muchacho se divierta." Y San Miguel marchará a avisar, y el Señor aún le gritará: "Digo que le metan también unos faisanes. ¿Te gusta tirar los faisanes, hijo? Y tú, Pepe, vas y le dices: "¿Faisanes? Nunca tuve esa oportunidad, Señor." El Señor insistirá: "Sí, sí, que le metan también unos faisanes. Así te irás adiestrando, hijo." (p. 94-95)

.....  
A las doce bajé con la madre a misa del Gallo a los Agustinos. (p. 74)

.....  
Oí misa de una en los Capuchinos. (p. 97)

.....  
Luego bajamos a Misa del Gallo a los Agustinos. (p. 149)

e) Conciencia social. Aunque Lorenzo es prototipo del español, del hombre mediterráneo (según confesión del autor), que alardea de su furiosa individualidad -los cazadores (y los pescadores también) son hombres solitarios-, llama la atención el carácter precisamente apolítico de este personaje. En una época en que la literatura española comienza a dar testimonio de conflictos de clases y a recrear las consecuencias de la Guerra Civil en la vida de hombres, mujeres y niños, la falta

de conciencia social de Lorenzo es, de alguna manera, la mejor denuncia de cierto tipo de hombre capaz de engendrar una brutal dictadura en amplios sectores populares. El silencio de Lorenzo sobre los asuntos públicos fundamentales constituye la más grave denuncia de la falta de libertad que se vive. Su silencio, en este sentido, representa algo así como un crimen. Delibes formula su protesta cuando practica la omisión de aquello que es insoslayable. En este sentido, lo que falta, a estas alturas, es la intencionalidad crítica, el deseo expreso de abordar hechos que correspondan de un modo claro a la revelación del compromiso social.

f. Algunos conceptos. Por fin, la caza queda establecida como la preocupación central en una novela de Delibes. Aparece, además, un personaje clave de carácter popular con independencia propia, capaz de mostrar una autonomía real a lo largo del discurso narrativo. Tampoco deja de ser importante el hecho de que, por primera vez, una obra de este autor plante e firmemente la creación de una historia a base de una serie de sucesos intrascendentes, los que aportan un nuevo perfil al análisis de la sociedad española que ha venido realizando a través de su labor en el relato. Esta cara de la puerilidad contrasta con la intención de plasmar sus primeros tomos de ficción por medio del tratamiento de temas de envergadura filosófica, que daban la impresión de creaciones menos espontáneas. Sin pretensiones de hacer un libro de hondura, Diario de un cazador resulta, a la postre, la denuncia tácita de un régimen totalitario en el que todo es posible, menos la liber-

tad. En este sentido, el feroz individualismo mostrado por Lorenzo, vía la técnica del diario, es un desafío a los convencionalismos vigentes en la sociedad franquista. La rebelión, todavía, es individual e intuitiva. Aún no se palpa ninguna conciencia política ni social en el protagonista. La solidaridad humana que se manifiesta es producto de la amistad o de algún vínculo familiar.

### 3. Diario de un emigrante

a. Título. Como en la novela anterior, en esta secuela se trata, otra vez, de la consignación de una historia a través del diario empleado por el autor para fingir que es un medio por el cual el protagonista del relato nos entera de los sucesos ocurridos en la obra. Simplemente, desde el comienzo, entramos en conocimiento de que la información narrada será el "testimonio" de alguien, que todos sabemos es Lorenzo (el bedel-cazador), quien ha decidido mudarse de su lugar de origen. De suerte que estamos en posesión de un mensaje preciso y definitivo sobre el devenir del personaje central y su esposa Anita en Santiago de Chile.

b. Dedicatoria. Por primera vez en la carrera literaria de Delibes, éste decide hacer un reconocimiento a una persona que sabemos ha sido un ser fundamental en su vida: su esposa. En una escueta manifestación deja constancia de lo que ella representa en su vida. Y, cuando se expresa sobre este hecho, apunta: "A Ángeles de Castro de Delibes, el equilibrio; mi equilibrio." No podía ser más significativa su confesión. En ella establece que su compañera es el eje de sus posibilidades, su sostén moral y la razón de ser de su vida y de su arte. ¡Nada más hermoso!

c. Prólogo. Estas palabras tienen como objetivo justificar la empresa de Miguel Delibes de continuar desarrollando las posibilidades de un personaje que fue tan bien acogido por los lectores y la crítica como Lorenzo. Contrariamente al decir del vulgo de que las continuaciones no son buenas, el autor establece que es un modo de pensar simple y sin mayores méritos. Alega que, como en ciertos alumbramientos, no siempre el escritor pare todo lo que lleva adentro y que, por eso, a veces se hace necesario alumbrar nuevamente de lo que se está encinta. Niega que se proponga explotar el relativo éxito de la creación anterior. Reafirma que fue absolutamente necesario dar paso al "hermano gemelo" y no cierra la posibilidad de otros hermanos futuros. Defiende luego el derecho de Lorenzo, así como lo han hecho ciertos burgueses, a representar auténticamente su tiempo con igual mérito, pese a su origen popular y sencillo.

d. Escenario y atmósfera. La novela comienza en la misma ciudad provincial donde se desarrolló el Diario... anterior. Lorenzo se prepara para emprender su viaje a Chile. Tiene que ir a Barcelona para tomar el barco. En el itinerario náutico visita Dakar (África) y avistan o tocan puerto en Ecuador, Brasil (Rio, Corcovado, Pan de Azúcar, Copacabana, Santos), Montevideo y Buenos Aires. De esta capital se dirige en tren, con su esposa Anita -que lo ha acompañado en todo el viaje-, rumbo a Santiago de Chile.

La obra se desenvuelve en esa capital suramericana. El protagonista capta de este modo el ambiente:

Desde la ventana se ven los picos de los Andes, con

las puntas nevadas, y sólo de mirarle se le encoge a uno el ombligo.

.....  
 La ciudad ésta tiene vida, como yo digo, aunque desde luego no es Buenos Aires. Eso sí, a monumentos no creo que nadie la achante. Y la gente es cariñosa, que lo mismo que digo una cosa digo la otra.

.....  
 A la mitad nos paramos a ver el panorama. De fantasía, vamos. Por la parte abajo, queda el río rodeado de árboles, casi todos sauces llorones. Luego se ve la carretera, empinándose y dando vueltas y más vueltas y las chacritas entre lo verde, y vas alzando la vista y los árboles cada vez son menos y la nieve cada vez es más, y, cuando levantas la jeta del todo, en los picos no hay más que blancura por todas partes y sólo los cóndores y los jotes volando entre las quebradas con una majestad que no veas. Arriba es un espectáculo. Cosa de sueño, vamos. Las casas son de madera y los tejados de lata y encima las latas te ponen cuatro piedras los gilís para que el viento no se las lleve. Dice el tío que cuando sopla el puelche se va todo a la chuña y yo le dije que sería como el matababras allá.<sup>35</sup>

La atmósfera reinante, al principio, es de **inquietud** ante la aventura del viaje y las expectativas de lo que encontrarán en Chile. Luego esta ansiedad se torna en decepción, al poco tiempo de encontrarse en **la casa** de los tíos en aquel país americano, puesto que Lorenzo esperaba tener un buen empleo desde que arribara y ganar dinero en abundancia, cuando **en** realidad no ocurrió así. Al mismo tiempo, la añoranza de España y sus amigos lo acorralan. Magnífica los recuerdos de aquella vida ante las desdichas que sufre.

Confiesa, casi al finalizar la historia:

Decididamente esta tierra no me pinta. ¡A santo de qué voy a agarrar yo allá un catarro intestinal! Y antes la gripe. Si apenas he salido de una y ya ando metido en otra. Y no es porque yo lo diga, pero hasta llegar acá ni sabía lo que era estar enfermo. ¡Pero anda que ahora! Ni la pluma puedo sostener. ¡Pucha madre! Y me he quedado en la espina Santa Lucía. Menos mal que amistades no me han faltado, que

---

<sup>35</sup> Miguel Delibes, Diario de un emigrante, Op. cit., II, p. 211, 212 y 239. A partir de este momento nos limitaremos a señalar las páginas correspondientes, entre paréntesis, al lado de las citas del texto.

lo mismo que digo una cosa digo la otra. Y que se han portado conmigo como si fueran los míos. (p. 308)

e. Argumento. Los sucesos contados en este nuevo Diario... se inician en la ciudad provincial donde reside Lorenzo. Al empezar los relatos de casi todos los días, ya la madre del cazador y bedel ha muerto. Su boda con Anita se ha realizado. El tío de su esposa, ~~de nombre~~ Egidio, quien reside en Santiago de Chile, les ha enviado pasajes para que zarpen el 15 de marzo. La acción comienza el 24 de enero.

De ahí en adelante se inician los trámites y las gestiones requeridas para el viaje. Fundamentalmente, principian los preparativos para la partida; las notificaciones a los amigos y las despedidas se suceden; hace los arreglos necesarios en su trabajo y gestiona los documentos de rigor ante las autoridades, lo cual incomoda a Lorenzo por la tardanza burocrática.

Otra carta del 27 de febrero **d e l** tío Egidio les comunica que los boletos para el tren trasandino de Buenos Aires a Santiago los recojan en una tienda de juguetes llamada La Sonrisa, en la calle Azcuénaga de un tal don Eusebio, en la capital argentina.

A medida que se acerca el momento de abandonar el País, Lorenzo se comunica con sus compañeros, comparte con ellos en los lugares de reunión habituales, va de caza, realiza visitas y hasta vuelve a tener un encontronazo con la Carmiña y el señor Moro. De un modo u otro, desfilan las figuras con las que compartió en la primera parte de la vida del protagonista.

El catorce de marzo, en la estación del tren de la ciudad natal, se reúnen gran parte de sus amigos para despedirlos. Empren-

d en el camino a Barcelona, donde el próximo día tomarán el barco para América. Melecio los acompaña para despedirlos en la capital catalana. Llegaron a las nueve de la mañana, les despacharon los pasajes en Italmar y merendaron en el Barrio Chino. A las seis de la tarde fueron al muelle, donde se despidieron de Melecio y pasaron a ocupar sus lugares en la tercera clase del barco Miguel Ángel. Los ubicaron en camarotes distintos, pero cercanos. Anita con tres mujeres y él con tres hombres.

En el barco se relacionaron con el italiano Giuseppe, Iquino -un chileno- y su esposa, un alemán y un griego que compartían el camarote con Lorenzo. Van al cine, a misa, a bailar, a la piscina, se entretienen con juegos de mesa y visitan las tiendas de abordo.

En la travesía tocan el puerto de Dakar (África), donde Lorenzo recibe esta impresión:

Esto es como Europa y el color de la piel no hace al caso. Antes de regresar al barco dimos un garbeo por los suburbios, y allí sí: los cipotes andan como salvajes y orinan y hacen de vientre en mitad de la calle. Pero lo que yo le digo a la chavala, a edificios no le echan la para a Dakar muchas capitales que presumen. (p. 188)

Pasan el Ecuador; luego llegan a Rio -van al Corcovado, el Pan de Azúcar, Copacabana-, visitan Santos en São Paulo y después llegan a Montevideo, pero no excursionan allí. El 30 de marzo llegan a Buenos Aires. Dan una vuelta por la ciudad, recogen los pasajes para Santiago de Chile en el lugar convenido y el 1.º de abril toman el tren. Llegan a su destino veinticuatro horas más tarde. Los esperaban el tío Egidio con su esposa. En el trayecto a la casa les llama la atención sobre distintos lugares de interés de la ciudad. Se alojan en la casa de los parientes.

Durante algunos días permanece sin trabajar. Por fin, el tío le da un trabajo en su "barraca" (almacén) como muchacho de mandado para "corretear facturas". Hace amistad con Efrén, quien se desempeña en las mismas labores con el tío Egidio. Una vez conocido Lautaro en un bar, su compañero de trabajo le presenta a un cazador llamado Oswaldo, quien era ascensorista en el hotel Carrera.

Casi desde la llegada empieza a manifestarse en Lorenzo y Anita un persistente sentido de frustración, añoranza y desilusión que se expresa de distintas formas:

Al terminar, la chavala me dijo que se acordaba de su casa y que no lo podía remediar. Ya le dije que eso ahora no contaba y que no volviera a mentar a lo bobo lo que habíamos dejado porque no conducía a nada más que a jibar la parte. Así y todo yo no pude dejar de pensar en Melecio, y en la Amparo, y en el Mele, y en todo hasta que no me quedé roque. ¡Anda y que tampoco tenemos kilómetros por medio! (p. 210)

.....

Ayer, allá y suspirando por venir aquí, hoy aquí, suspirando por volver allá. La fetén es que la chavala se ha llevado un desengaño de órdago por más que ella diga misa. (p. 211)

.....

Verdaderamente será difícil que yo me aclimate. Me da a mí el corazón que aquí no hay nada que hacer. (p. 212)

Desde el principio, Lorenzo tuvo diferencias con el tío Egidio por su excesivo amor al dinero y la continua cantaleta sobre el ahorro. Pronto, su anfitrión le echa en cara que viven en su casa sin pagarle nada, ante lo cual los recién llegados deciden pagarle una suma, ante la insistencia de que no se muden por parte de la tía. Por esos días conoce a Dativo, compañero de trabajo.

Una de las pocas diversiones es ir al cine, llamado biógrafo. Lorenzo comienza a cazar los domingos -sin que derive satisfacción, como en su país-, ante las renuencias de Anita. Ésta, que había

salido embarazada en España, con frecuencia, cada vez mayor, sentía los malestares de su estado. Para sentirse a gusto y tolerar su inadaptación, la esposa escuchaba con regularidad la radio peninsular.

Oswaldo le presenta a don Heliodoro, un español que había triunfado económicamente. Lo conocían como don Helio y estaba casado con doña Flor. Asimismo, comienza el protagonista a sentir los asedios sexuales de la tía, los cuales oculta a su esposa para no perturbarla. Oswaldo le presenta a Lorenzo otro cazador conocido como Lucho, pero cuyo nombre era Luis.

Ocasionalmente Anita salía de compras con la tía. Lorenzo conoce al gallego Carballeira en el cumpleaños de la tía. Continúan las sugerencias amorosas de la esposa del tío Egidio. Dos meses y tres días después de vivir en casa de los parientes, el 5 de mayo, vuelve a tener otro encontronazo con su jefe y decide dejar aquel hogar y el trabajo, porque "lo que hizo al traerme de allá era lo que hacían otros gilís como él hace cien años y más, con los negros del África, con la diferencia que él me trajo en un barco de postín, pero, como nada quería agradecerle, le devolvería uno sobre otro los pesos del pasaje". (p 253)

Dejan sus pertenencias en casa de Lautaro, quien les recomienda que alquilen una pieza a cierta señora llamada Verdeja. Se entera, por medio de un periódico, que había disponible una plaza de ascensorista en el hotel Munich. La consigue y comienza a trabajar bajo las órdenes de un alemán muy estricto llamado don Herman. Dice que su salario sería: "Cuatro mil semanales [que] viene a ser dieciocho al mes, menos quince a la Verdeja, quedan tres mil para

vicios, que no está mal." (p. 255) Obviamente, Delibes erró en los cálculos. Para devengar dieciocho mil mil al mes precisa ganar cuatro mil quinientos semanales.

Conoce a un español ascensorista llamado León, quien había participado en la Guerra Civil. También a don Juanito, otra de las personas que vivían en casa de doña Verdeja. Era viajante de comercio y una persona guasona. Lorenzo visita a don Heliodoro, a quien entera de su nueva condición. Doña Flor le pidió que Anita fuera a peinarla, cuando llega a su conocimiento que ésta ejercía este trabajo en España.

Efrén y Lorenzo deciden poner un negocio de lustrar zapatos. La empresa se llamaría Lustre Español, para la cual don Heliodoro prestó los doscientos mil que necesitaba a un seis por ciento de interés, cosa que desilusionó a Lorenzo, quien siempre creyó que éste se había brindado a ayudarlo sin intención de lucro personal.

Mientras Félix, el carpintero, trabaja acondicionando el local, Anita sigue sintiéndose mal y tiene que dejar de trabajar. Efrén consigue tres personas para laborar: alguien llamado Gallito, Joe y Abel. Sergio y Manuel también realizan tareas allí en algún momento. La tía los visita en la pensión para ofrecerse con su marido a apadrinar al bebé próximo a nacer. El 3 de agosto llega el niño esperado. Vuelve Lorenzo a tener unas diferencias con don Egidio, quien desea que el niño lleve su nombre. Finalmente, el padre le hace saber que se llamará como él.

El negocio de lustrar no rinde los beneficios necesarios. Los empleados no ofrecían cuentas claras y se quedaban con parte del

dinero ganado. Los tíos le regalan a la criatura una cuna y don Egidio saldó la cuenta de la clínica, además, en contra de los deseos de Lorenzo. En tanto, la tía prosigue con sus insinuaciones al ascensorista-lustrador.

Anita se traslada a realizar labores de vigilancia en el salón de lustrar, pero ante las molestias de un cliente a la esposa, Lorenzo la envía de vuelta a la casa en poco tiempo. Ella regresa a su ocupación como peinadora. Días más tarde cumple veintiún años.

Comienza a trabajar Sergio con Efrén y Lorenzo. El negocio sigue mal. Sergio abandona sus tareas. Llega Manuel. La tía sigue interrumpiendo el trabajo del ascensorista, por lo cual tiene que renunciar a su puesto ante los regaños de don Herman. Se encarga del Lustre Español y Joe y Manuel se van. En tanto, la tía, con sus frecuentes visitas, continúa entorpeciendo el funcionamiento de las faenas en el local. Como no puede enderezar la situación, se pone de acuerdo con Efrén para vender el sitio. Cuando fue al periódico a poner un anuncio, conoce a don Rodrigo, un español que ocupaba el cargo de subdirector, quien le ofreció un puesto de ordenanza en el diario.

Por fin, venden el salón y liquida Lorenzo la deuda con don Helio. Consigue que le den el trabajo de ujier y conoce al director, el señor Silva, conocido como don Lucho. Efrén vuelve a su antiguo empleo con el tío Egidio. Este le regala a Lorenzo tres décimos para la lotería del día 10. Entonces deciden regresar y el 23 de enero se encuentran en avión frente a Buenos Aires.

La acción de la novela dura apenas un año con cuatro días.

Comienza un 24 de enero y concluye el 28:doce meses después. Sallieron de España el 15 de marzo. No estuvieron un año completo fuera del País. Llegaron a Santiago de Chile el 2 de abril, donde radicaron por once meses.

f. Personajes. La figura principal de este segundo Diario... es la misma del anterior. Junto a él gravitan su antigua novia -ahora esposa-, los familiares y amigos de la ciudad provincial en la que se inicia el relato, los compañeros de viaje del barco Miguel Ángel y los seres que se ligan a su mundo en Santiago de Chile. Ocurre, por lo tanto, una continuación vital de ciertos participantes del primer mundo narrativo en el presente.

1) Protagonista. La repetición de un mismo carácter en más de una obra siempre es una empresa riesgosa para cualquier creador. Cuando alguien como Lorenzo, el cazador y bedel de Diario de un cazador, recibe el favor del público lector y de la crítica es una tentación volver a airearlo. La dificultad principal, sin embargo, reside en la peligrosidad de arruinarlo por vía de una exposición que rebase los límites de la tolerancia. Este viejo escollido de las novelas de caballería o de los héroes populares del folletín está planteado en este caso.

El problema del caso de Lorenzo, en esta oportunidad, estriba en que su personalidad, para ser entendida cabalmente, tiene que visualizarse como una prolongación del hombre anterior. Aquí descansa la inferioridad del segundo texto frente al primero. Aquél es absolutamente autónomo; éste no. Lo mismo ocurre con el protagonista. Para quien no conoce la primera novela, ésta posee un discurso narrativo incompleto, trunco. O, en otros casos, con segmentos oscuros.

Para los que llegan al Diario de un emigrante después del original, no pueden evitar sentir algún cansancio con la insistencia en sus refranes y modismos que, a ratos, llegan a ser cargantes. La frescura y espontaneidad, que se muestran como rasgos decisivos en el proyecto inicial, pierden ahora la simpatía y el balance positivo de la gestión frente a los problemas de su ambiente. Antes su arrojo irradiaba solidaridad, pese al egoísmo manifiesto de su conducta. Pero, ya en Chile, su desprecio por todo lo que le rodea, su incompreensión supina de la realidad americana hacen de su tolerable arrogancia peninsular una indigesta soberbia que roza la sensibilidad del lector promedio. La vanidad es tan excesiva que, a fuerza de ser fútil, cansa:

A la tarde dimos un clareo con la tía. La dije lealmente que me chocaba la cantidad de mendigos y ella que no eran mendigos, sino rotos y que los rotos son tan caballeros como el que más. No sé, no sé. Puede que sean caballeros, pero la fetén es que con esos sombreros y esos pantalones que se gastan, los gilís talmente parecen Cantinflas. (p. 211)

.....

El cipote emperrado en que me colocara un madil para repartir, como si uno fuese un cualquiera. Ya le dije que eso no, que estaba enseñado al uniforme que, no es porque yo lo dijera, pero poco tenía que envidiar del de la Armada. (p. 217)

.....

Estas perdices son medio maricas, como yo digo, se le arrancan a uno de los pies y, para más garantía, chillan como pendones y, por si todavía fuera poco, te vuelan sin malicia, por lo derecho, para que las caigas sin otro trabajo que echarte la escopeta a la cara. (p. 230)

El colmo de su fatuidad se muestra cuando prefiere terminar su negocio antes de dar servicio a un antiguo empleado suyo. Ese orgullo de señorito muerto de hambre es más poderoso que la rea-

lidad de que es un comerciante que trabaja para ganarle el dinero a cualquiera:

En este país no hay cosa con cosa. Aquí todo es provisorio y uno puede acostarse de soldado raso y levantarse de general. La cosa tiene chiste, como yo digo. La fetén es que si no es por el Joe, aquí no ha pasado nada. Pero el tazado de él se me planta delante y yo bien me pensé que venía a pedir árnica, pero el pelado se apotrinca en el sillón y que le lustrase, patroncito. El mandria no hacía más que gozarla con dos rotos de mierda que quedaron a la puerta. Me puse negro y le dije que para lustrar, lo primero, tener zapatos y no los pingos que él calzaba. El huevón, venga de gozarla y venga de mirar a los gilís por la vidriera y que dejémoslo no más, y que le lustrase los pilches, patroncito. Ya le dije que aviado estaba, y él, entonces, saltó con que tenía quince pitos y quería lustrarse y le tenía que lustrar, no más, porque el saloncito era de todos. Ya cargado, le dije que le lustrase su padre y que si él y los cantinflas de la puerta se querían divertir, que se comprasen un mono. El huevón, que un ratito no más, se largó y volvió con un carabinero y que le lustrase. Le mostré el reloj y le dije que era hora de cerrar, y él que en ese caso, pues, y el pelado del Joe que el lunes volvería. Si espera que yo la hingue está fresco. Me faltó tiempo para decirle al Efrén que ponga un anuncio de traspaso en el "Mercurio" y que yo le pondré en el "Diario", porque el salón no se vuelve a abrir, como me llamo Lorenzo. (p. 324)

No cabe duda de que Lorenzo es ahora un carácter más patético, pero también más pesado. La autoderrota psicológica garantizaba su fracaso americano. Es un sofisma argumentar que Lorenzo no es un fracasado. Ya abundaremos en este aspecto cuando vayamos a los temas.

2) Figuras secundarias. En verdad, entre todos los personajes que abundan en la narración, apenas el círculo familiar chileno y algún amigo tienen una función de importancia alrededor del ego de Lorenzo. Son personajes-tipos que cumplen un papel satélite.

a) Anita. Ya es esposa de Lorenzo cuando comienza la obra. Está embarazada. Al presentarse la oportunidad de viajar a América se sentía optimista y entusiasmada (p. 162). Su idea era la de vivir a sus anchas en América desde la misma llegada. El diarista dice a Efrén: "Luego le conté lo de la Anita que se creía que iba a tener negros a su servicio" (p. 226). Ella, una vez defraudada con la dura vida chilena, se consuela pegada a la nostalgia: //"La Anita oyó esta tarde 'Doña Francisquita' por la radio. La gili bailaba en una pata. Me hartó de decirla que no mire para atrás, pero como si cantase." (p. 233) Su figura aparece entristecida, algo deslustrada y sufriente con el embarazo y la maternidad.

b) El tío Egidio. Es hermano del padre de Anita. Triunfó en Santiago de Chile como hombre de negocios. Fue responsable del viaje de la sobrina y su esposo a aquel país del sur en busca de fortuna. Pero el hecho es que resultó ser una persona que sentía excesivo amor por el dinero, lo que, unido a las constantes intromisiones en la vida de los jóvenes, motiva que Lorenzo rompa inmediatamente con él. Además, éste se sintió defraudado desde el momento en que recibió de su parte un insignificante trabajo y un salario de hambre. Don Egidio es el típico español que llega sin un centavo y con su laboriosidad extrema logra reunir un capital a base de trabajar sin descanso y de ahorrar sin medida. Dice Lorenzo sobre él: "Cogió la pichicharra del ahorro empezó con que no hay que mirar lo que cuestan las cosas, sino lo que se gana, y si se gana diez, ahorrar cinco, y si veinte,

diez, y si dos, una, pero el secreto es ahorrar siempre aunque el estómago se chinche y uno tenga que dormir al raso." (p. 243-244) Su propia esposa, cuando habla de él, dice no tener la culpa "de que el viejo estuviera ya para el gato" (p. 248). No obstante, después de las diferencias con Lorenzo, compra la cuna del bebé, paga la clínica, se empeña en ser su padrino y le regala los pedazos de billete que permiten a los jóvenes regresar a España.

c) La tía. Es la esposa de don Egidio, "una tipa así como implada, de buenas carnes" (p. 208). Su conducta deja mucho que desear y podría decir que exhibe un comportamiento inmoral: "De repente me salió con que yo le gustaba y que no era culpa suya tener un cuerpecito calientón"... "y que de ponerle la cresta á don Egidio siempre sería mejor hacerlo en familia que no del lado afuera sacando los trapos sucios a la ventana." (p. 248) Lorenzo añade: //"La tía andaba hoy recaliente. Bien creí que se le había pasado, pero de que salí un momento a orinar, me la tropecé, de regreso, en el pasillo, que estaba a media luz, y me salió con que era un ingrato y que qué pronto la había olvidado." (p. 299-300) Sus descarados asedios sexuales motivan la partida de Lorenzo del hotel Munich y le dificulta sus tareas en el Lustre Español. No habla muy bien de ella el protagonista, para quien es una especie de prostituta.

d) Efrén. Es español y posiblemente el mejor amigo de Lorenzo. Era oriundo de Zamora y llevaba cinco años fuera de su país. Había estado en tres otras naciones. Lorenzo lo conoce trabajando de carrero con don Egidio. En su lugar de origen fue barrendero del

ayuntamiento "y los domingos de acomodador en el fútbol" (p. 226). Buenos Aires y Montevideo fueron los dos lugares previos en los que probó fortuna antes de Santiago de Chile. Además de la cacería, compartía con Lorenzo la sociedad del Lustre Español.

3) Tipos, siluetas y sombras. En esta categoría podemos advertir dos grupos. El primero consta de personajes que ya habíamos identificado en la historia anterior y que ahora participan fugazmente en los escasos días en que se registran acontecimientos antes de abandonar España y luego porque se comunican con Lorenzo o son parte de sus evocaciones desde Chile: Amparo, Aquilino, Anita, Asterio, don Basilio, Carmina, Crescencio, Doly, don José, Lourdes, Lucio (aludido en la novela que antecede a ésta como el fogonero que acompañaba a una de las Mimis), Mele, Melecio, las Mimis, la Modes, el señor Moro, los padres de Anita, Paula, Pepe, Pito, Polo, don Rodrigo, Serafín, Tino, Titina, Tochano, Tomasito, Veva y Zacarías.

El segundo grupo está formado por las personas nuevas que participan en este Diario... Algunos de los que se destacan son: Abel, lustrador en el salón de Lorenzo y Efrén; un alemán, compañero de camarote del diarista en el Miguel Ángel; el señor Carballeira, gallego amigo del tío Egidio que amasó una fortuna en América; Dativo, "de lo mejorcito de la barraca" de don Egidio (p. 222); don Eusebio, propietario de la juguetería La Sonrisa, donde Lorenzo recoge los pasajes del tren para Santiago de Chile; Félix, el carpintero que acondicionó el local para el Lustre Español; doña Flor es la esposa de don Heliodoro; el Gallito, otro lustrador;

un griego, compañero de camarote del protagonista en el Miguel Ángel; Guardner, un uruguayo que trabajaba en Montevideo, en una fábrica de vidrio, y quien viajaba en el mismo barco; Guisseppe era un italiano que Lorenzo y Anita conocieron abordo del buque que los llevó a América; don Heliodoro, conocido como don Helio, español con fortuna que le prestó dinero a Lorenzo para poner el negocio de lustrar zapatos; don Herman es el patrón de Lorenzo en el Hotel Munich; el señor Iquito, chileno que conocieron el personaje principal y su esposa en el Miguel Ángel; don Juanito, un agente viajero, comerciante de zapatos; inquilino de la pensión de la Verdeja; se caracterizaba por su genio guasón; Joe, lustrador de zapatos, Lautaro, compañero de Lorenzo, con quien se reúne en un bar; León, ascensorista amigo de Lorenzo; Lorenzo, bebé del protagonista y Anita; Lucho, cazador que acompañaba a Lorenzo, cuyo nombre era Luis; Manuel, otro lustrador de zapatos; Marcelo, conocido de Zacarías y el cual tenía intereses en Uruguay; Oswaldo, ascensorista en el Hotel Carrera y amigo de Efrén, a quien acompañaba en las cacerías; don Rodrigo, subdirector del periódico en el que dieron trabajo a Lorenzo; don Roque, viajante de comercio que estaba hospedado en la pensión de la Verdeja; Sergio, lustrador de zapatos; Severiano, conocido de Tochano que le reservaba los alojamientos cuando salían a cazar; el señor Silva, director del diario en el que trabajó Lorenzo, a quien conocían como don Lucho; y, la Verdeja, dueña de una pensión, en la que se quedaron Lorenzo y Anita, luego que se marcharon de la casa del tío Egidio.

g. Temas. El andamiaje ideológico de Delibes no ha sufrido mayores trastornos en este caso. Salvo los énfasis naturales, es patente la continuidad prevaleciente en el mundo temático del autor. Sorprende, además, la capacidad para barajar sus opciones. Ello indica la vitalidad y vigencia de sus inquietudes desde los inicios hasta el presente.

1) Principal. La particularidad de esta novela es que, en el nivel de las ideas, está montada sobre una preocupación que no tenía precedentes en las obras que ya hemos analizado. Su génesis se halla, más bien, en el viaje a América realizado en 1955. Aquí encontró el escenario para su segundo Diario..., puesto que el primero apareció precisamente en los momentos en que salía de España para Chile. Y en esto estriba la singularidad de este libro: aborda, en buena medida, la emigración española al Nuevo Mundo. Lo que todavía tiene de ficción le viene de Lorenzo -aunque parezca paradójico decirlo de un ser tan "realista"-; es decir, de la invención literaria que este protagonista le permitió hilvanar. Porque lo otro le llega a través de la experiencia viajera; acaso de peregrinar, como diría Eugenio María de Hostos. Por otra parte, es de la visión periodística -publicada tardíamente en conjunto con el título de Por esos mundos (1961)- de donde arrancan impresiones, detalles, actitudes y ambientes.

La vida de Lorenzo y Anita en Santiago de Chile le brinda a Delibes la oportunidad de plantearse conceptos que ya había considerado en su País, pero que ahora tienen la novedad de exponerlos desde la lejanía; o, más bien, desde la nostalgia.

Como muchos emigrantes, Anita y Lorenzo se forjan ilusiones sobre lo que encontrarían en su nuevo destino. El diarista le comunica a Efrén: "Ya en este plan, le confesé que me había llevado un desengaño y que tanto hablar de América, yo me creí que en América se sacaba oro de las piedras, pero que uno llega a América y son los menos los que andan en coche, como en todas partes." (p. 226) Como sabemos, el desengaño llega pronto, y la actitud de nostalgia y de derrota de ambos es el mayor escollo que deben sortear.

La situación del tío Egidio es distinta. Aparece como un exitoso hombre de negocio. Parece que la clave de su triunfo estaba en que éste tenía otra actitud ante los retos del nuevo medio:

Me dijo el tío que él empezó barriendo la oficina, y luego de recadero, y luego en la tupi, y luego de chupatintas, y luego de socio, y terminó quedándose con todo. Le dije lealmente que ya era mérito, y él que sólo un poquito de conocimiento de la vida y que yo haría otro tanto porque sabía por su hermano que yo era un hombre capaz y que en América el que trabaja y es capaz hace platita. (p. 212)

Lorenzo no es un hombre para vivir con los rigores que exige el triunfo económico, puesto que le molestan las exhortaciones del tío Egidio para que ahorrara (p. 243-244). Los sacrificios y las experiencias del tío le cargan:

Pero no debió verme muy pispo que digamos porque empezó con que si él llegó aquí con lo puesto, y sin un tío macanudo que le echase una manita, y que pasó dos meses en el campo recogiendo paltas y durmiendo en una parva, y que si sabía cuánto ganaba por una jornada de peón. Le respondí lealmente que no, y él, para acoquinarme, que cinco pesos diarios. Callé la boca, pero de sobras me sé yo que cinco pesos de hace treinta años ya serían lo que ahora quinientos, lo que ocurre es que para estos viajes un peso siempre es un peso y no quieren darse cuenta de que el peso no hay que mirarle y lo que hay que mirar es el pan. (p. 214)

por el progreso. Ya se ha indicado la imposibilidad de que Lorenzo alcance la meta añorada ante las circunstancias en que se desenvuelve en Santiago de Chile y su reacción particular ante las dificultades que enfrenta. Resulta, pues, que Lorenzo entonces alcanza una hondura reflexiva en este asunto que antes no tenía ante su consideración:

Te pones a ver y no vale la pena dejar la cosas que a uno le petan ni por un saco de plata. A mí me perdió el ansia y no hay más. Uno quiere de todo, más cuartos, y más perdices, y más liebres, y luego resulta que no es la plata, ni las perdices, ni las liebres lo que interesan, sino esto, o sea, el corazón y el afecto verdad. El hombre no es un animal de bellota y para algo ha de tener la mollera, digo yo. (p. 236-237)

b) España. La inquietud por el país natal cobra aquí una significación especial por el hecho de que se encuentran alejados de sus fronteras. La nostalgia en Anita y Lorenzo ya fue apuntada en el argumento, según se manifiesta en el Diario... (p. 210, 211, 212). La verdad es que se extrañan la vida familiar, las amistades y todo lo que comprendía el ajetreo vivencial cotidiano. Lorenzo le dice a Melecio en una carta que "la tierra tira y la chavala y yo nos damos las grandes sesiones a hablar de lo de allá"... (p. 241).

c) Afecto y solidaridad. Además de la relación conyugal con Anita, Lorenzo siente que la amistad es una de las fuentes más importantes de cariño para la vida de un hombre, junto a las querencias familiares. Por eso, antes de partir quisiera llevarse en un bolsillo "al Melecio, al Zacarías, al Crescencio, a la Modes, a la Doly, a don Rodrigo, y a todos." (p. 176)

En Santiago de Chile le dan satisfacción otros compañeros.

Se reúne con ellos para mitigar sus angustias y problemas:

Hoy armamos parlamento en lo de Lautaro. Oswaldo se presentó con otro amiguete cazador, un tal Luis, pero como la gente esta es así, porfió que no le llamase Luis, sino Lucho, que eso de Luis parece un nombre de ceremonia y que él es muy gallo y la ceremonia no le va. (p. 241-242)

Hablan de la caza y de otros asuntos de interés común.

En todo este ajetreo de la búsqueda de aprecio y simpatía para poder sobrellevar el peso de la inadaptación, Lorenzo tiene que luchar contra las insinuaciones, los acosos y los asedios de la esposa del tío Egidio, quien "me agarraba del brazo y me cogía por el cuello y me hablaba al oído". (p. 236)

En otra ocasión

La tía se calentó y cada vez que la sacaba el tío, ella que "cambio de parejas" y me agarraba bien aunque la chavala se asaba. Así anduvimos hasta las tantas. La tía se arrimaba de más, pero bien mirado, allí nadie llama la atención por eso. De que se echó al cinto dos tragos empezó con que su cabrito, y yo que tía no me hace usted mucho favor, pero ella dale que dale. (p. 306)

Esta es una de las cosas que más mortifica a Lorenzo durante su estadía en Chile, y posiblemente de los más fuertes motivos que lo indujeron a regresar a la brevedad posible.

d) La naturaleza. Ésta ha sido siempre una de las fuentes de delicia más constantes en Delibes. Lorenzo no puede sustrarse de admirar la majestuosidad americana: //"En un minuto nos metimos en los Andes. ¡Madre, qué picos! Yo me recordaba de los tesos nuestros y la gozaba. La verdad es que uno junto a estos montes queda más chico que una hormiga."(p. 206)

Más adelante reitera su asombro:

No sé si será la sugestión o qué, pero es tal como si tuviera

una piedra encima del pecho. En las cimas, empezaron a volar los cóndores. ¡La madre que los echó y qué majestad tienen los condenados! Los babosos de ellos con el collarón blanco y la jeta pelada parecen aves de mal agüero, pero la fetén es que vuelan como los ángeles. (p. 207)

e) La caza. En estrecha vinculación con la naturaleza figura la actividad cinegética. Es la rutina más apreciada que acompaña a Lorenzo hasta su nuevo escenario. No se siente plenamente satisfecho, sin embargo. Los compañeros no tienen la misma actitud que los que cazaban con él en España y hasta las aves (las perdices) y las liebres son distintas:

El cipote de Oswaldo no hacía más que darle a la botella y apenas si disparó la escopeta. A pesar de que se me daba bien la cosa cuando nos sentamos a merendar, yo tenía una barba así. Y es que por más que me esforzaba no se me quitaba del pensamiento el último cacerío con Melecio. Ve ahí, entonces no hicimos más que una perdiz, pero era otra cosa. Y es que la caza, como todo en la vida, es cuestión de corazón y, si uno va a disgusto, el hecho de hacer una buena percha no le quita el morro. En primer lugar me giba que mi compañero esté en otra cosa. (p. 230)

En otro lugar ya habíamos citado que las perdices le parecían "medio maricas" (Loc. cit.). Y más abajo agrega:

Es como las liebres. Lo único que salen un sí es no es largas, pero, ¡madre!, no he visto cosa más confiada, corren al paso y de vez en cuando culo a tierra y, por si no fuera bastante, son grandotas como burro. ¿Qué ciencia va a tener esto? Uno las sacude como quien sacude a un saco de papas. Y si siquiera fuera cierto eso de que hay una detrás de cada yerbajo. Pero ni por pienso. Alguna más que allá, ciertamente, pero, vamos, tampoco para tanto. (p. 230-231)

f) La guerra. Este ejercicio fatal de la irracionalidad humana vuelve a ocupar alguna atención de Delibes. Ahora se plantea como tema de discusión entre varios de los pasajeros del Miguel Ángel. Cada uno quiere explicar la causa de los con-

flictos:

Yo no sé a cuento de qué salió la conversación de las guerras y el griego porfió que las guerras eran cosa de la cultura y que su país hizo más guerras cuando dicen que tenía más cultura. Ya le dije que por eso no, que los generalitos americanos armaban un trepe por un quitame allá esas pajas y eso que dicen que Europa en punto a cultura es la fetén. Terció el señor Iquito y dijo que las suyas eran guerritas de tres al cuarto y que se armaban de ordinario en el trópico, y que no era a causa de la cultura, sino el calor, y que los generalitos de centroamérica en cuanto llevaban una semana pegando tiros se aburrían y lo dejaban. El alemán metió el cuevo y dijo que ciertamente el señor Iquito llevaba razón y que en Europa somos más tesoneros y cuando la liamos no sabemos dejarla. Total, que el griego terminó por confesar que hacía diez años que se fue de su tierra huyendo de la quema y que no estaba arrepentido. El alemán que cuate, pero que las guerras no eran a causa de la cultura, ni del calor, sino del aburrimiento. A última hora andaba medio barco metido en la porfía y no había Dios que se pusiera de acuerdo. (p. 200)

Esta cita tiene el mérito de que en ella Delibes expresa algunas ideas sobre algún problema americano, aparte, naturalmente, de lo que concierne específicamente a Europa.

La Guerra Civil vuelve a aflorar en otra de las novelas de este autor. Un compañero de trabajo de Lorenzo en el Hotel Munich sirve como objeto para traer el caso. Se trata de León:

Hoy me fijé que tiene la oreja derecha medio cortada y el candongo me vio mirar y me salió con que era una gracia de los míos. Ya me iba a largar, pero le dije que se explicase y que qué era eso de los míos, y él mandria que también era español y que no vino aquí por su gusto, sino porque nosotros le empujamos. Ya le dije que piano, que yo no había empujado a nadie, pero el torda porfió que eso o perder la cabeza y que él prefirió largarse. Le pregunté si era emigrado de la guerra y él que a ver, y yo le dije que conmigo podía estar tranquilo porque a mí la política me la trae floja y que, por ese lado, tan amigos. (p. 257)

Quiéralo o no Lorenzo (y Delibes lo sabe), lo cierto es que la lucha fratricida no sólo dejó un saldo de un millón de muertos, sino que arrojó a distintos lugares del mundo a una cantidad na-

da despreciable de españoles.

g) La muerte. Contrariamente a lo que sucede en la primera actuación de Lorenzo, aquí la muerte no se manifiesta con la misma frecuencia. Apenas fallece una persona: un amigo del protagonista. El acontecimiento fue tomado por él con bastante serenidad. Cuando más, le permitió hacer una trillada reflexión:

Dativo la diñó esta tarde de una manera tonta. Según el Efrén, se le perforó el estómago y al mezclársele el alimento con la sangre, se le envenenó el organismo. (p. 277)

.....

Verdaderamente la vida es un fandango y el que no lo baila es un tonto. No somos nadie, órdiga. (p. 278)

A esta breve presencia se limita lo que había sido objeto de angustia y meditación filosófica en sus primeras novelas. Por cierto, el fenómeno ha ido cobrando un perfil cada vez más humano hasta que, en sus últimas narraciones, ya es algo más natural y cotidiano.

h) La religión. Otro tanto ha ocurrido con la creencia en la divinidad. Su acercamiento se ha desvestido de solemnidad o cuestionamiento trascendente. Ahora es una simple práctica en el desarrollo normal de la vida:

Al acostarnos /Anita/ me preguntó si me había recordado de que ayer fue Viernes Santo. Verdaderamente. Mira que allá éste es un día grande; bueno, pues aquí, ni muestra. Razón le sobraba a Marcelo, el uruguayo, cuando decía que tocante a religión los extranjeros son más fríos que otro poco. (p. 217)

.....

Por la mañana anduvimos en misa... (Loc. cit.)

h. Juicios someros. Por primera vez en su carrera literaria, Miguel Delibes ensaya con la posibilidad de la redacción de una

secuela novelística. Diario de un emigrante, por lo tanto, necesita ser leída luego del Diario de un cazador para alcanzar la comunicación plena en su particular dependencia. Por otra parte, es la primera vez que un personaje del autor desarrolla casi la totalidad de su actuación fuera del marco español. Sin olvidar, claro está, que ya Pedro, el de La sombra del ciprés es alargada, anduvo por América, sobre todo, por los Estados Unidos, y otros lugares del mundo. Pero aquello fue un breve interludio en su vida peninsular. Ahora el hecho es que Lorenzo se ubica en un país ajeno al suyo, donde vive mientras se desenvuelve la madeja de sucesos que configura el relato.

En consecuencia, cobra primacía un tema hasta este momento inédito en su quehacer ~~imaginativo~~: la emigración española a América y toda la gama de consecuencias que ello acarrea en la vida de unos seres que buscaban mejorar su condición económica. La experiencia americana es objeto de atención, por primera vez, en la novelística del escritor de Valladolid. Aun cuando sea fugaz y brevemente.

Lorenzo, pues, ha tenido la oportunidad de vivir en dos mundos y de mostrarse en todo el esplendor de la grandeza, así como en el infortunio de la pequeñez.

#### 4. La hoja roja

a. Título. En esta oportunidad, se trata de una frase muy familiar para el pueblo español; sobre todo, entre los fumadores. Y, muy especialmente, por quienes usan ese tipo de cigarrillo, a la manera antigua, que debe ser preparado con sumo

cuidado. Obviamente, la clientela de este tipo de pitillos es reducida y no debe de extrañar que figuren en ella personas de edad avanzada. Los consumidores de este producto tienen un saquito de tabaco y una libretita de papeles para confeccionar los cigarrillos. Cuando se están quedando sin papel de fumar "suelen incluir, en España, una hoja roja, en la que [se] advierte al usuario: 'Quedan cinco hojas.' "<sup>36</sup>

El título, por lo tanto, posee una dimensión extraliteral; es decir, simbólica. Alude al agotamiento vital y a la proximidad de la muerte. El protagonista, don Eloy, emplea una frase continuamente por medio de la que expresa su convencimiento de que le queda poco tiempo de vida: "a mí me ha salido la hoja roja en el librito de papel de fumar, eso es." (Loc. cit.)

b. Escenario y atmósfera. El escenario físico, en términos generales, es una ciudad provincial. Pero, más específicamente, en el departamento de una "casa del siglo pasado" (p. 276). En ella cobra primordial importancia la cocina, en la que don Eloy y su criada, Desi, sostienen buena parte de sus conversaciones. La vivienda, propia de un modesto funcionario municipal, guarda una estrecha relación con quien la habita en lo que se refiere a la vejez y a la pobreza.

También el ambiente otoñal y de invierno que prevalece guarda afinidad con el estado emocional y somático por el que atraviesa el personaje principal masculino.

---

<sup>36</sup> Miguel Delibes, La hoja roja, Op. cit., III, p. 274. A partir de este momento nos limitaremos a señalar las páginas correspondientes, entre paréntesis, al lado de las citas del texto.

El momento en que ocurre el temporal nos permite captar la atmósfera, la condición climatológica y emocional que permea el relato:

A mediados de noviembre, como cada año, se desató el Norte. En unas horas el Parque quedó desnudo y despoblado, a excepción de los gorriones y las urracas que soportaban impávidos los rigores invernales. Los árboles, sacudidos por el viento, semejaban una zarabanda de esqueletos sobre una brillante alfombra de hojas amarillas. Dos días después el viento amainó. Empezaron a alzarse del río las nieblas del otoño y la ciudad se sumió en un estatismo agarrrotado, precursor de las rígidas escarchas de diciembre. Mas antes que los hielos llegó este año la nieve. Se presentó embozada de unas metálicas nubes grises que en un santiamén cubrieron la ciudad y la bombardearon lenta, persistentemente, con sus copos ingrátidos, revistiendo de blanco las calles y tejados. Y, contra toda previsión, el temporal se prolongó cinco días con cinco noches. La vida en la pequeña ciudad se resumió en sí misma, como el caramol en su concha, aguardando mejor circunstancia para renacer. (p. 321)

c. Argumento. La novela posee dos protagonistas, don Eloy y su criada Desi. La ~~narración~~ comienza la noche en que el viejo funcionario municipal se retira luego de cincuenta y tres años de servicio en el Negociado de Sanidad de la ciudad natal. Esa noche se le hizo un reconocimiento, en el que se encontraban el alcalde, Nicomedes Fernández; don Cástor, el jefe de la dependencia en la que trabajaba el homenajado; Carrasco, compañero de labores; Pérez Ballester, el auxiliar de Arbitrios, y Martinito, encargado del coche-manga. Dicha actividad era uno de los tres acontecimientos fundamentales de su vida, junto a su boda y su presentación en la Sociedad Fotográfica. Por su memoria pasaban unas palabras de su amigo Pepín Vázquez, en el sentido de que ... "la jubilación era la

antesala de la muerte" (p. 269) y el recuerdo del fallecimiento de su hijo menor, llamado Goyito. Mientras esto sucede, los asistentes conversan sobre la era atómica y que " 'lo del 48 fue un ensayo deplorable [por] sujetar toda la plantilla a la Legislación laboral, [lo que] suponía un enredo diabólico'. " (Loc. cit.)

La atmósfera que prevalece en el acto es de pesadez. Sus amigos y el alcalde hacen bromas o se desesperan ante la prolongación de la ceremonia, que se torna más aburrida para los concurrente dado que don Eloy pronuncia un largo discurso repetitivo sobre las virtudes del trabajo y la responsabilidad ciudadana. Una vez concluidas sus palabras, recibe las felicitaciones de rigor y parten del lugar.

Mauro Gil y don Eloy salen juntos hacia sus respectivos hogares. Al llegar éste a la puerta de su casa, decide continuar con el primero hasta la suya, aun cuando ya era avanzada la noche. En realidad, el viejo lo que interesaba era el calor de una compañía que lo confortara.

El funcionario jubilado de setenta años compartía su vivienda con la criada Desi de veinte. Su esposa María Luz -llamada Lucita- había muerto a los sesenta y dos, "porque su corazón y sus venas carecían de la suficiente elasticidad para soportar la menopausia." (p. 383) El hijo mayor se llamaba Leoncio y era notario con residencia en Madrid. Tenía cuarenta y dos y estaba casado con Suceso.

Desi, la sirvienta, había salido de su pueblo, luego de la muerte de su padre Galo. Su amiga, la Marce, desempeñó un papel destacado en su emigración y la ayudó a conseguir la colocación con "el

señorito". Aunque no ganaba mucho dinero, se sentía a gusto y tenía libertad para pasear ciertos días y conversar con las amigas; sobre todo, con la que ya se ha mencionado.

La novela, aunque objetivamente hablando transcurre casi toda en el plano del tiempo presente, se alimenta de numerosas evocaciones que pertenecen a uno y otro protagonista. Esos recuerdos, sin embargo, tienen tanto peso que virtualmente anulan los acontecimientos cotidianos, que, en realidad, no son muchos ni importantes. El pasado, por lo tanto, se apodera de la trama. Don Eloy abre cauce a su historia personal en compañía de la criada en el seno del hogar. Lo mismo hace cuando pasea con don Isafas por lugares ya rutinarios. Desi, por su lado, rememora incidentes familiares ocurridos en su pueblo de origen a instancias del viejo y de la Marce. En otras ocasiones, la voz narradora trae a colación los hechos necesarios de ambas vidas.

Como veremos, don Eloy hace muy pocas cosas para sobrellevar su existencia. Entre otras, acostumbra a pasear con el viejo Isafas desde hace alrededor de veinticinco años; conversa con Desi regularmente y la enseña a escribir; le escribe a su hijo que reside en Madrid; revisa viejas fotografías y simula tirar fotos con su cámara sin película; visita a su amigo Pacheco en la óptica y a los antiguos compañeros de trabajo en la dependencia municipal; celebra la Nochebuena con la criada; le preocupa su propia salud; acompaña a Isafas en su agonía y asiste a su entierro; realiza cálculos sobre la duración de la vida humana; visita a Leoncio en Madrid; asiste con la sirvienta al cine; y, finalmente, le propo-

ne a la joven criada que ambos compartan sus soledades, a fin de que, cuando él muera, ella pueda disfrutar de sus pertenencias.

El otro nivel de vida de don Eloy corresponde a su pasado. En éste se destaca su participación en la Sociedad Fotográfica que estuvo presidida por Pacheco; sus relaciones con la esposa (Lucita), a quien creía no haber llegado a conocer plenamente por las diferentes visiones que cada uno tenía del deber; le asaltan continuamente la muerte de su segundo hijo Goyito y los sacrificios que tuvo que hacer para que su primogénito Leoncio se hiciera notario en Madrid; su propia vida forma parte de las rememoraciones: la muerte de su padre de cólera morbo, en 1885, el mismo día que él nació; el deceso posterior de su madre; su niñez en casa de su hermana Elena (veinticinco años mayor que él), esposa del tío Alejo, y el "calor" que la criada Antonia le prodigaba, quien le contaba historias diversas; luego va a vivir con su tío Hermene, el que guardaba una contribución periodística de su hermano, en la que demandaba civilidad de la ciudadanía; al tiempo de haber dejado la casa de su hermana, ésta se separa de su esposo, después que éste rompió una cruz: el tío Alejo se marcha a Venezuela; Elena se va a Bilbao de señorita de piso en el convento donde se encontraba una amiga suya llamada Heroína y la Antonia se une a una tal Emilia "para sacar niños" (p. 304); evoca sus días en la escuela de párvulos de Madame Catroux, en la que conoció a Isafas a los seis años, quien peinaba bucles, se perfumaba y en la adolescencia no mostraba mayor interés por las mucha-

chas; de esos días queda la figura de Paquita Ordóñez, a la que Poldo Pombo y él atisbaban desnuda en la Casa de Baños, mientras Isaias los aguardaba en un banco cercano; las remembranzas del atlético Pombo se contraponen a la fragilidad femenina de Isaias; aquél se ejercitaba con poleas gimnásticas y realizaba viajes en bicicleta a lugares como Bilbao y Madrid; y la memoria también traía a colación las muchas veces que el alcalde Nicomedes Fernández Piña se reunía para decidir asuntos de su administración.

Por todo esto, cuando muere Isaias, sabe que

Era difícil tratar de hacer comprender a la chica que no era el amigo, sino el calor, y que no era sólo un hombre lo que yacía en el ataúd, sino Madame Catroux, la francesa y su colegio de párvulos, y Poldo Pombo y su anacrónico biciclo y las poleas gimnásticas del doctor Sandon, y su hermana Elena, y la Antonia, y el tío Alejo y sus bracitos de enano; y la Rosina, y el tío Hermene y el Banco Cooperativo; y Pepín Vázquez y la Paquita Ordóñez y la Casa de Baños; y Lucita y Goyito, su hijo menor, y toda una vida. (p. 398)

En el caso de la Desi, sus funciones y actividades reales se limitan a los trabajos rutinarios en la casa de don Eloy; conversa con él en la cocina; lo acompaña al cine, unas cuantas veces, casi al final de la obra; cambia de impresiones con la Marce, además de pasear e ir a la iglesia y de celebrar su cumpleaños con ella; también tiene discusiones con esta amiga y aún más con Tasia; hacia el final parece haber roto su relación con la Marce; se empeña en aprender a leer y escribir; poco a poco va reuniendo las piezas para su ajuar de bodas con el Picaza; cuando su novio va a Madrid, se ven con frecuencia, pasean y resiste los ataques sexuales a que él la somete; ella está dispuesta a esperar

que su prometido cumpla una sentencia que le han impuesto por haber dado muerte a una prostituta llamada Domi, cuando ésta "le mentó a su madre" (p. 428).

Las evocaciones asociadas con la Desi pertenecen a la vida ordinaria del pueblo natal. Son breves sucesos como el apuñalamiento de Adriana, la resinera, ocurrido cerca de un monte; el achicharramiento de la cara de Moisés, el pelirrojo, quien se asociaba con salidas fantasmales de noche; la muerte de su padre Galo, que se había casado con la Caya, su cuñada, una vez que murió la madre de la muchacha; la habilidad del Picaza para cantar, lo que hizo posible que el cura don Jerónimo lo contratara en los diversos momentos y festividades del pueblo; el asesinato de Marcos -hijo de Galo y Caya-, el cual padecía de retardación mental: Práxedes, el Raposo se molestó con sus expresiones de que siguiera lloviendo, mientras a él se le ahogaba una vaca en la riada de 1952; los casamientos de sus hermanas Doro -la mayor- con Antonio y de Silvina -la tercera- con Eutropio; la desaparición de Candi -la segunda-, sin que se supiera a dónde se dirigió, y las partidas de Valen y Alfonsina hacia Madrid; la locura de Apolinar, primo de Eutropio, a quien la madre del demente -llamada doña Visi- recluyó; la disputa entre el párroco don Jerónimo con el maestro don Fidel -llamado don Fideo- por el carácter irreverente de éste y la celebración de las bodas en el local del tío Boti.

Falta por agregar que, a tenor con los indicios temporales diseminados en la narración, los hechos se ubican en 1955, pues-

to que, si don Eloy nació en 1885 (p. 298-299) y se retiró del trabajo a los setenta años (p. 274), el tiempo actual del relato es 1955.

d. Personajes. En verdad, esta novela centra su atención sobre dos personas. Luego intervienen otros ocasionalmente a lo largo de la trama. Hay que distinguir, no obstante, entre los personajes menores que participan en el tiempo presente del relato y aquéllos que son productos de los recuerdos en la vida de los protagonistas o de las evocaciones de la voz narradora. Unos pertenecen al mundo real de los sucesos diarios y otros forman parte de las rememoraciones o del ámbito subjetivo.

1) Protagonistas. Podría decirse que el argumento de La hoja roja posee una figura central sobre la que transcurre buena parte de los acontecimientos de la trama: Don Eloy, un anciano ex-funcionario del Negociado de Sanidad municipal de una ciudad provincial, quien acaba de jubilarse de su trabajo a los setenta años. Como es natural, se trata de un carácter conservador y rutinario en el que ya es evidente el deterioro físico causado por los años:

Así, el que el viejo fuese friolero y superpusiera a la colcha los pantalones, el chaleco y la americana; o que durmiera con la faja y los calcetines puestos; o que permaneciese arrodillado durante media hora después de la comida para facilitar la digestión; o que pasara los domingos soleados en el balcón tirando fotografías sin película, o que, en suma, en primavera y verano, madrugase con el alba para hacer de vientre en la espesura del parque, eran cosas que no ofendían a nadie y que a nadie perturbaban. (p. 276-277)

A su costumbre de acudir frecuentemente al pasado -hecho que revela la primacía de aquél sobre el presente-, se añade la gran

cantidad de ocasiones en que se chorrea sin advertirlo:

Ella se tocó levemente la nariz:  
 -Señorito, el pañuelo.  
 Él se limpió maquinalmente. (p. 304)

Es obvio que los momentos que vive le son tan poco gratos que se complace recordando o acudiendo a hechos de otras épocas, en las que encuentra agrado y felicidad, perfección y contento. En ello estriba su tendencia a rechazar la hora inmediata y buscar refugio en el tiempo perdido. Como toda persona vieja, sabe que su vida está por agotarse y que sus días están contados. Es en este sentido que el título de la obra alcanza su más pleno significado.

La Desi, por su parte, contrasta con su señor en edad. Apenas cuenta con veinte años y se encuentra en un nivel social inferior al del pobre hombre que sirve, aunque éste no es sino un humilde trabajador que se desempeñaba como barrendero. La muchacha es una joven campesina analfabeta, de modales torpes. Es, sin embargo, inocente, de buen corazón, y no muestra vicios. Poseía un sentido ingenuo de la religión. Su nombre completo era Desi San José (p. 384)

Casi no tenemos descripciones físicas de ella, como ocurre con don Eloy. Pero sabemos que exhibe un ... "rostro obtuso, de tez renegrada y frente cerril"... (p. 266) Y que, además, "Tenía un aire desgachado y torpe con la pobre bata que apenas la ocultaba las corvas, las pinzas en la cabeza y las manos rojizas, hinchadas como sapos, desmayadas sobre el vientre"... (p. 267).

Tenía, también, la costumbre de ... "tratarse el oído lastimado

a sopapo limpio." (p. 286) Aquella joven de "rostro romo", a la que "se le ahuecaban los agujeros de la nariz", dejaba ver "el agrietado labio inferior" y "sus ojos [presentaban] de ordinario... una opacidad mate" (p. 312).

2) Figuras secundarias. Prácticamente sólo dos figuras ocupan lugares de una categoría auxiliar. Ambas mantienen cercanos vínculos de amistad con don Eloy y la Desi. Pero, aun así, sus funciones no alcanzan la preponderancia que se espera de unos personajes que ostentan posiciones de segunda categoría. De todos modos, merecen ser consideradas aparte por las razones que se explican de inmediato.

a) Isafas. Este representa al amigo de toda una vida. Desde que Eloy lo conoció en la escuela de párvulos de Madame Catroux, a los seis años, fue una presencia de apoyo y fidelidad para el protagonista. Esto no significaba que entre ambos existía una absoluta identificación, como se verá. Ya sabemos que, desde pequeño, Isafas compartió con varias mujeres (sus hermanas) y que ello, probablemente, tuvo gran importancia en el carácter afeminado de sus primeros años. Contrariamente a Eloy.

Ya mayores, los compañeros siguen siendo diferentes, aun con los lazos fraternales que los unían:

A esas alturas, uno y otro caminaban despacito, como con desgana y la conversación fluía asimismo despacito, como con desgana. Su relación estaba hecha de silencios y acuerdos tácitos. Se criaron juntos, crecieron juntos, vivieron el mismo ambiente y al cabo de los años ninguno de los dos se sentía ya capaz de sorprender al otro. Fue necesario llegar a la vejez para que de nuevo todas las cosas les parecieran asombrosas y dignas de ser contadas. Y con el recrudecimiento del diálogo llegó la discrepancia. Isafas no le entendía o no quería entenderle. Isafas se negaba a elaborar su presente con su

pasado. Era cierto que los tiempos habían dado un viraje radical pero ello no justificaba que Isaias hubiera virado con ellos. Al viejo Eloy le dolía esta identificación de Isaias con una época que no era la suya, una época que no admitía parangón con la de su juventud. (p. 315- 16)

b) Marce. Lo que significa Isaias para don Eloy, lo encarna Marce para la Desi. Era criada de don Aurelio, el "del tercero", en el mismo lugar de vivienda de don Eloy. Fue la responsable de que su amiga saliera del pueblo y fuera a la ciudad a servir al "señorito":

Minucias aparte, la Marce se había portado con ella como una hermana y cuando la escribió desde el pueblo, la otra contestó a vuelta de correo y, más tarde, apenas la avisó, salió a esperarla al coche de línea, y, más tarde aún, la llevó por la ciudad, como quien dice de la mano, para que aprendiera a desenvolverse. (p. 305)

Era de

...blanquísima piel; sus tibios, inexpresivos ojos azules; su lacio pelo rubio; su desenvoltura con los reclutas que la asediaban; su genio endiablado pero consecuente; su manera de exigir cuando la asistía un derecho y hasta los pies planos que la torturaban de más durante los interminables paseos dominicales"... (Loc. cit.)

Como puede notarse, es diametralmente opuesta, en el aspecto físico, a la Desi. Además, sabía leer y escribir, por lo que le servía de confidente a la amiga. En cierto modo, dada estas razones, ejercía cierto tipo de dominio sobre la otra; por lo menos, así fue durante algún tiempo.

3) Tipos, siluetas y sombras. Estos, en su mayoría, pertenecen al pasado de don Eloy y de la Desi. Familiares, amigos y conocidos engrosan la nómina de unos nombres atados a incidentes que, de alguna forma, gravitan en el recuerdo de los protagonistas. Entre otros: don Abel, sacerdote del cementerio de la ciudad pro-

vincial; don Abilio, el "patrón" de la barbería donde se rasuraban don Eloy e Isafas; Adriana, la resinera, fue apuñalada "una tarde de nieve en la entrada del monte" en el pueblo de la Desi (p. 277); Afrodisio Niño, dueño de la papelería desde la cual comenzaron a encontrarse don Eloy e Isafas desde el 9 de febrero de 1929 para dar sus paseos diarios, a partir de las cuatro de la tarde; Aguado, amigo de don Eloy e Isafas que se ponía "al corriente revisando legajos viejos" (p. 312); Alejo, cuñado de don Eloy, casado con su hermana Elena; "tenía cuerpo de gigante y bracitos de enano" (p. 303); un día marchó a Venezuela; Alfosina, una de las hermanas de la Desi; residente en Madrid; Andrea, hermana -la del "medio", presumiblemente-, de Isafas; Antonia, primer afecto de don Eloy, "pues a su padre no llegó a conocerle y de su madre no guardaba una idea exacta" (p. 298); Antonio, esposo de la Doro, hermana mayor de Desi; "se fue a vivir a La Parrilla" (p. 296); Apolinar era primo de Eutropio e hijo de doña Visi; "se chalcó porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no se le ofrecía ninguna proporción" (p. 336); Argimiro, cabo acompañante de la Marce; Aurea, hermana menor de Isafas; don Aurelio, "el delineante, el señorito de la Marce" (p. 337); el tío Boti era el propietario de un local donde se celebraban las bodas en el pueblo de la Desi; Buenaventura Salgado, párroco de San Ginés; la Candi, segunda hermana de Desi; Caprichitos, prostituta que regenteaba un lugar de diversión; Caraplana, el de la Crispula, conocido de la Desi; Carrasco, compañero de don Eloy en el Negociado de Sanidad; Castelar (Emilio), político y orador español; cuarto y último presidente de la Primera República; don Cástor es el jefe del Negociado donde traba-

jaba don Eloy; la Caya, madrastra de Desi y sus hermanas; Cesáreo Gaytán, dueño de la carroza de la Batalla de las Flores de 1905, la cual causó una controversia, un duelo y la muerte de una persona; Clemente Cid, dueño de la Peletería Hispanoamericana; Crispula, personaje del pueblo de la Desi asociada con el Caraplana; la Culohueco, el ama del cura don Jerónimo del pueblo de la Marce; Daniela es otra muchacha del lugar de la protagonista a la que le gastaron la broma de meterle un marrano con una esquila debajo de la cama; Delfín, "el chico mayor, el del estanco, que andaba tras la Matilde" (p. 311); Demetrio, "el de Villacabrales" (p. 374); don Demófilo, posiblemente maestro de la Escuela Normal" (p. 325); Diego Blanco Fanjul abofeteó a una persona en ocasión de celebrarse la Batalla de las Flores, lo retó a duelo, pero fue muerto por su contrincante; Diéguez, propietario de la botica; Dolly, la perra de Lorenzo, el bedel-cazador; Domi, la tuerta, prostituta asesinada por el Picaza; Doro, hermana mayor de Desi; Doro Peña, presidente de la comisión de estudiantes de Medicina en 1906; Elena, hermana de don Eloy y esposa de Alejo; "era despegada, áspera y fría como un reptil" (p. 298); don Eloy Núñez, padre de don Eloy, en una ocasión escribió un artículo para cierto periódico donde mostraba su preocupación por la civilidad; falleció del cólera morbo el mismo día en que nació su hijo; Emilia, aparentemente una partera con la que se va Antonia; Emiliano era el novio de una sirvienta en el vecindario de don Eloy; Emma Abot, "primadona", "cantante hermosísima" (p. 300) de los años veintes; don Estalislao, un conocido de don Eloy, a quien éste ve pasar cerca de su casa y relaciona con el mundo de las "cotizaciones"

(p. 325); Eutiquio, guarda-jurado que encontró muerto a Galo, el padre de la Desi; Eutiquio Gomero, "el inventor de los brillantes de boro, las perlas nakioquímicas y la oralina, nuevo metal, aleación de oro puro con bronce y aluminio" (p. 404); Eutropio, esposo de Silvina, la tercera hermana de la Desi; Federico, doctor del rincón natal del Picaza; don Felino Crespo, el de la Gestoría (gerente de una empresa o sociedad); don Eloy presidió su entierro; Fernando Marín, primera persona de la ciudad de don Eloy en asistir a una corrida nocturna en Barcelona; doctor Ferrán, se recibe de médico el día siguiente de la muerte de don Eloy Núñez, padre; don Fidel, conocido como don Fideo, maestro que entró en disputa con el párroco don Jerónimo; Fifín, el del molino, primo de la Marce; Fuensanta, criada murciana del tío Hermene; Gallito, un torero; Galo, el padre de Desi y esposo de la Caya; Gasparín Márquez, dueño de un merendero en la ciudad donde residía don Eloy; Gemita, empleada de la óptica de Pacheco; Generoso González Prat, propietario de una agencia de matrimonios; Goyito, hijo menor, ya fenecido, del protagonista; Gumer, "el de Valdecasas" (p. 375); Heliodoro Rojas, "refundidor de 'La Sandovala', la campana de San Benito" (p. 403); el tío Hermene, hermano del padre de don Eloy, con quien éste vivió unos años, luego de haber permanecido al lado de su hermana Elena, el tío Alejo y la Antonia; aquél siempre le hablaba del artículo publicado por su hermano en un diario, en el que ponía de manifiesto su sentido de civilidad; Heroína, amiga de Elena en un convento de Bilbao y en el cual ésta se refugia una vez se separa del tío Alejo; Ismael Abril, dueño de un garaje (p. 396); don Jeró-

nimo es el párroco "que con su palidez y su alta y rígida silueta y el barro de la sotana parecía un desenterrado" (p. 294); ejercía gran influencia en la comunidad que dejó atrás la criada de don Eloy; Leoncito, hijo mayor de don Eloy, notario en Madrid, y esposo de Suceso; Lorenzo, el bedel cazador, aparece fugazmente con la cuadrilla de amigos, en la churrería presumiblemente de su suegro, y con la perra Dolly; Lucita, cuyo verdadero nombre es María Luz, esposa de don Eloy que muere a los sesenta y dos años; Lupe, hermana mayor de Isafas, estaba enamorada de Poldo Pombo; Mamés, barbero que arreglaba a don Eloy e Isafas durante los últimos veinte años; Marciano, "el de la fábrica" (p. 293); Marcos, el Toño, era el único hijo de la Caya; popularmente se adjudicaba la deficiencia mental a su tardía gestación; la madre tenía cuarenta y cuatro años; Martínez, el "del almacén" (p. 325); Martinito, compañero de don Eloy en el trabajo; encargado "del coche-manga" (p. 270); Martos (Cristino), político liberal y luego monárquico; presidió el Congreso en la sesión en que fue proclamada la Primera República; Matilde, asociada amorosamente con el Picaza; Mauro Gil, "compañero del Negociado" de don Eloy; Moisés, "el mozo pelirrojo, que se achicarró la cara en el horno de achicoria y durante las noches de ánimas, cuando repicaban las campanas, recorría las calles del pueblo envuelto en una sábana asustando a la gente" (p. 277); Moret (Segismundo), jefe del Partido Liberal; concedió la autonomía a Cuba y a Puerto Rico; Nati, sirvienta amiga de la Desi; don Nicomedes Fernández Piña, el alcalde de la ciudad de don Eloy; murió de pulmonía después de recibir la lluvia en una ceremonia

oficial; Orestes, policía cuñado de don Eloy; Pacheco, propietario de una óptica; amigo de don Eloy; fue presidente de la Sociedad Fotográfica; Paquita Ordóñez, joven a quien don Eloy y Poldo Pombo, en sus años mozos, iban a observar en la Casa de Baños; Pastor, llamado "el auriga"; conducía el coche fúnebre en la ciudad, mientras transportaba desde el cementerio a Abel, el sacerdote, y a don Eloy; Pepín Vázquez, formaba el famoso cuarteto en la vida de don Eloy, junto a Isafas y Poldo Pombo; en una ocasión dijo al protagonista que "la jubilación era la antesala de la muerte" (p. 269); Pepito, camarero de Leoncio y Suceso en Madrid; Pérez Ballester, compañero de don Eloy, auxiliar de Arbitrios; Picaza, su verdadero nombre era Manuel; fue el novio de la Desi; se dedicaba a cantar en su pueblo; mientras se encontraba en servicio militar en la ciudad de don Eloy, mató a una prostituta, por lo cual terminó en la cárcel; Pintado, "el ferretero" (p. 361); Poldo Pombo, su verdadero nombre era José María Vázquez Palomero; conocido como el sportman; acostumbraba a realizar ejercicios de gimnasia y proezas sobre el bicicleta; don Eloy lo recordaba como una persona saludable y muy popular; el señor Poli, vecino del municipio de don Fidel a quien una creciente le llevó la cabra; Práxedes, el Raposo, asesino de Marcos, el Tonto, mediohermano de la Desi; la Pruden, madre de un niño de Caraplana; Pura Catroux, francesa en cuyo colegio de párvulos estudiaron Isafas y don Eloy; Puri, criada novia de Emiliano; Quintín Magro, "el magistrado" (p. 298); Rodríguez de Llano, contrincante de Diego Blanco, a quien dio muerte en un duelo de espadas; Rosina, hija de Fuensanta; Ru-  
fa, hermana de Caya y esposa de Galo; era la madre de Desi y sus

otras hermanas; Sagasta (Práxedes Mateo), presidente del Partido Liberal y del Consejo de Regencia con María Cristina, y aún antes, entre 1881 y 1902; Silvina, tercera hermana de la Desi; casó con Eutropio; Suceso, esposa de Leoncito; Tasia, sirvienta que "disfrutaba de una fama turbia en la vecindad" (p. 278); antagonizaba a la Desi diciéndole que quería "heredar del viejo" (Loc. cit); Téllez, "sastre real" que le confeccionó un traje rayado a don Eloy en 1941 (p. 266); la Tina, a una intervención suya en un nacimiento se le atribuía algo así como un prodigio, por eso se hablaba de "la historia del milagro" en su localidad (p. 356); Tomás, "el del estanco" (p. 293), padre de Delfín; Tomásita Espeso, se ahorcó en una encina el 15 de mayo de 1910; Trifón Lasalle González, un domador de pulgas; don Ulpiano, el del coche fúnebre; Valen, hermana de la Desi; sirvienta en Madrid; Velao, parroquiano a quien el Picaza le cortó una oreja en la taberna del tío Boti; Visi, la madre de Apolinar; y Yaya, sirvienta del círculo de amigas de la Desi.

e. T e m a s. Cuando Miguel Delibes reunió Aún es de día, La hoja roja y Las ratas en el tomo III de su Obra completa sentía que esas tres novelas compartían "el sentimiento de prójimo", que es un modo personal de plantearse la llamada "inquietud social", frase que él, evidentemente, juzga impropia, dado que el término de "novela social" en que se recoge resulta "un enfoque maniqueo" (p. 8). Independientemente de sus explicaciones, el hecho es que sus obras mencionadas tienen un apreciable contenido de preocupación por los problemas del hombre. Y, diga lo que diga, esa inquietud guarda una fuerte relación con los menos afortunados, a los

que se ha llamado eufemísticamente "desheredados de la vida"; lo que de ninguna manera impide que sean víctimas de una sociedad regentada por los ricos y los poderosos.

1) Principales. No cabe duda de que, en esta narración, se mezclan dos de las preocupaciones que más han motivado a Miguel Delibes: la muerte y la soledad. El título del relato ya es señal de la proximidad del deceso del protagonista, el cual está íntimamente asociado con un patente proceso de abandono físico y afectivo frecuente en las personas de edad avanzada, bien como resultado natural de la desaparición de los seres que constituyen su círculo de relaciones inmediatas o, simplemente, producto de la ingratitud de los familiares y los amigos.

El propio autor, al ser interrogado sobre este asunto, expresa:

-La idea de lo efímero de la condición humana siguió obsesionándome aun después de escribir el primer libro. Este sentimiento latente de la muerte se advierte sobre todo en La hoja roja, pero está presente en todas mis novelas.<sup>37</sup>

Más adelante agrega:

...porque junto al problema de la muerte está éste de la insolidaridad, que tanto me preocupa: la soledad del hombre que un desarrollo técnico mal digerido está acentuando. La soledad del viejo deriva de un proceso normal, enteramente normal. El proceso de la Desi es anormal: el Picaza, su novio, mata a una prostituta; la Marce, su amiga, en la que confiaba más que en nadie, la abandona y se ríe de ella y de sus amores con el Picaza. Anteriormente había sido repudiada por su madrastra. De manera que en la novela convergen dos soledades.<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Miguel Delibes, en César Alonso de los Ríos, Conversaciones con Miguel Delibes, p. 83.

<sup>38</sup> Ibid., p.85-86.

Distintos críticos han captado la presencia de estos temas, aunque no precisamente en el orden que nosotros les hemos adjudicado, en acuerdo con las manifestaciones del autor al respecto.

Gonzalo Sobejano dice:

La hoja roja aborda, en el marco de la ciudad provincial de siempre y en el presente (pues la acción principal sucede por los años 1955-56), el problema de la paulatina soledad ante la muerte en que va quedando un modesto oficinista jubilado, don Eloy Núñez, del Negociado de Limpieza del Ayuntamiento.<sup>39</sup>

Por su parte, Francisco Umbral indica: //"Delibes, en esta novela, quiere llevarnos ante una evidencia última: el hombre está solo."<sup>40</sup>

Para César Alonso de los Ríos: //"El tema central de La hoja roja es la soledad del hombre a un paso de la muerte."<sup>41</sup>

Una postura semejante a la de Umbral asume Ana María Navales, para quien es ... "la novela de la soledad de un jubilado que vuelve, constantemente, la vista atrás, a sus recuerdos."<sup>42</sup>

Y, algo similar, atestigua Alfonso Rey: //"La hoja roja tiene un tema universal: la soledad del ser humano."<sup>43</sup>

Hay que recordar, pese al espacio fundamental que ocupa la soledad, que en ninguna otra novela de este escritor es tan persistente y específica la gravitación de la muerte. De todas maneras, no existe una contradicción esencial entre uno y otro

---

<sup>39</sup> Gonzalo Sobejano, Op. cit., p. 148.

<sup>40</sup> Francisco Umbral, Miguel Delibes, p. 84.

<sup>41</sup> César Alonso de los Ríos, Op. cit., p. 83. (Subrayados del autor.)

<sup>42</sup> Ana María Navales, "Miguel Delibes", Cuatro novelistas..., p. 62.

<sup>43</sup> Alfonso Rey, Op. cit., p. 154.

motivo. Así lo ha entendido Francis Rodman Ganser: //"La hoja roja, como La sombra del ciprés es alargada, tiene el doble tema de la muerte y la soledad."<sup>44</sup> Nosotros, evidentemente, compartimos este criterio.

Por último, merece destacarse que, en algún momento de la trama o al finalizar el relato, han muerto más de treinta personajes muy particulares. No es el caso de una mención de muertos en masa. Cada uno de ellos tiene una especial significación para los protagonistas. Así, por ejemplo: Isafas, Goyito, Lucita, Galo, Rufa y Marcos.

Para don Eloy era una obsesión: "Calculaba el número de entierros a que había asistido desde su juventud y le resultaban siete mil quinientos, aunque el cálculo no dejara de ser convencional." (p. 406) También "Un día se le ocurrió que los viejos se ponen al sol porque ya llevan el frío de la muerte dentro." (p. 322) Cuando paseaba cerca del cementerio decía: "-Tengo ya más conocidos ahí que fuera. Eso nos pasa siempre a los viejos." (p. 361)

A don Eloy, "La idea de encerrarse a solas en su habitación le producía pavor." (p. 274) La Desi ... "desde niña temió la soledad de la noche." (p. 277) Al final, tanto don Eloy como la Desi deciden enlazar sus soledades: //" - Hija, ¿por qué no hemos de compartir lo poco que yo tengo?" //" - Como usted mande, señorito."

---

<sup>44</sup> Francis Rodman Ganser, *Op. cit.*, p. 111. El texto original lee así: //"La hoja roja, like La sombra del ciprés es alargada, has the double theme of death and solitude."

2) Auxiliares. Otras preocupaciones son claras en esta historia. Forman parte de la ideología que interesa dramatizar en esta oportunidad. Apuntalan el propósito central de la ficción y abonan al desarrollo de unas constantes en el pensamiento artístico y social de Miguel Delibes.

a) La vejez. En íntima asociación con la muerte y la soledad tiene que considerarse este proceso natural de la decadencia física. Su presencia pertenece al mundo de don Eloy. La revelación abrumadora sucede a partir de su jubilación. Comienza a sentir los efectos de los años en el deterioro de su organismo: // "Las llaves tintineaban en sus manos temblonas." (p. 274)

También:

Últimamente, sin embargo, el viejo había cambiado; no cantaba mientras se afeitaba, ni tiraba fotografías sin película desde el balcón. Además, por si le sobrasen carnes, llevaba una semana sin tomar la leche antes de acostarse. Él la decía: "Los viejos vivimos del aire, hija, no te preocupes." (p. 281)

La vida de don Eloy vuelta hacia el pasado y el lugar prominentemente que ocupan los recuerdos en su existencia ofrecen la medida del grado de importancia que ha alcanzado el peso de sus setenta años. El presente cada día se hace menos importante, en tanto que el ayer se apodera de su atención casi totalmente.

b) Afecto y solidaridad. Aquí la amistad es uno de los pocos asideros que sostiene a don Eloy en los días que le restan. Vive alentado, en fin, por el afecto largamente cultivado junto a Isafas, el cual se remonta a sus años en la escuela de párvulos y deviene en rutina peripatética a los cuarenta

y cuatro años:

El viejo Eloy conoció a Isafías a los seis años, en el colegio de Madame Catroux, la francesa. (p. 317)

.....

Los paseos cotidianos del viejo Eloy y su amigo Isafías databan de 1929, cuando la muerte de Poldo Pombo, el sportman. Hasta entonces su relación fue constante pero discontinua. A partir del 9 de febrero de 1929 se regularizó y ambos se encontraban a las cuatro de la tarde en los soporales, junto a la papelería de Afrodasio Niño. Cinco lustros atrás andaban sin medida y platicaban con juvenil ardor. Pero, poco a poco, el ardor fue cediendo, y, con el ardor la locuacidad y, con la locuacidad, la longitud de los paseos. A partir de los 60, sus caminatas rara vez rebasaban el cementerio, la Estación Depuradora o el merendero de Gasparín Márquez. (p. 315)

Obviamente, la relación de don Eloy con la Desi pertenece a un tipo de amistad distinto al que correspondía a su amigo Isafías. En este caso, mediaba una serie de circunstancias particulares, como eran las diferencias sexuales, las distancias en edades y las relaciones de "señorito" y "criada". No obstante, existía ese afecto que no era propiamente paternal-filial, de amado-amada o de patrón-sirvienta. Trascendía esos esquemas:

Junto a la chica, el viejo Eloy se sentía apaciguado y en calma. (p. 380)

.....

Era extraña la confianza que le unía al viejo con la Desi. Muchos de sus recuerdos que se había reservado durante setenta años, los revelaba ahora, ante aquella burda y elemental muchacha, sin hacerse la menor violencia, sin someterse a la menor presión. (p. 379)

Por su parte, la Desi, "hallándose él en casa no se sentía tan sola." (p. 437)

Aparte de sus viejos nexos con Picaza y del cariño existente

entre ella y don Eloy, "la Desi conocía muchas chicas y ninguna, a pesar de su talante, como la Marce." (p. 279) Su cercanía a ella era algo especial, ya que la había ayudado a salir de su pueblo, a conseguir trabajo en la ciudad e incluso le escribía y leía su correspondencia. De ahí que "En el fondo de su alma, la Desi veneraba a su amiga" (p. 305).

En estas tres direcciones es donde mejor se puede palpar la significación de los grados de amistad presentes en los personajes inmediatos de la novela, por no referirnos a los que son producto de las evocaciones.

A modo de contrapeso de estos frágiles vínculos son notables los desafectos que padecen los protagonistas. Y éste es un hecho de enorme peso en sus vidas. En el mismo seno de su hogar, don Eloy padece la incompreensión de su esposa Lucita, para quien su compañero era una especie de majadero que se desvivía por el celo con que cuidaba sus responsabilidades como empleado público, aun en sus horas fuera del trabajo: "Lucita, su mujer, le decía: 'Deja quietas las basuras, Eloy, o no vuelvo a salir de casa.' Mas su vocación era más fuerte que él mismo y sus paseos recataban siempre el objetivo de las necesidades municipales." (p. 267)

Con su hijo Leoncito y su nuera Suceso sufría más o menos lo mismo. A ninguno de los dos le interesaba en modo alguno el bienestar del anciano. "Pero él lo sobrellevaba todo resignadamente en la esperanza de ver un día sonreír a Leoncito o de que Suceso le llamara padre." (p. 433) Cargaba en su existencia un vacío de cariño desde que su padre murió cuando él vino al mundo.

Luego su madre dejó otro hueco sentimental cuando falleció. Siguen los "calores" sustitutos de Antonia y el tío Hermene, puesto que su hermana Elena y el tío Alejo no eran ni siquiera eso. De manera que sus días habían sido desde el principio un amargo vacío amoroso.

Con la Desi sucede algo similar, muertos sus padre -Rufa y Galo-, su madrastra y tía, la Caya, es incapaz de proveerle la querencia necesaria. Con el Picaza también debe padecer la insuficiencia de su lejanía, en primer término, y la pérdida suya, por último, como resultado de una imprudencia del prometido.

No es de extrañar, pues, que la solución final de ambos sea compartir sus vidas. Después de todo, el amor es un intento por salvar dos soledades, como ya se ha dicho muchas veces.

c) Conciencia social. Aunque la novelística delibeana no ha estado totalmente exenta de preocupaciones sociales, ya sabemos que los problemas individuales de los protagonistas habían sido los objetos primarios de la atención narrativa. Pero, ahora, a medida que ha ido profundizando la creación de esta etapa, el perfil de asuntos sociales gana importancia junto con el análisis de las dificultades personales que afectan a las figuras centrales. En la frontera de este período artístico, La hoja roja da testimonio de esta situación.

Un crítico se ha planteado el hecho y ha ofrecido una respuesta satisfactoria:

¿Cómo ha tratado Delibes esas realidades sociales, humanas, españolas? Como siempre, con ironía, con burla a veces, con zumba y piedad, con amor. El escritor de-

tecta unas cuantas verdades de la vida española, pero su crítica se queda entre la ironía y la ternura. Ama aquello que denuncia. No se decide a hacer la proclama total, a romper con todo. Si se decidiese, no habría novelista, no habría escritor, iría contra la sustancia misma de su obra, porque él se nutre de lo que juzga, tiene en ello su razón de ser. Por eso, a fin de cuentas, Delibes no es un escritor revolucionario: la ternura le une todavía a lo que critica. Está absolviendo con el sentimiento lo que condena con el pensamiento. Es, por suerte o por desgracia, un sentimental. Un escritor cristiano, porque ama demasiado para condenar. Hay, en su crítica del pasado inmediato, una suerte de pasadismo melancólico característico de muchos críticos de la sociedad española.<sup>45</sup>

Otro analista de la novela española contemporánea es más específico:

Hay en La hoja roja toques satíricos más resueltos que en otras novelas anteriores: acerca de la Prensa oficial, la frivolidad de ciertos círculos burgueses, o la actitud poco generosa del Estado para esos funcionarios que, tras una vida de sacrificio, no pueden llevar una vejez dignamente recompensada.<sup>46</sup>

Desde el mismo comienzo de la obra, el acto de homenaje que se le dedica es una actividad realizada para cumplir una formalidad. No está en los ánimos de los asistentes dejar constancia de aprecio y cariño por la persona que ha sacrificado su vida en el desempeño del servicio público, sino que se trata, más bien, de un acto para salir de un viejo inservible. En la conducta de los participantes se denuncia esta actitud: // "El señor Alcalde se incorporó con desgana, frenando en flor los desganados aplausos de la concurrencia"... (p. 272, subrayados nuestros).

Algo similar le ocurre cuando acude a su antiguo centro de trabajo a alentar a los compañeros que continúan las labores:

<sup>45</sup> Francisco Umbral, Op. cit., p. 84-85.

<sup>46</sup> Gonzalo Sobejano, Op. cit., p. 150.

Dos días antes había resuelto visitar a sus compañeros de Corporación para felicitarles por la rapidez con que actuaron los mangueros después de la gran nevada. No obstante, había sufrido entonces una dura decepción. Él imaginaba que su irrupción en el Negociado tendría una acogida calurosa, pero don Cástor, el jefe, le dijo solamente: "¿Ha visto? La prensa nos ha echado encima a la opinión." Nadie levantó los ojos, excepto Carrasco, quien desde lejos mostró el dedo índice erecto y le hizo girar un momento por encima de su cabeza. (p. 337)

La ingratitude con que se paga la devoción de los empleados del gobierno no puede ser más deprimente.

La honradez con que se desempeña el servidor público tiene un precio en la vida de quien practica esa conducta: la pobreza. Don Eloy es un fiel ejemplo de ello:

La jubilación no alcanzaba y había dado instrucciones a la Desi para no prender lumbre hasta las once. (p. 321)

.....  
 Dos noches antes había sorprendido al señorito quitando las bombillas de la sala y el retrete. El viejo se azoró al verla y dijo desde lo alto de la silla: "Lo que haya de hacerse aquí lo mismo se puede hacer a oscuras, ¿no crees, hija?" (p. 306)

.....  
 Le azoraban al viejo los destellos de las gafas de Pacheco. Le parecía que descubría con ellas hasta el fondo de su miseria. (p. 340)

La diferencia de esta condición de ahora con respecto a estados similares en otras novelas es que está envuelta una responsabilidad implícita del gobierno por dicho nivel de vida en que está sumido el ex-funcionario. No es un problema personal, sino que trasciende a una limitación estructural de la sociedad en que se desenvuelven sus trabajadores.

Lo que Sobejano interpreta como una sátira a la prensa oficial es mucho más que eso. Es una denuncia clara de la omnipre-

sencia del Dictador. Una simple mirada a los textos incluidos en el relato confirman este propósito del autor: " 'Fran-co-vi-si-ta-un-sal-to-de-a-gua-en-Lé-ri-da' " (p. 283); " 'Los-ni-e-tos-del-Ca-u-di-llo-pa-sa-dos-por-el-man-to-de-la-vir-gen-del-Pi-lar' " (Loc. cit.); " '-El-Ca-u-di-llo-re-cha-za-que-Es-pa-ña...' " (p. 328); " 'El-Ca-u-di-llo-re-ci-be-al-re-y-Si-me-ón' " (p. 333 y 334); " '-Fran-co-con-de-co-ra-do-con-el...' " (p. 376) " '...con-el-Co-llar-del...' " (Loc. cit.) " '-...el-Co-llar-del-Mé-ri-to-E-cua-to-ria-no.' " (Loc. cit.)

Evidentemente, tras el propósito de enseñar a leer a la Desi, el narrador selecciona unos textos periodísticos que acusan al régimen totalitario de la España franquista. Esta es la importancia de la lectura soterrada de estos segmentos para quien los recibe con actitud crítica. Es la primera vez que el malestar reinante en la España de Delibes insinúa el nombre del responsable colectivo de aquel estado de cosas.

Pero, aún más, Delibes está conciente de que en España existe un grave problema de clases sociales, independientemente de que se niegue a enfocar el hecho desde esta perspectiva y asuma posturas eclécticas afines con el cristianismo y el idealismo humanista.

Un estudioso del novelista lo expresa en estos términos:

La clase media española, que Delibes describe en la figura del hijo de Eloy, que ha "progresado" y vive en Madrid, resulta totalmente egoísta y carente de sensibilidad, ahogada en el materialismo más descarado.<sup>47</sup>

---

<sup>47</sup> Edgar Pauk, Op. cit., p. 217.

Esta "nueva" España se muestra así a los ojos del viejo padre que visita a su hijo notario en Madrid:

El viejo Eloy pensó que el "party" al menos serviría para ahuyentar la melancolía de Leoncito y le dijo que se divirtiera mucho y que él se acostaría temprano como deseaban, pero no se acostó sino que se refugió en su habitación y cuando sintió voces y ruidos abajo se asomó con cuidado al vano de la escalera para ver sonreír a Leoncito, pero fue a Pepito a quien primero divisó con una bandeja de plata llena de copas y a los hombres vestidos de oscuro y a Suceso yendo de grupo en grupo, y oyó la música encendiendo el ambiente, y el zumbido de las conversaciones y cuando la música cesó, se oyó la voz de Suceso, sobre las demás voces: "Y yo le dije: ¡Mierda!". Y él me dijo, entonces: "¿Sabes que estás como una chota, hermana?" Y Suceso reía y un hombre de aquellos, que parecían todos iguales, la tomó por los hombros desnudos y rió con ella y en el rincón opuesto, junto a la biblioteca, una muchacha que no aparentaba más de veinte años preguntó quién la había pellizcado y añadió que deseaba saberlo porque si por casualidad era su marido le iba a propinar un escarmiento. Mientras, Leoncito, en un rincón, charlaba confidencialmente con otra chica, las miradas confundidas y turbias. Mas Leoncito no sonreía sino que se señalaba alternativamente la nuca y el estómago y entonces el viejo Eloy se encerró en su habitación y se acostó lleno de congoja. (p. 418-419)

La frivolidad burguesa parece haber deshumanizado tanto a la nuera como al hijo. En una ocasión ella se queja:

-He topado a una tía coja, Leo. Se atravesó sin mirar. ¿Qué hará en la calle una tía coja, Leo, digo yo? ¿No se podía quedar en casita en lugar de salir a entorpecer la circulación? (p. 434)

El notario le sale con una patochada a don Eloy cuando éste trae a colación la muerte de su otro hijo Goyito:

-Gregorio jugó su baza y perdió, padre, no le demos más vueltas -dijo.

-El viejo suspiró:

-Era un idealista -apuntó tímidamente.

-¡Idealista, ja! Dejémonos de tonterías, padre. Él quiso hacer a tiros su carrera, como tantos otros porque era incapaz de agarrar un libro ni de mancharse las manos. Él

era su ideal. Eso es, exactamente: él se defendía a sí mismo, luchaba por su propio provecho y se quedó allí, donde nadie le llamaba. A muchos les sucedió así. (Loc. cit.)

Al ex-empleado provincial, la vida madrileña se le figura vacía y sin sentido, a la luz de su experiencia con el hijo, la nuera Suceso -; otro nombre irónico en la larga lista de Delibes-, y las personas con las que tiene la oportunidad de estar cerca.

d) La naturaleza. Sabemos que ésta guarda una estrecha relación con el ambiente y la atmósfera prevalecientes en la obra. Es un paisaje otoñal, cuando no de invierno. Y, a veces, es signo directo de la muerte:

Y el río, que era un lánguido reguero con el cauce cubierto de espadañas durante once meses del año, se hinchaba, como si le preñaran, cada primavera, y aquel año se hinchó tanto que se extendió por la hondonada como un mar y ellos, desde el cerro, no divisaban sus límites, ni su principio ni su fin, y apenas emergían del agua, con la torre de la iglesia y el nido de la cigüeña, cuatro tejados alabeados a punto de desplomarse. (p. 294)

Del pueblo de la Desi a la ciudad de don Eloy el tránsito de la naturaleza guarda la tónica de la fatalidad:

Medio sol, un sol hinchado de color naranja se ocultó allá, tras un cerro descarnado, y una progresiva paralización fue adueñándose de la plaza que en pocos minutos quedó oscura, fría y en silencio. (p. 319-320)

.....

Una brisa queda empezó a batir las yertas ramas de los plátanos y cuarteó el brillante cielo plomizo y, entre las hendiduras, se filtró una húmeda, amarilla luminosidad que fue henchándose paulatinamente a medida que el viento ahuyentaba a las nubes como el perro a las ovejas de un rebaño. (p. 327)

Antes habíamos tenido la oportunidad de citar las palabras sobre lluvias de otoño, cuando, junto a la nieve, cayeron sobre la ciudad, en ocasión de configurar la atmósfera general del libro.

e) La religión. La exposición de la creencia en Dios siempre ha tenido cabida en las novelas de Delibes. Otra vez figura como una práctica popular e ingenua, sobre todo en la joven criada:

...la Desi, en este aspecto, alentaba en su pequeño cerebro unas ideas elementales. Para ella la Virgen de la Guía, la Patrona de su pueblo, era lo más excelso del Universo. Al acostarse y al levantarse, la chica apiñaba los dedos en los labios y lanzaba un rosario de besos a la estampa de la cabecera de su lecho y, luego, balbucía, humillando su mirada tierna y cerril: "Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo". (p. 308)

Entre Isafas y don Eloy la situación era algo distinta:

Desde hacía muchos años, su amigo Isafas se desentendió de toda preocupación religiosa y al viejo Eloy, salvo las misas dominicales, le aconteció otro tanto. (p. 394)

Aunque la creencia en lo sobrenatural se aferra en permanecer en la intimidad de estos personajes, se fosiliza su práctica y el ritual es una pesada costumbre de sus practicantes.

f) La guerra. La beligerancia es una muy fugaz presencia en varias historias de este escritor. Aquí se insinúa como la responsable de la muerte de Gregorio (Goyito), en las palabras que su hermano Leoncito dice a su padre y que hemos transcrito antes. Ellas hacen mención de que "Él quiso hacer a tiros su carrera"... Y, más adelante, agregan:... "y se quedó allá, donde nadie le llamaba. A muchos les sucedió así." (p. 434).

f. Síntesis apreciativa. Esta obra tiene una fisonomía particular: el protagonista es un hombre viejo. Quedan atrás los niños y los jóvenes de otros relatos. Es, pues, la narración del ocaso vital en que la muerte, la soledad y la vejez forman la trilogía de los planteamientos claves. La frecuente rememora-

ción hace posible algo así como una poética de la nostalgia.

El doble plano en que se teje la trama ofrece un contraste dinámico entre dos mundos. Aun en las tragedias y desdichas, el ayer tiene un aura romántica que imprime al hoy de la historia una inevitable repulsa ante la insensibilidad y el materialismo vulgar que el autor observa en los distintos círculos de la vida citadina.

El tono emocional en que se narra la injusticia de que es objeto don Eloy -junto a la continua evocación de los sucesos vividos, tanto por él como por la Desi-, opera a modo de elegía en el nervio de la creación.

Llama la atención, por otra parte, el desempeño de una conciencia social que funciona sobre distintos aspectos de la realidad española, como pudimos ver antes.

La hoja roja significa, en esta etapa artística, un peldaño lógico en el camino de la superación novelística de Miguel Delibes.

D. Inventario. Entre los rasgos narrativos que caracterizan a los relatos de este ciclo pueden mencionarse el abandono de las formas del realismo-naturalismo por unos modos afines a la novela moderna. El pesado aparato ideológico de naturaleza filosófica ha dado paso al tratamiento de temas cotidianos que poseen mayor interés humano. La presencia de la niñez tiene, por fin, una visión de mundo desde su propia perspectiva. Son muchachos comunes, alegres y naturales, en convivencia estrecha con la naturaleza. Delibes, aunque compare esta peculiaridad con otros escritores de su generación, se ale-

ja de las creaciones psicológicas anormales. Por eso es optimista. Su mayor problematicidad radica en contraponer algo maniqueamente el campo y la ciudad.

Aparte de los niños, este ciclo ofrece cabida a un personaje de indudable extracción popular, que ofrece unos atributos estilísticos en su lengua de singular importancia. Junto a él surge la cacería como un tema medular en la novelística de Delibes. Llama la atención el que la trama de una obra esté configurada a base de una serie de segmentos en la que la mayoría de las veces se narran asuntos pueriles del diario vivir. Como es evidente, se trata de la visión de un ser de limitadas oportunidades educativas, hecho que se opone a la tradición literaria de los diaristas cultos. Sin embargo, su fuerte individualismo y su excesivo celo por la libertad personal contradice, aunque no sea su propósito, la vida oficial de la dictadura franquista de ese período.

Se practica, también dentro de esta tetralogía novelística, la transferencia del protagonista a un segundo ámbito literario, en el que vuelve a ser la figura principal de la narración. En esta oportunidad, reaparece como emigrante español en América. El escenario, entonces, es muy distinto al que ha prevalecido hasta el momento.

Y, por último, un hombre viejo cierra el círculo de caracteres abordados en esta etapa. El argumento oscila entre la nostalgia del ayer y la crudeza de la insolidaridad, entre la injusticia y el materialismo del presente. La muerte, la soledad y la vejez hacen posible un tono poético de corte elegíaco.

## CONCLUSIONES

En el capítulo inicial estudiamos los elementos sobresalientes de la vida de Miguel Delibes. Destaca su origen pequeño burgués y el conservadorismo católico que prevalecía en la familia. La formación religiosa fue decisiva en el futuro escritor. Ella es la base fundamental sobre la que descansa la concepción central de su visión de mundo. Se explica, de esta manera, su idealismo histórico que sustenta como postura clave el providencialismo.

Otra influencia en el desarrollo del artista la ejerció su padre en más de una forma. A través suyo le llegó la pasión por la caza y el amor a la naturaleza. Este hecho, como hemos podido ver, es de trascendental importancia en la plasmación de su orbe literario. En buena medida, se opone como alternativa a la desintegración existencial del hombre en el medio urbano deshumanizante. En contacto con el campo, la convivencia sencilla y hasta rudimentaria se exalta como la opción ejemplar.

Por medio de su padre le viene también la vocación comercial. Además, estudia Derecho. Ambas profesiones del mundo positivo abonan a la disciplina de la literatura, la escultura y la pintura que estimulaban su sensibilidad. Es significativo que Delibes haya realizado sus estudios universitarios en carreras de las ciencias sociales. También que sea un autodidacto en las artes. De esta forma se explica su compenetración en el mundo social -a partir de su práctica de periodismo- y sus "descubrimientos" en materia de autores, técnicas, estilos y movimientos estéticos; especialmente a medida que va creciendo en su gestión de novelar.

Más aún, y no menos importante, junto al padre, podría decirse, nació su conciencia ante la muerte y le ganó la aprensión del deceso suyo, dado que el progenitor era un hombre de avanzada edad cuando él atravesaba su período de formación de la personalidad. Aquella estrecha correspondencia filo-paternal, al mismo tiempo, es otra herencia que Delibes ha sabido trasladar a su tarea novelística. Como es natural, el tipo de relación que se indica, trabajada en sus ficciones, asume una gran variedad de posibilidades. Pero, lo medular es que el nexa afectuoso en consideración ocupa una posición destacada en su modo de concebir la realidad.

Una vez puntualizados los aspectos biográficos que han tenido mayor resonancia en el desempeño artístico delibeano, procede hacer hincapié en el hecho de que el segundo capítulo de este estudio tiene la finalidad de subrayar los acontecimientos históricos de relieve que condicionan la sociedad española dentro de unos modos específicos de proceder colectivo.

Delibes, como se sabe, es heredero de las luchas político-económicas de unas estructuras de complejas relaciones de convivencia. Estas se habían cimentado a lo largo de los siglos, desde los inicios remotos de los primeros pobladores peninsulares. En el seno de los diversos sectores sociales del País -bien durante la monarquía, las dictaduras o la breve república de la década de los años treinta-, se revela durante el siglo presente una madeja de sucesos que gravitan sobre el ámbito literario que nuestro narrador pone en función de distintas maneras.

Sin duda, el evento que más honda huella ha dejado sobre las generaciones que lo experimentaron y las que siguieron inmediatamente

fue la Guerra Civil. Este acontecimiento bélico, no solamente costó un alto precio en vidas y en daños materiales, sino que abrió una herida difícil de sanar entre los españoles. Muchas familias perecieron, otras fueron mutiladas física y emocionalmente, en tanto que un gran sector del país fue arrojado a distintas partes del mundo. Decenas de miles perdieron la patria sin remedio.

La literatura de la guerra y la posguerra recoge dramáticamente esta dolorosa experiencia. Delibes no es la excepción. Sin prestarle importancia directa a este hecho fratricida, en las novelas que nos ocupan, algunos acontecimientos y consecuencias se dan en más de una manera posible. De todas formas, los testimonios narrativos de sus compañeros de generación tienen cabida para los odios, las intrigas, los traumas en la niñez y las heridas de los mayores.

Después de la lucha sobreviene la imposición de la dictadura franquista y el aislamiento de la nación del resto de Europa y del mundo. Este régimen dictatorial se extendió por casi cuatro décadas, en las que la vida pública estuvo subordinada al capricho del Caudillo.

Luego siguió la apertura política y la paulatina democratización bajo la figura del "reinstalado" Juan Carlos II, a raíz de la muerte del Generalísimo Francisco Franco Bahamonde, y las ejecutorias de gobierno de Adolfo Suárez. De entonces a esta parte, salvo algunos intentos de la ultraderecha franquista en alianza

con los militares para derrotar la voluntad popular expresada libremente en las urnas, el proceso de reconquista de la libertad ha mantenido su curso ascendente.

El tercer capítulo tiene el propósito de trazar los orígenes de la novela; el surgimiento y el desarrollo que ha tenido en España; la función que ha desempeñado como género artístico nacional hasta las más recientes generaciones; así como los nexos que tuvo con otras formas narrativas desde sus orígenes; sus variadas manifestaciones formales y temáticas y la intrínseca relación suya con la clase burguesa.

A partir de la definición académica de novela, establecimos la presencia de las semillas de ésta en la antigüedad grecorromana y las afinidades con producciones como las fábulas, apólogos e historias. Del mismo modo, planteamos las coincidencias con la epopeya y otros estilos poéticos de tradición oriental u occidental. Además, puntualizamos su desenvolvimiento medieval desde el seno de una sociedad regida por la aristocracia guerrerista hasta la eventual irrupción plena en la Baja Edad Media prerrenacentista y su arranque en el Siglo de Oro.

Las visiones de mundo idealistas (obras de caballería, pastoriles, moriscas, bizantinas...) van dejando paso a una concepción realista que se revela con los libros picarescos, a medida que se pasa del siglo XVI al siglo XVII. Las derrotas imperiales (la pérdida de la hegemonía española en el mundo, en fin) y los graves problemas en que se hunde la vida peninsular explican el abandono de las ensoñaciones caballerescas y amorosas de una burguesía cada vez más potente que, sin ostentar el poder político, se ha-

cía sentir con fuerza en la Corte, por su capacidad para sufragar las empresas reales.

Durante el siglo XVIII, la cosecha novelística no es abundante, por la naturaleza de las concepciones neoclásicas prevalecientes en ese momento. Las prioridades estéticas no iban enderezadas a la invención poética de los géneros de ficción, sino más bien al estudio racional de la historia, la filosofía y el ensayo erudito. De ahí que no haya grandes logros en este campo bajo la casa reinante de los borbones, quienes convirtieron rápidamente en un apéndice de Francia la herencia de los austrias.

La centuria siguiente corresponde al período en que surgen los ideales libertarios triunfantes en la Revolución Francesa de 1789 y la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1783), con sus repercusiones en otros pueblos europeos, como España e Italia, por ejemplo, y en Hispanoamérica bajo la inspiración bolivariana.

La burguesía liberal española combate el absolutismo. La rebeldía emocional -inspirada en el idealismo filosófico de la hora- se cobija bajo el nombre de Romanticismo en todo el viejo continente. Dentro de este esquema estético, la novela en la patria de Cervantes es la de más pobre calidad entre sus pueblos vecinos; pongamos por caso, Alemania, Inglaterra y Francia, que poseen grandes maestros.

Con el entronizamiento del positivismo en la segunda mitad del siglo XIX, la revolución industrial en su apogeo y la burguesía en su ascenso del poder político, la narrativa se da a la tarea de "retratar" en todos sus detalles la realidad. El Realismo y, su expresión extrema, el Naturalismo aspiran a hacer una radiografía minuciosa del acontecer cotidiano.

Es en esta oportunidad cuando el género alcanza su apogeo como expresión de la ideología de la clase media. España produce -desde el Siglo de Oro- una novelística de calidad superior. A la capacidad para hilvanar argumentos por los narradores, tiene que sumarse la destreza para crear personajes, la pericia en la formulación de ambientes y la maestría para consolidar una manera propia, en cada caso, de manejar la lengua.

La primera generación de relatores españoles del siglo XX forma parte de la llamada Generación del 98. Así como se cultivaron múltiples géneros, las tendencias artísticas entre los novelistas fueron variadas: Realismo, Modernismo, Vanguardismo y heterodoxia de diverso tipo, que no excluye el Existencialismo, el Superrealismo, el Esperpentismo, y otras posibilidades.

La segunda generación de fabuladores identificada con 1910 o 1914 luce bastante apagada por las robustas personalidades del 98. Aparte del anacronismo de otros autores que también dificultaron la difusión de los miembros de este equipo de escritores, vale destacar que los componentes del grupo bajo consideración postulan un entendimiento más intelectual de España y de Europa, entre otros rasgos básicos.

La tercera cosecha de novelistas se ubica entre los años de 1925 o 1927, según sea el caso del crítico que se tome en consideración. En términos generales, se trata de una hornada de autores que profundiza las preferencias del conjunto anterior, bajo la influencia y el magisterio del filósofo José Ortega y Gasset. Subrayan las actitudes de intelectualismo y deshumanización que su maestro pregona a través de la Revista de Occidente y de sus pro-

pios libros.

La cuarta promoción de artistas se sitúa como productora de transición entre el arte "puro" y deshumanizado y un novelar ya afincado en un realismo socialista, en sus más típicos representantes. Dieron su testimonio durante los diez años que cubre la década de 1930, con unas intenciones de claro matiz político.

El quinto conglomerado de narradores se desempeña en la década de 1940 a 1950. A éstos se ha identificado como la "Generación de la Guerra", porque participaron en ella -siendo jóvenes-, o tenían la edad suficiente como para formarse un juicio de lo que estaba sucediendo. Al contrario de sus predecesores, todavía no habían alcanzado la madurez vital. Comenzaban, sin embargo, a desplazar a los escritores mayores como intérpretes de la realidad nacional. Entre ellos estaba Miguel Delibes.

La sexta generación de novelistas dieron a conocer sus obras entre 1950 y 1960. Fueron los niños que sufrieron las consecuencias del conflicto armado. Por consiguiente, resultaron ser las víctimas más patéticas de la lucha. Además, les tocó también crecer bajo la dictadura, el aislamiento y la censura de Franco. Por ser la segunda oleada de creadores que tuvieron ante su consideración la Guerra Civil, tienen una óptica más objetiva desde una vertiente colectiva. Aparte de que ponen de manifiesto en sus escritos la incorporación de las distintas innovaciones que afectan al relato. Se observa una procedencia social variada en los integrantes de esta hornada de hombres de letra.

La séptima y última vendimia, como era de esperarse, trata de

imponer un modo de expresión literaria distinto al Realismo prevaleciente en los autores que mostraban fuertes preocupaciones sociales. Desde los años sesentas en adelante se han impuesto la tarea de "intelectualizar" más sus esfuerzos dentro del género que cultivan. Se ha dicho, al mismo tiempo, que el propósito es darles una mayor dimensión "metafísica", "filosófica" o "simbólica" a las historias, con la finalidad de trascender los esquematismos de la "realidad" material que los autores previos -alegan ellos- consideraban preferentemente.

De cualquier modo, vimos cómo la Antigüedad grecorromana nos ofrecía algunos gérmenes de la novela; la Edad Media posibilitó las semillas y la irrupción; el Siglo de Oro, bajo la égida burguesa, consolidó el género con las figuras de sus ya clásicas primeras personalidades; el Neoclasicismo tuvo muy poco que aportar; el Romanticismo trajo de nuevo la visión idealista; el Realismo-Naturalismo permitió la continuidad -interrumpida durante el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX- de la gran tradición novelística del Renacimiento y el Barroco; y, desde la Generación del 98 hasta hoy, se observa un crecimiento renovado.

Para cualquier observador atento es patente el desarrollo de esta forma de contar con la revelación y el crecimiento de la clase media en Europa. No en balde se ha dicho que la novela es el género burgués por excelencia. A través suyo ha "reflejado" o "retratado" el mundo en que se desenvuelve o ha "reflexionado" sobre su sentido. Eso sí, siempre críticamente, como una conciencia fiscal de su misma clase y de toda la sociedad con la que convive.

El cuarto capítulo se ocupa del primer ciclo creador de Miguel Delibes dentro del género novelístico. Las obras consideradas son las dos primera y la cuarta; o sea, La sombra del ciprés es alargada (1948), Aún es de día (1949) y Mi idolatrado hijo Sisí (1953). Todas tienen en común el hecho de compartir una serie de rasgos propios de la novela española decimonónica; entre los que figuran características propias del Romanticismo y, sobre todo, de la narrativa del Realismo-Naturalismo.

Se trata de relatos lineales, a la manera tradicional, en los que la minuciosidad de la historia y el detallismo descriptivo se unen a unas inclinaciones deterministas de tipo biológico y ambiental. Muestran, además, una tendencia a la expresión moralizadora y a la formulación de "tesis", según la práctica naturalista. El ambiente y la atmósfera predominantes son de naturaleza provincial y, en esas circunstancias, destacan las atenciones psicológicas de que son objetos los protagonistas. Por lo tanto, las causas sociales quedan supeditadas a los móviles individuales. En dichos análisis de los caracteres fundamentales se ponen de manifiesto anomalías con visos patológicos. En todo caso, es obvio el predominio del "héroe" (o antihéroe) burgués en las tramas correspondientes.

En este primer conjunto de novelas se establecen los fundamentos ideológicos que configuran el marco temático que se desarrolla en las ficciones subsecuentes. En los textos bajo consideración, se ponen de relieve preocupaciones como la muerte, la religión (o Dios), la niñez, la naturaleza, el progreso, la guerra,

la soledad, la orfandad, el desamor y el egoísmo. La tónica en que se transmiten estos asuntos está montada sobre pretensiones filosóficas que, a veces, tienen ribetes existencialistas. Hay, pues, pesimismo y desaliento en el estilo, en las palabras.

El quinto y último capítulo de este estudio cubre la consideración de El camino (1950), Diario de un cazador (1955), Diario de un emigrante (1958) y La hoja roja (1959). Ahora es palpable una superación en los rezagos de las modalidades del relato de la centuria pasada. El manejo de los elementos ideológicos confirma un orbe de ideas claramente articulado. Vuelven a la atención de los lectores la autenticidad vital, la niñez, la caza, la naturaleza, el progreso, la soledad, la muerte y la vejez.

Aun cuando los temas, en esta oportunidad, coincidan con los que ya había abordado antes o sean variaciones cercanas de algunas materias exploradas, salta a la vista el tratamiento moderno que les fue aplicado. Una mayor espontaneidad en la forma de narrar -no exenta, claro está, de complejidad estructural- revela la presencia de una actitud más interesada en las posibilidades estéticas de nuestra época.

Los niños, los jóvenes y los ancianos, aunque muestran el perfil individual propio de sus circunstancias, no dejan de tener un ángulo social que anuncia la transición a un involucramiento de mayor envergadura, en lo que respecta a los compromisos con la colectividad a la que está enlazado el autor.

Esta proyección artística de Miguel Delibes desde sus novelas iniciales confirma la presencia de un narrador que ha vivido e

interpretado la vida española con pasión y amor, independiente-  
mente de la corrección o incorrección de algunos planteamientos  
suyos. Lo importante, sin embargo, es consignar nuestro profun-  
do respeto a una gestión literaria que ocupa un lugar destaca-  
do en las letras peninsulares de hoy y que engrandecen nuestra  
cultura en el ámbito mundial.

## BIBLIOGRAFÍA DE MIGUEL DELIBES

### OBRAS DEL AUTOR

#### A. Obra completa

1. Obra completa, I, Barcelona, Destino, 1964, 779 p.  
(La sombra del ciprés es alargada -1948-, El camino -1950-, Mi idolatrado hijo Sisi -1953-).
2. Obra completa, II, Barcelona, Destino, 1966, 591 p.  
(Diario de un cazador -1955-, Diario de un emigrante -1958-, La caza de la perdiz roja -1953-, Viejas historias de Castilla La Vieja -1964-, El libro de la caza menor -1964-).
3. Obra completa, III, Barcelona, Destino, 1968, 570 p.  
(Aún es de día -1949-, La hoja roja -1959-, Las ratas -1962-).
4. Obra completa, IV, Barcelona, Destino, 1970, 607 p.  
(Por esos mundos -1961-, Europa: Parada y fonda -1963-, U. S. A. y yo -1966-, La Primavera de Praga -1968-).
5. Obra completa, V, Barcelona, Destino, 1975, 436 p.  
(Vivir al día -1968-, Con la escopeta al hombro -1970-, Un año de mi vida -1972-).

#### B. Otros libros

1. Síntesis de historia de España, Valladolid, 1949  
(Para las escuelas).
2. Síntesis de historia universal y de la civilización, Valladolid, 1949 (Para las escuelas).
3. La partida, Barcelona, Luis de Caralt, 1954 ("La partida", "El refugio", "Una peseta para el tranvía", "El manguero", "El campeonato", "El traslado", "El primer pitillo", "La contradicción", "En una noche así", "La conferencia").
4. Un novelista descubre a América, (Chile en el ojo ajeno), Madrid, Editora Nacional, 1956.
5. Siestas con viento sur, Barcelona, Destino, 1957  
("La mortaja", "El loco", "Los nogales", "Los rafles").
6. Castilla, Barcelona, Rosa Vera, 1960.
7. Cinco horas con Mario, Barcelona, Destino, 1966,  
296 p.

8. Mi mundo y el mundo, Valladolid, 1969 (Selección de novelas y libros de viajes para las escuelas).
9. Parábola del naufrago, Barcelona, Destino, 1969, 236 p.
10. La mortaja, Madrid, Alianza Editorial, 1970, 197 p. ("La mortaja", "El amor propio de Juanito Osuna", "El patio de vecindad", "El sol", "La fe", "El conejo", "La perra", "Navidad sin ambiente", "Las visiones").
11. La caza de patos y otras aves acuáticas, Club Alcyon, 1971.
12. La caza en España, Madrid, Alianza Editorial, 1972.
13. El príncipe destronado, Barcelona, Destino, 1973, 166 p.
14. Las guerras de nuestros antepasados, Barcelona, Destino, 1974, 296 p.
15. S. O. S. (El sentido del progreso desde mi obra), Barcelona, Destino, 1976, 147 p.
16. El disputado voto del señor Cayo, Barcelona, Destino, 1978, 187 p.
17. Los santos inocentes, Barcelona, Planeta, 1981, 175 p.

C. Cuentos en revista

1. "El recuerdo", Mundo Hispánico, Madrid, diciembre de 1949, II, 21, p.58-59.
2. "La milana", Mundo Hispánico, Madrid, mayo de 1963, XVI, 182, p. 73-76.

D. Artículos publicados en periódicos y revistas

1. "Adiós a las armas", Informaciones, Madrid, 21 de abril de 1953, p. 10.
2. "Arquitectura de terremotos", Destino, Barcelona, 24 de septiembre de 1955, 946.
3. "Caridad espectacular", El Norte de Castilla, Valladolid, 19 de abril de 1959, p. 12.
4. "Castilla negra y Castilla blanca", La Vanguardia, Madrid, 24 de julio de 1964, p. 11.

5. "Confusionismo y desorientación", El Norte de Castilla, Valladolid, 13 de febrero de 1954, p. 6.
6. "Cordialidad y convivencia", Destino, Barcelona, 8 de octubre de 1955, 948.
7. "Decadencia del atentado", El Norte de Castilla, Valladolid, 15 de febrero de 1956, p. 8.
8. "Decadencias supuestas", Informaciones, Madrid, 5 de mayo de 1953, p. 10.
9. "Don Pío o la sinceridad", El Norte de Castilla, Valladolid, 16 de noviembre de 1956, p. 8.
10. "El cine a la deriva", Informaciones, Madrid, 6 de octubre de 1953, p. 10.
11. "El ingenio y el ingeniero", El Adelanto, Salamanca, 15 de junio de 1957, p. 6.
12. "El temor estridente", El Adelanto, Salamanca, 20 de enero de 1956, p. 6.
13. "Juan Ramón Jiménez en Maryland", Revista de Occidente, Madrid, enero de 1967, 101-106.
14. "Juan Verdejo el Roto", Destino, Barcelona, 15 de octubre de 1955, 949.
15. "Juventud desilusionada", Informaciones, Madrid, 23 de septiembre de 1953.
16. "La abundancia entre las basuras", Destino, 30 de abril de 1965, 1,443.
17. "La calefacción y el rigor", El Norte de Castilla, Valladolid, 24 de noviembre de 1957, p. 12.
18. "La caza en España (Crítica de libros)", Destino, 29 de mayo de 1965, 1,451.
19. "La crisis de la didáctica", Informaciones, Madrid, 28 de diciembre de 1953, p. 10.
20. "La España civilizada", El Norte de Castilla, Valladolid, 19 de agosto de 1959, p. 8.
21. "La falta de curiosidad", El Norte de Castilla, Valladolid, 5 de octubre de 1957, p. 8.
22. "La falta de memoria", El Norte de Castilla, Valladolid, 30 de enero de 1959, p. 8.

23. "La intimidad acorazada", Destino, Barcelona, 10 de abril de 1965, 1,445.
24. "La libertad", Destino, Barcelona, 8 de mayo de 1965, 1,448.
25. "La mantisa", El Norte de Castilla, Valladolid, 25 de abril de 1957, p. 8.
26. "La moda en el 'arte", El Norte de Castilla, Valladolid, 25 de abril de 1957, p. 8.
27. "La muerte disfrazada", La Vanguardia Española, Madrid, 24 de julio de 1965.
28. "La novela española contemporánea", Índice, Madrid, mayo de 1963, XVII, 173, p. 9-10.
29. "La religión", Destino, Barcelona, 1º de mayo de 1965, 1,447.
30. "La ruina de Castilla", El Norte de Castilla, Valladolid, 24 de marzo de 1963, p. 10.
31. "La sensibilidad creadora", El Norte de Castilla, Valladolid, 26 de octubre de 1957, p. 8.
32. "La vida rural", La Vanguardia Española, Madrid, 24 de julio de 1965.
33. "Las horas en blanco", El Norte de Castilla, 22 de agosto de 1956, p. 8.
34. "Las cosas de la vida", I, Destino, Barcelona, 27 de diciembre de 1952, 803.
35. "Las cosas de la vida", II, Destino, Barcelona, 3 de enero de 1953, 804.
36. "Los chilenos mueren del corazón", El Norte de Castilla, Valladolid, 29 de marzo de 1955, p. 10.
37. "Los derechos del niño", El Diario Palenciano, Valladolid, 10 de junio de 1958, p. 1.
38. "Los errores del peronismo", El Norte de Castilla, Valladolid, 24 de marzo de 1956, p. 8.
39. "Los estados-máquina", El Norte de Castilla, Valladolid, 8 de enero de 1959, p. 8.
40. "Los mundos ignorados", El Norte de Castilla, Valladolid, 21 de diciembre de 1956, p. 8.

41. "Los niños", Destino, Barcelona, 24 de abril de 1965, 1,446.
42. "Mal de letras", El Norte de Castilla, Valladolid, 10 de enero de 1957, p. 8.
43. "Marcas inútiles", Informaciones, Madrid, 17 de julio de 1963, p. 10.
44. "Medio siglo de novela española", Comprende, Venecia, 1957, 17-18, p. 242-247.
45. "Mister O. J. Eggam, el sensato", El Norte de Castilla, Valladolid, 28 de agosto de 1958, p. 8.
46. "Muertos de tercera", El Norte de Castilla, Valladolid, 30 de mayo de 1964, p. 14.
47. "Negros y pobres", Destino, Barcelona, 22 de mayo de 1965, 1,450.
48. "Notas sobre la novela española contemporánea", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, agosto de 1962, CCLC, 63, p. 34-38.
49. "¿ Para qué sirven las piernas?", Destino, Barcelona, 10 de abril de 1965, 1,444.
50. "Partir de cero", El Norte de Castilla, Valladolid, 15 de marzo de 1964, p. 6.
51. "Portugal 1958, I, Un manuelino con desviaciones domésticas", Destino, Barcelona, 4 de octubre de 1958, I, 104, p. 8.
52. "Portugal 1958, II, La moneda y el suelo", Destino, Barcelona, 11 de octubre de 1958, I, 105, p. 13-14.
53. "Portugal 1958, III, Automóviles y circulación", Destino, Barcelona, 18 de octubre de 1958, I, 106, p. 8.
54. "Portugal 1958, IV, Lisboa antigua y señorial", Destino, Barcelona, 25 de octubre de 1958, I, 107, p. 8.
55. "Portugal 1958, V, La vida provinciana", Destino, Barcelona, 1º de noviembre de 1958, I, 108, p.8.
56. "Primeras novelas", El Norte de Castilla, Valladolid, 23 de mayo de 1957, p. 8.
57. "Punto y seguido", El Norte de Castilla, Valladolid, 27 de mayo de 1958, p. 8.

58. "Semana Santa en Valladolid", Mundo Hispánico, Madrid, abril de 1952, 49.
59. "Tasas y otros emolumentos", El Norte de Castilla, Valladolid, 5 de febrero de 1964, p. 10.
60. "Una filosofía del buen vivir", Destino, Barcelona, 1<sup>o</sup> de octubre de 1955, 947.
61. "Una historia condensada", La Vanguardia Española, Madrid, 10 de octubre de 1965.
62. "U. S. A. por el ojo de la cerradura: Camino de Nueva York", Destino, Barcelona, 27 de marzo de 1965, 1,442.
63. "Viernes Santo, valor y fe", El Norte de Castilla, Valladolid, 1952, 151.
- E. Carta y discurso
1. ["Carta a América Reyes Ramos"], [Valladolid], 24 de junio de 1976, [2]p.
  2. ["Discurso leído en la Fundación Juan March"], Mimeo-grafiado, s. l., 1975, p.s.n. [6]
- F. Ediciones extranjeras y traducciones
1. Und Zar Erinnerungen Sommersprossen, Trad. de Annelies Von Benda, Köln, Bachem, 1960. (El camino, en alemán.)
  2. El camino, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1967. (Edición escolar en inglés con dibujos de Delibes.)
  3. The Path, Trad. de John y Brita Haycraft, Conn., Mystic, 1966, (El camino, en inglés.)
  4. The Path, Trad. de John y Brita Haycraft, New York, John Day, 1961, (El camino, en inglés.)
  5. Le chemin, Trad. de Maurice-Edgar Coindreau, París, Gallimard, 1958. (El camino, en francés.)
  6. El camino, Trad. de Nic. P. Faas, Nijkerk, Callenbach, 1966. (El camino, en holandés.)
  7. El camino, London, George C. Harrap. & Co., 1963. (Edición escolar en inglés.)
  8. The Path, Trad. de John y Brita Haycraft, London, Hamish Hamilton, 1961. (El camino, en inglés.)
  9. O caminho, Trad. de Manuel Dinis Jacinto, Lisboa, Ulisseia, 1957. (El camino, en portugués.)

10. Sissi mon fils adoré, Trad. de Maurice-Edgar Coindreau, París, Gallimard, 1958. (Mi idolatrado hijo Sisí, en francés.)
11. Tagebuch eines Jagers, Trad. de Susanne Felkan, Köln, Bachem, 1964. (Diario de un cazador, en alemán.)
12. Siesta con vento sud, Trad. de Guisepe Bellini, Milano, Nuova Accademia Editrice, 1959. (Siestas con viento sur, en italiano.)
13. Wie der Herr befehlen, Trad. de Annelies Von Benda, Köln, Bachem, 1961. (La hoja roja, en alemán.)
14. La feville rouge, Trad. de Maurice-Edgar Coundreau, París, Gallimard, 1963. (La hoja roja, en francés.)
15. Smoke on the Ground, Trad. de Alfred Johnson, Doubleday, 1972. (Las ratas, en inglés.)
16. Raltorna, Trad. de Annika Ernston, Stockholm, Tiden, 1965. (Las ratas, en sueco.)
17. Auf Niederwild in Spanien, Trad. de Christina Hirner, Stuttgart, Ulmer, 1966. (El libro de la caza menor, en alemán.)
18. Cinco horas con Mario, Praha, Vysehrad. (En checoslovaco.)
19. Cinci ore cu Mario, Trad. de Odette Margaritescu Lungu y Alexandru D. Lungu, Bucaresti, Univer. (Cinco horas con Mario, en rumano.)

#### ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE EL AUTOR

1. Alberti, Santiago, "El hombre y su idea", Artes y Letras, Madrid, 3 al 9 de septiembre de 1955, II, 73, p. 10.
2. Alborg, Juan Luis, "Los novelistas: Miguel Delibes", Índice, Madrid, agosto de 1956 (edición para el extranjero; julio de 1956, edición española), X, 91, p. 7-8.
3. \_\_\_\_\_, "Miguel Delibes", Hora actual de la novela española, I, Madrid, Taurus, 1958, p. 161-189.
4. Alonso de los Ríos, César, Conversaciones con Miguel Delibes, Madrid, EMESA, 1971, 235 p.

5. Alonso García, Manuel, "Sobre la última novela de Delibes", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, septiembre de 1954, XX, 57, p. 392-395. (Sobre Mi idolatrado hijo Sisí.)
6. Amorós, Andrés, "Miguel Delibes: Parábola del naufrago", Revista de Occidente, Madrid, febrero de 1970, XXVIII, 83, p. 245-247.
7. Arroita-Jáuregui, Marcelo, "Mi idolatrado hijo Sisí", Correo Literario, Madrid, 19 de noviembre de 1953, IV, 83, p. 4.
8. Bayo, Marcial J., "La última interpretación de Ávila", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, julio-diciembre de 1955, XXV, 72, p. 327-334.
9. Buckley, Ramón, "Selectivismo /Miguel Delibes7", en Problemas formales en la novela española contemporánea, Barcelona, Península, 1968, p. 81-138.
10. Butler, María Isabel, "Relación hombre-naturaleza. Su expresión en la obra de dos novelistas contemporáneos: E. M. Foster y Miguel Delibes", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, junio de 1975, C, 300, p. 572-597.
11. C./āballero7 B./onald7, J. M., "La integridad narrativa de Miguel Delibes", Papeles de Son Armadans, Palma de Mallorca, agosto de 1957, VI, II, 17, p. 209-211.
12. Cabrera, Vicente y Luis González del Valle, "Novela española contemporánea: Cela, Delibes, Romero y Hernández", Madrid, Evaristo San Miguel, 1978, 218 p.
13. Campos, J., "Reflexión sobre tres novelas reciente: 'La sombra del ciprés es alargada'", Punto, Madrid, enero-febrero de 1949, 1-2, p. 6.
14. Cano, José Luis, "Miguel Delibes: 'Diario de un cazador'", Insula, Madrid, 15 de enero de 1955, X, 114, p. 6.
15. \_\_\_\_\_, "Los libros del mes. 'Aún es de día'", Insula, Madrid, 15 de enero de 1950, V, 49, p. 4-5.
16. \_\_\_\_\_, "Los libros del mes. 'El camino'", Insula, Madrid, 15 de marzo de 1951, VI, 63, p. 4-5.
17. \_\_\_\_\_, "Los libros del mes. 'La sombra del ciprés es alargada'", Insula, Madrid, 15 de junio de 1948, III, 30, p. 4-5.

18. \_\_\_\_\_, "Los libros del mes. 'Mi idolatrado hijo Sisí'", Insula, Madrid, 15 de enero de 1954, 97, p. 6.
19. Castellet, José María, "La última obra de Miguel Delibes", Artes y Letras, Madrid, 7 al 13 de enero de 1954, III, 91, p. 10.
20. Coindreau, M. /aurice/ E. /dgar/, "Prefacio", en Miguel Delibes, Sissi mon fils adoré, 4ª ed., París, Gallimard, 1958, p. 7-14.
21. Crescioni Neggers, Gladys, "Cinco horas con Miguel Delibes", La Estafeta Literaria, Madrid, 1º de junio de 1975, 565, p. 7-9.
22. \_\_\_\_\_, "El novelista de Castilla", El Mundo, San Juan, domingo, 20 de julio de 1980, p. 12-D.
23. \_\_\_\_\_, "Miguel Delibes: 'Los santos inocentes'", El Mundo, San Juan, Puerto Rico, domingo, 8 de noviembre de 1981, LXII, 265, p. 13-C.
24. Delibes, Miguel, "Autocrítica de 'Mi idolatrado hijo Sisí'", Ateneo, Madrid, 1º de abril de 1954, III, 55, p. 24-25.
25. \_\_\_\_\_, "Una opinión de Delibes", La Estafeta Literaria, Madrid, 1º de mayo de 1962, 240, p. 8.
26. Díaz, Janet, W., Miguel Delibes, New York, Twayne Publisher, Inc., 1971, 183 p.
27. \_\_\_\_\_, "Parábola del naufrago y la evolución socio-filosófica de Miguel Delibes", Hispania, Madrid, mayo de 1974, XVII, 3, p. 35-45.
28. Díaz-Plaja, Guillermo, "'U. S. A. y yo' de Miguel Delibes", La creación literaria en España. Primera Bienal de Crítica: 1966-1967, Aguilar, Madrid, 1968, p. 145-150.
29. Domingo, José, "Crónica de novela: 'Cinco horas con Mario' de Miguel Delibes", Insula, Madrid, abril de 1967, 245, p. 5.
30. \_\_\_\_\_, "Narrativa española. Una parábola de M. Delibes ('Parábola del naufrago')", Insula, Madrid, diciembre de 1969, 227, p. 7.
31. Escapa, Ernesto, "'El príncipe destronado' de M. Delibes", Reseña, Madrid, 1974, XI, 74, p. 12-14.

32. Fernández Almagro, M. elchor, "Crítica y glosa: 'Mi idolatrado hijo Sisi'", ABC, Madrid, 20 de diciembre de 1953, p. 61.
33. Fernández Brasso, Miguel, "Miguel Delibes en Valladolid", La Estafeta Literaria, Madrid, enero de 1969, 411, p. 8.
34. Fernández Díaz, María, Estudio lingüístico de "Diario de un cazador" y "Diario de un emigrante" de Miguel Delibes, Mayagüez, Puerto Rico, Tesis de Maestría en Artes (Inédita), Departamento de Estudios Hispánicos, Facultad de Artes y Ciencias, Recinto Universitario de Mayagüez, UPR, 1979, 146 p.
35. F. ernández P. ombo, A. lejandro, "Noticia de Miguel Delibes", Libros y Discos, Madrid, septiembre de 1962, 2, p. 4-5.
36. Ganser, Francis Rodman, Themes, Characters and Aspects of Style in the Fiction of Miguel Delibes, University of Wisconsin, Tesis Doctoral de 1968, University Microfilms, 1975, publ. no. 69-915, 294 p.
37. García de Nora, Eugenio, "Miguel Delibes", La novela española contemporánea (1939-1967), 2ª ed., III, Madrid, Gredos, 1973, p. 110-120.
38. García Pavón, Francisco, "Prólogo", Antología de cuentistas españoles contemporáneos (1939-1958), Madrid, Gredos, 1959, p. 7-12.
39. García-Viñó, Manuel, "Miguel Delibes: Entre la primera y la segunda naturaleza", Novela española actual, Madrid, Guadarrama, 1967, p. 19-46.
40. \_\_\_\_\_, Papeles sobre la "Nueva novela española", Pamplona, Universidad de Navarra, S.A., 1975, 203 p.
41. Gómez Parra, Sergio, "El pacifismo imposible. Las guerras de nuestros antepasados de Miguel Delibes", Reseña, Madrid, abril de 1975, XII, 84, p. 4-5.
42. Guereña, Jacinto, "Un año en la vida de Delibes", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, junio de 1972, LXXXVIII, 262, p. 176-186.
43. Guerrero, Obdulia, "Miguel Delibes y su novela 'Cinco horas con Mario'", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, LXX, 210, p. 614-621.
44. Gullón, Ricardo, "Una educación sentimental", Revista de Occidente, Madrid, mayo de 1976, tercera época, 7, p. 80-87.

45. Hickley, Leo, "Miguel Delibes and the Cult of the Infra-Man", The New Vida Hispánica, Wisconsin, verano de 1965, XIII, 2, p. 23-27.
46. \_\_\_\_\_, 5 horas con Miguel Delibes: El hombre y el novelista, Pról. de Manuel Cerezales, Madrid, Prensa Española, 1968, 380 p.
47. Iglesias, Ignacio, "Miguel Delibes: 'Cinco horas con Mario'", Revista de Estudios Hispánicos, Río Piedras, Puerto Rico, julio-diciembre de 1971, p. 123-126.
48. \_\_\_\_\_, "Miguel Delibes: 'La hoja roja'", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, enero-febrero de 1960, 40, p. 111-112.
49. Isasi Angulo, Armando Carlos, "La narrativa de Miguel Delibes (Entrevista con el autor)", Papeles de Son Armadans, Palma de Mallorca, diciembre de 1973, LXXI, 223, p. XLIII-LIV.
50. Johnson, Ernest A., Jr., "Miguel Delibes, 'El camino'-A Way of Life", Hispania, Wisconsin, diciembre de 1963, XLVI, 4, p. 748-752.
51. Jones, Willis Knapp, "'El camino'", Books Abroad, Norman, Oklahoma, Winter 1953, XXVII, 1, 72.
52. \_\_\_\_\_, "'Diario de un emigrante'", Books Abroad, Norman, Oklahoma, Winter 1959, XVIII, 1, p. 77.
53. Laforet, Carmen, "Carmen Laforet escribe acerca de 'Las ratas' de Miguel Delibes", Destino, Barcelona, 28 de abril de 1962, XXVI, 1290, p. 48.
54. Link, Judith Ann, "'La hoja roja'", Books Abroad, Norman, Oklahoma, Winter 1961, XXV, 1, p. 71.
55. López Martínez, Luis, La novelística de Miguel Delibes, Murcia, [S. E.], 1973, 212 p.
56. Marra-López, J. R., "'La hoja roja'", Ínsula, Madrid, marzo de 1960, p. 10.
57. \_\_\_\_\_, "'Las ratas' de Miguel Delibes", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, septiembre de 1962, 64, p. 92-93.
58. \_\_\_\_\_, "M. Delibes: 'Diario de un emigrante'", Ínsula, Madrid, abril de 1959, 149, p. 6.

59. \_\_\_\_\_, "Miguel Delibes: 'El libro de la caza menor' y 'Viejas historias de Castilla la Vieja'", Insula, Madrid, abril de 1965, 221, p. 9.
60. Montero, Isaac, "El lenguaje del limbo ('Cinco horas con Mario' de Miguel Delibes)", Revista de Occidente, Madrid, abril de 1968, XXI, 61, p. 101-107.
61. Morales, R., "Mi idolatrado hijo Sísí", Ateneo, Madrid, 19 de abril de 1954, 55, p. 24.
62. Muñoz G., Luis E., "Delibes, Miguel: 'Las ratas'", Revistas de Occidente, Madrid, julio-sept. 1953, II, 6, p. 382-385.
63. \_\_\_\_\_, "M. Delibes: 'Diario de un cazador'", Atenea, Concepción, Chile, julio-septiembre de 1957, CXXIX, 377, p. 266-269.
64. Navales, Ana María, "Miguel Delibes" Cuatro novelistas españoles: M. Delibes, I. Aldecoa, D. Sueiro, F. Umbral, Madrid, Fundamentos, 1974, p. 15-101.
65. Pauk, Edgar, Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974), Madrid, Gredos, 1975, 329 p.
66. Pilar Palomo, María del, "El casticismo antitremendista de Miguel Delibes", en Varios, Historia general de las literaturas hispánicas, Barcelona, Vergara, 1968, VI, p. 715-717.
67. Ponce de León, Luis, "El diario de un joven productor", Ateneo, Madrid, 15 de mayo de 1955, IV, 83, p. 25.
68. \_\_\_\_\_, "Diario de un emigrante", Índice, Madrid, diciembre de 1958, edición extranjera, XII, 119, p. 22.
69. \_\_\_\_\_, "El camino", Eclesia, Madrid, 3 de febrero de 1951, 499, p. 12.
70. \_\_\_\_\_, "Mi idolatrado hijo Sísí", Eclesia, Madrid, 7 de noviembre de 1953, XIII, 643, p. 84.
71. \_\_\_\_\_, "Siestas con viento sur", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, octubre-diciembre de 1957, XXXII, 94, p. 115-116.
72. Rey, Alfonso, La originalidad artística de Delibes, Santiago de Compostela, Univ. de Santiago de Compostela, 1975, 293 p.

73. Rodríguez Alcalde, Leopoldo, "El novelista Miguel Delibes", El Libro Español, Madrid, enero de 1966, IX, 97, p. 8-15.
74. R. V., "'La hoja roja' de Miguel Delibes", Nuestras Ideas, Bruselas, diciembre de 1959, 7, p. 97-98.
75. Sainz de Robles, Federico Carlos, "Delibes, Miguel", Ensayo de un diccionario de la literatura: Escritores españoles e hispanoamericanos, II, Madrid, Aguilar, 1949, p. 423-424.
76. \_\_\_\_\_, "M. Delibes: 'La partida'", Panorama Literario, Madrid, El Grifón, 1955, II, p. 89-93.
77. Sampedro, José Luis, "Delibes, Miguel: 'Las ratas'", Revista de Occidente, Madrid, septiembre de 1963, II, 6, p. 382-385.
78. \_\_\_\_\_, "El lenguaje del limbo ('Cinco horas con Mario' de Miguel Delibes)", Revista de Occidente, Madrid, abril de 1968, XXI, 61, p. 101-117.
79. Santos [Gutiérrez], Dámaso, "Miguel Delibes, provinciano universal", Generaciones Juntas, Madrid, Bullón, 1962, 340, p. 92-96.
80. Sastre, Luis, "El Nini, 'Las Ratas' y el hombre", La Estafeta Literaria, Madrid, 15 de marzo de 1962, 241, p. 20.
81. Schwartz, Kessel, "Delibes, Miguel. 'Las guerras de nuestros antepasados'", Hispania, Worcester, mayo de 1976, 59, p. 380-381.
82. Sobejano, Gonzalo, "Los poderes de Antonia Quijana (Sobre 'Cinco horas con Mario' de Miguel Delibes)", Revista Hispánica Moderna, New York, enero-abril de 1969, 1-2, p. 104-112.
83. Sordo, Enrique, "La vida vista por un niño", La Estafeta Literaria, Madrid, 15 de junio de 1974, 542, p. 46.
84. Torrente Ballester, Gonzalo, "Miguel Delibes", Literatura española contemporánea. Estudio crítico, I, Madrid, Guadarrama, 1963, p. 347, 348.
85. Umbral, Francisco, Miguel Delibes, Madrid, EPESA, 1970, 186 p.

86. \_\_\_\_\_, "Miguel Delibes en la novela tradicional", Punta Europa, Madrid, septiembre-octubre de 1960, V, 57-58, p. 29-35.
87. Valle Spinka, Ramona F. del, La conciencia social de Miguel Delibes, New York, Eliseo Torres & Sons, 1976, 181 p.
88. Varela Jácome, Benito, "Los novelistas del 'Nadal': Evolución de la narrativa de Delibes", Destino, Barcelona, 12 de mayo de 1962, XXVI, 1,292, p. 39.
89. \_\_\_\_\_, "Los novelistas del 'Nadal' 'La sombra del ciprés es alargada'", Destino, Barcelona, 5 de mayo de 1962, XXVI, 1,291, p. 38.
90. \_\_\_\_\_, "Los novelistas del 'Nadal': Las últimas novelas de Delibes", Destino, Barcelona, 9 de junio de 1962, XXVI, 1,296, p. 46.
91. \_\_\_\_\_, "Los novelistas del 'Nadal': Lorenzo, cazador y emigrante", Destino, Barcelona, 2 de junio de 1962, XXVI, 1,295, p. 46.
92. Vázquez Zamora, Rafael, "Miguel Delibes: 'Las ratas'", Destino, Barcelona, 19 de mayo de 1962, XXVI, 1,293, p. 50.
93. \_\_\_\_\_, "Sisí y los suyos", Destino, Barcelona, 21 de noviembre de 1953, 850, p. 28.
94. Villa Pastur, Jesús, "Diario de un cazador", Pliego Crítico, Archivium, Universidad de Oviedo, mayo-diciembre de 1955, V, 2-3, p. 457-459.
95. Villanueva, Darío, "'El disputado voto del señor Cayo'", Nueva Estafeta Literaria, Madrid, abril de 1979, p. 88-90.
96. \_\_\_\_\_, "Un Delibes auténtico", Nueva Estafeta Literaria, Madrid, abril de 1975, 5, p. 88-90.
97. Vivanco, José Manuel, "El Premio 'Nadal' 1947", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, enero-febrero de 1949, III, 7, p. 222-224.
98. Willis, Brenda Jean, A Study of 'Algo pasa en la calle' and 'Cinco horas con Mario', University of North Carolina at Chapel Hill, Tesis de Maestría, 1968, University Microfilms, 76 p.

## BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA SOBRE MIGUEL DELIBES

1. Alessanco, María, "Delibes ante la agonía del mundo", Nueva Estafeta, Madrid, octubre de 1980, 23, p. 84-85.
2. Alonso de los Ríos, César, "Delibes: novelista de la frustración", Cuadernos para el Diálogo, Madrid 1973, 114, p. 166-167.
3. Blanch, Antonio, "'Parábola del naufrago' de Miguel Delibes", Reseña, Madrid, 1970, VII, 31, p. 15-17.
4. Brogginí, Nilda Elena, "La técnica narrativa en Cinco horas con Mario de Miguel Delibes", Comunicaciones de Literatura Española, Madrid, 1972, I, 4, p. 71-75.
5. Cannon, C. B., "Los personajes secundarios en Mi idolatrado hijo Sisí de Miguel Delibes", Estudios de Toponimia y Lexicografía Románica, Barcelona, 1973, 2, p. 27-31.
6. Carbonell, R., "Miguel Delibes como narrador en Las ratas", La Torre, Río Piedras, Puerto Rico, 1968, 60, p. 248-262.
7. Carrero Eras, Pedro, "Determinismo y violencia en Las guerras de nuestros antepasados", Insula, Madrid, enero de 1976, XXXI, 350, p. 1, 10.
8. Casado Velazde, Manuel, "Modo y modalidad verbales en la configuración narrativa", Revista de Literatura, México, 1978, XL, 79-80, p. 7-29.
9. Concejo, Pilar, "Miguel Delibes: realismo y utopía", Hispanic Journal, Universidad de Indiana, Pennsylvania, 1980, II, 1, p. 101-107.
10. Conte, Rafael, "Miguel Delibes - Agustín García Calvo, entre la inocencia y la sabiduría", Insula, Madrid, mayo de 1975, XXX, 342, p. 5-6.
11. Cruz Mendizábal, J., "Miguel Delibes: El disputado voto del señor Cayo", Hispanic Journal, Universidad de Indiana, Pennsylvania, 1979, I, 1, p. 74-75.
12. Cruz Ruiz, Juan, "Miguel Delibes, testimonio del lenguaje de Castilla", El País, Madrid, 11 de febrero de 1979, p. I, IV-V.
13. Delibes, Miguel, "'Las guerras de nuestros antepasados'", Reseña, Madrid, abril de 1975, p. 84-85.

14. \_\_\_\_\_, "Los personajes en la novela", ¡Ahora!, Santo Domingo, República Dominicana, 23 de marzo de 1981, XX, 904, p. 35-36.
15. Díaz, Janet W., "Sobre: Edgar Pauk, Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974)", Journal of Spanish Studies Twentieth Century, Kansas, 1976, IV, 3, p. 235-237.
16. \_\_\_\_\_, "Miguel Delibes: Las guerras de nuestros antepasados", Journal of Spanish Studies Twentieth Century, Kansas, 1975, III, 3, p. 212-214.
17. García, Casillas, "Delibes, Miguel: Lás ratas", Arbor, Madrid, LIII, 1962, p. 359-360.
18. García Dini, Encarnación, "Ideario de Miguel Delibes", Miscellanea Di Studi Spanici, Pisa, 1968, 16, p. 289-330.
19. Gil de Muro, Eduardo, "Conversaciones con Miguel Delibes", Reseña, Madrid, abril de 1970, III, 34, p. 195-206.
20. González del Valle, L. "Semejanzas en dos novelas de Miguel Delibes", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 1972, 90, p. 545-551.
21. Horia, Vintila, "El mal mayor en Ernest Jünger y Miguel Delibes", Estudios Lingüísticos, Sao Paulo, 1º de setiembre de 1970, 451, p. 4-6.
22. Izquierdo, Luis, "Miguel Delibes: Las guerras de nuestros antepasados", El Ciervo, Madrid, 1975, XXIV, 254, p. 26.
23. Marín Martínez, Juan María, "Delibes, una elegía a la muerte de la cultura rural", Arbor, Madrid, julio-agosto de 1980, CVI, 415, p. 101-110.
24. \_\_\_\_\_, "Miguel Delibes, el testimonio lúcido de la circunstancia española", Arbor, Madrid, enero de 1981, CVIII, 421, p. 79-103.
25. Matillas Rivas, A., "La toma de conciencia en Miguel Delibes", La Torre, Río Piedras, julio-setiembre de 1969, XVII, 65, p. 83-95.
26. Martínez Torrón, Diego, "La sencillez de un maestro", El País, Madrid, 11 de febrero de 1979, p. 3.
27. Montero, Janina, "Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974)", Hispanic Review, Universidad de Penssylvania, Filadelfia, 1977, XLV, 3, p. 352-354.

28. Neggers, Gladys, "Miguel Delibes y la novelística moderna", Vanidades Continental, Madrid, 13 de junio de 1978, XVIII, 12, p. 8.
29. Pastor, Miguel Ángel, "Castilla en la obra de Miguel Delibes", Nueva Estafeta, Madrid, febrero de 1980, 15, p. 75-77.
30. Quiroga Clérigo, Manuel, "Aventuras, venturas y desventuras de Miguel Delibes, cazador a rabo", Suplemento de las Artes y las Letras, Informaciones, Madrid, 18 de agosto de 1977, 474, p. 3.
31. \_\_\_\_\_, "Las guerras de nuestros antepasados de Miguel Delibes", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, febrero-marzo de 1977, CVII, 320-321, p. 532-537.
32. Reyes, Carbonell, "Miguel Delibes como narrador en su novela Las ratas", La Torre, Río Piedras, abril-junio de 1968, XVI, 60, p. 248-262.
33. Sordo, Enrique, "Miguel Delibes: El disputado voto del señor Cayo", El Ciervo, Madrid, enero de 1979, XXVIII, 335, p. 43.
34. \_\_\_\_\_, "El príncipe destronado de Miguel Delibes", El Ciervo, Madrid, 1974, 247-248, p. 15.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

1. Abad de Santillana, D., De Alfonso XIII a Franco. Apuntes de historia política de la España moderna, Buenos Aires, Tea, 1974, 544 p.
2. Albert Robatto, Matilde, La creación literaria de Juan Goytisolo, Barcelona, Planeta, 1977, 253 p.
3. Alborg, Juan Luis, Hora actual de la novela española, I, Madrid, Taurus, 1958, 349 p.
4. \_\_\_\_\_, Hora actual de la novela española, II, Madrid, Taurus, 1968, 433 p.
5. Amor y Vázquez, José, "Pauk, Edgar, Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974)", Hispania, Worcester, Ma., E. U., diciembre de 1976, LI, X, 4, p. 958-959.
6. Amorós, Andrés, Introducción a la novela contemporánea, Madrid, Cátedra, 1974, 258 p.
7. Arandia, Tomás de, "Ocho hombres de la novelística actual española", La Estafeta Literaria, Madrid, 1.º de diciembre de 1962, 254, p. 23-24.
8. Arbós, A., "Juan Carlos habla de la transición", Cambio 16, Madrid, 2 de febrero de 1981, 479, p. 27-28.
9. Arija José Manuel y Fernando Más, "La larga caída de Suárez", Cambio 16, Madrid, 9 de febrero de 1981, 480, p. 25-29.
10. \_\_\_\_\_, "Por qué dimitió", Cambio 16, Madrid, 2 de febrero de 1981, 479, p. 17-21.
11. Aub, Max, "Discurso de la novela española contemporánea", Jornadas, México, 1945, 50, 108 p.
12. Ayala, Francisco, "Función social de la literatura", Revista de Occidente, Madrid, enero de 1964, 10, p. 97, 107.
13. \_\_\_\_\_, "España a la fecha", Sur, Buenos Aires, 1965, 125 p.
14. \_\_\_\_\_, "Nueva divagación sobre la novela", Revista de Occidente, Madrid, septiembre de 1967, XVII, 54, p. 294-312.

15. \_\_\_\_\_, Reflexiones sobre la estructura narrativa, Madrid, Taurus, 1970, 78 p.
16. Aznar, Manuel, Historia de la guerra de España (1936-1939), Madrid, Idea, 1940, 890 p.
17. Balseiro, José A., El Vigía II, 2<sup>a</sup> ed., Pról. por Gregorio Marañón, San Juan, Puerto Rico, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1956, 237 p.
18. Ballester Castell, Rafael, Curso de historia de España, 7<sup>a</sup> ed., España, R. Ballester, 1945, 447 p.
19. Baquero Goyanes, Mariano, "Compromiso y evasión en la novela actual", Arbor, Madrid, mayo de 1956, XXXIV, 125, p. 57-65.
20. \_\_\_\_\_, Estructuras de la novela actual, Barcelona, Planeta, 1970, 244 p.
21. \_\_\_\_\_, "La novela española de 1939 a 1953", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, julio de 1955, 67, p. 81-95.
22. \_\_\_\_\_, Qué es la novela, Buenos Aires, Columba, 1961, 55 p.
23. \_\_\_\_\_, "Situación de la novela actual", La Estafeta Literaria, Madrid, 15 de agosto de 1961, Tercera época, 223, p. 1-5.
24. \_\_\_\_\_, "Sobre un posible retorno a la novela de acción", Arbor, Madrid, febrero de 1953, XXIV, 86, p. 149-163.
25. Barral, Carlos, "Reflexiones acerca de las aventuras del estilo en la penúltima literatura española", Cuadernos para el Diálogo, [Extraordinario 7], Madrid, mayo de 1969, XIV, p. 39-42.
26. Barthes, Carlos, Comunicación, Serie B., 2<sup>a</sup> ed., Trad. de Alberto Méndez, Madrid, Corazón, 1971, 101 p.
27. \_\_\_\_\_, Crítica y verdad, Trad. de José Blanco, Argentina, Siglo XXI, 1972, 82 p.
28. \_\_\_\_\_, El grado cero de la escritura. Nuevos ensayos críticos, Trad. de Nicolás Rosa, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, 247 p.
29. \_\_\_\_\_, El placer del texto, Trad. de Nicolás Rosa, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, 85 p.

30. \_\_\_\_\_, Ensayos críticos, Trad. de Carlos Pujol, Barcelona, Seix Barral, 1967, 330 p.
31. Basave Fernández del Valle, Agustín, Filosofía del Quijote (Un estudio de antropología axiática), México, Austral, 1959, 279 p.
32. Bedeschi, Guisepe, Introducción a Lukács, Trad. de Néstor Míguez, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, 175 p.
33. Bertrand de Muñoz, Maryse, "La guerra civil española en la novela. Bibliografía de la novela de la guerra civil española", La Torre, Río Piedras, Puerto Rico, julio-septiembre de 1968, XVI, 61, p. 215-242.
34. Blanco Aguinaga, Carlos, et. al., Historia social de la literatura española (en lengua castellana), I, Madrid, Castalia, 1979, 361 p.
35. \_\_\_\_\_, Historia social de la literatura española (en lengua castellana), II, Madrid, Castalia, 1979, 360 p.
36. \_\_\_\_\_, Historia social de la literatura española (en lengua castellana), III, Madrid, Castalia, 1979, 274 p.
37. Bloch-Michel, Jean, "La antinovela", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, enero-diciembre de 1961, 46, p. 75-84.
38. \_\_\_\_\_, "La 'nueva novela'", Trad. de Gonzalo Torrente Ballester, Madrid, Guadarrama, 1967, 153 p.
39. Bolloteu, Burnett, La revolución española. Las izquierdas y la lucha por el poder, Trad. de Carlos López, Carmen Downs de Mc Ghee y Luis Sierra Ponce de León, México, Jus, 1962, 335 p.
40. Bosch, Andrés, La noche, Barcelona, Planeta, 1959, 337 p.
41. Bosch, Rafael, La novela española del siglo XX. De la República a la postguerra (Las generaciones nove-  
lísticas del 30 y del 60), II, New York, Las Américas Publishing Company, 1971, 380 p.
42. Bousoño, Carlos, "La novela española de la posguerra", Revista Nacional de Cultura, Caracas, octubre de 1957, XXI, 124, p. 157-167.

43. Broue, Pierre y Emile Temine, La revolución y la guerra de España, Primera parte, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 380 p.
44. Buckley, Ramón, Problemas formales en la novela española contemporánea, Barcelona, Península, 1968, 214 p.
45. Butor, Michel, "Individuo y grupo en la novela", Sur, Buenos Aires, julio-agosto de 1963, 283, p. 22-34.
46. Cabot, J. T., "La narrativa behaviorista", Índice de Artes y Letras, Madrid, marzo de 1961, 147, p. 8-9.
47. Calvo Serer, Rafael, "El final de 'El Caudillo' y los franquistas", I, Excelsior, México, D. F., sábado, 26 de julio de 1975, p. 4-A y 15-A.
48. \_\_\_\_\_, "El final de 'El Caudillo' y los franquistas", II, Excelsior, México, D. F., domingo, 27 de julio de 1975, p. 4-A.
49. \_\_\_\_\_, "El final de 'El Caudillo' y los franquistas", III, Excelsior, México, D. F., lunes, 28 de julio de 1975, p. 4-A y 15-A.
50. \_\_\_\_\_, "España desde 1939: Balance y perspectivas", I, Excelsior, México, D. F., jueves, 28 de agosto de 1975, p. 4-A y 16-A.
51. \_\_\_\_\_, "España desde 1939: Balance y perspectivas", II, Excelsior, México, D. F., viernes, 29 de agosto de 1975, p. 4-A y 18-A.
52. \_\_\_\_\_, "España desde 1939: Balance y perspectivas", III, Excelsior, México, D. F., sábado, 30 de agosto de 1975, p. 4-A y p. 20-A.
53. \_\_\_\_\_, "España desde 1939: Balance y perspectivas", IV, Excelsior, México, D. F., domingo, 31 de agosto de 1975, p. 4-A y 12-A.
54. \_\_\_\_\_, "España desde 1939: Balance y perspectivas", V, Excelsior, México, D. F., lunes, 1º de septiembre de 1975, p. 4-A.
55. \_\_\_\_\_, "España desde 1939: Balance y perspectivas", VI, Excelsior, México, D. F., martes, 2 de septiembre de 1975, p. 4-A y 26-A.

56. \_\_\_\_\_, "España desde 1939: Balance y perspectivas", VII, Excelsior, México, D. F., miércoles, 3 de septiembre de 1975, p. 4-A y 16-A.
57. \_\_\_\_\_, "La 'democracia' de Juan Carlos", I, Excelsior, México, D. F., miércoles, 12 de noviembre de 1975, p. 4-A y 31-A.
58. \_\_\_\_\_; "La 'democracia' de Juan Carlos", II, Excelsior, México, D. F., jueves, 13 de noviembre de 1975, p. 4-A y 23-A.
59. \_\_\_\_\_, "La 'democracia' de Juan Carlos", III, Excelsior, México, D. F., viernes, 14 de noviembre de 1975, p. 4-A y 33-A.
60. \_\_\_\_\_, "La 'democracia' de Juan Carlos", IV, Excelsior, México, D. F., sábado, 15 de noviembre de 1975, p. 4-A y 18-A.
61. \_\_\_\_\_, "La 'democracia' de Juan Carlos", V, Excelsior, México, D. F., domingo, 16 de noviembre de 1975, p. 4-A y 27-A.
62. \_\_\_\_\_, "La 'democracia' de Juan Carlos", VI, Excelsior, México, D. F., lunes, 17 de noviembre de 1975, p. 4-A y 26-A.
63. \_\_\_\_\_, "La 'democracia' de Juan Carlos", VII, Excelsior, México, D. F., martes, 18 de noviembre de 1975, p. 4-A y 28-A.
64. \_\_\_\_\_, "La 'democracia' de Juan Carlos", VIII, Excelsior, México, D. F., miércoles, 19 de noviembre de 1975, p. 4-A y 27-A.
65. Cano, José Luis, "Carta de España: Situación de la novela", Asonante, San Juan, Puerto Rico, abril-junio de 1964, XX, 2, p. 41-43.
66. \_\_\_\_\_, "La novela española actual", Revista Bimestre Cubana, La Habana, diciembre de 1957, XIX, 125, p. 18-22.
67. Cardona, Rodolfo, Novelistas españoles de postguerra, Madrid, Taurus, 1976, 262 p.
68. Carenas Francisco y José Ferrando, La sociedad española en la novela de la postguerra, New York, Eliseo Torres and Sons, 1971, 200 p.

69. Carr, Raymond, ed., Estudios sobre la República y la Guerra Civil Española, Trad. de Angel Abad, 2ª ed., Barcelona, Ariel, 1974, 336 p.
70. Castagnino, Raúl H., El análisis literario, 5ª ed., Buenos Aires, Nova, 1967, 341 p.
71. \_\_\_\_\_, Márgenes de los estructuralismos, Buenos Aires, Nova, 1975, 169 p.
72. Castellet, José María, "De la objetividad al objeto", Papeles de Son Armadans, Palma de Mallorca, abril-junio de 1957, XV, 15, p. 309-332.
73. \_\_\_\_\_, "La joven generación española y los problemas de la patria", Revista Nacional de Cultura, Caracas, septiembre-diciembre de 1961, 148-149, p. 149-164.
74. \_\_\_\_\_, "La joven novela española", Sur, Buenos Aires, 1963, 284, p. 48-54.
75. \_\_\_\_\_, "Veinte años de novela española (1942-1962)", Cuadernos Americanos, México, enero-febrero de 1963, XXII, 1, p. 290-295.
76. Castillo Puche, José Luis, "La base de la clase media se va ampliando (Declaraciones de Miguel Delibes)", Ya, Madrid, 16 de julio de 1965, 5, p. 6.
77. Cela, Camilo José, "Dos tendencias de la nueva literatura española", Papeles de Son Armadans, Palma de Mallorca, octubre de 1962, XXVII, 79, p. 1-20.
78. \_\_\_\_\_, La familia de Pascual Duarte, Barcelona, Destino, 1963, 186 p.
79. \_\_\_\_\_, Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes, Madrid, La Nave, 1944, 283 p.
80. \_\_\_\_\_, Oficio de tinieblas 5, Barcelona, Argos Vergara, 1979, 272 p.
81. \_\_\_\_\_, Pabellón de reposo, 5ª ed., Barcelona, Destino, 1971, 210 p.
82. \_\_\_\_\_, Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid, 4ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 1979, 334 p.
83. Cervantes Saavedra, Miguel de, Obras completas, II, 17 ed., Rec., est. prel., pream. y notas de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1970, p. 920-2,092. (Incluye las Novelas ejemplares, Don Quijote y Los trabajos de Persiles y Sigismunda.)

84. Cierva, Ricardo de la, Crónicas de la transición. De la muerte de Carrero a la proclamación del Rey, Barcelona, Planeta, 1975, 437 p.
85. \_\_\_\_\_, Historia del franquismo. Orígenes y configuración (1939-1915), 2ª ed., Planeta, 1975, 436 p.
86. \_\_\_\_\_, Historia ilustrada de la guerra civil española, I, 2ª ed., Madrid, Danae, 1971, 551 p.
87. \_\_\_\_\_, Historia ilustrada de la guerra civil española, II, 2ª ed., Madrid, Danae, 1971, 559 p.
88. Cirre, José Francisco, "El protagonista múltiple y su papel en la reciente novela española", Papeles de Son Armadans, Madrid, mayo de 1964, 98, p. 159-170.
89. Clotas, Salvador, "Meditación precipitada y no premeditada sobre la novela en lengua castellana", Cuadernos para el Diálogo, Madrid, Extraordinario 7, mayo de 1969, XIV, p. 7-18.
90. Coindreau, Maurice, Edgar, "¿Cuáles son las diez mejores novelas del siglo XX?", La Estafeta Literaria, Madrid, 15 de abril de 1962, 239, p. 14.
91. \_\_\_\_\_, "Homenaje a los jóvenes novelistas españoles", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, noviembre-diciembre de 1957, XXIV, p. 39-43.
92. Corrales Egea, José, "¿Crisis de la nueva literatura?", Insula, Madrid, junio de 1965, 223, p. 3 y 10.
93. \_\_\_\_\_, La novela española actual (Ensayo de ordenación), Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, 270 p.
94. Correa Calderón, Evaristo y Fernando Lázaro, Cómo se comenta un texto literario, 2ª ed., Madrid, Anaya, 1967, 199 p.
95. Cotta, Rafael, "El realismo de la novela española y de la norteamericana, vistos y analizados por el profesor Yndurain", La Estafeta Literaria, Madrid, 15 de abril de 1961, 215, p. 8 y 23.
96. Curutchet, Juan Carlos, Introducción a la novela española de postguerra, Montevideo, Alfa, 1966, 136 p.

97. Chardón, Isabel, Bosquejo historia de España, Río Piedras, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, Facultad de Humanidades, [mimeografiado], s. f., 46 p.
98. Chomsky, Noam, Estructuras sintácticas, Introducción, notas y apéndices por Carlos Peregrín Otero, México, Siglo XXI, 1974, 177 p.
99. Delibes, Miguel, "Medio siglo de novela española", Compendre, París, 1957, 17-18, p. 242-247.
100. \_\_\_\_\_, "Notas sobre la novela española contemporánea", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, agosto de 1962, 63, p. 34-38.
101. \_\_\_\_\_, "Nuestra senil novela joven", Ateneo, Madrid, 6 de junio de 1953, II, 36, p. 6.
102. Díaz-Plaja, Guillermo, Introducción al estudio del Romanticismo español, 3ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1967, 204 p.
103. \_\_\_\_\_, La creación literaria en España. Primera Bienal de Crítica, 1966-1967, Madrid, Aguilar, 1968, 462 p.
104. \_\_\_\_\_, Modernismo frente a noventa y ocho. Una introducción a la literatura del siglo XX, 2ª ed., Pról. de Gregorio Marañón y Guillermo Díaz-Plaja, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, XXX + 366 p.
105. Diez-Echarri, Emiliano y Roca Franquesa, José María, Historia general de la literatura española e hispanoamericana, 2ª ed., Madrid, Aguilar, 1972, XXXVI + 1,590 p.
106. Domenech, R., "Meditación sobre estética narrativa", Ínsula, Madrid, junio de 1961, 175, p. 11.
107. \_\_\_\_\_, "Una generación en marcha", Ínsula, Madrid, mayo-junio y julio de 1960, 162, 163 y 164-5, p. 11, 5 y 24.
108. \_\_\_\_\_, "Una reflexión sobre el objetivismo", Ínsula, Madrid, noviembre de 1961, XVI, 180, p. 6.
109. Domingo, José, La novela española del siglo XX. De la generación del 98 a la guerra civil, I, Barcelona, Labor, 1973, 162 p.
110. \_\_\_\_\_, La novela española del siglo XX. De la postguerra a nuestros días, II, Barcelona, Labor, 1973, 189 p.

111. Domingo Xavier, "La noche de los tricornos", Cambio 16, Madrid, 2 de marzo de 1981, 483, p. 18-27.
112. Elizalde, I., "La novela social contemporánea en España", Fomento Social, Madrid, 1961, 16, p. 255-269.
113. Fernández Almagro, M. /elchor7, "Esquema de la novela española contemporánea", Clavileño, Madrid, septiembre-octubre de 1950, 5, p. 15-28.
114. \_\_\_\_\_, "La hora de la novela española", Nuestras Ideas, Bruselas, 1960, 9, p. 25-28.
115. Fernández-Cañedo, J: A., "La guerra en la novela española (1936-1947)", Arbor, Madrid, enero-abril de 1949, XII, 37, p. 60-68.
116. \_\_\_\_\_, "La joven novela española: 1936-1947", Revista de la Universidad de Oviedo, Facultad de Filosofía y Letras, XLIX-L, 1948, p. 45-79.
117. Fernández Santos, Jesús, Los bravos, 2<sup>a</sup> ed., Barcelona, Destino, 1960, 236 p.
118. Ferrer, Olga P., "La literatura española tremendista y su nexa con el existencialismo", Revista Hispánica Moderna, New York, julio de 1956, XXII, 3-4, p. 297-303.
119. \_\_\_\_\_, "Los novelistas españoles de hoy", Cuadernos Americanos, México, octubre de 1961, 118, p. 211-213.
120. Ferreras, Juan Ignacio, Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX, Madrid, Edicusa, 1973, 287 p.
121. Ferres, Antonio, La piqueta, Barcelona, Destino, 1959, 260 p.
122. Figueroa, J. R., "La novela española contemporánea", Índice de Artes y Letras, Madrid, junio de 1963, 173, p. 9-13 y 24.
123. Fillipo, Luigi de, "Il romanzo spagnolo contemporaneo", Nuova Antología, Roma, noviembre de 1953, 459, p. 327-342.
124. \_\_\_\_\_, "La flecha en el tiempo", Ínsula, Madrid, 15 de enero de 1956, XI, 121, p. 2.

125. Forster, E. M., Aspectos de la novela, Trad. de Francisco González Aramburu, Xalapa, México, Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana, 1961, 212 p.
126. Franco, Francisco, Franco ha dicho, Madrid, Idea, 1942, 300 p.
127. Fredmore, R. L., "La imagen del hombre en las obras de Camilo José Cela", La Torre, Río Piedras, P.R., enero-marzo de 1961, IX, 33, p. 81-107.
128. Fuentes, Víctor, "La novela social española en los años 1928-1931", Insula, Madrid, enero de 1970, 278, p. 1, 12 y 13.
129. \_\_\_\_\_, "La novela social española (1931-1936): temas y significación ideológica", Insula, Madrid, noviembre de 1970, p. 1 y 4.
130. Garasa, Delfín Leocadio, "La condición humana en la narrativa española contemporánea", Atenea, Concepción, Chile, 1966, CLXII, 412, p. 109-139.
131. García de Nora, Eugenio, La novela española contemporánea (1898-1927), I, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1973, 619 p.
132. \_\_\_\_\_, La novela española contemporánea (1927-1939), II, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1973, 538 p.
133. \_\_\_\_\_, La novela española contemporánea (1939-1967), III, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1973, 436 p.
134. García Gual, Carlos, Los orígenes de la novela, Madrid, ISTMO, 1972, 399 p.
135. García-Nieto, María Carmen y Javier M. Donézar, La España de Franco 1939-1973, XI, Madrid, Guadiana, 1975, 893 p.
136. García-Viñó, Manuel, "La nueva novela española", La nueva novela europea, Madrid, Guadarrama, 1968, p. 47-80.
137. \_\_\_\_\_, Novela española actual, Madrid, Guadarrama, 1967, 221 p.
138. \_\_\_\_\_, Papeles sobre la "nueva novela española", EUNSA, Pamplona, 1973, 203 p.

139. Gellner, Ernest y Ghita Ionescu, Comp., Populismo. Sus significados y características nacionales, Trad. de Leandro Welton; Rev. de Juan José Lloch, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, 306 p.
140. Genette, Gérard, Figuras, retórica y estructuralismo, Trad. de Nora Rosenfeld y María Cristina Mata, revisión de Alfredo Paiva, Córdoba, Argentina, Negelkop, 1970, 292 p.
141. Gil Casado, Pablo, La novela social española (1920-1971), 2ª ed., Barcelona, Seix Barral, 1973, 598 p.
142. Giménez Cortés, Joaquín E. "Veinticinco años de cultura española (1936-1961)", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, octubre-diciembre de 1961, XLVIII, 143, p. 153-178.
143. Giner de los Ríos, Gloria, Manual de historia de la civilización española, México, Patria, 1951, 156 p.
144. Goldmann, Lucien, Marxismo y ciencias humanas, Trad. de Noemí Fiorito de Labruno, Revisión de Ariel Bignami, Buenos Aires, Amorrortu, 1971, 279 p.
145. \_\_\_\_\_, Para una sociología de la novela, 2ª ed., Trad. de Jaime Ballesteros y Gregorio Ortiz, Madrid, Ayuso, 1975, 240 p.
146. Gómez Marín, José Antonio, "Literatura y política. Del tremendismo a la nueva narrativa", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, enero-marzo de 1966, LXV, 193, p. 109-116.
147. González López, Emilio, Historia de la civilización española, 3ª ed., New York, Las Américas Publishing, Company, 1970, 846 p.
148. Goytisolo, Juan, Fin de fiesta. Tentativa de interpretación de una historia amorosa, Barcelona, Seix Barral, 1971, 176 p.
149. \_\_\_\_\_, G. Sobejano, M. Durán, J. C. Curuchet, C. Meerts, C. Fuentes, K. Schartz, M. Vargas Llosa, J. M. Castellet, Severo Sarduy, J. Ortega, Emir Rodríguez Monegal, C. Couffon, Fundamentos, Madrid, 1975, 266 p.
150. \_\_\_\_\_, La isla. Relato, México, Seix Barral, 1969, 169 p.
151. \_\_\_\_\_, "La nueva literatura española", Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles, México, enero de 1959, IV, p. 6-8.

152. \_\_\_\_\_, Para vivir aquí, Buenos Aires, Sur, 1963, 185 p.
153. \_\_\_\_\_, Reivindicación del Conde Don Julián, 2ª ed., México, Joaquín Mortiz, 1973, 242 p.
154. \_\_\_\_\_, Señas de identidad, 3ª ed., México, Joaquín Mortiz, 1973, 422 p.
155. Granados, Vicente, Literatura española Siglo XX. Manual de orientación universitaria, Madrid, Rosas, 1978, 393 p.
156. Granjel, Luis S., La generación literaria del 98, Madrid, Anaya, 1966, 270 p.
157. Gullón, Germán y Agnes Gullón, Teoría de la novela (Aproximaciones hispánicas), Madrid, Taurus, 1974, 318 p.
158. Heras, Jesús de las y Juan Villarín, El último año de Franco. Diario político español, Madrid, Sedmay, 1976, 293 p.
159. Horia, Vintila, "La nueva ola de la novela española", Punta Europa, Madrid, enero de 1967, 117, p. 55-57.
160. Humphrey, Robert, La corriente de la conciencia en la novela moderna, Trad. de Julio Rodríguez-Puértolas, y Carmen Criado de Rodríguez-Puértolas, Santiago de Chile, Universitaria, 1969, 137 p.
161. Ibárruri Dolores, et. al., Guerra y revolución en España 1936-1939, II, Moscú, Progreso, 1966, 296 p.
162. Iglesias, Ignacio, "Diálogo con Camilo José Cela", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, noviembre-diciembre de 1960, 43, p. 73-76.
163. Iglesias Laguna, Antonio, "Duelo generacional", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, abril de 1964, 172, p. 1-18.
164. \_\_\_\_\_, "La novela española. La generación de 1923-1930", Letras, Madrid, abril de 1970, 2, p. 25-30.
165. \_\_\_\_\_, Treinta años de novela española: 1938-1968, 2ª ed., Madrid, Prensa Española, 1970, 394 p.
166. Ilie, Paul, La novelística de Camilo José Cela, 2ª ed., Pról. de Julián Marías, Madrid, Gredos, 1971, 242 p.

167. Illanes Adaro, Graciela, "La novela española contemporánea", Atenea, Madrid, enero-marzo de 1960, CXXXVII, 387, p. 67-73.
168. Izcaray, J. "Reflexiones sobre la novela española actual", Nuestras Ideas, Bruselas, 1961, II, p. 44-61.
169. James, Henry, El futuro de la novela, Ed., trad., pról. y notas de Roberto Yahni, Madrid, Taurus, 1975, 231 p.
170. Jones, W. K., "Recent Novels of Spain", Hispania, Baltimore, Md., 1957, 40, p. 303-311.
171. Kaufmann, Walter Arnold, Existentialism from Postcoesky to Sartre, New York, Meridian Books, 1956, 319 p.
172. Kayser, Wolfgang, Interpretación y análisis de la obra literaria, 4.<sup>a</sup> ed., Trad. de María D. Mouton y V. García Yebra, Madrid, Gredos, 1968, 594 p.
173. Laforet, Carmen, La isla y los demonios, 4.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Destino, 1964, 309 p.
174. \_\_\_\_\_, La llamada, 2.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Destino, 1956, 247 p.
175. \_\_\_\_\_, Nada, 20.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Destino, 1970, 295 p.
176. Lamana, Manuel, "Los nuevos novelistas y las generaciones españolas", Literatura de posguerra, Buenos Aires, Nova, 1961, p. 91-110.
177. Larroyo, Francisco, Existencialismo: sus fuentes y direcciones, México, Style, 1951, 227 p.
178. Ledesma Miranda, Ramón, "Nuestra novela entre ayer y hoy (1925-1967)", La Estafeta Literaria, Madrid, 15 de enero de 1961, p. 1,8-11.
179. Lo Ré, Anthony George, The Novel of the Spanish Civil War 1936-1960, University of North Carolina at Chapel Hill, Tesis Doctoral, 1965, University Microfilms 1975, publ. no. 65-14-366, 388 p.
180. López Molina, Luis, "El tremendismo en la literatura española actual", Revista de Occidente, Madrid, septiembre de 1967, XVII, 54, p. 372-378.
181. \_\_\_\_\_, "Los premios literarios de hoy. El 'Nadal'", La Estafeta Literaria, Madrid, 19 de diciembre de 1975, 577, p. 14-15.

182. López Quintás, A., "¿Es objetivo el 'realismo objetivo'?", Punta Europa, Madrid, 1961, 72, p. 33-43.
183. Luckács, Georg, La novela histórica, Trad. de Jasmín Reuter, México, Era, 1966, 451 p.
184. \_\_\_\_\_, Significación actual del realismo crítico, Trad. de María Teresa Toral, revisada por Federico Alvarez, México, Era, 1967, 181 p.
185. \_\_\_\_\_, Sociología de la literatura, Pról. de Peter Ludz, Barcelona, Península, 1968, 505 p.
186. \_\_\_\_\_, Teoría de la novela, Trad. de Juan José Sebrelli, Barcelona, Edhasa, 1971, 203 p.
187. Mancisidor, José, "La literatura española bajo el signo de Franco", Cuadernos Americanos, México, mayo-junio de 1958, 63, p. 26-48.
188. Marco, Joaquín, "En torno a la novela social española", Ínsula, Madrid, septiembre de 1963, 202, p. 13.
189. Marías, Julián, "Contestación al discurso 'El sentido del progreso desde mi obra de Miguel Delibes'", en Miguel Delibes, El sentido de progreso..., Valladolid, Miñón, 1975, p. 61-78.
190. \_\_\_\_\_, El existencialismo en España, Bogotá Universidad Nacional de Columbia, 1953, 113p.
191. \_\_\_\_\_, El método histórico de las generaciones, Madrid, Revista de Occidente, 1967, 214 p.
192. \_\_\_\_\_, "La novela española de nuestro tiempo", Pról. a Paul Ilie, La novelística de Camilo José Cela, Madrid, Gredos, 1963, p. 9-30.
193. \_\_\_\_\_, "La situación de la inteligencia en España", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, noviembre-diciembre de 1960, 45, p. 67-72.
194. Markham, James M., "Suárez marcha hacia la mayoría", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, viernes, 17 de junio de 1977, p. 2.
195. Marra-López, José R., "El tiempo joven", Ínsula, Madrid, mayo de 1962, 189, p. 4.
196. \_\_\_\_\_, Narrativa española fuera de España (1939-1961), Madrid, Guadarrama, 1963, 539 p.

197. Martín, Claude, Franco. Soldado y estadista, Trad. de José Patricio Montojo, 4ª ed., Madrid, Fermín Uriarte, 1967, 586 p.
198. Martín-Santos, Luis, Tiempo de silencio, 3ª ed., Barcelona, Seix Barral, 1966, 240 p.
199. Martínez Cachero, José María, La novela española entre 1939 y 1969. Historia de una aventura, Madrid, Castalia, 1973, 283 p.
200. Martínez Ferrol, Manuel, "España ante la decisión de las urnas", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, sábado, 11 de junio de 1977, p. 30-31.
201. Matute, Ana María, Fiesta al Noroeste, 3ª ed., Barcelona, Destino, 1963, 130 p.
202. \_\_\_\_\_, La trampa, Barcelona, Destino, 1969, 277 p.
203. \_\_\_\_\_, Los abel, 2ª ed., Barcelona, Destino, 1966, 234 p.
204. \_\_\_\_\_, Los hijos muertos, Barcelona, Planeta, 1958, 557 p.
205. \_\_\_\_\_, Los soldados lloran de noche, 2ª ed., Barcelona, Destino, 1967, 227 p.
206. \_\_\_\_\_, Primera memoria, 3ª ed., Barcelona, Destino, 1964, 245 p.
207. Mayer, R. N., "¿Existe una joven literatura española?", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, 1958, 33, p. 53-58.
208. Mínguez, Alberto, "Clases sociales y narrativa en España", Revista de la Universidad de México, México, enero-febrero de 1969, 6, p. 24.
209. Miravittles, Jaume, "En vísperas de las elecciones", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, sábado, 11 de junio de 1977, p. 30.
210. \_\_\_\_\_, "La monarquía en España", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, lunes, 13 de junio de 1977, p. 18.
211. Montero, Isaac, "Los premios o treinta años de falsa fecundidad", Cuadernos para el Diálogo, Madrid, mayo de 1969, XIV, (Extraordinario), p. 73-84.

212. Montes, José María , La guerra española en la creación literaria (Ensayo bibliográfico), Pról., "La 'guerra de España' como tema literario" por Antonio Gallego Morell, Madrid, Universidad de Madrid, Anejos de Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939), 1970, 2, 191 p.
213. Morán Fernando, Explicación de una limitación: La novela realista de los años cincuenta en España, Madrid, Taurus, 1971, 107 p.
214. \_\_\_\_\_, Novela y semidesarrollo (Una interpretación de la novela hispanoamericana y española), Madrid, Taurus, 1971, 431 p.
215. Mornin, Georges, Claves para la semántica, Barcelona, Anaya, 1974, 233 p.
216. Moya, Emilio, "Calvo Sotelo no se inclina a la derecha", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, jueves, 3 de diciembre de 1981, XI, 4, 195, p. 39.
217. Murphy, Jr. James E., Portrayal of Setting in the Rural Works of Miguel Delibes, Tesis de Maestría, University of North Carolina at Chapel Hill, North Carolina, 1971, 88 p.
218. Navales, Ana María, Cuatro novelistas españoles: M. Delibes, I. Aldecoa, D. Sueiro, F. Umbral, Madrid, Fundamentos, 1974, 318 p.
219. Ojeda, Antonio, "El golpe, paso a paso", Cambio 16, Madrid, 2 de julio de 1981, 484, p. 24-32.
220. Olmos García, Francisco, "La novela nueva: su presente y porvenir", Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles, México, abril-mayo de 1961, 14, p. 33-38.
221. \_\_\_\_\_, "La novela y los novelistas españoles de hoy", Cuadernos Americanos, México, julio-agosto de 1963, XXII, 4, p. 211-237.
222. Oneto, José, "Después de Tejero..." Cambio 16, Madrid, 2 de mayo de 1981, 483, p. 17.
223. \_\_\_\_\_, "No hay riesgo de otro golpe militar en España", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, sábado, 5 de diciembre de 1981, XI, 4, 197, p. 27.
224. \_\_\_\_\_, "Operación Leopoldo", Cambio 16, Madrid, 9 de febrero de 1981, 480, p. 16-20.

225. \_\_\_\_\_, 100 días en la muerte de Francisco Franco, Madrid, Felmar, 1975, 326 p.
226. Ortega y Gasset, José, Meditaciones del Quijote e Ideas sobre la novela, 2ª ed., Madrid, Austral, 1969, 214 p.
227. Palley, Julián, "Existentialist Trends in the Modern Spanish Novels", Hispania, Wisconsin, marzo de 1961, XLIV, 1, p. 21-26.
228. Perés Ramón D., Historia de la literatura española e hispanoamericana, Barcelona, Ramón Sopena, 1970, 654 p.
229. Pérez de las Horas, E., "Testimonio de las jóvenes generaciones españolas", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, agosto de 1962, 63, p. 50-61.
230. Piaget, Jean, El estructuralismo, 3ª ed., Trad. de Floreal Mazía, Buenos Aires, Proteo, 1971, 124 p.
231. Pinilla, Ramiro, Las ciegas hormigas, 3ª ed., Barcelona, Destino, 1967, 286 p.
232. Pizarro, Narciso, Análisis estructural de la novela, Madrid, Siglo XXI, 1970, 176 p.
233. Ponce de León, José Luis S., "El premio 'Eugenio Nadal' de la novela", El Libro Español, Madrid, enero de 1964, VII, 73, p. 12-17.
234. \_\_\_\_\_, La novela española de la Guerra Civil (1936-1939), Madrid, Insula, 1971, 210 p.
235. Porqueras Mayo, Alberto, Temas y formas de la literatura española, Madrid, Gredos, 1972, 196 p.
236. Prieto, Antonio, Morfología de la novela, Barcelona, Planeta, 1975, 427 p.
237. Ragucci, Rodolfo M., Literatura española de los últimos cien años (desde 1850), Buenos Aires, Don Bosco, 1962, 767 p.
238. Rama, Carlos M., Crisis española del siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 376 p.
239. \_\_\_\_\_, Ideología, religiones y clases sociales en la España contemporánea, 2ª ed., Uruguay, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1963, 67 p.

240. Río, Ángel del, Historia de la literatura española. Desde los orígenes hasta 1700, I, ed. revisada, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1948, 488 p.
241. \_\_\_\_\_, Historia de la literatura española. Desde 1700 hasta nuestros días, II, ed. revisada, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1948, 446 p.
242. Robbe-Guillet, Alain, Por una novela nueva, Trad. de Caridad Martínez, Barcelona, Seix Barral, 1965, 188 p.
243. \_\_\_\_\_, "Un camino para la novela futura", Sur, Buenos Aires, septiembre-octubre de 1960, 266, p. 30-35.
244. Roberts, Gemma, Temas existenciales en la novela española de postguerra, Madrid, Gredos, 1973, 285 p.
245. Rojas, Carlos, Auto de fe, Madrid, Guadarrama, 1968, 469 p.
246. \_\_\_\_\_, "Problemas de la nueva novela española", La nueva novela europea, Madrid, Guadarrama, 1968, p. 121-135.
247. Rojo, Vicente, Así fue la defensa de Madrid (Aportación a la historia de la guerra de España (1936-39)), 2ª ed., México, Era, 1969, 265 p.
248. Romero, Luis, El cacique, 15ª ed., Barcelona, Planeta, 1973, 345 p.
249. \_\_\_\_\_, La noria, 6ª ed., Barcelona, Destino, 1965, 280 p.
250. Rubio, Rodrigo, Narrativa española: 1940-1970, Madrid, EPESA, 1970, 202 p.
251. Sábato, Ernesto, El escritor y sus fantasmas, Buenos Aires, Aguilar, 1964, 285 p.
252. Sáinz de Robles, Carlos Federico, "El siglo XX", Ensayo de un diccionario de la literatura. términos, conceptos, "ismos" literarios, I, 3ª ed., Madrid, Aguilar, 1965, p. 436-456; I, 217 p.
253. \_\_\_\_\_, La novela española en el siglo XX, Madrid, Pegaso, 1957, 302 p.
254. Salinas, Pedro, Literatura española. Siglo XX, México, Séneca, 1941, 352 p.

255. Sánchez Ferlosio, Rafael, El Jarama, 7ª ed., Barcelona, Destino, 1966, 365 p.
256. \_\_\_\_\_, Industrias y andanzas de Alfanhuí. Y el corazón caliente. Dientes, pólvora, febrero, 2ª ed., Barcelona, Destino, 1967, 223 p.
257. Sánchez-Mazas, Miguel, "La actual crisis española y las nuevas generaciones", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, noviembre-diciembre de 1957, 26, p. 9-23.
258. Sánchez Vázquez, Adolfo, Antología-Textos de estética y teoría del arte, México, U. N. A. M., 1972, 492 p.
259. Sanz Villanueva, Santos, Tendencias de la novela española actual (1950-1970), Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972, 297 p.
260. Sartre, Jean-Paul, ¿Qué es literatura?, Trad. de Aurora Bernárdez, 5ª ed., Buenos Aires, Losada, 1969, 253 p.
261. Sassone, H., "Hacia una interpretación de la novela española actual", Revista Nacional de Cultura, Caracas, 1960, 142-143, p. 43-57.
262. Sarraute, Nathalie, La era del recelo. Ensayos sobre la novela, Trad. de Gonzalo Torrente Ballester, Madrid, Guadarrama, 1967, 119 p.
263. Saz, Agustín del, Resumen de la literatura española, 3ª ed., Barcelona, Sayma, 1963, 249 p.
264. Schraibman, José, "Notas sobre la novela española contemporánea", Revista Hispánica Moderna, New York, enero-abril de 1969, XXXVII, 2, p. 113-121.
265. Serrano Poncela, Segundo, "La novela española contemporánea", La Torre, Río Piedras, Puerto Rico, abril-junio de 1953, I, 2, p. 105-128.
266. Seuderi, María, "Objetivismo e informalismo", Revista de Occidente, Madrid, abril-junio de 1965, IX, 27, p. 363-370.
267. Sobejano, Gonzalo, Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido), 2ª ed., Madrid, Prensa Española, 1970, 479 p.
268. Soldevila Durante, Ignacio, "La novela española actual. Tentativa de entendimiento", Revista Hispánica Moderna, New York, enero-abril de 1967, XXXIII, 1-2, p. 89-108.

269. \_\_\_\_\_, La novela española desde 1936, II, Madrid, Alhambra, 1980, 482 p.
270. Tamames Ramón, La República. La era de Franco. Historia de España, 5ª ed., Madrid, Alianza, 1976, 623 p.
271. Tezanos, José Félix, Estructura de clases en la España actual, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975, 201 p.
272. Thomas, Hugh, La guerra civil española /París/, Francia, Ruedo Ibérico, 1967, 782 p.
- \_\_\_\_\_, "La nueva constitución de España", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, domingo, 7 de enero de 1979, p. 23-25.
273. Tierno-Galván, Enrique, "Ensayo para un estudio sociológico de la novela contemporánea en España", Revista de Ciencias Sociales, Río Piedras, Puerto Rico, junio de 1967, IX, 2, p. 161-181.
274. Todorov, Tzvetan, Introducción a la literatura fantástica, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972, 212 p.
275. Torre, Guillermo de, "Afirmación y negación de la novela española contemporánea", Ficción, Buenos Aires, julio-agosto de 1956, 1, p. 122-141.
276. \_\_\_\_\_, Del 98 al Barroco, Madrid, Gredos, 1969, 451 p.
277. \_\_\_\_\_, Historia de las literaturas de vanguardia, Madrid, Guadarrama, 1965, 946 p.
278. \_\_\_\_\_, "Perspectivas de la novela contemporánea", Revista de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1956, I, 3, p. 347-364.
279. Torri, Julio, La literatura española, 4ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1964, 425 p.
280. Torrente Ballester, Gonzalo, Literatura española contemporánea. Estudio crítico, I, Madrid, Guadarrama, 1963, 427 p.
281. \_\_\_\_\_, "Los problemas de la novela española contemporánea", Arbor, Madrid, marzo de 1948, IX, p. 395-400.

282. \_\_\_\_\_, Panorama de la literatura española contemporánea, I, 2ª ed., Madrid, Guadarrama, 1961, 469 p.
283. Torres-Rioseco, Arturo, "Camilo José Cela, primer novelista español contemporáneo", Revista Hispánica Moderna, New York, XXVIII, 1962, p. 166-171.
284. Umbral, Francisco, "Castilla y los escritores", La Estafeta Literaria, Madrid, 1º de julio de 1962, 244, p. 11.
285. Valbuena, Ángel y Agustín del Saz, Historia de la literatura española e hispanoamericana, Barcelona, Juventud, 1956, 351 p.
286. Valbuena Briones, Ángel, "Perspectiva de la novela española contemporánea", Arbor, Madrid, junio de 1969, LXXIII, 292, p. 53-59.
287. Valbuena Prat, Ángel, Estudios de literatura religiosa española. Epoca medieval y Edad de Oro, Madrid, Afrodiseo Aguado, 1963, 282 p.
288. \_\_\_\_\_, Literatura castellana. Los grupos geográficos y la unidad literaria. 1. De los orígenes al Romanticismo, Barcelona, Provenza, 1974, 735 p.
289. Valverde, José María, Breve historia de la literatura española, Madrid, Guadarrama, 1969, 265 p.
290. Varela Jácome, Benito, Renovación de la novela en el siglo XX, Barcelona, Destino, 1966, 439 p.
291. Vargas Llosa, Mario, "Una explosión sarcástica en la novela española moderna", Insula, Madrid, abril de 1966, XXI, 233, p. 24-35.
292. Vicens Vives, J., Historia social y económica de España y América. Antigüedad. Alta Edad Media. América primitiva, I, 1ª reedición, Barcelona, Vicens Vives, 1974, 557 p.
293. \_\_\_\_\_, Historia social y económica de España y América, II, 1ª reedición, Barcelona, Vicens Vives, 1974, 553 p.
294. \_\_\_\_\_, Historia social y económica de España y América. Imperio. Absolutismo. Aristocracia, III, 2ª reedición, Barcelona, Vicens Vives, 1974, 584 p.

295. \_\_\_\_\_, Historia social y económica de España y América. Burguesía. Industrialización. Obrerismo, IV, 1ª reedición, Barcelona, Vicens Vives, 1974, 467 p.
296. \_\_\_\_\_, Historia social y económica de España y América. Burguesía. Industrialización. Obrerismo, V, 1ª reedición, Barcelona, Vicens Vives, 1974, 706 p.
297. Wehrli, Max, Introducción a la ciencia literaria, Trad. de Herbert Wolfgang Jung, 1966, 217 p.
298. Wellek René y Austin Warren, Teoría literaria, 3ª ed., Gredos, Madrid, 1959, 430 p.
299. Wheeler, Fenton, "España cuenta hoy con un nuevo gobierno", El Nuevo Día, San Juan, Puerto Rico, jueves, 3 de diciembre de 1981, XI, 4, 195, p. 38.
300. Willis, Brenda Jean, A study of 'Algo pasa en la calle' and 'Cinco horas con Mario', University of North Carolina at Chapel Hill, Tesis de Maestría, 1968, University Microfilms, 76 p.
301. Zavala, Iris M., Ideología y política en la novela española del siglo XIX, Salamanca, Anaya, 1971, 362 p.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL COMPLEMENTARIA

1. Alborg, Juan Luis, Historia de la Literatura española. Edad Media y Renacimiento, I, 2.ª ed., ampliada, Madrid, Gredos, 1980, 1082p.
2. \_\_\_\_\_, Historia de la literatura española. Época Barroca, II, Madrid, Gredos, 1970, 995p.
3. \_\_\_\_\_, Historia de la literatura española. Siglo XVIII, III, Madrid, Gredos, 1972, 979p.
4. \_\_\_\_\_, Historia de la literatura española. El Romanticismo, IV, Madrid, Gredos, 1980, 934p.
5. Alonso, Martín, Ciencia del lenguaje. Arte y estilo, 8ª ed., 1967, Madrid, Aguilar, 1637p.
6. Baroja, Pío, Obras completas, V, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, 1,360p.
7. Castagnino, Raúl H., Márgenes de los estructuralismos, Buenos Aires, Nova, 1975, 169p.
8. Castellet, José M. "La novela española quince años después (1942-1957)", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, 1958, 33, p. 48-52.
9. Cela, Camilo José, Obra completa, II, Barcelona, Destino 1964, 555p.
10. Corvez, Maurice, Los estructuralistas, Trad. de Wolfson y Andrés Pirk, Buenos Aires, Amorrurtu, 1972, 150p.
11. Correa, Gustavo, Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós. Ensayo de estética realista, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1967, 298p.
12. Diego, Gerardo, "El ciprés de Silos", en J. González Muela y J. M. Rozas, La generación poética del 27, Madrid, Alcalá, 1966, 279 p.
13. Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov, Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1974, 421p.
14. Eco, Humberto, Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas, Trad. de Andrés Boglar, Barcelona, Lumen, 1975, 403p.
15. Escarpit, Robert, Sociología de la literatura, Trad. de Virgilio Pinera, La Habana, Instituto del Libro, 1970, 200p.

16. García López, José, Historia de la literatura española, 11.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Vicens Vives, 1969, 708p.
17. Granjel, Luis, Baroja y otras figuras del 98, Madrid, Guadarrama, 1960, 357p.
18. Jain Entralgo, Pedro, La Generación del Noventa y Ocho, 6.<sup>a</sup> ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1967, 259p.
19. Lapesa Melgar, Rafael, Introducción a los estudios literarios, Salamanca, Anaya, 1970, 207p.
20. Martínez Ruiz, José, "La Generación de 1898", Clásicos y modernos, Buenos Aires, Losada, 1959, p. 174-191.
21. Méndez, José Luis, Fundamentos sociológicos del marxismo, Río Piedras, Puerto Rico, Antillana, 1978, 305p.
22. \_\_\_\_\_, Sociología marxista de la literatura y problemas de la creación cultural, Río Piedras, Antillana, 1974, 82p.
23. Menéndez Pelayo, Marcelino, Obras completas. Orígenes de la novela . (Influencia oriental . Libros de caballería), I, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1961, VII / 466p.
24. \_\_\_\_\_, Obras completas. Orígenes de la novela. (Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril), II, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1961, 367p.
25. \_\_\_\_\_, Obras completas. Orígenes de la novela. (Cuentos y novelas cortas. "La Celestina"), III, 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1961, 460p.
26. \_\_\_\_\_, Obras completas. Orígenes de la novela. (Primeras imitaciones de "La Celestina"), IV, 2.<sup>a</sup> ed, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1961, 362p.
27. Montesinos, José F., Galdós, I, Madrid, Castalia, 1968, 291.
28. \_\_\_\_\_, Galdós, II, Madrid, Castalia, 1969, 285p.
29. Pedreira, Antonio S., "¿La Generación del 98?", Aristas, Obras completas, I, Río Piedras, Edil, 1969, p. 21-36.
30. Priestley, J. B., Literatura y hombre occidental, Trad. de Ángel Guillén, Madrid, Guadarrama, 1960, 641 p.

31. Propp, Vladimir J., Las raíces históricas del cuento, Trad. de José Martín Arancibia, Madrid, Fundamentos, 1974, 535 p.
32. \_\_\_\_\_, Las transformaciones del cuento maravilloso, Trad. de Hugo Acevedo, Buenos Aires, Rodolfo Alonso, 1972, 70 p.
33. \_\_\_\_\_, Morfología del cuento, 2.<sup>a</sup> ed., Trad. de Lourdes Ortiz, Madrid, Fundamentos, 1974, 152 p.
34. Salinas, Pedro, "La literatura española moderna", Ensayos de literatura hispánica. (Del "Cantar de Mio Cid" a García Lorca), 3.<sup>a</sup> ed., Pról. de Juan Marichal, Madrid, Aguilar, 1967, p. 285-397.
35. [Varios], Análisis estructural del relato, 4.<sup>a</sup> ed., Trad. de Beatriz Dorrioto, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974, 208 p.
36. \_\_\_\_\_, Estructuralismo y literatura, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, 223 p.
37. \_\_\_\_\_, Literatura y sociedad. Problemas de metodología en sociología de la literatura, Trad. de R. de la Iglesia, Barcelona, Martínez Roca, 1969, 234 p.

## ÍNDICE

|   | Páginas |
|---|---------|
| INTRODUCCIÓN.....   | i-v     |
| ABREVIATURAS .....  | vi      |
| CAPÍTULO I: APUNTES BIOGRÁFICOS DE MIGUEL DELIBES.....  | 1-14    |
| A. <u>Origen: Los primeros años</u> .....   | 1-3     |
| B. <u>La guerra. Trabajos y estudios</u> .....  | 3-5     |
| C. <u>Matrimonio y primeras creaciones</u> .....  | 5-7     |
| D. <u>Nuevo giro creador</u> .....  | 7-10    |
| E. <u>Complejidad social y nuevos recursos técnico-estilísticos</u> .....                       | 10-14   |
| CAPÍTULO II: RECUESTO POLÍTICO ESPAÑOL DEL SIGLO XX.....  | 15-69   |
| A. <u>La Regencia de María Cristina de Habsburgo, Archiduquesa de Austria (1885-1902)</u> ..... | 15-17   |
| B. <u>El Reinado de Alfonso XIII (1902-1931)</u> .....  | 17-20   |
| C. <u>La Dictadura del General Miguel Primo de Rivera (1923-1930)</u> .....                     | 20-23   |
| D. <u>El Gobierno Provisional del General Dámaso Berenguer y Fusté (1930-1931)</u> .....        | 23-24   |
| E. <u>El Gobierno del Almirante Juan Aznar (1931)</u> .....                                     | 24-25   |
| F. <u>La Segunda República Española (1931-1936)</u> .....                                       | 25-30   |
| 1. <u>El Bienio izquierdista (1931-1933)</u> .....  | 26-28   |
| 2. <u>El Bienio Radical (1933-1936)</u> .....   | 28-30   |
| G. <u>El Frente Popular (1936)</u> .....  | 30-33   |
| H. <u>La Guerra Civil Española (1936-1939)</u> .....  | 33-36   |
| I. <u>El Gobierno de Juan Negrín</u> .....  | 36-38   |
| J. <u>El Régimen Franquista (1939-1975)</u> .....   | 38-69   |
| 1. <u>España y la Segunda Guerra Mundial: Política Exterior</u> .....                           | 41-43   |
| 2. <u>Rechazo del Régimen Franquista</u> .....  | 43      |
| 3. <u>Acercamiento al mundo exterior</u> .....  | 43-45   |
| 4. <u>Desarrollo del gobierno franquista</u> .....  | 45-52   |
| 5. <u>Principales leyes de la Dictadura</u> .....   | 52-56   |
| 6. <u>La economía bajo Franco</u> .....   | 56-61   |
| 7. <u>La cuestión monárquica</u> .....  | 61-63   |
| 8. <u>Juan Carlos II: Rey de España</u> .....   | 63-69   |

|  |         |
|--|---------|
| CAPÍTULO III: RECUENTO DE LA NOVELA ESPAÑOLA.....  | 70-186  |
| A. <u>Intento de definición</u> .....  | 70-73   |
| B. <u>Formas narrativas grecorromanas</u> .....  | 73-74   |
| C. <u>La Edad Media</u> .....  | 74-79   |
| D. <u>El Renacimiento</u> .....  | 79-87   |
| E. <u>El Barroco</u> .....   | 87-93   |
| F. <u>El Neoclasicismo</u> .....   | 93-98   |
| G. <u>El Romanticismo</u> .....  | 98-102  |
| H. <u>El Realismo</u> .....  | 102-113 |
| I. <u>El Naturalismo</u> .....   | 113-115 |
| J. <u>La Generación del 98. Primera del Siglo XX</u> .....   | 115-131 |
| 1. <u>Carácter polémico de la generación</u> .....   | 116-120 |
| 2. <u>Algunos rasgos generacionales</u> .....  | 120-125 |
| 3. <u>Los novelistas mayores</u> .....   | 125-131 |
| K. <u>Los novelistas del 10 o del 14: Segunda generación del Siglo XX</u> .....                                    | 131-139 |
| 1. <u>Convivencia anacrónica</u> .....   | 131-134 |
| 2. <u>Algunas características generacionales</u> .....   | 134-135 |
| 3. <u>Figuras de primer orden</u> .....  | 135-138 |
| 4. <u>Figuras secundarias</u> .....  | 138-139 |
| L. <u>Los novelistas del 25 o del 27: Tercera Generación del Siglo XX</u> .....                                    | 139-142 |
| 1. <u>Aspectos generales</u> .....   | 139     |
| 2. <u>Situación de la novelística</u> .....  | 139-140 |
| 3. <u>Novelistas principales</u> .....   | 140-142 |
| Ll. <u>Los novelistas de la década del 30 al 40: Cuarta Generación del Siglo XX</u> .....                          | 140-150 |
| 1. <u>Autores de transición</u> .....  | 142-143 |
| 2. <u>La preguerra</u> .....   | 143-145 |
| 3. <u>La guerra</u> .....  | 145-150 |
| M. <u>Los novelistas de la década del 40 al 50: Quinta Generación del Siglo XX y Primera de la Posguerra</u> ..... | 150-162 |
| 1. <u>Conceptos generales</u> .....  | 150-151 |
| 2. <u>Camilo José Cela: Los inicios</u> .....  | 151-157 |
| 3. <u>Ignacio Agustí: Entre la burguesía y la amargura</u> .....   | 157     |

|  |         |
|--|---------|
| 4. <u>Carmen Laforet: "Sicologías atormentadas".....</u>   | 158-159 |
| 5. <u>Gonzalo Torrente Ballester: La fina inteligencia.....</u>  | 159-161 |
| 6. <u>Miguel Delibes: Eclecticismo y fecundidad.....</u>   | 161     |
| 7. <u>Elena Quiroga: Memoria doliente.....</u>   | 161-162 |
| N. <u>Los novelistas de la década del 50 al 60: Sexta Generación del Siglo XX y Segunda de la Posguerra</u>                    | 163-180 |
| 1. <u>Situación generacional.....</u>  | 163-165 |
| 2. <u>Ana María Matute: Memoria, incomunicación y cainismo.....</u>  | 165-168 |
| 3. <u>Rafael Sánchez Ferlosio: Fantasía y objetivismo.....</u>   | 168-169 |
| 4. <u>Jesús Fernández Santos: Realismo social.....</u>   | 169-171 |
| 5. <u>Juan Goytisolo: Realismo poético y realismo social.....</u>  | 171-175 |
| 6. <u>Ignacio Aldecoa: El realismo de la escrupulosidad.....</u>   | 175-177 |
| 7. <u>Otros narradores.....</u>  | 177-180 |
| Ñ. <u>Los novelistas de la década del 60 hasta el presente: Séptima Generación del Siglo XX y Tercera de la posguerra.....</u> | 180-186 |
| 1. <u>Rasgos generacionales.....</u>   | 180-182 |
| 2. <u>Los novelistas.....</u>  | 182-186 |
| CAPÍTULO IV: EL MUNDO NOVELÍSTICO DE MIGUEL DELIBES.....   | 187-275 |
| <u>Primer ciclo: Creaciones iniciales.....</u>   | 187-275 |
| A. <u>Introducción.....</u>  | 187-190 |
| B. <u>Notas generales sobre las novelas.....</u>   | 190-194 |
| 1. <u>La sombra del ciprés es alargada.....</u>  | 190-192 |
| 2. <u>Aún es de día.....</u>   | 192-193 |
| 3. <u>Mi idolatrado hijo Sisi.....</u>   | 193-194 |
| C. <u>Contenidos de las novelas.....</u>   | 194-274 |
| 1. <u>La sombra del ciprés es alargada.....</u>  | 194-217 |
| a. <u>Título.....</u>  | 194-196 |
| b. <u>Lema.....</u>  | 196-198 |
| c. <u>Escenario y atmósfera.....</u>   | 198-202 |
| d. <u>Argumento.....</u>   | 202-203 |
| e. <u>Personajes.....</u>  | 203-210 |

|  |         |
|--|---------|
| 1) <u>Protagonista: /Pedro/</u> .....                      | 204-206 |
| 2) <u>Figuras secundarias</u> .....                        | 206-208 |
| a) <u>Mateo Lesmes</u> .....                               | 206-207 |
| b) <u>Alfredo</u> .....                                    | 207-208 |
| c) <u>Jane</u> .....                                       | 208     |
| 3) <u>Siluetas y sombras</u> .....                         | 208-210 |
| f. <u>Temas</u> .....                                      | 210-216 |
| 1) <u>Principal: /Aprensión ante la muerte/</u> ..         | 210-212 |
| 2) <u>Auxiliares</u> .....                                 | 212-216 |
| a) <u>La religión</u> .....                                | 213     |
| b) <u>La niñez</u> .....                                   | 213-214 |
| c) <u>La naturaleza vs. el progreso</u> .....              | 214-215 |
| d) <u>La guerra</u> .....                                  | 215-216 |
| g. <u>Ideas generales</u> .....                            | 216-217 |
| 2. <u>Aún es de día</u> .....                              | 217-236 |
| a. <u>Título</u> .....                                     | 217-218 |
| b. <u>Lema</u> .....                                       | 218-219 |
| c. <u>Escenario y atmósfera</u> .....                      | 219-222 |
| d. <u>Argumento</u> .....                                  | 223-224 |
| e. <u>Personajes</u> .....                                 | 224-230 |
| 1) <u>Protagonista: /Sebastián Ferrón/</u> .....           | 225-226 |
| 2) <u>Figuras secundarias</u> .....                        | 226-228 |
| a) <u>Aurelia</u> .....                                    | 226-227 |
| b) <u>Orencia</u> .....                                    | 227     |
| c) <u>Aurora Fernández</u> .....                           | 227-228 |
| 3) <u>Siluetas y sombras</u> .....                         | 228-230 |
| f. <u>Temas</u> .....                                      | 230-232 |
| 1) <u>Principal: /La ausencia de amor o soledad/</u> ..... | 230-232 |
| 2) <u>Auxiliares</u> .....                                 | 232-236 |
| a) <u>La religión</u> .....                                | 232-233 |
| b) <u>La niñez</u> .....                                   | 233     |
| c) <u>La muerte</u> .....                                  | 233-235 |
| d) <u>La naturaleza</u> .....                              | 235     |
| e) <u>La guerra</u> .....                                  | 235-236 |

|   |         |
|---|---------|
| g. <u>Palabras finales</u> .....  | 236     |
| 3. <u>Mi idolatrado hijo Sisí</u> .....                                     | 273-274 |
| a. <u>Título</u> .....  | 237     |
| b. <u>Lema y dedicatoria</u> .....  | 237-238 |
| c. <u>Escenario y atmósfera</u> .....                                       | 238-240 |
| d. <u>Argumento</u> .....   | 240-247 |
| e. <u>Personajes</u> .....  | 247-261 |
| 1) <u>Protagonista: [Cecilio Rubes Jurado]</u> ....                         | 247-249 |
| 2) <u>Figuras secundarias</u> .....   | 249-259 |
| a) <u>Adela Martínez</u> .....  | 250-251 |
| b) <u>Cecilio Alejandro Nicolás Rubes Mar-</u><br><u>tínez (Sisí)</u> ..... | 252-256 |
| c) <u>Paulina</u> .....   | 256     |
| d) <u>Gloria Sendín</u> .....   | 256-257 |
| e) <u>Ventura Amo</u> .....   | 257     |
| f) <u>Ramona Jurado</u> .....   | 257-259 |
| 3) <u>Siluetas y sombras</u> .....  | 259-261 |
| f. <u>Temas</u> .....   | 261-274 |
| 1) <u>Principal: [Egoísmo]</u> .....  | 262-265 |
| 2) <u>Auxiliares</u> .....  | 265-274 |
| a) <u>La religión</u> .....   | 265-267 |
| b) <u>La niñez</u> .....  | 268-269 |
| c) <u>La muerte</u> .....   | 269-270 |
| d) <u>La guerra</u> .....   | 270-272 |
| e) <u>La naturaleza</u> .....   | 273-274 |
| g. <u>Conclusiones</u> .....  | 274     |
| D. <u>Recapitulaciones</u> .....  | 274-275 |
| CAPÍTULO V: EL MUNDO NOVELÍSTICO DE MIGUEL DELIBES.....                     | 276-403 |
| <u>Segundo ciclo: Obras intermedias</u> .....                               | 276-403 |
| A. <u>Apertura</u> .....  | 276-279 |
| B. <u>Ideas genéricas sobre las novelas</u> .....                           | 279-283 |
| 1. <u>El camino</u> .....   | 279-280 |
| 2. <u>Diario de un cazador</u> .....  | 280-282 |
| 3. <u>Diario de un emigrante</u> .....                                      | 282     |
| 4. <u>La hoja roja</u> .....  | 282-283 |
| C. <u>Contenidos de las novelas</u> .....                                   | 283-401 |

|  |                    |
|--|--------------------|
| 1. <u>El camino</u> .....  | 283-322            |
| a. <u>Título</u> .....   | 283-284            |
| b. <u>Escenario y atmósfera</u> .....  | 284-286            |
| c. <u>Argumento</u> .....  | 286-296            |
| d. <u>Personajes</u> .....   | 296-308            |
| 1) <u>Protagonista: [Daniel, el Mochuelo]</u> ....                                     | 297-299            |
| 2) <u>Figuras secundarias</u> .....  | 299-301            |
| a) <u>Roque, el Moñigo</u> .....   | 299-300            |
| b) <u>Germán, el Tiñoso</u> .....  | 300-301            |
| 3) <u>Tipos, siluetas y sombras</u> .....  | 301-308            |
| e. <u>Temas</u> .....  | 308-322            |
| 1) <u>Principal: [La autorrealización por medio de una auténtica ruta vital]</u> ..... | 297-299<br>308-309 |
| 2) <u>Auxiliares</u> .....   | 309-322            |
| a) <u>La niñez</u> .....   | 310-311            |
| b) <u>La naturaleza</u> .....  | 311-312            |
| c) <u>El progreso</u> .....  | 312-316            |
| d) <u>La religión</u> .....  | 317-318            |
| e) <u>El amor</u> .....  | 318-319            |
| f) <u>La esterilidad</u> .....   | 319                |
| g) <u>La muerte</u> .....  | 319-321            |
| h) <u>La Guerra Civil</u> .....  | 321                |
| i) <u>La caza</u> .....  | 321-322            |
| f. <u>Reflexiones últimas</u> .....  | 322                |
| 2. <u>Diario de un cazador</u> .....   | 322-347            |
| a. <u>Título</u> .....   | 322                |
| b. <u>Prólogo-Dedicatoria</u> .....  | 322-323            |
| c. <u>Escenario y atmósfera</u> .....  | 323-324            |
| d. <u>Argumento</u> .....  | 324-329            |
| e. <u>Personajes</u> .....   | 329-336            |
| 1) <u>Protagonista: [Lorenzo]</u> .....  | 329-331            |
| 2) <u>Figuras secundarias</u> .....  | 331-334            |
| a) <u>Anita</u> .....  | 331                |
| b) <u>Don Basilio</u> .....  | 332                |
| c) <u>Carmina</u> .....  | 332                |
| d) <u>Don Florián</u> .....  | 332                |
| e) <u>La madre</u> .....   | 332-333            |

|   |         |
|---|---------|
| f) <u>Melecio</u> .....                           | 333     |
| g) <u>La Modes</u> .....                          | 333     |
| h) <u>El señor Moro</u> .....                     | 334     |
| 3) <u>Tipos, sombras y siluetas</u> .....         | 334-336 |
| f. <u>Temas</u> .....                             | 336-346 |
| 1) <u>Principal: /El ejercicio de la caza/</u> .. | 337-338 |
| 2) <u>Auxiliares</u> .....                        | 338-346 |
| a) <u>La naturaleza</u> .....                     | 339-340 |
| b) <u>Afecto y solidaridad</u> .....              | 340-343 |
| c) <u>La muerte</u> .....                         | 343-344 |
| d) <u>La religión</u> .....                       | 344-345 |
| e) <u>Conciencia social</u> .....                 | 345-346 |
| g. <u>Algunos conceptos</u> .....                 | 346-347 |
| 3. <u>Diario de un emigrante</u> .....            | 347-371 |
| a. <u>Título</u> .....                            | 347     |
| b. <u>Dedicatoria</u> .....                       | 347     |
| c. <u>Prólogo</u> .....                           | 348     |
| d. <u>Escenario y atmósfera</u> .....             | 348-350 |
| e. <u>Argumento</u> .....                         | 350-356 |
| f. <u>Personajes</u> .....                        | 356-362 |
| 1) <u>Protagonista: /Lorenzo/</u> .....           | 356-358 |
| 2) <u>Figuras secundarias</u> .....               | 358-361 |
| a) <u>Anita</u> .....                             | 359     |
| b) <u>El tío Egidio</u> .....                     | 359-360 |
| c) <u>La tía</u> .....                            | 360     |
| d) <u>Efrén</u> .....                             | 360-361 |
| 3) <u>Tipos, siluetas y sombras</u> .....         | 361-362 |
| g. <u>Temas</u> .....                             | 363-370 |
| 1) <u>Principal: /La emigración española/</u> ..  | 363-365 |
| 2) <u>Auxiliares</u> .....                        | 365-370 |
| a) <u>El progreso</u> .....                       | 365-366 |
| b) <u>España</u> .....                            | 366     |
| c) <u>Afecto y solidaridad</u> .....              | 366-367 |
| d) <u>La naturaleza</u> .....                     | 367-368 |
| e) <u>La caza</u> .....                           | 368     |
| f) <u>La guerra</u> .....                         | 368-370 |

|  |         |
|--|---------|
| g) <u>La muerte</u> .....  | 370     |
| h) <u>La religión</u> .....                                      | 370     |
| h. <u>Juicios someros</u> .....                                  | 370-371 |
| 4. <u>La hoja roja</u> .....                                     | 371-402 |
| a. <u>Título</u> .....   | 371-372 |
| b. <u>Escenario y atmósfera</u> .....                            | 372-373 |
| c. <u>Argumento</u> .....  | 373-379 |
| d. <u>Personajes</u> .....                                       | 379-388 |
| 1) <u>Protagonistas: /Don Eloy Núñez, hijo, y la Desi/</u> ..... | 379-381 |
| 2) <u>Figuras secundarias</u> .....                              | 381-382 |
| a) <u>Isaías</u> .....   | 381-382 |
| b) <u>Marce</u> .....  | 382     |
| 3) <u>Tipos, siluetas y sombras</u> .....                        | 382-388 |
| e. <u>Temas</u> .....  | 388-401 |
| 1) <u>Principales: /La muerte y la soledad/</u> ....             | 389-391 |
| 2) <u>Auxiliares</u> .....                                       | 392-401 |
| a) <u>La vejez</u> .....   | 392     |
| b) <u>La amistad</u> .....                                       | 392-395 |
| c) <u>Conciencia social</u> .....                                | 395-400 |
| d) <u>La naturaleza</u> .....                                    | 400     |
| e) <u>La religión</u> .....                                      | 401     |
| f) <u>La guerra</u> .....  | 401     |
| f. <u>Síntesis apreciativa</u> .....                             | 401-402 |
| D. <u>Inventario</u> .....                                       | 402-403 |
| CONCLUSIONES.....  | 404-414 |
| BIBLIOGRAFÍA.....  | 415-456 |
| ÍNDICE.....  | 457-464 |